PECADO CAPITAL

FRAN BARRERO

SAGA LULLABY 5

LULLABY

Pecado capital

-

FRAN BARRERO

Primera edición: Mayo de 2023
© Fran Barrero
www.franbarrero.es

AVISO LEGAL: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño de la portada: Fran Barrero
Corrección: Eva Tendero y Ramón Portalés.

Depósito Legal: M-21.991-2016
ISBN:

Biografía

Nacido en Huelva (España) en 1976, Fran Barrero es un autor independiente que inicia su carrera literaria en 2008 con su primer libro didáctico sobre fotografía. Tras doce manuales publicados sobre esa especialidad, emprende el desafío de probar suerte en la narrativa de ficción con su primera novela *Alfil*, primera entrega de la Saga de *Alfil*. En la actualidad ha publicado también:

Alfil Blanco, Alfil Azul y Alfil Rojo
Anatomía de un suicidio
Bloody Mary y Bloody Mary 2
Wanda y el robo del cristal
El otro lado del retrato
El corazón del último ángel
Herencia de Cenizas
Lluvia de Otoño
Saga *Amurao*, novela negra de 12 entregas
Saga *Lullaby* (novela negra)
Saga *Inversia* (distopía)

www.franbarrero.es
facebook: turincondelecturablog
twitter: VenusFranB
instagram: franbarrero_escritor

La envidia va tan flaca y amarilla
porque muerde y no come.
Francisco de Quevedo

La envidia es una
declaración de inferioridad.
Napoleón I

Para los que se alegran del éxito de los demás

Índice de contenido

Prólogo
Dos casos fáciles
Primer golpe
África
Nuevo caso
Profesores
Desaparición
Interrogatorio
Cautiverio
Casa alquilada
Un barrendero
Una pesadilla
Narciso
Experimento
Ernesto
Un paso más
Víctima o verdugo
Un trabajo vocacional
Nuria
Batman
Pajarillo
Marco
Una cita
Consejos y una presentación formal
El mensaje
Comienza el juego
Siguiente nivel
Rehenes
Duelo al amanecer
No quiero estar sola
La bala
Una nueva prueba
Carrera a muerte
Incertidumbre
Prueba final
Una pastilla
El perfume
Un cómplice
Ponerse en lo peor
Redención
Hacia el norte

Tragedia
Acto de fe
El perdón
Epílogo
Otros libros del autor

No parecía haber nadie en la calle a esa hora de la noche, exceptuándolo a él, pero tenía la sensación de que lo estaban siguiendo. ¿Para qué? No era alguien importante y tampoco había hecho nada malo que justificase la vigilancia de un detective privado de esos que se encargan de tomar fotos de infidelidades o fraudes a los seguros médicos. Seguramente era una paranoia suya, pero con su anterior trabajo había desarrollado un sexto sentido que le avisaba de tener ojos extraños pendientes de su persona mientras caminaba de regreso a casa tras haberse tomado unas cervezas con sus amigos en el bar de siempre, al que había ido para ver el partido de liga.

Sentía humedad en el ambiente, no era habitual en Madrid, ni siquiera en invierno y aún solo comenzaba el otoño a teñir de tonos ocres las hojas de los árboles de la avenida en la que vivía. La temperatura había bajado considerablemente desde que salió esa tarde de casa y agradecía haber seguido el consejo de su mujer para que se llevase la cazadora. ¿Qué haría sin ella? No le bastaba con haber llevado la casa y criado a sus hijos de una forma ejemplar, también se mantenía pendiente de él tras tantas décadas de matrimonio, más de media vida.

Solo oía el eco de sus pasos al caminar.

Apenas se había cruzado con dos vecinos del barrio por la calle en los últimos minutos. Miró el reloj en la pantalla de su teléfono móvil y lanzó un hondo suspiro. La una y doce minutos. La tertulia tras el partido se había extendido dos horas sin haberse dado cuenta. Menos mal que su mujer conocía sus costumbres y no estaría asustada por su ausencia.

«No me la merezco, el fin de semana la llevaré al teatro; lleva semanas hablando de una obra nueva y seguro que no se espera la sorpresa, aunque sea un esfuerzo económico que no nos podemos permitir más de una vez al año».

Ahora le tendría la cena preparada, incluso se la calentaría ella a pesar de estar cansada tras todo el día trabajando, lo haría mientras él se ponía el pijama y le daba detalles del partido que a ella no le importaban en absoluto, pero los oiría igualmente, como cada vez que él regresaba del bar para seguir al Madrid. No tenían canal de pago en casa para ver los partidos de La Liga porque era un gasto más que desde siempre habían suprimido, no se lo podían permitir, ni eso ni casi ningún otro lujo, había gastos mucho más importantes en sus

vidas.

Le quedaban dos calles para llegar a su destino cuando vio al tipo, era joven y apuesto, y le sonreía a la vez que se acercaba despacio, pero decidido.

—Buenas noches.

—Buenas noches —repitió él con cordialidad aunque manteniendo la distancia, gajes del oficio—. Un poco temprano para trabajar, ¿no?

—Un servicio nuevo del ayuntamiento, típico cuando se acercan las elecciones —respondió el desconocido con una sonrisa, luego se encogió de hombros, como queriendo decir «el trabajo es el trabajo, no se puede uno quejar en estos tiempos».

—Comprendo.

—¿Cómo ha quedado el partido? Si es que vienes de verlo o sabes el resultado.

—El Madrid ha ganado por la mínima; me pesa decirlo, pero el Atlético merecía ganar por las ocasiones que ha tenido y por cómo ha dominado el partido. *Nosotros* apenas hemos tocado el balón y creado ocasiones, *nos* llevamos los tres puntos a la desesperada en un detalle de calidad de Vinicius, para variar. Bueno, ni siquiera sé si eres de mi equipo.

—Sí, soy socio desde pequeño. Pero no te molesto más, tengo que trabajar y tú ya irás de regreso a casa.

—Sí, buenas noches.

—Buenas noches.

«¿Acaso no lleva teléfono móvil? ¿Se habrá quedado sin batería o no tendrá datos para mirar en Internet el resultado? Parece que un policía no deja de serlo nunca y de desconfiar de todos a su alrededor. Espera, el partido terminó a las once y son casi la una y media, ¿no ha podido preguntar a nadie más durante dos horas y media?».

Otra vez la sensación de tener ojos en la espalda.

Como acto reflejo, giró la cabeza para lanzar un vistazo rápido al tipo. Ya lo tenía encima y bajando algo que esgrimía en la mano derecha sobre su cabeza.

Dos casos fáciles

¿Se oían pájaros al otro lado de la ventana? Ya habría amanecido, aunque el despertador no había… Vaya, se había olvidado de activarlo tras las vacaciones. Tampoco había sonado el de ella, seguro que Esther se olvidó también, aunque ella jamás podía olvidar nada.

—Alexa, ¿qué hora es?

<<Son las siete y cincuenta y dos minutos>>

—¡Mierda! —exclamaron ambos a la vez.

—¿Te he despertado?

—Sí, y menos mal, llegaremos tarde a la comisaría. Preparo el desayuno mientras te duchas tú primero.

—Que sea solo un café, por favor.

Esther le dio un beso rápido en los labios y salió corriendo para preparar la muda de ropa y llevarla al cuarto de baño; esa mañana tendría que recogerse el cabello en una coleta, no había tiempo para lavarlo.

Mientras la oficial del departamento de homicidios Esther Gallardo se duchaba, pensó en la noche anterior, habían hecho el amor y luego se quedó dormida en el acto, solo recordaba los latidos del corazón del exinspector al reposar la cabeza sobre su pecho, además de las caricias en el cabello y la espalda que él siempre le dedicaba en silencio tras intimar. Así había sucedido también durante la semana que estuvieron en Huelva de vacaciones y en las ocasiones anteriores. No había soñado con la pérdida de su madre en todos esos días, y eso le hacía pensar en docenas de motivos que lo justificasen mientras se duchaba a toda prisa para dejar libre el baño, aunque en la casa de Moretti había otros dos.

«¿Por qué han desaparecido los sueños o pesadillas? ¿Los he tenido pero no los recuerdo al despertar? Lo dudo. Quizás esté solucionando un problema o carencia que tenía. No debería pensar tanto en eso y centrarme en el momento actual. Me siento feliz y quizás eso haya espantado a las pesadillas o remordimientos. ¿Cuando era niña y adolescente, siendo plenamente feliz, no tenía pesadillas? Claro que sí, las recuerdo todas, aunque eran muy diferentes, también sus significados».

Llegaron al edificio en el que se ubicaba la comisaría central de la Policía Nacional media hora más tarde, justo en el cruce de las calles

Rafael Calvo y Miguel Ángel, a pocos metros de la plaza Emilio Castelar en el paseo de la Castellana. Eran las nueve de la mañana y ya se sentía algo del calor que azotaría la ciudad, a pesar de que el otoño acababa de llegar y en Madrid esta estación no solía dar tregua con el frío.

El comisario, Simón Ramos, había pedido a su secretaria que los avisase tras su llegada.

—¿Querías vernos?

—Llegáis muy tarde.

—Solo media hora.

—Tengo mucho trabajo acumulado, aquí no se descansa cuando los inspectores os vais de vacaciones. Os pasaré dos casos.

—¿Son de esos no resueltos?

—No, de los que me quitáis de encima rápido. Y no, no habrá apuestas con almuerzos desorbitados, Moretti. —Era una referencia a casos anteriores en los que Ramos había tenido que sucumbir a pagar almuerzos en los mejores restaurantes de la ciudad, aunque, a su vez, había logrado resolver casos en pocas horas y eso era un ahorro importante en los recursos de la comisaría.

—Está bien, nos ponemos con ellos en el acto.

—Esperad.

—¿Hay algo más?

—Sí, quería saber cómo os lo habéis pasado estos días.

—A ti te lo íbamos a contar…

El comisario y Esther rieron ante el comentario mientras ella y su compañero se marchaban con las carpetas al despacho.

Subieron las persianas venecianas, no para observar el tráfico denso unos metros más abajo, sino para que entrase luz natural en el pequeño rincón en el que se habían conocido algo más de un año atrás, cuando llegó ella al departamento tras finalizar sus estudios en la academia de Policía. Esther encendió el ordenador y revisó los cajones de su escritorio para cerciorarse de que todo estaba como lo había dejado antes de las vacaciones. Él no encendió su ordenador, no le serviría de nada porque había perdido la visión tras recibir un disparo en la cabeza durante un caso casi tres años atrás; se limitaría a escuchar los datos que la chica le diese sobre los casos. Moretti era un mero asesor de la brigada de Homicidios, ella era su perro lazarillo, pero había resultado más eficaz en ese tiempo de lo que nadie hubiera apostado por sus mediocres notas en la academia.

Entonces Esther, ya más ubicada en la tarea tras leer los informes, fue haciendo un resumen a su compañero:

—Tenemos a un farmacéutico asesinado en su propio negocio, no hay testigos, se efectuó de madrugada. También a una ama de casa de mediana edad que se ha suicidado en la bañera de su casa, pero con

ligeros indicios de que pudiera tratarse de un homicidio.

—Parece que el de la mujer es el caso más sencillo.

—¿Nos ponemos con él, Hugo?

—No, mejor vamos a por el farmacéutico, estoy sintiendo la llamada del instinto y de la experiencia.

—Tú mandas.

—No, aquí mandas tú.

A Esther no le pareció apropiado el comentario, ella no mandaba nada, aunque fuese cierto que ella era la oficial responsable de los casos y Moretti, solo un asesor o consejero. Si iba a mantener una relación sentimental con un compañero, tener jerarquía en el trabajo no era sano para ninguno de los dos.

—Yo no mando nada.

—Esther, solo era una forma de hablar, habíamos quedado en que te pensarías las palabras dos veces antes de lanzarte al cuello.

—Es cierto, lo siento. —La chica, licenciada en Psicología, se había analizado a sí misma un mes antes descubriendo que padecía narcisismo, lo que le impedía mantener relaciones sociales con normalidad, además de dos docenas de inconvenientes más que Moretti llevaba sufriendo todo ese tiempo.

En el aparcamiento de la comisaría fueron testigos de dos detalles que habían cambiado tras su vuelta de las vacaciones: el coche oficial ya no era el enorme Audi S8 negro, sino un RS5 de la misma marca y de color gris, idéntico al que Moretti había alquilado para su último caso; la segunda sorpresa llegó al descubrir que una joven agente sería su chófer para sustituir al malogrado Ignacio; la chica parecía más joven aún que Esther, quizás por su baja estatura y rasgos aniñados. África Sánchez, de cabello largo, rizado y pelirrojo, además de una voz muy dulce, les recibió con una cálida sonrisa.

Entraron en el vehículo tras las presentaciones y Esther dijo la dirección del domicilio de la víctima. África los sorprendió al salir a toda prisa del lugar, haciendo protestar los neumáticos en la curva de acceso al paseo de la Castellana. Los ocupantes del asiento trasero tuvieron que agarrarse a conciencia a los asideros sobre las puertas.

—Tranquila, no vamos a salvar a nadie, no hay prisa.

—Lo siento.

Moretti intervino.

—No pasa nada, puedes conducir al ritmo que te resulte más cómodo.

África relajó la presión sobre el acelerador y los llevó en unos pocos minutos a su destino. Cuando se bajaban del coche:

—¿Puedo ir con vosotros?

—No, quédate esperando —dijo Esther.

La pareja se encaminó al portal del edificio, en mitad de la calle Goya, y se dirigieron al empleado uniformado que permanecía con gesto serio y porte casi militar tras un mostrador. Unos diez metros antes de llegar, Moretti, que siempre caminaba del brazo de ella, la frenó de forma brusca y le susurró al oído:

—¿Se puede saber qué ha pasado antes?

—¿Antes? No te comprendo.

—¿A qué venía ese tono con la chica?

Esther lo observaba en silencio, aunque él no podía verlo.

—No sé a qué te refieres.

—Esther, esa chica sustituye a Nacho como nuestro chófer, es el trabajo que le han asignado y parece que tú te lo tomes como si ella quisiera sustituirlo en nuestros recuerdos. Se ha mostrado simpática y le hubiera gustado acumular experiencia viniendo con nosotros. No comprendo tu tono de voz y esas palabras hacia ella.

—No siento que yo haya hecho nada malo.

—Estamos rodeados de policías que nos ayudan en nuestra tarea, muchos de ellos son jóvenes como tú, tratan de aportar, de ayudar, y son imprescindibles en todos los casos para lograr resolverlos. Eso mismo es lo que he visto en ella.

—Yo también.

—¿Seguro? No tengo tu memoria prodigiosa, pero aun así recuerdo que trataste mucho mejor a Nacho el primer día que estuvo a nuestro lado.

—No creo que… Bueno, no sé, quizás tengas razón. Es que hace muy poco que lo he perdido y…

—Ambos lo hemos perdido. Pero la vida continúa, los casos siguen y nosotros avanzamos con ellos. Relájate en el coche, Nacho no va a aparecer de nuevo por mucho que lo deseemos. África es una nueva persona que aparece en nuestras vidas y en el trabajo, y no vamos a ponerle difícil su tarea porque echemos de menos a un amigo.

—Está bien, siento si he sido descortés con ella.

—No, a mí no me digas eso, díselo a ella cuando regresemos.

Y Moretti no le dio opción a réplica, se dirigió al portero para identificarse como investigadores y decirle que debían hablar con la familia de Eusebio García. El empleado, ya informado de lo sucedido, les aseguro que avisaría de su llegada por el teléfono interno del edificio mientras ellos podían subir ya a la cuarta planta.

El ascensor era tan arcaico como bien conservado, se veía finamente elaborado en madera noble y hierro forjado, a juego con el resto de detalles que se contemplaba en el portal, de mármol pulido y caoba en los peldaños de la escalera y los embellecedores de las puertas señoriales. Al llegar a la cuarta planta se encontraron con una

puerta abierta a la izquierda, tras ella había una doncella de bordado uniforme gris y blanco esperándoles. No se trataba de la puerta del servicio, sino de la principal de la vivienda, mucho más grande y elegante.

—La señora los atenderá en breve, está preparándose para recibirlos.

—Gracias.

—Pasen por aquí, tomen asiento en el saloncito de té y ahora les traeré un refrigerio.

—No es necesario, gracias —dijo Moretti.

—¿Un té verde? —Fue más una orden que una pregunta por parte de Esther, aunque realizada con delicadeza.

—Por supuesto —dijo la empleada, y desapareció en completo sigilo de la estancia.

El saloncito de té era tan grande como el salón-comedor del apartamento de la oficial, decorado con muebles decimonónicos y recibiendo la luz de una ventana orientada al sur por la que ya entraba el esplendor de la mañana. Olía a lirios y el hilo musical les deleitaba con una pieza de piano que Esther sabía que era de Mozart; de hecho, si algún día decidiese estudiar solfeo, podría reproducirla sin cometer un solo fallo, así como con el resto de piezas de piano que hubiera oído aunque solo fuese una vez. Una de las pocas ventajas que ella veía a su memoria eidética infinita.

—Hugo, ¿no te parece que esta casa es una prueba? —le susurró en una confidencia.

—¿A qué te refieres?

—Es como si no hubieran asesinado al propietario hace dos días.

—¿Lo dices porque todo continúa como siempre, como si no hubiese pasado nada?

—Eso es.

—Estas personas, me refiero a la clase alta social, viven así. Ya deberías saberlo.

—¿Alta sociedad un farmacéutico?

—¿En pleno barrio de Salamanca? Ganarían más de veinte mil euros al mes con el negocio, además de los extras.

—¿Extras?

—Las empresas que producen fármacos dan incentivos económicos a los farmacéuticos que recomiendan sus productos, no solo dinero, también regalos, viajes… Igual que a los médicos que recetan dichos fármacos.

—Joder, pues no pensaba que se podía vivir así de una simple farmacia.

—No es una simple, no es como la de un barrio de periferia. Seguro que la víctima vendía cremas rejuvenecedoras y otros

productos similares a precios desorbitados a las vecinas del lugar; por no hablar de otro extra que me llega a la mente ahora, el de recomendar a los doctores de cirugía estética de la zona a cambio de altas comisiones por parte de ellos.

La conversación terminó cuando llegó la viuda. Radiante, rubia, delgada, de unos cincuenta años bien llevados, o bien operados, pensó Esther al recordar el comentario anterior de su compañero; seguro que había recibido un buen descuento en cada operación de esos doctores de cirugía estética.

—Buenos días. —Su voz era como el sonido de una flauta que siempre emite el mismo tono y volumen, muy bajo este último—. Siento haberles hecho esperar. ¿Aún no les han puesto algo para tomar? Llamaré a Matilde.

—Gracias, señora —dijo Moretti haciendo un ademán con la mano en la dirección en que había oído la voz—. Ya la oficial que me acompaña ha pedido un té y seguro que no tardará en traerlo su empleada. Pero lo primero es darle el pésame por la pérdida, y ahora necesitamos hacerle unas preguntas.

Eligieron un restaurante por la zona para almorzar.

—Simón no te autorizará una comida en este sitio —dijo Gallardo al observar el lugar, no necesitaba leer los precios de la carta, le bastaba con oler la comida dentro del local y ver la decoración y el trato de los camareros.

—Pues invito yo, y me gusta que comiences a llamar al comisario por su nombre de pila.

—No soy una inspectora con años de trato con él.

—Eso no importa, demuestra tu integración en la brigada y que lo tienes como a un activo a tu lado. Eso no hace que me olvide de que no has limado asperezas con África.

—La siento como a una extraña.

—Hubo un día en que Simón, Nacho e incluso yo éramos extraños para ti.

—Dame tiempo.

—Te lo doy, pero trata de ser más considerada con la chica, solo hace su trabajo y para ella debemos ser compañeros, no extraños, no es la conductora casual de un taxi.

—Está bien, ya lo capto.

—Si lo haces, si lo has asimilado realmente, sal ahí fuera y ve al coche para invitarla a comer con nosotros.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído.

—Pero vamos a hablar del caso.

—Por eso. Somos un equipo y ella forma parte de él. Quizás tenga hambre y no debería pasar el rato sentada en el coche o comiendo un bocadillo reseco que compre en un colmado cercano.

Silencio por respuesta.

—Me pediste durante las vacaciones que te ayudase con tu narcisismo —añadió él—. Es lo que estoy haciendo.

Ella lo miró fijamente durante unos segundos, aunque él no podía enfocar sus ojos de ciego en ella. Se levantó de la mesa y salió del restaurante para invitar a la chica con toda la amabilidad que pudo sacar de su interior en ese momento.

—Me apetece el chuletón de buey, dicen que aquí sabe a gloria.

—¿Nunca has estado en este restaurante?

—Esther, aunque te parezca mentira, no he comido en todos los restaurantes de la ciudad. ¿Qué queréis vosotras? Invito yo.

Tanto la oficial como la agente se decantaron por el consomé de primer plato y las chuletas de cordero lechal de segundo. Ninguna eligió el vino Vega Sicilia; Esther pidió una Heineken y África, una Fanta de naranja.

Tras comenzar el primer plato:

—Venga, hablemos del caso.

—¿Ahora? —preguntó la oficial.

—Claro, como siempre tras las entrevistas. ¿Qué te ha parecido la esposa de la víctima?

—Fría, distante y reservada.

—Como todas las esposas de víctimas de alto poder adquisitivo, deberías estar acostumbrada.

—Es que pensaba en dolor.

—Dolor por la pérdida, lo comprendo. El caso es que cada persona lleva el dolor de una forma concreta. Mostrar frialdad no demuestra que esté ocultando su autoría del asesinato, que no sienta ese dolor en su interior.

—Lo sé. Esa mujer no ganaba nada con la pérdida de su marido. Todo lo contrario, pues el negocio va a producir menos beneficios.

África tomaba el consomé despacio y sin perderse una palabra de lo que oía, era formación de primer nivel para ella. Decidió no hablar para no interrumpirles, además de no saber qué decir para ayudarles, pues ni siquiera había estado en el piso de la víctima y desconocía por completo el caso. Además, no quería decir algo que los interrumpiese o les molestara y que no la invitaran más a esas reuniones durante el almuerzo.

—Es un buen razonamiento, aunque la farmacia puede llevarla el hijo mayor de la víctima, que es farmacéutico también y trabaja como empleado del negocio.

—¿Piensas en él como posible asesino?

—Es una posibilidad.

—Ya, no hay que descartar a nadie. Ahora me pides que indague en todos los datos de la familia, dinero, deudas, viajes, regalos, gastos anómalos y sus mensajes privados en el teléfono y redes sociales.

—Eso es.

—¿Un caso fácil?

—Muy fácil.

—¿Ya sabes quién es el asesino?

—Claro, es sencillo.

—Das asco.

—Gracias. Recuerda que esta tarde tenemos que seguir con el otro caso, nos pondremos con él al mismo tiempo y dejaremos todo listo para tener mañana la resolución de los dos tras el desayuno.

África los observaba como si viese una película, sin permitirse parpadear para no perderse un detalle importante de sus gestos o miradas.

Terminaron el segundo plato y el postre: tarta de manzana para Moretti y Esther, de chocolate para la agente, y fueron a la siguiente dirección, en el barrio de Villaverde Alto, una zona, edificio y vivienda muy diferentes a los anteriores.

Al otro lado de la puerta les recibió un señor de mediana edad que parecía un cadáver andante, delgado y ojeroso, con la ropa arrugada y algo sucia, además del hedor a sudor que desprendía, los hizo pasar al salón de la vivienda con un gesto de la mano y no les ofreció café. África los acompañaba, claro que había sido Moretti el que le pidió unirse a la ceremonia. La chica se mostraba como una preadolescente en su primera incursión a una discoteca acompañada de amigas de mayor edad.

—Manuel González, sentimos su pérdida y comprendemos que es un mal momento para hacerle estas preguntas, pero es nuestro trabajo.

—Sí, claro, digan lo que necesitan saber.

Se mostraba distante, incluso huraño, se pensaba unos segundos las respuestas a dar tras cada pregunta.

—¿Su mujer padecía depresión, ansiedad o alguna otra patología?

—No, que yo sepa.

—¿Se llevaba mal con vecinos, amigos o familiares?

—No.

—¿No tuvo jamás una rencilla con alguien?

—No.

—¿Qué tal era la relación con usted?

—¿Cómo dice?

—Ya lo ha oído, es usted su marido y quisiera saber la relación que mantenían.

—Eso es privado.

—No lo es tras la muerte de ella. Hacemos nuestro trabajo.

Suspiró hondo y accedió a responder.

—Nos llevábamos bien, había cordialidad —dijo aún con más sequedad en el tono de voz.

—No tienen hijos, ¿verdad?

—No.

—¿Han buscado tenerlos en estos años?

—Sí —mostró dolor tras responder.

—¿No ha habido suerte?

—Soy estéril, eso dijeron en la clínica de fertilidad.

—¿Ella se sintió decepcionada por eso?

—¿Cómo dice?

—Responda, por favor.

—Le molestó.

—¿Le molestó que no pudiera tener hijos por su condición?

Se retrepó en la silla, incómodo, pero también furioso.

—Lo dice como si yo fuese un bicho raro.

—En absoluto, solo quiero conocer todos los datos para esclarecer lo ocurrido.

—Lo que ha ocurrido es que ella no ha decidido seguir con su vida, solo eso. No entiendo qué hacen aquí.

—Bueno, nuestra labor es la de contemplar todos los supuestos sobre un suceso de fallecimiento.

—Pues ya le digo que ella se preparó un baño, hacía varios años que no lo hacía, y se metió en la bañera, luego la encontré tras unas horas muerta bajo el agua.

—¿No le extrañó que estuviese tanto tiempo en el cuarto de baño?

—Bueno, no me metía en esos asuntos, ella hacía lo que le daba la gana siempre.

—Su mujer presentaba marcas de golpes en el cuello, la cara, las costillas y los brazos. ¿Sabe cómo pudo habérselos hecho?

—Hace dos días, mientras caminaba por la calle, tuvo un traspié y se cayó por unas escaleras.

—No me consta ningún parte del hospital.

—Así era ella, muy fuerte. Simplemente se levantó y siguió con sus tareas.

—Pues, según el informe forense, algunas de las contusiones son más recientes que otras. ¿Solía caerse a menudo por escaleras?

Manuel se veía más nervioso que nunca.

Moretti suspiró hondo para que Esther dejase de preguntar.

—Está bien, eso es todo por ahora. Gracias por su atención, señor González. Le llamaremos por teléfono si deseamos saber algo más, también nos puede llamar usted al número de esta tarjeta si recuerda algo que se le haya pasado ahora.

Se marcharon del piso para regresar a la comisaría. Fueron en silencio durante el trayecto, ya eran casi las seis de la tarde y el mes de septiembre seguía caluroso durante las horas del día, aunque no tanto como lo habían sentido Moretti y Esther en Andalucía, la ausencia de humedad en el ambiente sí que se agradecía, era un incordio estar sudando constantemente. Entraron en el despacho e hicieron balance.

—La mujer del farmacéutico me sigue pareciendo culpable, no comprendo esa frialdad.

—Vistes de frialdad y distancia una actitud adquirida durante años. Esa mujer no puede evitar interpretar su papel de esposa perfecta como socialmente se ha creído que debe hacerlo, aún en los momentos más duros de su vida y ante desconocidos como somos nosotros.

—Hace solo dos días que han matado a su marido.

—El dolor se lleva por dentro.

—Pero se transmite por los ojos.

—¿Qué transmiten los míos?

—¿Cómo dices?

—Ya lo has oído.

—Pero tú estás ciego.

—Eso no quita que siga teniendo ojos.

—Tus ojos…

—Transmiten sentimientos, ¿verdad? Los de esa mujer seguro que te han dicho mucho, pero te has centrado en analizar sus palabras y sus acciones. ¿Se frotaba las manos sin parar?

—Sí.

—¿Cambiaba de postura, aunque fuese casi sin percibirse?

—Sí.

—¿Cambiaba el tono de voz y el ritmo de sus palabras al hablar?

—Sí.

—Eso es porque sufre nervios o el dolor de la pérdida. No todo es llorar desconsoladamente o tener sumida la vivienda en tinieblas; a veces hay que ver más allá, mostrar más atención a detalles que se le pasarían desapercibidos a unos ojos menos adiestrados, pero confío en los tuyos y sé que no volverá a pasar.

—Hablas como un padre aconsejando a una niña pequeña.

—Hablo como un asesor, es lo que me pidieron que fuese para ti.

Ella calló durante unos segundos.

—Entonces, ¿por dónde seguimos para descubrir al asesino?

—Fácil. Han sido la viuda y su hijo, apuesto a que lo han organizado entre ambos.

Esther estaba con la boca abierta.

—¿Te ríes de mí, Hugo?

—En absoluto.

—Pero has dicho antes…

—Las reacciones de los familiares de la víctima son muy diferentes en función de su estrato social, pero eso no quita que observemos más allá. Me comentaste lo que viste en la vivienda, fotografías del chico desde que era pequeño, algunas con su madre, pero casi ninguna del progenitor, ni en solitario ni junto a su mujer e hijo, salvo aquella foto antigua de la boda.

—¿Eso te hace indicar que lo han matado?

—Claro que sí. Esa mujer decoró la casa, como ocurre en cada familia, y decidió que todas las fotografías fueran para su pequeño, además de dedicar algunas para ella a su lado. El chico iba a heredar la farmacia en algún momento, quizás en una década o dos, pero él quería hacerlo antes.

—Ni siquiera lo conoces, no has hablado con él.

—Me basta mi intuición para saber que ha sido mimado y convertido en un tirano desde niño, de esos que exige lo que desea al instante, sin pensar en lo que deben hacer los demás para contentar su deseo. Un pequeño hijo de puta que no ve más allá de la punta de su nariz. Su madre lo ha convertido en eso y luego ha seguido con sus deseos. Esa farmacia genera mucho dinero y el niñato de las narices no iba a conformarse con un sueldo de mil quinientos o dos mil euros, quería tenerlo todo. Su madre, enamorada de él desde que lo engendró, accedió a sus deseos y se quitó de en medio a un calzonazos de marido que ya no amaba y con el que no tenía nada en común tras décadas de matrimonio. Su actitud durante la entrevista era por nervios, no por dolor.

—Suena a serial de televisión, de esos baratos al mediodía los domingos.

—Te sorprendería saber en qué se basan esos seriales.

—No te burles.

—Trato de no hacerlo, pero te veo demasiado ingenua a estas alturas.

—Soy novata, no lo olvides.

—Esther, trae al hijo y exprimámoslo en un interrogatorio, ya verás cómo se derrumba y confiesa.

—¿Mejor que a la madre?

—Esa mujer es dura porque la vida la ha hecho así, o eso piensa ella tras una vida de ejemplar esposa y sumisa; se convertirá en una piedra ante nuestros ataques porque preferiría que la matásemos antes de encarcelar durante quince o veinte años a su principito.

—Está bien, haré traer al hijo. ¿Qué me dices del segundo caso?

¿También tienes la solución?

—Fue un suicidio.

—Pero las marcas en el cuello y en el resto del cuerpo de la víctima…

—La mujer sufría maltrato. El tipo es un bicho raro, aunque los psicólogos como tú tendréis un nombre más adecuado para él tras descubrir la patología mental que padece. La mujer aguantó durante más de lo que lo habría hecho cualquiera, pero decidió finalmente acabar con esa vida de la que no sabía cómo salir; quizás tras una última pelea. No había petequias en sus párpados, así que no la estranguló bajo el agua, tampoco había restos en sus uñas que indicasen que forcejeó con un asesino. El gesto taciturno de su marido indicaba que había sucedido lo que tenía que pasar tras tanto tiempo ella soportando una relación no deseada. Quizás él piense que la quería a su modo, pero no era amor y todo se había convertido en una pesadilla para ella. El tipo está hundido porque se siente culpable de su muerte, aunque no directamente, sino una muerte lenta e inducida por su trato.

—¿Lo dices en serio?

—Muchas personas acaban en una relación porque consideran que no hay otra forma de vivir salvo seguir con las tradiciones. Esa mujer sería vecina o conocida del tipo cuando eran jóvenes, o quizás se concertó todo desde los padres de ambos. Acabaron casándose para seguir con el camino que la sociedad ha impuesto. La ausencia de hijos hizo que todo empeorase y se sumiesen en una depresión de esas que llegan sin avisar y avanzan a paso lento; de un modo diferente para él que para ella; para él fue la frustración de no tener descendencia por su propia condición de estéril; para ella fue aún peor, no tener un refugio en forma de hijo en el que meterse para sentirse un poco viva y con metas en el futuro. Tras varios años, la situación se volvió insostenible: insultos, faltas de respeto, peleas, malos tratos; todo avanzando despacio hasta que una gota colmó el vaso y la mujer, tras recibir varios golpes, decidió acabar por fin con una vida que no la llenaba ni lo haría jamás; acabó con ella por sí misma antes de darle el gusto a su marido de hacerlo en su lugar.

—Qué fácil parece todo en tu mente.

—Eso es porque tú no lo ves si no ocurre ante tus ojos o lo compruebas tras los interrogatorios en los que se declaran culpables. Ahora te toca hacer esos interrogatorios.

—Los programaré.

—No me importa que me trates con escepticismo, es parte de tu formación.

—¿Nunca acabará esa formación?

—Nunca, pues cuando yo no pueda aportarte más, lo harán otros

policías o los casos que lleves. A Nacho nos quedó mucho por aportarle, ¿acaso lo olvidas?

—No, no lo olvido.

—Pues recuerda eso cuando tengamos al lado a esa chica nueva, África, a la que podemos aportar lo que sabemos los dos como una tarea más, una que no nos han impuesto, pero que decidimos hacer por nosotros mismos.

Primer golpe

Tras más de cuarenta minutos de trayecto conduciendo, salió del coche, el sol se había puesto hacía una hora y no se veía nada salvo por la luna llena cuando apagó los faros del vehículo. La pequeña vivienda, prácticamente una cabaña de madera de cazadores en mitad de la sierra, se mostraba sombría y como si se tratase de la aparición de un fantasma paralizado por la sorpresa de su llegada ante él. No se inmutó, no era la primera vez que sentía eso desde que la alquiló para usarla durante esas semanas, quizás más de un mes. Era perfecta, lo que había buscado con ahínco para su misión.

Con la bolsa de víveres en su mano izquierda, se acercó y abrió la puerta; a la derecha había una especie de cocina, aunque eso era mucho decir de un mostrador con un microondas y una nevera de menos de un metro de alto que apenas enfriaba, además de un hornillo eléctrico con un centímetro de costra por limpiar tras años de uso y descuido; la misma costra amarillenta y pegajosa que lo rodeaba todo en esa cocina.

Continuó caminando por el pasillo hacia el salón, de unos quince metros cuadrados y presidido por una antigua chimenea de piedra, allí se dirigió al rincón en el que levantaría la alfombra para acceder a la trampilla oculta que daba al sótano. No tuvo que encender la bombilla, pues la dejaba siempre así para que su *invitado* pudiera estar despierto todo lo posible, una forma más de tortura que sabía que funcionaba a la perfección.

Vio sobre el viejo camastro al despojo humano que permanecía amarrado a él, lloriqueando en un leve balbuceo, ya se habían acabado los gritos y amenazas de la vez anterior que lo había visitado.

Mantuvo unas palabras con él, luego le dio agua y alimento, aunque no servirían de mucho, ni siquiera sabía por qué había hecho eso, quizás para que estuviese vivo y consciente en la parte final del plan. Ahora era el turno del ritual que acabaría con su vida.

Y se repitió un espectáculo similar al del día anterior tras recuperar algo las fuerzas con la comida y el agua. El *invitado* lloró, suplicó, amenazó, volvió a llorar y suplicar, pero él no le hizo caso; se limitó a golpearlo en la mandíbula con fuerza para que perdiese ligeramente el conocimiento y luego abrió su mochila para sacar las herramientas que llevaba consigo para terminar con la tarea. Ya casi habían pasado las setenta y dos horas que se había fijado y el plan debía seguir su curso.

Terminó su cometido, envolvió su cuerpo en plástico y lo llevó con esfuerzo a la puerta, de ahí al maletero de la furgoneta. Cuando planificó la misión, no contaba con que le costaría tanto acarrear el peso de cada víctima hasta el coche y luego dejarlo en el lugar indicado, pero no era algo insalvable.

Condujo despacio, sin superar el límite de velocidad, aunque se sabía capaz de solucionar esos contratiempos si se encontraba controles policiales durante el camino, claro que él quería ser invisible del todo. Llegó a su destino a las dos y diez de la madrugada. Esperó hasta que no hubiese nadie en la calle, una vez aparcada la furgoneta en doble fila, y dejó el *paquete* sobre el suelo tras desenvolverlo del plástico; ya en la cabaña, antes de partir, le había puesto la marca en los párpados para asegurarse de lanzarle el mensaje a *ella*.

África

El despertador sonó a las siete, como siempre, pero ella llevaba ya una hora realizando tareas por la casa. Había preparado café en su cafetera de émbolo y se había tomado una taza añadiendo leche y panela, fumándose un cigarro sin prisas; se fumaba uno con cada café del día, que eran cinco o seis; café y tabaco, sus dos únicos vicios, que no eran pocos, se solía decir a sí misma.

Se puso el uniforme del día anterior, no olía a sudor y aguantaría otra jornada antes de meterlo en la lavadora. Fregó los vasos y platos de la cena anterior, no lo había hecho entonces por pereza, y se sirvió otra taza de café, esta vez decidió que no hubiese cigarro. Se lo tomó en el pequeño balcón de su salón, como siempre, viendo despertar a la ciudad a sus pies, con los apresurados madrileños centrados en llegar a su trabajo evitando en la medida de lo posible los eternos atascos o pausas en el servicio del metro. A ella no le preocupaban, trabajaba en calles descongestionadas y tenía la luz y la sirena del coche si las necesitaba para despejar un poco el tramo o saltarse un semáforo.

Abrió el paquete de nueces peladas y comió unas cuantas, luego lo guardó en la alacena de la cocina.

El suelo del piso se veía horrible, era lo malo del terrazo blanco, así que barrió a toda prisa y luego pasó la fregona. El baño requería una limpieza, pero eso llegaría a la noche o el día siguiente, o el fin de semana, si lograba tener descanso en el trabajo.

El trabajo…

La podían haber asignado a tareas informáticas, como a la mayoría de las chicas, o a patrullar, con suerte, claro que esa suerte era relativa, porque se vería en reyertas o disputas domésticas que no sabía si sería capaz de gestionar con eficacia. Ya lo pensaba cuando estaba en la academia. La aterraba enfrentarse a mujeres maltratadas o tener que mediar en peleas de bares contra borrachos que podrían ir armados.

Haber sido destinada como chófer de dos investigadores de homicidios no sonaba tan mal para África, así se lo había asegurado su madre, Toñi, tras contarle la buena nueva. «Estarás más segura y aprenderás mucho» dijo su progenitora, aunque África obvió decirle que el anterior chófer había muerto en un caso solo semanas antes.

«Vamos, debo centrarme en aprender. Aunque Gallardo se muestre así de fría, al menos Moretti me respeta y me trata bien. No estoy aquí para hacer amigos, no esperaba eso en la academia, así que

aprovecharé esta oportunidad al máximo».

Ya lista para salir, comprobó su arma, asegurándose de que el seguro estaba activado antes de colocarla en su funda de la cadera, como cada mañana. Miró el cargador extra y se preguntó si tendría que disparar ese día.

«Un arma… me hubiera venido bien en su día, en aquel día de mierda, aunque eso hubiera provocado que ahora no estuviese aquí, sino en el otro lado, seguro que encerrada en la cárcel y cumpliendo muchos años de condena».

Aun así, ojalá aquel día hubiera tenido el arma consigo. Pensó mientras bajaba las escaleras para ir a por sus dos compañeros, porque así los sentía ella, como compañeros.

Nuevo caso

Llegaron ambos esa mañana cinco minutos antes del comienzo de su jornada de trabajo, el detalle no compensaba el retraso del día anterior, pero era lo que había. Tenían la intención de llamar a tres personas para interrogar por los dos casos que les había asignado el comisario y se pusieron a ello en cuanto fueron apareciendo por la comisaría escoltados por los agentes que fueron a buscarlos. Más de cuatro horas difíciles, como lo eran siempre los pulsos con los sospechosos de asesinato, en los que debían jugar una improvisada partida de póker que no podía ganar el oponente bajo ningún concepto.

El caso del farmacéutico se resolvió antes de las diez, el de la mujer suicida en la bañera se extendió hasta más allá de las doce.

—Siempre tienes razón, Hugo; comienzo a detestar eso.

—Es que son casos que he vivido docenas de veces en los años que he sido agente y luego investigador, siempre con alguna variante que los diferencia o los hace únicos, pero la esencia es la misma. Uno adquiere el sexto sentido que le hace saber quién es el culpable o lo que ha sucedido tras entrevistarse con ellos.

—En los casos difíciles no lo tienes tan claro.

—Por eso se llaman así, difíciles. Hay más premisas que lo complican todo.

—¿Premisas?

—Un caso difícil o imposible de resolver es aquel en el que el motivo del ataque no va sobre la víctima, cuando no hay un vínculo del asesino con ella, cuando el motivo del crimen se separa de la lógica, cuando el asesino mata por encargo de otro o lo hace al azar o porque quiere enviar un mensaje a la policía o a sí mismo.

—Entiendo. Cuando el asesino no mata por interés personal.

—No es eso exactamente, ese asesino siempre tiene un interés personal, sea el dinero del contratante, hacerse famoso o lograr una venganza por una ofensa que se ha montado en su cabeza.

Estaban de nuevo en su despacho y Esther se enfrentaba a una hora de trabajo administrativo para redactar los informes definitivos para la fiscalía y el comisario. Ya había adquirido en el tiempo que llevaba allí, algo más de un año, esa animadversión a la tarea de cumplimentar informes tras los casos. En su mente, tras cientos de películas y series de televisión vistas, pensaba antes de entrar en la Policía que todo sería detener a criminales, pero nadie le había dejado

tan claro, ni siquiera en la academia, que había todo un mundo de experiencias tras la solución de los casos: informes eternos, reuniones con el comisario y el fiscal e, incluso, ir de testigo a los juicios en los que se juzgaba a los criminales. En fin, allí estaba y era eso lo que tocaba en ese momento.

—Te envidio.

—¿Cómo dices? —preguntó Moretti sorprendido.

—Cobras más que yo por ser asesor, no tienes la responsabilidad de resolver los casos, solo aconsejar, y te libras de todo lo demás que hay después.

—Entonces te daré un consejo para que sigas mi camino, resuelve dos docenas de casos importantes, además de un centenar de casos como estos dos, luego te quedas ciega en acto de servicio y… ¡Sorpresa! Estarás en mi situación.

—Joder, no había querido decir eso.

—No pasa nada, te comprendo. Debería hacer todo ese trabajo administrativo un agente de apoyo, pero él o ella no sabría lo que sabes tú sobre lo investigado.

—Eso es evidente.

—Pues sigue con el procedimiento y recibamos de Simón más casos.

—Te veo lanzado, parece que quieras despejar todo su escritorio de carpetas con casos por resolver en una semana.

—Es que me siento eufórico. Nunca había tenido la mente tan lúcida como ahora, como si la ceguera me hiciese pensar mejor.

Ella se asombró por el comentario, ¿lo había dicho en serio?

—Si hubieras sabido esto, ¿desearías haberte quedado ciego antes?

—Una pregunta interesante, sin duda.

—No has respondido.

—Si me hubieran dicho que quedándome ciego resolvería más crímenes, habría dicho que sí, me habría quedado ciego sin dudarlo, porque toda mi vida eran los casos. Otra cosa es lo que ha ocurrido durante este tiempo.

—¿A qué te refieres?

—Con la ceguera no puedo verte, así que habría dicho que no mil veces, un millón de veces. Quisiera verte aunque fuese un solo instante.

A Esther se le encogió el corazón de repente, se limpió una lágrima que brotaba en ese momento con el dorso de la mano y mantuvo el tipo, aunque Moretti ya había adquirido la habilidad de adivinar esos casi imperceptibles cambios en la respiración de ella.

—Esther, no pretendía…

—No pasa nada.

—A veces no controlo lo que digo, solo me dejo llevar sin saber lo

que vas a sentir al oírlo.

—Me acabas de decir que ser ciego es lo que querrías antes de conocerme, para resolver más crímenes; pero que no lo elegirías para verme. Es precioso.

—No es un halago, nunca lo pretendo, solo me dejo llevar y soy sincero. Venga, termina los informes antes de que Simón nos deje otras dos o tres carpetas sobre la mesa.

Ella tardó en asimilar aquello y se puso con la tarea a toda prisa, quería acabar con el papeleo, pero sin dejar de pensar que esa noche invitaría a su compañero a una buena cena con un postre muy especial, el que disfrutarían en la intimidad.

El comisario llamó antes de que se acabase el turno, ella aún ultimaba los detalles del segundo informe. Fueron a su despacho.

—¿Simón?

—Pasad. Tengo algo para vosotros.

—Son casi las ocho de la tarde.

—Madrid no duerme, tampoco los criminales. Dejad de quejaros tras una semana de vacaciones.

—Simón, eres un capullo.

—Gracias, Hache. —Les dio un informe escueto impreso en un folio—. Marchaos y decidme algo esta misma noche, estaré en casa a la espera.

El coche los aguardaba con África dentro y dispuesta, se veía risueña como cuando se presentó a ellos, ¿fingía o era feliz con ese destino? Esther se lo habría preguntado, pero recordó que Nacho también disfrutaba de pasearlos por Madrid sin ser partícipe ni siquiera de la mitad de lo que ellos investigaban en los casos.

—¿A dónde vamos? —preguntó Moretti tras montarse los dos.

—A la calle de Ibiza —respondió la agente.

—¿A mi calle?

Moretti y Esther se sorprendieron a la vez, esta última aún no había leído el informe, pensaba hacerlo por el camino.

—No sabía que ustedes vivían allí.

—Tutéanos, por favor, somos Hugo y Esther —dijo Moretti.

—Pues os llevo ante el número tres de la calle, donde hay un cadáver que ha descubierto un transeúnte que ha llamado a la comisaría hace unas horas. Ya debe de haber científica y forense alrededor del cuerpo.

—¿El número tres? —preguntaron Moretti y Esther a la vez.

—Sí, ¿por?

—Esa es mi casa —dijo él.

Marcharon en silencio, intentando asimilar cada uno de los tres lo que podría significar ese dato, pero sin saber ni por asomo lo que se iban a encontrar.

Atardecía cada día antes en la ciudad, y más cuando había nubes, como en ese momento.

El lugar al que llegaron era más que conocido por la pareja de investigadores, aunque tenía un aspecto muy diferente al habitual esa tarde. El cordón policial impedía el paso por la acera a los curiosos que pudieran contaminar la escena del crimen. Apoyado en la fachada del edificio se observaba un cuerpo, como si se tratase de un mendigo de los que solía haber por la zona y el centro de la capital, aunque vestido de forma elegante y limpia. Cuatro agentes uniformados se mantenían alerta para que nadie pasase bajo la cinta de plástico azul y blanca. Seis operarios de la científica, con sus característicos trajes de «astronauta», como pensaba Esther cada vez que los veía, analizaban el suelo alrededor del cuerpo con linternas de luz ultravioleta. La responsable del Instituto Anatómico Forense, Mariángeles Fuentes, observaba el cuerpo tan cerca de él que parecía a punto de besarlo.

—Buenas tardes, o noches.

—No tan buenas para este tipo. Ni para mí, quiero irme a cenar.

—¿Te has aclarado el pelo?

—No, Esther, es el 9B, como siempre.

—Serán las luces de la científica, que lo aclaran y lo hacen parecer más frío, como azulado.

—¿Qué tienes? —preguntó Moretti—. Recuerda que no puedo verlo, así que dame todos los detalles que puedas.

—Varón blanco de cincuenta y nueve años, ochenta kilos y metro setenta y seis, presenta… ¿Esther? ¿Qué te pasa?

A la oficial se le había paralizado el rostro, casi desencajado en una mueca de sorpresa, tras observar el cuerpo.

—Es Daniel Segura, uno de mis profesores de la academia, impartía la asignatura de defensa personal.

—¿Daniel Segura? —preguntó Moretti—. Era inspector en la comisaría cuando yo entré como agente, luego decidió aceptar el cargo de profesor en la academia.

—Te lo aseguro, es él, a pesar de…

—¿De qué?

—Te lo digo yo, Hugo. Le han sacado los ojos, ha sido después de matarlo, por eso no hay sangre por la cara, no ha sentido nada.

—¿Tienes alguna hipótesis sobre la causa de la muerte?

—Si lo de los ojos te ha impresionado, aquí va la bomba: tiene un agujero en el cráneo.

—¿Un disparo?

—No, parece hecho con un taladro con una broca muy fina, de unos dos milímetros. Hay pequeños restos de sangre alrededor, eso sí se lo han hecho estando vivo.

—¿Lo han matado taladrando el cráneo y el cerebro?

—Dudo que haya muerto solo por el minúsculo agujero, ya que se trata de la corteza prefrontal, a lo sumo solo habría acabado con su memoria a largo plazo. Tengo que llevarlo a mi «oficina» para examinarlo más a conciencia. Os puedo decir algo mañana mismo.

—¿Algo más?

—Hay un cabello de color rubio oscuro en cada ojo, no parecen ser descuidos del asesino, sino puestos ahí de forma premeditada.

—Qué extraño.

—Sí. Bueno, sigo con la inspección, os enviaré mañana un informe.

—¿Tanta prisa?

—Esther —le dijo Moretti—, se trata de un policía, se suele dar prioridad cuando uno de nosotros es asesinado.

—Sí, lo recuerdo de cuando el asesinato del inspector Bruno Gómez. Está bien, Mariángeles, te dejamos para hablar con testigos y con la científica.

Gonzalo Iglesias, responsable del departamento de Criminalística, se quitó la mascarilla y salió a su encuentro.

—Moretti, tú vives aquí ¿verdad?

—Justo en este mismo edificio, la puerta está ahí, a diez metros.

—Con la de calles y edificios que tiene Madrid…

—Ya lo había pensado, ¿has encontrado algo?

—No hay sangre en el suelo, ni casquillos de balas. Todo lo demás es polvo, ya me comprendes.

—Claro, suciedad típica del suelo.

—He visto algo con los reactivos que hemos aplicado sobre la acera; hay marcas de goma, de caucho, como si fuesen dos neumáticos muy finos derrapando. Lo arrastraron y sus zapatos dejaron esa marca casi invisible. Tampoco hay sangre por el lugar.

—No lo mataron aquí, pero lo colocaron en este concreto lugar, ¿por qué motivo? —divagó el exinspector.

—Eso te toca descubrirlo a ti.

—¿Nadie lo vio? ¿A qué hora murió?

—La muerte sucedió hace más de doce horas según Mariángeles, aquí lo han descubierto a las siete de la tarde, pero a saber cuánto llevaba si los vecinos pasaron durante todo el día a su lado y lo confundieron con un mendigo borracho y dormido. Solo tenemos a la persona que se acercó a él y descubrió que estaba muerto, un agente lo tiene a la espera de que habléis con él.

—Gracias, Iglesias, mantenme informado si descubres algo más.

Comenzaba a hacer frío y Esther se puso su gabardina.

El testigo que descubrió el cuerpo y llamó a la policía permanecía en un lateral de la escena y custodiado por el agente que había obtenido su declaración y datos personales al llegar allí. El hombre tendría unos cincuenta años, delgado, cabello canoso y facciones

ovinas, vestía un chándal Adidas negro con rayas blancas.

—Buenas noches.

—Serán para ustedes, yo quisiera haber regresado a casa, mi familia me está esperando.

—Lamento mucho que hayamos tardado tanto en llegar y atenderle —dijo Esther—. Tenemos que hacerle una serie de preguntas, como comprenderá.

—Ya respondí a las del agente.

—No serán más de unos minutos, se lo garantizo.

El tipo resopló.

—¿Reconoce a la víctima?

—No, no la conozco.

—¿Vio cómo llegó al lugar?

—No, me lo encontré ahí y me llamó la atención por… ya sabe, por los ojos.

—Comprendo.

—Yo he salido a correr por el barrio, como todas las tardes tras volver del trabajo, no imaginaba que iba a encontrarme un muerto en mitad de la acera, esta zona es muy segura. No suelo fijarme en los mendigos, hay una docena por la zona, pero dio la casualidad que miré y vi los ojos.

—¿Ha tocado el cuerpo?

—Con el zapato.

—¿Cómo dice?

—Le di un pequeño golpe con el pie, ya sabe, para ver si estaba vivo, pero era imposible que lo estuviese con esa mueca en la cara; y parecía muy rígido, tenía el cuerpo duro, así que llamé a la policía.

—Le agradecemos que lo haya hecho.

Moretti pensó que no podía haberse fijado solo una persona en el cuerpo por la calle, así que preguntó:

—¿Reconoció a algunos vecinos del lugar por la calle? Mientras usted corría, seguro que había más gente.

—Algunos, claro, pero irían pensando en sus cosas y no se fijarían en lo que parece un mendigo más. También le conozco a usted, es vecino, ¿verdad?

—Sí, así es. ¿Podría darnos nombres de esos otros vecinos?

—No, solo los conozco de cruzarme a menudo por la calle con ellos o en algún comercio cercano.

—Gracias por su ayuda, puede regresar a su casa si ha dado sus datos de contacto al agente con el que habló un rato antes. Mi compañera le dará su tarjeta, no dude en llamar si recuerda algo que nos pueda ayudar.

No requerían más el servicio de África y así se lo hicieron saber, la chica les deseó buenas noches y se marchó tras decirles que estaría a las ocho menos cuarto de la mañana siguiente allí para llevarlos a la comisaría.

Una vez en la vivienda, Esther preparó merluza con patatas a lo pobre en el horno, además de una ensalada de lechuga y nueces, mientras Moretti se daba una ducha. Tras ducharse ella y terminar ambos con la cena, decidieron hablar sobre el caso.

—¿Te parece uno de esos que se solucionan en el momento?

—Dímelo tú, Esther, usa tu instinto.

—Yo creo que no.

—¿Ves? Vas adquiriendo ese sexto sentido.

—Lo que no me cuadra es que el asesino haya traído el cadáver aquí sin que nadie lo viese.

—Quizás lo haya visto alguien si lo han colocado durante la madrugada. En el caso de que haya sido durante el día, te aseguro que lo han visto docenas de personas, pero han pasado de largo.

—No comprendo esa actitud.

—Bueno, no todo el mundo tiene el mismo sentido o responsabilidad cívica. No se han querido meter en algo que no iba con ellos.

—Seguro que, si la víctima fuese un familiar suyo u otro ser querido, estarían preguntándose cómo de loco está el mundo para pasar de largo ante algo así.

—Ya va siendo hora de que aprendas de qué va este trabajo, lidiamos con personas, no con crímenes, a pesar de lo que te han enseñado en la academia; esas personas son asesinos, testigos, familiares, amigos, contratantes… Cada uno con su forma de ser y con sus valores.

—El mundo se va a la mierda, Hugo. Han puesto un cadáver en plena calle concurrida de Madrid y nadie se ha fijado y llamado a la policía, o hecho una foto del tipo. Puede que haya una docena de personas que le hayan visto la cara y que hayan observado el coche y la matrícula en el que ha llegado el criminal y se ha marchado sin que les haya importado. Quizás hasta vieran el propio crimen ante sus ojos, es lo que me dices con tu nueva lección. Vieron un crimen y miraron hacia otro lado para que no les salpicase y tuvieran que participar durante horas como testigos del mismo.

—Parece que no conoces el barrio, aquí viven empresarios, políticos, incluso algún futbolista, son personas adineradas y poderosas, o así se sienten ellos, que se preocupan solo de sus cosas, el resto es como si sucediese en una realidad diferente y alejada a la suya.

—Me quedo entonces con los obreros, con la gente humilde de los

barrios de periferia, como el mío.

—Sí, esas personas son más participativas y cívicas, aunque la televisión, el cine y las noticias las disfracen de villanos, de la escoria que sobra en la sociedad.

—Voy a recoger la mesa.

—Espera, quiero seguir hablando del asunto, tiene muchas incógnitas que lo hacen interesante.

—¿Interesante? No esperaba esa frivolidad por tu parte.

—No me malinterpretes, hablaba de lo que lo hace diferente a los demás.

—Sí, sacarle los ojos, esos cabellos colocados en los párpados, además del agujero en el cráneo.

—Esther, te olvidas de lo más importante.

—No te comprendo.

—El asesino podría haberlo matado y punto, haberlo enterrado o dejado tirado en algún barranco, pero lo ha desplazado, eso indica que quiere mandar un mensaje. Y lo ha dejado en un lugar céntrico y concurrido, ha hecho esto de forma deliberada y el mensaje que quiere darnos es más claro aún.

—¿Qué mensaje y a quién?

—Piensa, no solo tienes una memoria prodigiosa, todo tu cerebro lo es.

—Estoy en blanco, quizás por el cansancio.

—Pues esfuérzate un poco.

La chica permaneció en silencio unos minutos.

—¿Nada?

—No se me ocurre qué es eso tan importante que tú ves. Eres mi consejero, dame consejo.

—De las decenas de miles de edificios que hay en Madrid, el asesino ha decidido dejar a uno de los profesores que tuviste en la academia justo ante la puerta de donde vives, ¿no has pensado en eso?

—¿El asesino me está mandando un mensaje a mí?

—Es lo que creo. Dime algo sobre ese profesor.

—No mantuve nunca una conversación con él más allá de las clases.

—Algo habrá, piensa.

—Solo recuerdo que no me veía como agente, no pensaba que yo valiese como policía porque no era buena en la defensa cuerpo a cuerpo.

—¿Te suspendió?

—Sí.

—Es un comienzo.

Profesores

El reloj de la pared marcaba las once y cuarenta y siete minutos de la mañana cuando terminó la disección del cuerpo.

Mariángeles Fuentes no tenía más información, a la espera de los análisis de órganos y fluidos extraídos del cuerpo que harían sus muchachos en los días siguientes. Ya había cosido el cadáver y lo había guardado en su «nevera» correspondiente. Fue a prepararse un café y luego a redactar el informe preliminar para los investigadores. Se sentía agotada, esa noche no había dormido bien por una cena pesada y ahora eso se había unido a su lumbalgia, así que estaba de mal humor.

Cuando Esther recibió en la bandeja del correo electrónico el informe de la forense, ya tenía dos carpetas nuevas con sendos casos sobre la mesa, Simón se había propuesto cobrarse con creces la semana de vacaciones.

—Hugo, ya tengo el informe preliminar de Mariángeles sobre el cadáver de ayer.

—Ilústrame.

—Ácido, el asesino hizo un orificio en el cráneo para luego inyectar ácido en el cerebro, este le produjo una muerte lenta y espantosa. El cerebro no tiene terminaciones nerviosas, pero es el órgano que controla el resto del órganos y tejidos del cuerpo, así que le iría produciendo un colapso de sus sentidos y del funcionamiento de pulmones, estómago, páncreas, riñones… incluso del sistema nervioso, el dolor debió ser inimaginable y durante horas hasta la muerte. Joder, qué macabro y sádico.

—Cosas peores hemos visto. ¿Qué te sugiere ese dato?

—Pues no me dice nada, salvo que el tipo es un sádico, como te he apuntado.

—Quizás lo hiciese como venganza.

—¿Venganza?

—Esa puesta en escena, esa forma de matar tan atípica, colocar luego el cuerpo en mitad de la calle…

—Comprendo.

—Es un mensaje, estoy seguro.

—Nunca te equivocas.

—El orificio lo hizo para inyectar el ácido en la zona del cerebro

que controla la memoria a largo plazo, ya lo oíste ayer por parte de Mariángeles. La víctima es un profesor que tuviste en la academia, de uno que te suspendió; colocaron su cuerpo en el edificio en el que vives y tu don es el de la memoria eidética.

—¿Sigues pensando que me manda un mensaje el asesino?

—¿Tú no?

—Es que me asusta esa idea y no quiero contemplarla. No asimilo que haya quien tenga algo contra mí, no he hecho nunca daño a nadie.

—Todos hacemos daño a los demás sin darnos cuenta, la mayoría de las veces sin pretenderlo, actuamos siguiendo nuestro deseo o instinto, lo hacemos sin mala intención, pero lo que sienten esas personas a nuestro alrededor es algo que no podemos controlar, a veces ni somos conscientes de ese dolor o decepción.

—¿Le he hecho daño a alguien y ahora está matando por ello?

—Puede sonar como una locura, pero no es algo a descartar. Deberías pensar en las personas con las que has interactuado en los últimos años, qué has podido hacer para que se sientan dolidas. Céntrate en la época de la academia.

—Eran muchos profesores y alumnos, me esforcé para dar lo máximo de mí misma, para aprobar y conseguir una plaza; ni siquiera salía con los compañeros a tomar una copa los fines de semana, como solían hacer ellos a menudo.

—¿Mantuviste alguna relación con alguno?

—Con nadie, te lo aseguro.

—Es extraño, no tiene sentido, pero mi instinto me lleva a pensar en que ahí está el origen de todo.

—¿Y si ha sido solo casual?

—¿Te refieres a que el asesino tenía una cuenta pendiente con la víctima y la mató de esa forma para luego llevarla al edificio en el que vives?

—Sí, suena forzado, nada casual.

—Si quieres oxigenarte y pensar con más claridad, ponte con los casos que nos ha dado el comisario, trataremos de resolverlos entre hoy y mañana.

Ella se encogió de hombros y dijo:

—Me cuesta concentrarme; te haré un resumen y tú me das tu opinión. Tenemos a dos chicos de veintiuno y diecinueve años muertos en un accidente de coche en el que hay evidencias de manipulación del vehículo; el otro caso va del homicidio por estrangulamiento de una señora de cuarenta años en una calle cercana a su vivienda. ¿Tienes alguna sugerencia?

—No funciona así, cuando mi intuición me dicta el camino a seguir o me indica quién es el asesino, ya hemos entrevistado a los

implicados y testigos, son ellos con su actitud y respuestas los que se delatan.

—Comprendo. Pero… ¿Quieres que vayamos a entrevistarnos con la familia, amigos y compañeros de trabajo del profesor de la academia? Creo que ese caso es más importante.

—Sí, llama a África para que tenga el coche listo.

La vivienda del profesor Daniel Segura se situaba en el barrio de Campamento, en un edificio de protección oficial que tendría más de sesenta años. Esther se quedó mirando la fachada durante unos segundos, lo que hizo que Moretti se interesase.

—¿Ocurre algo?

—Imaginaba que en la academia pagaban más, este edificio se cae a pedazos.

—No juzgues antes de entrar en la vivienda.

—¿Me vas a decir que por dentro parecerá un palacio?

—No, ya lo descubrirás tú sola si eres observadora.

África no pudo acompañarles porque no había sitio donde aparcar y se tuvo que quedar en el coche, en doble fila, para moverlo si estorbaba o aparecía la policía local y esta llamaba a la grúa por no tener información sobre esa matrícula, ya que el Audi no era un vehículo oficial, pero contaba con los mismos derechos.

La pareja subió a la segunda planta, donde la viuda de Segura los recibió en la puerta.

—Lamentamos mucho su pérdida.

Ella asintió sin decir palabra, tenía el rostro desfigurado por tantas horas llorando que le habían inflamado los ojos y la nariz. Les indicó con gestos que pasasen al interior y les trajo un café, aunque no lo había ofrecido antes. Esther prefería un té, pero dio dos sorbos a la taza sin decir nada.

Moretti tomó el control de la entrevista, era la tercera vez que lo hacía a la pareja de un policía asesinado y eso le daba aún mucho respeto a la oficial.

—Matilde, ya sabes cómo va esto. Yo pregunto, tú te tomas tu tiempo en responder. Perdona si alguna pregunta es indiscreta, pero forma parte del ritual.

Ella asintió con la cabeza.

Esther observaba las fotos de las paredes, ¡seis hijos nada menos! Dos de ellos se veían en sus fotos de graduación en la Universidad.

—Matilde, ¿sabes si estos últimos días Daniel ha estado más nervioso de lo habitual?

—¿Estos últimos días? Pero si desapareció el domingo.

—¿Cómo has dicho? Lo siento, pero nuestros informes no

contienen ese dato.

—Llamé a los compañeros ese mismo día, puse la denuncia por la noche, aunque me dijeron que no se cursaría hasta el lunes, cuando se cumpliesen las veinticuatro horas; pero no he sabido nada de los investigadores que llevan el caso, no me han llamado hasta anoche para decirme que había aparecido muerto.

Moretti hizo un gesto a Esther y ella se levantó para ir al pasillo de la vivienda a llamar a la central.

—Desconocíamos ese dato, es extraño que no aparezca en el informe. ¿Te dijo a dónde iba el domingo?

—Salió para ver el partido de liga del Madrid, el derbi, el bar está a dos calles de aquí, como solía hacer cada fin de semana, serían las nueve menos cuarto de la tarde. Estaba como siempre, risueño aunque cansado por su dolor de espalda; hacer tantas clases de judo le estaban pasando factura, pero se negaba a bajar el ritmo, decía que se sentía más fuerte y lleno de vida que a los veinte años, cuando fue campeón de España de judo.

—Lo recuerdo presumir de eso cuando llegué como agente novato a la comisaría, solo coincidimos durante seis meses antes de que eligiese enseñar en la academia a seguir casos de homicidio. Era muy jovial, participativo, buena persona; siento no haber hablado mucho con él durante ese tiempo en la comisaría, pero comprenderás que allí somos muchos y no siempre pertenecemos al mismo grupo ni tenemos el mismo turno, además de la diferencia de edad.

—Perdona si te molesta, pero ¿cómo trabajas de policía siendo ciego?

—Soy asesor, un accidente durante un caso… Ahora la investigación la lleva la chica, no la juzgues por su juventud, es lo mejor que tiene la Policía, te lo garantizo.

—Gracias, dale las gracias a Simón por haberos enviado a vosotros. Ojalá hubieran enviado a los mejores también cuando desapareció Daniel.

—Tanto en homicidios como en desaparecidos, además de robos, violencia doméstica y otros asuntos igual de importantes, hay tantos casos que estamos desbordados, aunque sé que eso no te consuela ahora.

Ella se sonó la nariz con un pañuelo de papel como respuesta, estaba llorando de nuevo.

—No me han querido decir cómo murió. —Le había costado mucho titubear esas palabras, que escondían realmente una pregunta.

—Te garantizo que no sufrió dolor, un disparo en la cabeza, fue rápido —mintió.

—No me mientes, ¿verdad?

—Nunca lo haría.

—¿Quién querría hacerle algo así? Era tan bueno…

—A saber, cualquier detenido o encarcelado en su época de inspector, para descubrir eso estamos nosotros.

—¿Por qué me han dicho que no puedo verlo y que se tiene que velar con el ataúd cerrado?

—El disparo le desfiguró la cara y ya sabes que en esos casos…

—Sí, comprendo —dijo sin reprimir las lágrimas que no cesaban de brotar.

—Matilde, tenemos que seguir indagando. Necesito saber si Daniel tuvo discusiones o tenía asuntos pendientes con alguien.

—En absoluto, te lo garantizo, él me lo contaba todo. Cada noche al acostarnos me resumía su día a día, me contaba qué aspirantes a policía eran los mejores y cuáles parecían solo interesados en ser funcionarios para obtener un sueldo de por vida, me daba detalles de lo que había almorzado y de las conversaciones que había mantenido con quienes se cruzase ese día, aunque fuesen vecinos o antiguos amigos. No teníamos secretos y yo hubiera sabido que él estaba pasando por una situación inusual.

—Comprendo, también te envidio; tras tantos años de matrimonio, es difícil encontrar a una pareja que se siga llevando como al principio de la relación. Ahora quiero preguntarte por un nombre, a ver si tenemos suerte.

—Dime.

—Esther Gallardo.

—¿No es el nombre de tu compañera?

—Sí, pero haz memoria. ¿Alguna vez te habló Daniel de ese nombre como alumna?

—No… no lo recuerdo.

—Gallardo fue alumna de tu marido desde finales del dos mil diecinueve hasta finales del dos mil veintiuno.

—¿Qué tiene eso que ver con su muerte?

—No lo sabemos, solo es un dato más que puede ser relevante o no significar nada. ¿Seguro que no recuerdas su nombre?

—No, lo cierto es que no.

Esther regresó y aprovechó la pausa en la conversación de Moretti para decir:

—Existe un informe por la desaparición de Daniel Segura cursado en la madrugada del domingo pasado, pero no hay datos de que se haya investigado a fondo el asunto.

—Gracias, Esther, lo miraremos de regreso a la comisaría. Matilde, ¿se ha llevado la científica el ordenador y demás artículos de Daniel?

—Sí, anoche, tras darme esa horrible noticia.

—Te lo devolverán todo en unos días.

—Sí, sé cómo funciona esto.

Hugo se levantó y la mujer hizo lo mismo.

—¿Vais a coger al que ha hecho esto?

—En eso estamos, te lo garantizo.

—No lo garantices, prométemelo.

Hugo se quedó callado, no prometía nunca nada sin saber si podría cumplirlo. La mujer lo abrazó con todas sus fuerzas en un arrebato, llorando como si la vida se le escapase del cuerpo sin poder evitarlo.

—No se lo merecía —añadió ella en un susurro—, no sabes lo bueno que era, no se lo merecía, no se lo merecía…

—Te lo prometo, lo atraparemos —le susurró él al oído.

Daniel Segura no tenía muchos amigos fuera de su círculo de compañeros del trabajo, así que sería rápido centrarse en entrevistarlos a la espera de que la científica hallase algo jugoso de los mensajes del teléfono móvil y del correo electrónico de su teléfono y su ordenador personal.

Llegaron en treinta y cinco minutos al número ocho de la calle de las Delicias, donde se ubicaba la academia de la Policía Nacional. Durante el trayecto en coche Moretti preguntó a Esther:

—¿Ya descubriste por qué viven en ese domicilio?

—Seis hijos, qué barbaridad, y con un solo sueldo, no comprendo cómo han podido alimentarlos, vestirlos y darles educación a todos.

—Hay quien vive para tener un Porsche, una casa en la playa, viajar… y otros viven para ser felices junto a sus hijos.

—Tú sabías que tenía esa familia.

—En absoluto. En el fondo apostaba a que el inmueble por dentro estuviese vacío de electrodomésticos.

—¿A qué te refieres?

—A que pensaba que Daniel Segura podría gastarse el sueldo en prostitutas, ser ludópata o drogadicto.

—¿Lo dices en serio?

—Siempre, nunca bromeo con el trabajo. Hay muchas formas de malgastar el sueldo. Me alegro de que el caso de Segura fuese el más romántico de todos.

—Capullo, claro que estás bromeando, y por supuesto sabías lo de sus hijos.

—En la comisaría no paraba de hablar de ellos.

—Te odio.

África escuchaba en silencio, no quería participar por dos motivos: no sabía de qué diablos hablaban y tampoco quería enfadar a la oficial, que, por algún motivo que desconocía, se mostraba fría y desagradable con ella.

—África.

—Sí, os espero aquí.

—No, has dicho que el coche está bien aparcado —dijo Moretti—. Ven con nosotros, vamos a tardar un buen rato.

—¿En serio? Gracias. ¿Sabéis que yo estudié aquí?

—Yo también —dijo Esther con recelo.

La recepcionista parecía tener casi cien años, levantó la mirada sobre las gruesas gafas al verlos entrar, entornó los ojos para adaptarlos a la distancia y abrió una boca de labios inexistentes de par en par.

—¿Moretti? ¿Eres el niño Hugo?

—¿Aún te acuerdas de mí? ¡Qué digo! Asunción, ¿cómo sigues trabajando en este antro?

—¡Ja, ja, ja! —La anciana rodeó el escritorio y salió para abrazarlo con fuerza, la vitalidad no la había abandonado.

—No aprietes tan fuerte, me vas a partir una costilla.

—No digas tonterías, estás más duro y fuerte que nunca. Por cierto, no sabes cómo lloré cuando me dijeron lo de tu accidente y la ceguera. Luego me hablaron de que estabas de nuevo como asesor y resolviendo casos importantes. Eres el orgullo de esta academia.

—No digas eso, que me avergüenzas ante las chicas.

La mujer se dirigió a ellas.

—Aprended todo lo que podáis de este chico, es el mejor alumno que ha salido de aquí y así lo ha demostrado. No imagináis la suerte que tenéis. —No dio opción a respuesta, pues en el acto cambió su actitud para decir—: Os voy a traer un café bien rico y nos ponemos con lo de Daniel, pobrecito, nos hemos enterado esta mañana de su muerte y estamos todos que no podemos creer que algo así le haya pasado.

Los condujo a través de un pasillo hacia un aula, ahora vacía, una que recordaban los policías por haberla usado durante dos años; y los abandonó durante unos minutos para traerles luego el café y llamar al resto de profesores para que fuesen a la entrevista.

—Así que eres el mejor que ha pasado por aquí…

—Exagera, Asunción está ya mayor. No tuve notas destacables, te lo aseguro.

—Pues a nosotras no nos ha reconocido siquiera y estuvimos aquí hasta hace un año o dos.

—Entonces es que se fijaba en otra cosa —dijo África.

—¿En qué otra cosa?

—Bueno, supongo que en el físico.

Esther la miró en silencio y tratando de no mostrarse celosa por el comentario. Moretti contuvo la sonrisa todo lo que pudo. África estaba roja como un tomate. Por suerte, llegó Asunción con la bandeja de los cafés para romper con la tensión.

—En un momento tendréis aquí a los profesores para hablar de esa desgracia sobre Daniel, pobrecito; su mujer es un cielo y tiene a un hijo en esta misma academia a punto de salir para ser vuestro compañero. El pobre está desolado, como comprenderéis.

—Gracias, Asunción. Por cierto, ¿viste a Daniel algo diferente estos últimos días o te dijo algo inusual?

—¿A mí? ¿Por qué iba a hacer eso? Era el de siempre.

—Claro. Gracias por tu atención, eres un amor.

—Uy, gracias, zalamero.

Tardaron los profesores en llegar unos minutos, justo tras terminar la última clase del día, minutos incómodos en silencio en el aula, ya que ninguno quiso añadir nada más a lo sucedido.

Moretti no reconoció el tono de voz de ninguno de los que llegaron, claro que llevarían allí trabajando desde después de salir él de la academia. Las dos chicas, por contra, los conocían a todos. Se sentaron en las sillas, como si fuesen alumnos, tras presentarse y preguntarles a los investigadores qué sabían de la muerte de Daniel Segura.

—Veo que todos conocéis la noticia, no me extraña —dijo el ciego—. No tenemos aún datos que daros, solo que fue asesinado y colocado luego en la calle, claro que eso ya lo sabréis vosotros porque se habrá filtrado.

La entrevista se extendió durante casi dos horas y ninguno de los compañeros de la víctima aportó nada, como ya había sucedido con la recepcionista y como intuía en silencio Moretti. El único punto destacable de la reunión fue que Esther y África echaron en falta a Narciso Díaz, profesor de la asignatura de práctica de tiro. Esa tarde no había ido a trabajar y en la academia no sabían el motivo.

De vuelta al coche:

—No hemos sacado nada para avanzar.

—Esther, ¿se puede saber qué te pasa? Parece que no veas lo que tienes delante.

—Que la recepcionista te recuerda porque la ponías cachonda, solo he visto eso.

—Haré como que no lo he oído. Falta un profesor y nadie sabe el motivo de su ausencia.

—Estará enfermo.

—Gracias por el apunte, África. Por cierto, pon rumbo a su vivienda. Sé que es muy tarde y todos queremos regresar a casa para descansar, pero necesito comprobar ese dato.

La agente obedeció, tenía la dirección del profesor tras habérsela dado la recepcionista; Esther se mantuvo callada durante el trayecto.

Desaparición

Francisco llevaba todo el día caminando por la vivienda sin saber qué hacer, a pesar de haber limpiado —cuando no estaba la casa sucia—, cocinado dos almuerzos y una cena para los siguientes días, además de ordenado los libros de la pequeña biblioteca del salón. ¿Por qué Narciso no aparecía o llamaba al teléfono? La espera lo estaba volviendo loco.

¿Era por la discusión de la noche anterior? Imposible, ni siquiera se podría llamar así a la conversación que mantuvieron al no ponerse de acuerdo con el destino de sus próximas vacaciones.

Fue de nuevo a la cocina, abrió la puerta del frigorífico y miró dentro, como las veces anteriores, sin buscar nada en concreto, y volvió a cerrarla. Regresó al salón, donde no había encendido las luces y la oscuridad lo sumía todo en un ambiente desangelado, peor que eso, sentía el piso extraño, como si de repente, con la ausencia de Narciso, hubiera pasado de ser un hogar a una casa cualquiera. Ya no se sentía a gusto allí, hasta sentía frío al caminar sin parar por las estancias y pasillos.

¿Por qué no llamaban los policías? Había informado de la desaparición esa misma mañana, ¿sería verdad que no harían nada hasta haber pasado un día entero? ¿Y si estaba en peligro o malherido? Esa idea era la más horrible y la que decidía brotar en su mente con más frecuencia, sádica y perturbadora por igual.

Asimismo, se había prometido mantener la calma, pero la promesa no la podía cumplir ni por asomo.

«¿Dónde estás? ¿He hecho algo malo? ¿Estás enfadado conmigo y me haces esto como castigo? Iremos donde tú quieras en las vacaciones, pero vuelve, por favor, vuelve ya».

Y sonó el timbre del telefonillo. Fue corriendo como si la vida le fuera en ello a contestar. Ojalá fuese él.

Sí, seguro que Narciso había sido víctima de un robo y no tenía ni el teléfono ni las llaves, aunque no comprendía para qué querría un ladrón robarle las llaves de la casa. Pero no era Narciso, sino dos policías, lo que hizo que se le encogiese el corazón.

Llegaron a un piso del barrio de La Latina, justo en una calle en la que ponían el rastro cada domingo y cercano al monasterio de la Concepción. Llamaron al telefonillo y subieron los tres, gracias a que

África encontró hueco para aparcar en la misma zona por pura casualidad a esa hora.

El hombre, de unos cincuenta años y vestido con pijama, los atendió con premura.

—¿Saben algo de Narciso? —inquirió con ansiedad al verlos llegar.

—Precisamente venimos a preguntar por él.

—Pero… ¿ustedes no son de Desapariciones? He llamado esta mañana.

—¿Cuánto hace que ha desaparecido?

El hombre se alteró al comprobar que no eran de la brigada de Desapariciones.

—Narciso salió anoche a dar un paseo, yo me acosté y no me di cuenta de que no había llegado hasta esta mañana, cuando desperté. Desde muy temprano no responde al teléfono, como si estuviese apagado, pero ya habría llamado desde uno público o habría pedido un móvil a cualquiera con el que se hubiese cruzado. No está en ningún hospital, los he llamado a todos, y siento en mi interior que algo malo le ha pasado. No sé si me comprenden, es algo que uno siente dentro, aunque no sepa explicarlo.

—Lo comprendo, créame. ¿Qué relación mantiene con Narciso?

—Soy su marido.

—Encantado de conocerte. Y llámame Hugo, tu marido es un compañero y tú te sentirás más cómodo con ese trato.

—El trato me da igual, solo quiero que vuelva y saber que está bien.

—Entonces actuemos con toda la prisa posible y así seguiremos con nuestro trabajo.

Moretti le hizo una docena de preguntas de rigor, luego se marchó con su dos acompañantes asegurando antes que harían todo lo posible por encontrarle, aunque aún quedaban demasiadas piezas del puzle por encontrar y luego ubicar.

África los dejó ante la vivienda del exinspector y se despidió como la noche anterior. La pareja entró en el edificio.

—¿Se puede saber qué te pasa con la chica?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué pasa con África? Es como si la culpases de la muerte de Ignacio. Vale, disculpa, no quería decir algo tan grave, pero es que te muestras muy… ¿agresiva?

—¿Eso piensas?

—Ya has puesto el tono de voz de siempre.

—¿Qué tono de voz?

—Ese que tienes ahora, frío, seco, distante; la barrera que usas para permanecer al otro lado, a salvo.

—No sabes lo que yo…

—Esther, Nacho no va a volver, asúmelo. Tampoco tu madre.

—Vete a la mierda. —Y ella se marchó al dormitorio corriendo.

Moretti se dirigió a la estancia y dio unos golpecitos a la puerta, otra vez, otra más.

—Esther, por favor, ya hemos hablado mucho sobre esto, dijiste que te ayudase a superarlo.

Silencio.

—Esther, no te cierres, sal de la cueva.

Silencio.

—Me prometiste que harías un esfuerzo.

—No era el momento de mencionar a mi madre, tampoco a Nacho.

Estaba llorando.

—Cualquier momento es adecuado.

—No, ahora no.

—Esther, confía en mí. ¿Puedo pasar?

—Es tu casa, no necesitas mi permiso.

—Es nuestra casa y sí necesito tu permiso.

Ella salió de repente y lo apartó con el brazo para irse al baño.

—No te hagas esto.

—¿Qué me hago?

—Daño, te haces daño. Lo haces porque deseas.

—Tú no puedes saber eso.

—Tienes a tus seres queridos que se han marchado en la mente como homenaje, los lloras a diario para hacerles saber que sigues queriéndolos.

Ella se quedó paralizada justo ante la puerta del cuarto de baño.

—Esther, ellos no quieren… no querrían que los recordases con lágrimas, sino con sonrisas. No puedes llorar a diario como homenaje al amor que sentías por ellos, eso no es sano. A un ser querido que ya no está hay que recordarlo con el corazón, no con la mente, el cerebro te pide lágrimas y eso es como estar muerto en vida.

—No puedo ser diferente, soy como soy.

—Claro que puedes ser diferente, eres fuerte y valiente, solo tienes que proponerte cambiar. Con lo terca que eres, nada te hará impedir que lo logres.

—No quiero hablar más sobre Nacho, mucho menos sobre mi madre.

—Vale, pues hablemos sobre el caso.

—No tenemos nada.

—Recapitulemos mientras te duchas, no te importará que esté en el baño a tu lado, ¿verdad?

—Si es lo que quieres…

—No te muestres tan distante y esquiva, por favor.

—Ahora no puedo darte otra versión de mí.

—Usa esa rabia que percibo en ti para canalizarla hacia el caso y tratar de descubrir al asesino.

—No lo atraparemos en mucho tiempo, te lo aseguro.

—¿Cómo estás tan segura?

—El primer profesor desapareció y tres días después pusieron su cadáver en la fachada de este edificio. El segundo profesor ha desaparecido hace unas veinte horas, le quedan poco más de dos días para aparecer de igual modo en el mismo sitio.

—Yo también lo había pensado.

—Ese profesor también me suspendió.

—Joder, Esther, tenemos una pauta, eso es algo demasiado serio y debemos estar previstos ante todo lo que pueda suceder.

—¿A qué te refieres?

—A que el asesino acabe yendo a por ti.

Ni siquiera había encendido las luces de la cocina, ni pensado en sacar la cena del frigorífico para calentarla y probar bocado. Francisco solo pensaba en él, en Narciso, en si estaría bien o lo necesitaba, pero no podía ayudarlo, no sabía dónde se encontraba para ir a por él y rescatarlo. Esa impotencia le provocaba una ansiedad como nunca antes había sentido. Guardaba muchos medicamentos en la casa, sonrió al comprobar que los ansiolíticos de la vez pasada no estaban caducados, así que se tomó tres de golpe y con una copa de vino tinto.

Vino tinto, el favorito de Narciso para el asado que le había preparado por la mañana.

La medicina no estaba caducada pero, aun así, no logró que durmiese en toda la noche.

Interrogatorio

Hablar del caso la noche anterior relajó algo la conversación, aunque el tono de Esther indicaba que seguía tensa y enfadada por haberle mencionado a Nacho y a su madre, cosa que no esperaba el exinspector a pesar de sus años de oficio tratando con gente dolida y afectada por traumas; poco avanzaría ella en su lucha por reducir el narcisismo que se había autodiagnosticado si no afrontaba esos miedos y decidía permanecer encerrada en su mente, eso apartaba de ella por completo a su pareja laboral y sentimental en la vida.

Les costó dormirse, más allá de las doce, y a la mañana siguiente no se percibían mejoras. Hugo Moretti decidió dejar la importante conversación para más adelante, darle tiempo a la chica para que se calmase y meditara sobre lo sucedido, así estaría más participativa y menos a la defensiva.

Desayunaron en silencio y partieron de igual modo junto a África hasta la comisaría. Un paso adelante, aunque fuese pequeño, se percibió en el saludo amable de la oficial a la agente al entrar en el coche.

El ritual de subir las persianas y encender el ordenador de ella se reprodujo como cada mañana, además de dejar sus abrigos en el perchero, refrescaría al salir de allí; también él fue a por un café y un té verde a la cocina para soportar mejor las horas de investigación.

En el despacho, unos minutos más tarde, se encontraron de repente con la llegada del comisario y del director de la Científica.

—¿A qué se debe el honor?

—A un descubrimiento muy importante sobre el caso de Daniel Segura.

—¿Tenemos una pista para hallar al asesino?

—No exactamente, eso creo y espero, al menos —dijo Gonzalo Iglesias. Moretti y Esther no comprendieron ese «espero»—. Hemos identificado a la persona cuyos cabellos estaban en los párpados de la víctima.

Moretti sintió la presión llegar al estómago con vehemencia. Había olvidado por completo una conversación importante…

—Bueno, di algo más —apremió el exinspector entre dudas—, no empieces con tus pausas para dar dramatismo.

—Los dos cabellos son tuyos, Esther.

La aludida no daba crédito a lo que acababa de oír, los miró a todos, de uno en uno, y preguntó en un hilo de voz:

—¿Es eso una broma?

—En absoluto.

—Pero… ¿cómo…?

Habló Moretti tras tragar saliva:

—Esther, tenía una corazonada y llamé ayer a Gonzalo por teléfono, le pedí que buscase cabellos tuyos en tu escritorio para cotejarlos. Nosotros no estamos fichados, así que el sistema de reconocimiento de ADN hubiese tardado un siglo en encontrar a un delincuente fichado, esto era más rápido para empezar con la búsqueda.

—¿Una corazonada? ¿Por qué no me dijiste que habías hecho eso? ¿Mi ADN?

—Porque no había nada que decir, solo era una línea de investigación más, algo que podría ser erróneo, que deseaba que fuese así; pero que podría ahorrarnos muchas horas valiosas en la investigación.

—A pesar de eso, me hubiera gustado saber que sospechabas de que fueran mis pelos los que pusieron en los párpados de la víctima y que habías dado esa orden.

El comisario intervino.

—Chicos, estamos aquí para resolver crímenes y este dato nos demuestra que el asesino te está mandando un mensaje, Gallardo, que eres una pieza clave en sus acciones. Dejemos todo lo demás al margen y centrémonos en esta pista, en descubrir el motivo de los crímenes, en saber lo que tiene contra ti.

La chica no estaba conforme, ni había oído al comisario, necesitaba urgentemente una conversación a solas con su compañero para que le diese explicaciones. Se sentía defraudada y engañada por quien había confiado en ella desde el principio.

—Gallardo, os dejamos a solas unos minutos. Luego quiero que bajes a la sala doce.

Ella se giró para mirar a Simón. Estaba visiblemente aturdida.

—¿A dónde?

—Es el procedimiento, tenemos que entrevistarte.

—No, eso lo puedes hacer aquí, en tu despacho o en la cocina, vais a interrogarme. La sala doce es para interrogatorios de sospechosos.

—Llámalo como desees, pero es el paso siguiente y hay que darlo; la conversación tiene que ser grabada y lo sabes. Todos sabemos que no tienes nada que ver con el crimen, todos aquí confiamos plenamente en ti, pero hay que indagar en lo que tengas en tu mente para sacar algún dato que nos acerque al asesino. Os recuerdo que hay otro de tus profesores desaparecido.

Esther desvió la mirada del comisario, tampoco le respondió, solo podía mirar a Moretti, solo a él.

—¿Cómo has podido? Ni siquiera me lo has dicho.

—Te lo repito —dijo él cuando Gonzalo y Simón ya se habían marchado del despacho—. Era una corazonada, no consideré…

—¿No consideraste qué? —gritó.

—Por favor, no te pongas así.

—¿Así cómo? ¡Ahora me van a interrogar!

—Mera formalidad, es algo habitual, nadie sospecha de ti. Por el amor de Dios, tus cabellos en la víctima, era tu profesor, te había suspendido, lo colocaron donde vives y hay otro desaparecido en las mismas circunstancias.

—Aun así no debiste… Quizás debería regresar a vivir en mi apartamento.

—No hagas eso, no me lo hagas a mí ni tampoco a ti.

—¿Qué estoy haciendo?

—Llevando lo de ayer a un nivel superior, personal. Ayer yo solo quise ayudarte, no pensé que mencionar a Nacho y a tu madre te fuese a provocar todo esto.

—¿Ahora soy una histérica?

—Nadie ha dicho eso. Eres una policía muy capaz y debes ser consciente de lo que tienes delante, es un caso en el que el asesino tiene una rencilla personal contigo; no estás sintiendo el peligro que eso implica.

—¿Ahora soy una mala policía o una persona imprudente?

—No puedo hablar contigo si estás así de alterada y a la defensiva. Cálmate, por favor.

—Está claro que soy una histérica. Pues bien, dejemos todo esto y vayamos a por el caso.

—¿Todo esto?

—No creo que funcione nuestra relación así, no me esperaba que tomases mi ADN a mis espaldas para seguir con el caso como si yo fuese una sospechosa.

—Joder, Esther, es algo que hice en un impulso porque pensé que eso podría ser significativo; y en ningún momento he pensado que seas sospechosa, solo quería saber si ese asesino te había marcado para mandarte su mensaje, y ya has visto que así ha sido, que no me equivoqué. Fui a decírtelo al llegar a casa, pero empezamos la conversación sobre pasar página con las personas que queremos y han desaparecido y no recordé el asunto hasta que ahora han llegado Gonzalo y Simón.

—Eso no me vale como excusa, debiste decírmelo incluso antes de llamar a Gonzalo para que buscase cabellos, se los hubiera dado yo misma.

—¡No lo consideré importante, joder!

—¿Una línea de actuación tan personal, que implica a tu

compañera laboral y sentimental, y no es importante?

—Pues la fastidié, me equivoqué, debí decírtelo y lo comprendo ahora. Lo siento, ¡lo siento, joder!

—Nunca te había visto gritar, ni estar así de alterado.

—Gallardo, debes dejar de tomarte todo lo que sucede a tu alrededor, incluso lo que te implica a ti, como un ataque a tu persona. Piensa antes de hablar, medita antes de reaccionar como si vivieses una guerra con el resto del mundo. Como hiciste ayer también. Parece que no comprendes que la gente que te quiere no desea hacerte daño y que las acciones que afronta no son un ataque.

Ella comenzó a llorar, aunque trató de que no la oyese Moretti, sin éxito.

—No hagas eso. Por favor, no llores; te quiero entera, fuerte y decidida a progresar, tanto en el caso como en tu narcisismo. Me pediste que te ayudase, pero no pones nada de tu parte.

—Necesito ir al baño, no quiero seguir con la conversación. Ya me interrogas luego.

—No lo haré yo, no sería capaz; lo hará Simón en persona.

Esther entró en un cubículo del cuarto de baño y se sentó en la tapa de la taza del váter tras cerrar la puerta, usó varios trozos de papel para limpiarse las lágrimas y la nariz. Respiró hondo cinco veces en un intento de calmarse, oía a otras agentes y oficiales moverse al otro lado, no quería que le hiciesen preguntas incómodas, y sacó el teléfono móvil para llamar a su hermana. Se había prometido que la llamaría solo para ver qué tal estaba su familia, que no la usaría más como apoyo y consejera, como el pilar que la mantenía en pie, eso debía hacerlo ella por sí sola, pero en ese momento no se sentía capaz de dar un solo paso sin consultarle primero.

—¿Esther?

—Hola, Gloria.

—¿Qué te pasa? Ese tono que oigo es de estar llorando.

—Esto de ser policía es una mierda, hermana.

—Vamos, no digas eso, me recuerdas a cuando me dijiste que haberte apuntado a gimnasia rítmica era una mierda cuando solo llevabas tres meses y te había dicho una profesora que no tenías la elasticidad adecuada; también a cuando entraste luego en el instituto y suspendiste literatura porque te dijeron que no habías comprendido el libro del que iba el examen, pues tú lo habías memorizado en lugar de analizar lo que deseaba expresar el autor; también cuando…

—Vale, ya me ha quedado claro.

—No puedes derrumbarte en cuanto aparece un contratiempo, sino solucionarlo antes de que se convierta en un problema sin solución.

—Siempre me dices lo que necesito oír, lo que me hace comprender que me equivoco.

—Todos nos equivocamos.

Se limpió las lágrimas y la nariz de nuevo, respiró hondo y dijo:

—Le he dicho a Hugo que no seguiré con él.

—¿Te refieres a como compañero en la comisaría o como pareja?

—A eso último.

—Por Dios, mi niña, no te puedes enfadar con tu pareja cada vez que hace algo que no esperabas o que no es lo que hubieras hecho tú; tienes que darle libertad, la misma que deseas que te dé él a ti. Tienes que dialogar con calma las cosas que no te gustan de los demás, y también aceptar el diálogo de ellos y sus opiniones sobre las cosas que no les gustan de ti.

—¿Crees que todo esto ha sido un berrinche?

—Dímelo tú.

Ella respiró despacio, tratando de pensar en lo ocurrido, tanto la noche anterior como esa mañana, y claudicó.

—Menos mal que te tengo a ti para hacerme comprender cuándo me equivoco.

—Ya no eres una niña que desea ser campeona del mundo de gimnasia rítmica, sino una mujer, psicóloga y oficial de policía; tú deberías saber mejor que nadie lo que ocurre a tu alrededor y, lo más importante, cómo reaccionar ante eso.

—Ahora solo me siento como una estúpida, como una niña pequeña que ha hecho lo incorrecto.

—No te culpes por todo, tienes muchas presiones en el trabajo y sigues sin pasar página tras la muerte de mamá; pero eres inteligente y tienes que trabajar en ti para avanzar. Me gustaría verte más independiente, de verdad. Me gusta que me llames, pero no para que guíe tu camino, ese debes caminarlo sola, como todo el mundo. ¿Has visto que yo nunca te pido consejo sobre mi matrimonio, mis hijos o mi trabajo? Es porque tomo las decisiones y acepto las consecuencias cuando me equivoco.

—No soy tan fuerte como tú.

—No hagas eso, no te apoyes en alguien fuerte para que te aporte seguridad, debes ganar esa fuerza en tu interior. Lo hacías con mamá y ahora conmigo, buscas que te indiquen cada paso del camino, pero es tu vida y debes vivirla con valentía.

Tras despedirse y colgar, Esther se limpió las lágrimas por última vez y salió del cubículo. La imagen del espejo le mostraba los ojos hinchados y enrojecidos, no le importaba. Se dirigió firme a la planta inferior y entró en la sala doce, donde ya esperaba el comisario.

—Vamos a terminar con esto rápido —le dijo al máximo responsable de la brigada.

—¿Te encuentras bien?

—Mejor que nunca. Acabemos con el interrogatorio para que

pueda seguir con los casos.

—Gallardo, ¿sabes cuáles son mis funciones en esta comisaría?

Ella lo miró sin comprender qué le quería decir.

—No entiendo tu pregunta. Supongo que tu labor es la de resolver los crímenes.

—Esa es la principal, pero para que se haga de la forma más rápida y efectiva, necesito que todos mis recursos, sobre todo los más valiosos, y ahí estáis tú y Moretti en cabeza, estén con la mente puesta al cien por cien en los casos. ¿Está tu cabeza al cien por cien centrada en resolver este caso?

—Sigo sin comprenderte.

—Lo de antes en el despacho. Puedo entender que te haya tomado de improviso la decisión de Hugo con tus cabellos, pero eso demuestra que él está comprometido con la solución de un caso difícil y que te tiene como una de las protagonistas del mismo en este asunto, y no solo como investigadora. Lo que no entiendo es que te muestres decepcionada con tu compañero solo porque no te anunciase esa línea de investigación.

—Debió ser sincero conmigo.

—La sinceridad es tan fina algunas veces como uno quiera verla. No veo que Hache haya hecho nada malo.

—¿Por qué lo llamáis así?

—¿Nunca se lo has preguntado?

—No.

—Pues espera a que él te lo diga.

—¿Te ha pedido él que hables conmigo?

—Te doy mi palabra de que no ha sido así. Hugo no es de esa clase de personas, sabe enfrentarse a sus contratiempos por sí solo.

«Al contrario que yo, que necesito del consejo de mi hermana mayor. Sigo siendo una niña que protesta porque no tiene la elasticidad que necesita para lograr su objetivo. Así soy, rígida como un palo que se quiebra cuando debería doblarse y aguantar luego firme».

—Siento mucho la escena en el despacho, no se volverá a repetir.

—No quiero promesas, quiero acciones. No le prometas nunca a nadie que no volverás a hacer algo, simplemente no lo hagas más.

—Oído cocina.

—Gallardo, tenemos algo muy gordo entre manos, ha muerto un policía, un profesor de academia, otro está desaparecido, ambos guardan relación contigo, se ha encontrado un cuerpo a las puertas de tu casa y con dos cabellos tuyos colocados en los ojos. Esa simbología y puesta en escena te señalan directamente. Si no sabes qué pensar al respecto, te diré que yo estaría cagado de miedo si estuviese en tu lugar, a pesar de mis años de experiencia.

Ella sintió un escalofrío en la espalda.

—Me centraré en eso —dijo tratando de mostrarse fuerte y segura.

—Más te vale, te estás jugando tu vida y hace un rato en el despacho no parecía importarte mucho. El hallazgo de tus cabellos, gracias a la intuición de tu compañero, os ha hecho avanzar mucho en la solución.

—Siento no haber sido consciente de eso.

—Gallardo, hay que trabajar en esa estabilidad interna, es lo más valioso de un investigador para ser útil, no solo en su trabajo, también en su vida.

—No sabes cómo agradezco que me digas eso, comisario.

—Te prefería cuando me llamabas Simón.

—Lo siento.

—Deja de disculparte.

—Es un empeño personal que me he puesto. ¿Cuándo vamos a empezar el interrogatorio?

—No es tal, solo quiero que medites y busques en tu memoria todo lo que recuerdes de esos profesores y la academia; el trato con ellos, alguna anécdota destacable en las clases, discusiones o diferencias de opinión, lo que sea que guardes en tu interior.

—Ya se lo dije a Hugo, no tienen más relación entre ellos que la de haberme suspendido, no me consideraban apta para ser policía por mis calificaciones en los exámenes.

—Y ya has demostrado en cada caso que has resuelto que se equivocaban, lo que puede justificar que le sacasen los ojos y colocaran cabellos tuyos a Daniel Segura; quizás el asesino quería mandar el mensaje de que ellos no tenían visión o criterio ante una gran policía.

—¿Piensas eso realmente?

—Claro que sí, eres mi mejor activo, con el permiso de tu compañero.

—Nunca me habías dicho eso.

—Siento no ir dando palmadas a la espalda, estoy muy ocupado. ¿Recuerdas algo más?

—No.

—Tómate tu tiempo durante las siguientes horas, por si aparece algo nuevo.

—Siento decirte que no funciona mi memoria como las de las demás personas. No aparecerá nada luego, todo está ahora presente. Te garantizo que nunca hubo el más mínimo trato personal entre esos dos profesores y yo, tampoco que tuviésemos desavenencias durante las clases. No hay nada.

—¿Y con alumnos?

—¿Alumnos?

—Me refiero a si tuviste alguna discusión con alguno.

—No me relacionaba mucho con ellos, o casi nada, iba a las clases y exámenes y poco más.

—¿Qué es ese poco más?

—Me pedían salir por las noches, en grupo o como citas personales. También nos pasábamos apuntes cuando no habíamos podido ir a una clase, lo típico.

—¿Algún chico insistió más de la cuenta para tener una cita contigo?

—Algunos insistieron tres o cuatro veces, aunque no comprendo que eso tenga relación con los crímenes, que justifique hacer todo esto.

Simón se frotó con fuerza los pocos pelos que le quedaban en la cabeza y suspiró hondo.

—Tienes razón, es absurdo, pero no sé de dónde más sacar un motivo. En fin, regresa al despacho y sigue investigando, tenemos que encontrar a Narciso antes de que se convierta en la segunda víctima, si es que la intuición de todos no nos falla.

—Claro, y gracias por los consejos, Simón.

—Los consejos son gratis, y están para seguirlos o para pasar de largo ante ellos, tú decidirás lo que hacer en cuanto cruces de nuevo la puerta del despacho.

Pasó por el cuarto de baño otra vez, aunque no entró en un cubículo, tampoco tuvo que limpiar lágrimas y mucho menos llamar a su hermana; solo lo hizo para respirar y meditar unos segundos mirando el reflejo de su rostro en el espejo, serio como nunca antes lo había visto, como si contemplase su edad por vez primera desde que era una adolescente, asombrándose de la evolución que había sufrido; ya no era una niña, sino una mujer, una mujer insegura que debía hacer todo lo posible por adaptarse a esa nueva situación. Luego se dirigió con firmeza al despacho y entró para decir:

—Perdóname.

Moretti no podía verla, pero se quedó igualmente boquiabierto al oír esas palabras.

—¿Esther?

—Soy idiota, lo sé.

—No, no tienes que… ¿Qué tal te ha ido con Simón?

—Mucho mejor que a ti aquí esperando, lo sé; seguro que has estado arrepintiéndote de haber hecho lo que ahora sé que debías hacer. No sabes lo que me duele pensar que sufres todo esto por estar a mi lado.

—Compensa cuando te siento reír.

Y ella se derrumbó al oír eso.

Él tardó un rato en encontrarla y poder abrazarla.

—No comprendo cómo puedes quererme, cómo puedes estar conmigo. No te merezco, soy una mierda de ser humano.

—No digas eso.

—¿Por qué me quieres?

—Uno no decide de quién se enamora.

—Pero podrías ser más feliz con cualquier otra.

—No quiero a cualquiera, solo a ti.

—Yo también a ti, lo sé, lo siento, pero me cuesta frenar a la otra.

—¿A la otra?

—Creo que he creado una personalidad que toma el control cuando considero que ella es la fuerte y la que puede afrontar los problemas, lo que pasa es que esa otra es la que me hace daño.

—Pues trabajaremos para que desaparezca.

—No puedo con ella, ella es la fuerte.

—No, la fuerte eres tú. Ella solo te hace sentir protegida, pero es débil.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la he conocido, trato con ella desde hace más de un año, soy consciente cuando ella surge y toma el control. Ella es la narcisista, es la débil e insegura que ataca con furia cuando lo que oye no es lo que quiere oír. Tú eres la fuerte y podrás tomar el control definitivamente.

—Serías un buen psicólogo.

—No digas tonterías. Y ahora reponte, te necesito.

—Ya me estás abrazando.

—No. Estamos en la comisaría, hay trabajo, un caso más vital que ningún otro anterior. Aquí te necesito como oficial de policía. Ya en casa te pediré cariño, ahora quiero tu trabajo duro sobre el crimen que investigamos, pronto podrían ser dos.

Cautiverio

No sabía dónde estaba. Sus últimos recuerdos lo transportaban al momento en que regresaba a su casa tras salir a dar un paseo y despejarse después de una larga jornada de trabajo y una conversación en la que no había quedado claro dónde iba a pasar las próximas vacaciones con su pareja. La noche y caminar bajo ella lo calmaban para dormir a pierna suelta, caminar a solas por las calles vacías y respirar algo de aire fresco era para él como los ansiolíticos habían sido para su pareja en sus crisis ya pasadas, por suerte. Había comprado algunas cosas en el colmado cercano a su casa, le llevaba a Francisco los bollos de chocolate que le encantaban, aunque se los comía protestando entre dientes por hacerle arruinar la dieta. Seguro que, al descubrirlos por la mañana sobre la mesa de la cocina, sonreía y daba las gracias como un niño el día de Navidad.

Ya refrescaba y eso le gustaba, el aire seco y fresco de Madrid era lo que ansiaba tras un verano demasiado caluroso para su gusto. Había puesto peso y ese detalle influía en su forma de soportar la estación estival. Quién sabe, quizás Francisco se había puesto a dieta, estando igual de delgado que siempre, como una indirecta para que él cuidase su forma física. No sería la primera vez que su pareja había obrado de esa forma para evitar pedirle en una conversación directa que cambiase algún defecto o actitud que le molestase; incluso detalles tontos, como cuando se afeitó la barba, a pesar de que le quedaba muy bien, como indirecta para que él hiciese lo mismo, ya que esos cuatro pelos mal peinados le quedaban horribles, aunque él no era consciente de ello. Sonrió al recordarlo.

Se encontraba a dos calles de su destino cuando sintió el pinchazo agudo en el cuello.

Había despertado en aquel lugar con un dolor terrible de cabeza, tardó unos eternos segundos en descubrir que estaba inmovilizado sobre un camastro y que olía muy rancio a su alrededor. Una bombilla alumbraba desde la pared a su derecha el pequeño espacio, parecía el sótano de una casa antigua o de campo, que era casi lo mismo. Paredes de hormigón sin pintar, trastos viejos arrinconados por todas partes y un hedor terrible a moho y otras sustancias que no supo identificar. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué lo habían llevado? Él no tenía dinero, si es que se trataba de un secuestro exprés.

Le gustaría estirar el cuerpo, incluso levantarse y caminar un poco, más aún bajo una situación en la que se lo impedían las ataduras.

Su instinto de supervivencia pudo más que el hambre y la sed, atroces en ese momento. Gritó pidiendo ayuda, luego para llamar a quien lo tuviese allí cautivo. No veía ninguna cámara grabando, así que su secuestrador no sabría que se había despertado si no estaba en la vivienda. Le dolía mucho la garganta tras estar gritando durante un tiempo que era imposible de medir y la terrible sed.

Ya había recobrado por completo la consciencia y se preguntaba por lo que fuese a pasar con él, además del dolor que estaría sufriendo su marido tras su desaparición. Trataba de paliar el deseo de comer y beber agua como podía, sobre todo concentrándose en dos cosas: adivinar los motivos que lo habían llevado a esa situación y cómo dialogar con su secuestrador cuando apareciese, porque solían hacerlo, su formación como policía se lo indicaba.

«Debo ser sumiso, pero no en exceso; debo tratar de hacerle empatizar conmigo; debo alargar lo máximo esta situación para dar la posibilidad a los compañeros policías de que me encuentren. Joder, ¿me va a torturar? Eso no lo había pensado hasta ahora. No quiero sufrir dolor. ¿Será mi secuestrador un sádico? ¿A quién he podido dar motivos para hacer esto? No he hecho daño nunca a nadie. Cuando era policía, ¿detuve a algún sádico que ahora haya salido de prisión para cobrarse su venganza?».

La cabeza le iba a explotar, tantos pensamientos intensos a la vez estaban provocándole un colapso mental, más aún sin alimento y agua para hacer funcionar correctamente su cerebro.

Y le vino de repente una sensación familiar. De la mezcla extraña de olores del lugar, detectó claramente uno de ellos, el del perfume que siempre usaba su compañero de la academia Daniel Segura, que había desaparecido días antes del trabajo sin dar explicaciones.

Casa alquilada

Aunque esa mañana podría levantarse a la hora que le dictase el cuerpo, pues tenía el turno de tarde en el trabajo, puso el despertador a las seis y, tras desayunar, se dirigió en su coche hacia la casa de campo que había alquilado un mes atrás; con el tráfico que observaba a su alrededor, tardaría unos cuarenta minutos en llegar al lugar que tanto tiempo le había costado encontrar, una casa apartada del resto y con un sótano edificado a conciencia.

Puso en la radio del coche una emisora de noticias, pero eran todas sobre elecciones políticas, además de temas absurdos del extranjero que no afectaban ni debían interesar mucho a los ciudadanos de España; cambió a otra de música y se distrajo durante unos minutos con los temas elegidos; luego acabó poniendo un CD propio con un recopilatorio de *rock* de los noventa, canciones que oía en su casa cuando era niño.

El tráfico se intensificaba un poco, pero se podía circular a la velocidad máxima permitida.

Llegó a su destino y entró en la casa con una bolsa de supermercado en la mano; caminó hacia la esquina derecha del salón y levantó la alfombra; tiró de la argolla de la trampilla, que pesaba lo suyo, y bajó por las escaleras. Ya llevaba oyendo desde hacía unos segundos los gritos y lamentos que se filtraban levemente a través del suelo.

—¿Estás vivo? Me alegro, aunque no por ti.

—Sádico hijo de puta…

—No malgastes tus pocas fuerzas, y menos insultando a quien te trae de comer y beber.

Llegó la sorpresa al tenerlo a su lado.

—Te conozco, ¿cómo has…?

—Calla, te traigo un puré de calabaza, un plátano y agua. Céntrate en comer y beber, no me hagas enfadar o te golpearé hasta dejarte inconsciente y te morirás de sed.

—¿Por qué haces esto?

No respondió, solo sacó la botella de agua y le dio de beber despacio, Narciso se centró de repente en su instinto más primario y bebió con ansiedad casi un litro.

—No llenes el estómago, tienes que comer algo.

Tras toser durante unos segundos, lo miró fijamente y le dijo:

—No me has respondido, ¿por qué haces esto? Yo nunca te he

hecho nada malo, sino todo lo contrario.

—Calla y come.

Y comenzó a darle el puré como a un bebé o anciano impedido, cucharada a cucharada hasta que se acabó la ración.

—Mi marido estará preocupado.

—Te queda el plátano, tiene mucho potasio, te mantendrá lúcido.

—Estás loco, ¿cómo no he podido verlo antes?

—No pareces tan despierto como esperaba de ti. Daniel Segura se comportó de un modo más profesional, trató de empatizar y se mostró más participativo, sin insultarme ni hacer preguntas absurdas. Come el plátano.

Y Narciso obedeció.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —dijo tras tragar la última porción de la fruta, obediente.

—Nada que te vaya a doler, ni lo vas a sentir —mintió.

—¿Y por qué? ¿Qué te he hecho?

—Descansa, regresaré mañana a la misma hora, estarás aún más débil que hoy, pero seguirás vivo si tratas de dormir todo lo posible.

Y Narciso rompió a llorar.

—No me hagas daño, por favor. Nunca me he portado mal con nadie, he sido un policía y profesor ejemplar.

—No hagas esto, no te servirá de nada.

—Si me vas a matar, al menos dime por qué lo haces.

Él ya se marchaba del sótano cuando decidió girarse, se acercó a su víctima y le susurró al oído:

—Fuiste negligente, debiste ser más profesional. Ella no estaba preparada, eso pusiste en el informe, pero debiste ser más concienzudo con Gallardo, insistir más sobre sus traumas y su incapacidad para obtener el puesto que no merece.

Un barrendero

El entorno de Narciso Díaz no aportó nada nuevo tras las entrevistas durante esa mañana, tampoco lo hizo que Esther rescatase nuevamente de su memoria, al detalle, cada una de las clases de tiro que dio con él; no observaba en las nítidas imágenes de su mente una sola mirada hacia ella ni un gesto contrario hacia otro alumno. Ya hacía lo mismo a la vez con las clases de defensa personal de Daniel Segura. Nunca tuvo delante de sus ojos un comportamiento que fuese destacable para ser usado como motivo de lo que estaba sucediendo en la actualidad con el caso. Esos dos profesores la habían suspendido y recomendado que no ingresase como policía, ese era todo el vínculo entre ellos y hacia la oficial.

«No merecía el puesto ante su criterio, y es cierto que no logré las notas mínimas para merecer una aprobación posterior».

Narciso la había visto completar el circuito de tiro con un cuarenta y siete en una ocasión y ni parpadeó al apuntar la cifra en su cuaderno, lo que ella recordaba con amargor, porque no esperaba esa nota a falta solo de tres semanas para las pruebas finales. Daniel Segura se había sorprendido de que ella no durase ni seis segundos ante otra alumna en un combate cuerpo a cuerpo, pero tampoco había hecho el más mínimo gesto de contrariedad.

«Seguro que estaban acostumbrados a ver cómo alumnos inútiles perdíamos nuestro tiempo para no lograr nunca la nota mínima de corte para acceder a un puesto de trabajo en una comisaría. Solo un doce por ciento, según decían en la academia, lograban un puesto como agente para demostrar luego su valía. Yo nunca pensé en que me llamasen, y menos después de esas notas tan mediocres».

Pero a ella la admitieron, además de aprobarla desde el ministerio, contra todo pronóstico; y no solo eso, también entró en la brigada de homicidios más importante del país, sumado al privilegio de formar parte en la investigación de los casos más difíciles y asesorada por el mejor. ¿Cómo logró todo eso si no merecía siquiera ser agente de apoyo?

Llamó al comisario.

—¿Gallardo?

—Simón, ¿quién te habló de mí cuando estaba en la academia?

—Me pillas espeso, estoy en mil asuntos a la vez y no sé de qué me

hablas.

—Me seleccionaste para este puesto, ¿por qué lo hiciste?

—No fue cosa mía, lo hicieron desde el ministerio.

«¿Desde el ministerio? ¿De qué me conocían en el ministerio del Interior?», pensaba ella mientras se apartaba el cabello de la cara y con la mirada perdida al otro lado de la ventana.

—¿Puedes hablar con los que te recomendaron que me aceptases? ¿O pasarme su teléfono para llamarlos yo misma?

—¿Está relacionado con el caso que seguís?

—Sí.

—Déjame un minuto para aclararme, ha pasado más de un año y no recuerdo gran cosa del asunto.

«¿Todo un minuto? ¿En serio? En ese tiempo repaso yo todos los recuerdos al detalle de mis veinticuatro años de vida».

—Vale, dime algo cuando te aclares.

Simón tardó veinte minutos, que fueron como veinte días para ella, en darle el dato del alto cargo del ministerio que la había recomendado para el puesto. Esther le dio las gracias y colgó. Cuando finalizaba la conversación, Moretti entró en el despacho con su taza de café en la mano.

—Hugo, tengo un nombre.

—¿Cómo dices?

—El tipo que me recomendó desde el ministerio para este trabajo.

—¿Y eso nos sirve de algo en el caso?

La chica lo miró asombrada.

—Ya te dije que Simón considera que el asesino es alguien que no está de acuerdo con las notas de los profesores que me suspendieron, quizás alguien que sí cree que soy una buena policía y esos profesores no deberían ejercer esa profesión.

—No lo he olvidado, pero es que ese razonamiento me parece incluso infantil. Confío en el criterio de Simón, pero esta vez lo considero absurdo. No me malinterpretes, lo de suspenderte fue un error, pero no como para matar a los profesores y menos de esa forma tan salvaje, eso es una canallada. Y tampoco habría que implicarte a ti en los crímenes de haber sido así, tú no tuviste nada que ver en eso, no hiciste nada malo. De todas formas, ¿no sería más lógico matar a quienes sí te aprobaron? Yo apuesto por otra línea de investigación.

—Ilústrame.

—¿Y si el asesino no te considera tan buena?

—¿A qué te refieres?

—Vamos, lo sabes de sobra. Piensa con calma, vacía tu mente de pensamientos que no importan y baraja las dos únicas opciones posibles.

Esther ya había sentido cómo brotaba el volcán en su interior para

defenderse, pero logró contenerlo sin saber de dónde habían salido las fuerzas para ello. ¿Las dos opciones? ¿Que el asesino mate para rubricar que ella merecía el puesto? Eso era fácil de asumir. ¿Que matase para certificar que ella no era merecedora del cargo? Eso era más complicado de asimilar.

—¿Crees que no merezco el puesto?

—Ni por asomo. Lo sabes de sobra. Pero ¿y si el asesino piensa de esa forma? ¿Y si él cree que no te lo mereces?

—¿Por qué has pensado en eso?

—Dímelo tú.

Ella tardó varios segundos en responder, solo tuvo que indagar en su aprendizaje desde que había llegado al puesto, casi todo proporcionado por Moretti.

—Siempre hay que barajar todas las opciones hasta que se tienen pruebas de que una de ellas es la acertada o que descartan a las otras hipótesis.

—Eso es.

—¿Confías más en que no debí acceder al puesto?

—A la defensiva de nuevo… No piensas con claridad.

—¿No pienso con claridad?

—Vamos, Esther, eres la mejor, demuéstralo.

—Pero…

—¡Calla! Piensa, joder.

Y ella pensó, lo hizo durante más de diez minutos, lo que Moretti sabía que suponían horas o días para el cerebro siempre acelerado de la chica.

—El motivo de matar por darme el puesto que tengo es más poderoso que el motivo para no dármelo.

—¿Por qué?

—Porque habérmelo dado sin saber lo que podría ofrecer al Cuerpo era arriesgado.

—¿Y qué más?

—¿El no habérselo dado a otros con mejores notas?

—Yo ya había pensado en eso, es una posibilidad.

—¿Crees que el asesino es un profesor que está disconforme con mi elección?

—O un alumno con mejores notas que tú.

—Casi todos obtuvieron mejores notas.

—¿Cuántos calculas?

—Más de un centenar.

—Joder.

—Ya deberías saber que debí suspender. Seguro que te enviaron un informe sobre ello.

—Seguro que fue en papel y me costó leerlo.

—Deja las bromas sobre tu ceguera.

—Esther, solo me dijeron que no tenías más valor que el de tu memoria, que no podrías aportar nada más, que yo sería el investigador, al margen del sistema, aunque con tu poca ayuda, la de ser mis ojos.

—Y lo aceptaste porque confiabas en mí.

—No te conocía aún, no podía apostar por ti. Me aferré a ese dato porque era lo que necesitaba.

—¿Para volver al Cuerpo?

—Para seguir estando vivo.

—¿Lo dices porque la investigación es tu vida?

—No, lo digo porque esos días había decidido suicidarme.

Esther no pudo decir nada más, se quedó paralizada ante el comentario. Así estuvieron unos minutos más, ella lo observaba y veía el dolor en su rostro.

—¿Esther?

—No me habías dicho eso.

—No es algo fácil de decir.

—No te comprendo, eres joven, guapo, rico… ¿te ibas a suicidar por no poder seguir siendo policía?

—Es lo único que daba sentido a mi vida.

—Pero no lo hiciste, no acabaste con tu vida.

—Es que mi vida cambió con el regreso al Cuerpo como asesor.

—Volviste a los casos.

—Los casos me dan igual, fue otra cosa, u otra persona, la que me mantuvo con vida.

Ella se llevó las manos a la boca para que él no la oyese llorar.

—¿Esther?

—Yo no valgo tanto como para dar sentido a una vida.

—Eso lo debe decidir quien te conoce.

—Soy una persona horrible, ya lo has visto.

—Tenemos un caso, ¿lo has olvidado?

—No, pero…

—¿Valorarás mi opinión y mis decisiones?

—Claro.

—Pues ponte con ello. O tenemos a un asesino que te considera apta y castiga a los que te suspendieron, o a uno que no te considera apta y castiga a los que debieron ser más convincentes para impedir tu puesto, el que ocupas ahora. Decide qué vía seguir.

—Espera, déjame recuperar el aliento.

Moretti oía cómo ella se limpiaba la nariz y los ojos con los pañuelos de papel que sacaba de su bolso, el oído se le había afinado hasta ese punto.

—Hugo, si seguimos la vía de que me castiga por no merecer este

puesto, ¿por dónde podemos investigar?

—Por los agentes y profesores que pensaban eso. ¿Serán muchos?

—La mayoría de ellos, como unos ciento cincuenta. Incluyendo a la propia África que nos sirve de chófer.

—Son muchas personas para indagar coartadas. Demasiadas.

—Un caso difícil.

—Los casos difíciles siempre se muestran como tales cuando sientes que son imposibles de seguir o resolver, eso te lo he dicho ya en varias ocasiones.

—Quedan horas para que muera otro de mis profesores.

—Lo sé, y desconocemos cómo salvarle la vida. No sabemos aún quién está haciendo esto ni el motivo que lo lleva a hacerlo.

—Pues la psicología, tanto la tuya como la mía, quizás sea la única forma de encontrarle, sea al asesino o a la víctima, para salvar a este último.

—Nuestro asesino se ha llevado a los dos profesores en calles donde no hay cámaras de vídeo y nadie parece haberlo visto.

—Nadie es invisible, al menos del todo.

—Exacto. Usa las células grises, *ma chérie*. Hay personas que pasan tan desapercibidas a nuestros ojos, que es como si no pudiéramos verlos, o no quisiéramos. Cuando caminamos por la calle, no nos fijamos en barrenderos, tampoco en mendigos.

—¿Un mendigo secuestrando a un viandante? Prefiero la idea del barrendero, llevan grandes cubos donde meter el cuerpo a toda prisa si no hay gente en la calle o los que están van distraídos.

—Es una posibilidad, por supuesto.

Se marcharon a casa con África de nuevo como chófer, sin dar datos sobre el caso por el camino ni hablar de otro tema, en completo silencio, y entraron en la vivienda con el malestar de no haber indagado nada nuevo, algo que les hiciese llegar al próximo paso del asesino o sus motivaciones; no sabían si este iba a actuar de nuevo, pues la desaparición de Narciso no tenía por qué corresponderse con el caso; quizás se tratase de un simple abandono de su pareja y de su vida en general. Tal vez lo de Narciso no tuviese relación con el caso, con Daniel Segura.

Claro que desear eso no implicaba que fuese a suceder como ellos pensaban y esperaban. Al día siguiente, al comenzar su jornada en la comisaría, a Narciso le podrían quedar solo unas horas de vida. O quizás ya estaba muerto si el asesino le había inyectado el ácido en el cerebro, pues no sabían cuánto tiempo tardaba en hacer efecto ni en qué momento se lo inyectaron a Daniel Segura antes de dejar su cadáver en la calle.

Habían pedido a Simón que vigilase la fachada del edificio del piso de Moretti, a lo que había accedido y enviado una patrulla camuflada.

Moretti y Esther se acostaron tras una cena ligera pasadas las once de la noche.

Una pesadilla

Las sábanas parecían empeñadas en envolverla cual momia egipcia para impedirle conciliar el sueño, era horrible la sensación de no poder mover este brazo o aquella pierna para adquirir su postura habitual en la cama, la que podría llevarla a dormir las dos horas que faltaban para que sonase el despertador. Pero la pesadilla que le había cortado el aliento y la había hecho despertar con la frente perlada de sudor seguía muy presente, como si se resistiera cruelmente a dejarla regresar al mundo real, como si fuese la que hubiera enviado las sábanas a amarrarla con firmeza.

Y abrió los ojos.

El mundo real.

África estaba en el único dormitorio de su piso alquilado en la calle Opañel, en pleno centro de Carabanchel, gracias a la ayuda económica de sus padres, benditos ellos, porque el salario de una agente de policía no daba para los gastos que requería vivir en la capital. Rechazó de pleno buscar un piso algo más céntrico y de dos dormitorios para compartir gastos con un compañero, no quería tener extraños a su lado mientras dormía, y mucho menos si eran estudiantes universitarios o policías de su edad, más interesados en salir de fiesta —o montarlas en la casa— que en estudiar o trabajar. Ni por asomo.

Bajo la penumbra de la estancia, el lugar se veía más desangelado que nunca. Y no se trataba solo de los muebles viejos y gastados que venían con el piso, tampoco le importaba la soledad que provocaba la lejanía de su familia, pero sí el silencio, solo roto de vez en cuando por algún grito en la calle o el paso de un coche o motocicleta con un tubo de escape poco cívico.

No quería levantarse y pasar esas dos horas tomando café y fumando, menos aún limpiando el cuarto de baño, así que se decidió a salir de la cama, ajustar las sábanas y entrar de nuevo; encendió el pequeño televisor y buscó una serie en Prime Video para oírla de fondo. No apostaba mucho por que Morfeo regresara, pero eso no era lo que más le preocupaba, sino que la pesadilla se repitiese, como solía hacerlo a menudo desde aquel día.

Manos fuertes que le demuestran su fragilidad, tanto física como interna. Tiene los ojos cerrados porque no desea ver el rostro desencajado a pocos centímetros de su cara, oler su aliento de alcohol y su respiración acelerada. La invasión por fin, no tiene energía ya

para impedirla. Los golpes. El dolor, más en su mente que en la entrepierna. La destrucción que conlleva a todos los niveles.

No, no quiere volver a tener esa pesadilla nunca más.

«Gallardo es psicóloga, ¿debería hablar con ella para que me aconseje? No, me cuesta decirlo a mis seres queridos, hablar del tema con ellos, no me imagino haciéndolo con una desconocida, y menos con esa forma que tiene de tratarme».

Puso una serie antigua, una comedia que conocía de memoria por haberla seguido durante su etapa en el instituto, y rezó para que la pesadilla no volviese. Ojalá nunca más.

Narciso

Llegó a la misma hora que el día anterior. Durante el trayecto había ido pensando en un contratiempo que no barajó cuando lo planificó todo. ¿Qué pasaría si en la casa entrase un ocupa, un mendigo o un ladrón cuando él estuviese trabajando en Madrid? Su invitado de turno podría gritar pidiendo auxilio y, aunque había alquilado la casa sin contrato y pagando el mes que la usaría al contado, siempre se podría dar con él a través de un retrato robot que hiciese el propietario. Era un pensamiento agorero, fruto de querer tenerlo todo controlado, pero existía una posibilidad, aunque remota, y eso le hacía fruncir el ceño.

Repitió el ritual: entró con la bolsa de supermercado en la casa, desierta, fría, oscura y sin signos de allanamiento; fue al fondo del salón, apartó la alfombra y entró en el sótano. Narciso se veía considerablemente más agotado, parecía incluso que fuese a morir de un momento a otro. Hedía en el lugar por la orina y heces que se había hecho encima.

—Oye, ¿estás despierto? —Y le dio un golpe suave con el pie.

Narciso balbució, o más bien emitió, algo entre un quejido y un gruñido por respuesta.

Le acercó la botella de agua para que bebiese de nuevo, pero en esta ocasión solo dio unos pocos sorbos antes de girar la cabeza para rechazar el resto de agua, que cayó sobre su cara y el colchón. Luego llegó la comida, el mismo puré, comió tres cucharadas nada más.

Entonces el profesor habló con un gesto extraño en la cara, como si no reconociese su propia voz.

—¿Por qué? ¿Por qué haces esto? ¿Qué te he hecho yo? ¿Gallardo? No paro de dar vueltas a la cabeza a ese apellido. —Tosió y parte del puré salió de su boca.

—Ella no estaba preparada.

—¿Te refieres a la chica de la academia? Yo la suspendí.

—No te esforzaste lo suficiente en hacérselo saber a quiénes le dieron el puesto que ocupa.

—Yo hice lo que tenía que hacer.

—No está preparada.

—Ha resuelto casos muy difíciles durante este año.

—Lo hace el ciego, lo hace su asesor y lo sabes.

—¿Cómo puedes suponer eso?

—Se acostó con un inspector para solucionar un caso, también lo

hace con el ciego para lograr el mérito.

—Estás enfermo.

—Eso ya lo veremos… —Y se marchó al otro extremo del sótano para sacar un maletín de uno de los cajones de un mueble destartalado.

—Mátame, mátame ya, seguro que hiciste lo mismo con Daniel, por eso ha desaparecido, por eso siento que ha estado aquí antes que yo. Su perfume…

—Qué fino tenéis el olfato los gais para los perfumes.

—¿Un comentario homófobo?

—Os tomáis todo lo que se os dice como homofobia… Pero tranquilo, tu deseo de que te mate va a hacerse realidad.

Sacó un taladro y lo conectó en el enchufe de al lado de la cama; con una broca muy delgada y aguantando con todas sus fuerzas la cabeza de Narciso, le hizo un orificio de un centímetro de profundidad en la corteza prefrontal. Olía a cabello quemado, como la vez anterior. Tomó una jeringa y la llenó del líquido amarillento de un bote de cristal que guardaba en el mismo maletín, luego se la inyectó despacio en el cerebro.

—Ahora no duele, pero lo hará dentro de un rato. El ácido borrará tu memoria a largo plazo por completo, pero luego se extenderá para anular todas las demás funciones de tu cuerpo, te irás convirtiendo en un vegetal en pocas horas, aunque con un dolor de músculos, órganos y huesos que no imaginas.

—Sádico de mierda, ojalá la chica te atrape, eso demostrará que no se equivocaron al darle el puesto, como sí hice yo al suspenderla.

Él se levantó para recogerlo todo en el maletín y guardarlo de nuevo en el mueble, pero esa última frase de Narciso hizo que se volviese hacia él y le dijera:

—No debiste decir eso, ahora me has obligado a preparar la prueba para los de la científica mientras sigues vivo.

Sacó un bisturí del maletín y le extirpó los ojos mientras él gritaba por el dolor.

Se marchó de la cabaña a sabiendas de que debía completar el ritual en doce horas. Antes se había duchado en la propia cabaña para eliminar las salpicaduras de sangre y otros restos que hubiera dejado Narciso sobre él, como cabellos entre las uñas tras inmovilizarlo para taladrar su cráneo, luego lo fregó todo con lejía. También encendió la chimenea durante una hora y allí tiró los guantes de látex y el chándal barato que llevaba puesto para el encuentro con su invitado. Apagó el fuego tras ver que las pruebas se habían calcinado.

Debía entrar a las dos en el trabajo y puso rumbo de regreso a Madrid, a su casa, a la hora prevista. Era una persona metódica, y controlar los horarios era tan vital como no dejar pistas sobre lo que

estaba haciendo.

Experimento

Francisco se levantó sin ganas, apenas había dormido, igual que la noche anterior. ¿Lo había abandonado su marido? ¿Dónde estaba Narciso? ¿Por qué no daba señales de vida? No le apetecía desayunar, tampoco había cenado la noche anterior. Los investigadores que fueron a su casa no habían llamado para comentarle alguna novedad y fue él quien se decidió a llamar al número de la tarjeta que le dio el tipo ciego.

—Buenos días.

—Serán para usted, ¿saben algo de Narciso?

—Todavía nada.

—Pero, ¿lo están buscando?

—Le garantizo que sí, pero no tenemos móvil para su desaparición, tampoco testigos ni cámaras que viesen lo ocurrido.

Francisco suspiró con desesperación.

—Ya le dije que estamos bien, que somos muy felices, que no habría desaparecido si no fuera por un accidente y esté vagando aturdido o que se lo hayan llevado en contra de su voluntad.

—Lo sé, le creo, tampoco se llevó enseres personales ni el coche. Hemos comprobado que no ha usado su tarjeta de crédito ni ha sacado dinero en los días anteriores de su cuenta bancaria; y no ha ingresado en ningún hospital de la comunidad en estas horas. Le doy mi palabra de que creo lo que me ha dicho y de que estamos haciendo todo lo posible.

—¿Me llamarán sin lo encuentran?

—Le vuelvo a dar mi palabra.

Moretti colgó la llamada, acababa de desayunar junto a Esther. Esta recogía los vasos, cubiertos y platos para llevarlos al lavavajillas cuando se giró para preguntar:

—¿Era el marido de Narciso?

—Sí, debe de haber pasado una noche horrible.

—Nos quedan horas para encontrarlo muerto.

Hugo se frotó el cabello a la vez que suspiraba.

—Esther, eso ha sido frío, más por el tono que por las palabras elegidas. ¿No empatizas con su dolor?

—¿Cómo dices? Claro que supongo que estará preocupado.

—¿Supones? ¿Preocupado? Ese hombre estará viviendo un infierno al verse alejado de repente y sin motivo aparente de la persona que ama. Entiendo que te centras en el caso, pero te he visto tan fría en el

comentario…

—No, reconozco que no siento su dolor.

—Has perdido a un buen amigo hace solo dos semanas y te has hundido; Francisco ha perdido a su amor, a quien daba sentido a su existencia y formaba junto a él un proyecto de vida eterno. La incertidumbre ante no saber qué está pasando con Narciso le estará provocando unos niveles de ansiedad que no imaginas. ¿Acaso no comprendes o sientes lo que significa eso?

—Me cuesta hacerlo.

—Tenemos que trabajar sobre ello. ¿Te dolería perderme?

—Sabes que sí.

—Espero que no hagas como un niño con un globo, ignorarlo cuando lo tiene y llorarlo cuando lo pierde.

—Eso es de Pablo Neruda. ¿Sientes que te ignoro?

—A veces te siento como mi pareja tan solo cuando estamos fuera del trabajo, como si fuera de la intimidad yo solo fuera un policía más de tu entorno.

—Trato de ser profesional.

—Sigues hablando con frialdad, no detecto sentimientos en tus palabras. ¿Crees que Cristina Collado trata igual a su marido y comisario cuando están trabajando?

—No había pensado en eso. Lo cierto es que los he visto en la comisaría de Huelva y sus miradas y palabras…

—Eran cálidas y cercanas —la interrumpió.

—Sí, así es. ¿Crees que debo ir a un psicólogo para que me ayude?

—Quizás te vendría bien esa ayuda. Por lo pronto, tratemos de encontrar a Narciso antes de que acabe como Daniel Segura; así podremos darle una buena noticia a Francisco.

Se marcharon a la comisaría para seguir con la investigación. Allí no encontraron avances del departamento informático sobre mensajes destacables mantenidos por el desaparecido en las últimas semanas, tampoco aparecían pruebas del departamento forense y de criminalística sobre el asesinato de Daniel Segura. Esther suspiró hondo y Moretti la oyó.

—¿Estás bien?

—No tenemos nada.

—Un caso difícil, como augurábamos.

—Pero no quiero que haya más víctimas.

—Narciso te suspendió, te sentirás feliz con su muerte.

—¿Perdona?

—Solo quería hacer una prueba, un experimento, ver hasta qué grado llega tu falta de empatía con su muerte.

—No me ha hecho ni puta gracia.

—Eso es que progresas, te preocupas por su muerte más que por no

resolver el caso.

«¿En serio? ¿Eso hago? Lo cierto es que me preocupaba más por resolver el caso lo antes posible que por la muerte de mi antiguo profesor. Claro que no pienso decírtelo a ti, no quiero que me veas como un monstruo insensible, aunque cada vez estoy más segura de serlo».

—¿Qué hacemos? ¿Tienes confidentes tuyos de esos a los que consultar?

—Sobre desapariciones de policías o venganzas, no. La verdad es que no sé de dónde tirar. Solo hay una línea de actuación y esa es tu memoria, pero no recuerdas nada y así es imposible.

—¿Crees que la solución del caso está en mi memoria?

—Así es.

—Eso cree también Simón, pero no recuerdo ningún suceso en la academia que justificase una cadena de crímenes para enviarme un mensaje.

—¿Ni siquiera en ese cajón en el que guardas lo que no quieres recordar?

—Ahí solo tengo la pérdida de mi madre y poco más.

—No es muy efectivo el cajón, pues la tienes presente cada día, según me dices.

—Gracias por recordármelo.

—No era mi intención. ¿Qué más cosas has guardado ahí?

—¿Lo preguntas en serio?

—Claro.

Ella se recostó en su sillón y cerró los ojos.

—Enfados en el colegio por ser un cerebrito y que me señalaran, chicos que no querían ser mis novios en el instituto por no tener las curvas que deseaban, profesores de actividades artísticas que no me consideraban apta para lograr mis metas o deseos, compañeros de universidad más centrados en salir de fiesta y follarse a todas las chicas que pudieran; y la academia… aquello fue lo peor.

—¿Por qué? Entonces eras ya adulta, consciente y madura, aunque tuvieses poco más de veinte años.

—Pero no esperaba esa testosterona en una academia de policía.

—¿Te intentaban llevar a la cama los compañeros o profesores?

—Solo los compañeros, pero no era solo llevarme a la cama.

—Explícate.

—Era más bien su actitud, sus miradas, era más un deseo por su parte de dominarme, por ser mujer o por ser más débil a sus ojos, o por tenerme como una amenaza y controlarla. No sabría definirlo.

—Eres psicóloga, ¿qué pensaste entonces, mientras sucedía?

—Que era un pulso para ganar por parte de personas con miedo e inseguridad.

—Comprendo.

—¿Dices eso porque me entiendes realmente o porque me apoyas ahora para que tenga la mente más estable.

—Te lo digo porque comprendo que esos chicos se sintiesen amenazados, no suelen aprobar muchas chicas en la Policía; y las que lo logran, acaban las últimas en las puntuaciones.

—Yo acabé muy abajo en el listado, había muchos chicos y chicas por delante de mí en las notas.

—¿Ninguno intentó ligar contigo de una forma más insistente de lo habitual?

—Eso mismo me preguntó Simón. No; varios lo intentaron con ahínco, pero parecía no importarles mucho el rechazo; desaparecían tras tres o cuatro negativas y lo intentaban con otras.

—Pues no tenemos nada más. No hay mensajes de odio por tu nombramiento registrados en los ordenadores que hemos requisado de los dos profesores. Tampoco recibieron quejas ni las emitieron tras el momento en que se te asignó este puesto.

Esther recordó el nombre que le había dado el comisario la tarde anterior y llamó de nuevo, pues ayer el director de asignaciones del ministerio había terminado su jornada laboral.

Tras esperar cuatro tonos, por fin descolgaron desde el otro lado.

—¿Sí?

—¿Fernando Rojo?

—Al habla, ¿quién es?

—Soy la oficial Esther Gallardo de la Policía Nacional, le llamo por un caso que llevo en este momento. ¿Tiene dos minutos?

—Pues lo cierto es que no, tengo una reunión ahora y…

—Usted me recomendó para la brigada de Homicidios, a pesar de no haber aprobado las pruebas de la academia, de eso hace algo más de un año y ahora alguien está asesinando a los profesores que me suspendieron. Solo tenemos unas horas para encontrar y salvar al segundo de ellos; este asunto es de vital importancia, nunca mejor dicho.

—¡Dios mío! —Se notaba sinceramente afectado por esas palabras —. Está bien, ¿qué necesita? ¿En qué puedo ayudarla?

—Quiero saber los motivos para recomendarme para este puesto tan importante sin haber aprobado tres asignaturas de la academia.

—Recuerdo su caso, es la primera vez que he pedido algo así por alguien.

—¿Por qué lo hizo? ¿Fue decisión suya o recomendaba por otra persona?

—Fue algo personal, no hubo nadie detrás. Recuerdo que el director de la academia me habló de usted en una partida de mus del club en el que coincidimos los domingos por las mañanas. No me creí

lo que aseguraba, pero insistió en que había usted demostrado su habilidad de memoria en innumerables ocasiones. Lo hablé con mi familia esa noche durante la cena, de modo coloquial; y uno de mis hijos, licenciado en psicología y también fanático de los superhéroes, esto me avergüenza un poco decirlo, se mostró fascinado por el dato, diciendo que sería muy provechoso el don de la memoria infinita para almacenar datos de cara a los casos policiales, siempre que se tuviese al lado durante los primeros cinco o seis años a un experto que aportase experiencia para ir rellenando los huecos en las decisiones a tomar. Aquella noche no me lo tomé más que como un comentario divertido en mitad de una conversación, pero le di vueltas al asunto días después y pensé que podría ser interesante hacer el experimento.

«Acabo de descubrir lo que soy y hago en este puesto, soy un experimento que ha salido de una conversación divertida, un chiste tras un comentario de un friki de los *X-Men* en una cena con demasiado vino consumido. Alguien sin importancia. Un ratoncito de laboratorio que se usa para un laberinto nuevo y más complejo. Sigo siendo el bicho raro y hay que buscarme una ubicación para ser útil. También Moretti es otro ratoncito que será mi guía durante unos pocos años, hasta que no me haga falta para que yo haga el trabajo sin necesidad de su apoyo o consejo».

—¿Sigue usted ahí, Gallardo?

—Aquí estoy, gracias por su franqueza.

—¿Desea saber algo más?

—¿Alguien trató de impedir mi nombramiento como agente de homicidios?

—No, no recuerdo eso. El comisario era reticente porque tenía dudas a la hora de dar un cargo de tanto peso a una persona que no había aprobado tres asignaturas importantes en la academia ni había pasado unos años haciendo trabajo de campo en patrullas, pero le aseguré que era cosa de un caso; si no se resolvía el primer caso difícil, el programa sería anulado.

—Y yo volvería a buscar trabajo como psicóloga, además de Hugo Moretti, que regresaría a su retiro.

—Bueno, siento ser tan directo.

—No lo sienta. Gracias por su colaboración, que pase buen día.

Colgó y arrojó el teléfono sobre la mesa del escritorio con saña. Moretti se habría extrañado por ese gesto, pero no le importó.

«Así que soy un puto experimento, alguien prescindible que se usa para comprobar una teoría que nace de un comentario durante una cena. Mi vida y mi persona no valen nada, tampoco las de Hugo. Un caso a modo de prueba y ya veremos cómo sale la apuesta… Descubrir algo así no es sencillo de asimilar, desde luego. Toda la realidad que suponía en mi vida es el fruto de una apuesta en la que el responsable

no arriesgaba nada».

—¿Estás bien?

—¿Hugo?

—Has arrojado el teléfono tras la conversación. ¿Ha pasado algo?

—Nada, solo que no tengo la forma de saber dónde está Narciso Díaz.

—Hacemos lo que podemos, no te machaques. El asesino cometerá un error o nosotros encontraremos la vía para saber dónde encontrarle o descubrir su identidad.

—¿Siempre resolveremos los casos, Hugo?

—Antes detestaba que me llamases por mi nombre o apellido al dirigirte a mí, cuando no había nadie más presente; no lo comprendía. Ahora me parece adorable esa forma de hablar.

—Gracias… Quiero decir que te agradezco que digas eso, no controlo lo que digo, solo lo digo. Pero no nos salgamos del asunto. ¿Piensas que este trabajo en la comisaría tiene futuro?

—¿Por qué no? Resolvemos casos difíciles, de esos que el resto de inspectores no son capaces de descifrar.

—¿Crees que tiene futuro a medio o largo plazo?

—No comprendo tu pregunta, o no comprendo por qué la haces.

—Por nada, es una tontería. Olvídalo.

«¿Cómo voy a decirte que el plan del ministerio es quitarte de en medio cuando llevemos cinco o seis años en activo? Hace poco me has dicho que tu vida era resolver casos, que te habrías suicidado de no volver al trabajo de campo, también que tu vida ahora soy yo. ¿Qué pasaría contigo o en tu mente si te apartan de los casos y de mí tras unos años?».

—Hugo, ¿qué harías si te apartan del programa?

—¿Cómo dices? ¿A qué viene esa pregunta?

—Solo es un supuesto, ¿qué harías si tuvieras que regresar a casa y no ser más mi asesor?

—¿Estás pensando otra vez en dejar nuestra relación?

—No. Solo te pregunto por el trabajo.

—Me sentiría cojo o manco, además de no saber qué hacer durante tantas horas sin poder aportar algo, sin ser útil en lo que sé hacer. Tengo la carrera de derecho, pero no me veo llevando casos, no me gustaría tener que ocupar mi tiempo con eso.

—Yo tampoco te veo de juicio en juicio, aunque un abogado ciego daría para una serie de la televisión muy interesante.

—Me encanta tu humor negro.

—Gracias, amor.

—Solo me llamas así cuando estamos en la cama…

—Quizás porque me gustaría estar ahora haciendo el amor contigo.

Esther vio cómo su compañero quedaba mudo y sonrojado, no era

algo habitual, así que disfrutó de la situación unos segundos.

«Nadie te apartará del trabajo, te lo garantizo. Si estamos cinco o seis años resolviendo casos importantes, nos convertiremos en un activo demasiado valioso como para que la comisaría y el ministerio nos pueda perder, así que pondré mi placa sobre la mesa con una carta de dimisión si me informan de que tú sales del programa. Me da igual si tengo que ejercer de psicóloga o trabajar a tu lado como investigadores privados, pero me siento a gusto contigo en el trabajo y eso no lo va a cambiar un idiota del ministerio que decide las vidas de las personas que están bajo su poder».

—Hugo.

—¿Qué?

—Vamos a resolver este caso, ¿verdad?

—Me gustaría, aunque eso nunca se sabe.

—A partir de ahora, cuando te pregunte eso de nuevo, solo responde que sí.

—Sí, vamos a resolverlo.

—Pues sigamos con ello. ¿Tiene Simón vigilada tu calle?

—Sí, tiene a dos patrullas de camuflados en nuestra calle. —Moretti enfatizó en la palabra nuestra.

—Bien, es un comienzo.

—Daniel Segura murió a los tres días de desaparecer, dentro de unas horas se cumplirá tres días de la desaparición de Narciso Díaz. ¿Quieres que estemos esta noche en la calle, además de los camuflados?

—La duda ofende.

—Pues llama a África y dile que tendremos jornada extendida.

—Lo haré, pero antes quiero pedirle a Simón que ponga vigilancia para Ernesto Barrero.

—¿Ernesto Barrero? ¿El tercer profesor que te suspendió en la academia? Eso ya lo he pedido yo. Simón se habrá encargado.

—No lo sabía.

—Debiste intuirlo.

—Tienes razón.

—Vamos a comer algo, será una noche larga.

Esther y Moretti estaban en la parte de atrás del Audi RS5 aparcado a escasos metros de la puerta del edificio donde compartían su vida. Eran las doce menos cuarto de la noche y el sueño les atacaba con la misma saña que a África Sánchez, que permanecía en el asiento del conductor. Todos habían cenado algo ligero antes de las diez y ahora sus tripas protestaban.

—Hay cerca un restaurante chino, puedo traer tallarines con

gambas y unos rollitos de primavera si os apetecen —dijo Moretti.

—No es necesario.

—Lo digo porque van a cerrar en breve y luego tendremos que conformarnos con una bolsa de patatas fritas o ganchitos de un colmado de esos que permanecen abiertos las veinticuatro horas del día. La noche será larga y no sabemos si estaremos aquí vigilando hasta por la mañana.

Esther dudó durante unos segundos.

—Está bien, pero voy yo al chino, tardaré menos.

—¿Y si aparece el asesino?

—Los agentes de los camuflados y África se enfrentarán a él.

Moretti preguntó:

—¿Llevas tu arma y estás preparada para usarla?

—Por supuesto que sí —dijo la agente tratando de ser convincente.

—Ella no está preparada, pero es lo que hay.

—Esther, tampoco lo estabas tú cuando esgrimiste tu arma por primera vez, no lo está ningún agente ante esa situación, pero la han formado para hacerlo.

—Pero…

—No hay peros, ve a por la comida y deja que tus compañeros sigamos haciendo nuestra tarea. Y trae una bolsa de pan de gambas.

Esther lo hizo a regañadientes, a pesar de que había sido idea suya ir, tratando de invertir el mínimo tiempo posible, comprando además una botella de litro y medio de agua en un colmado por el camino. Entró de nuevo en el coche con la idea de ser más cordial. ¿Nunca se le iba a ir esa actitud arisca hacia la agente?

El olor de las bolsas de comida les despertó el apetito a todos. Antes de ofrecer las viandas, Esther preguntó:

—África, ¿cómo te sientes paseando a investigadores en lugar de ocupar otras tareas?

—Esto es fabuloso, aprendo de los mejores.

—Yo solo soy una novata.

—Eres oficial, has resuelto casos importantes de los que se habla mucho en la comisaría, además de tener a Hugo contigo, que aporta lo suyo.

—Te veo entusiasta —dijo Gallardo.

—Igual que Nacho —apuntó Moretti.

—No mencionemos a Nacho.

—Esther…

—No quiero hablar de Nacho, no quiero que lo menciones tan a menudo.

—Compañeros —dijo África en lo que era casi un susurro—, no quiero ser un problema para vosotros. Sé lo que le sucedió al anterior chófer que teníais, me asusta acabar igual, para qué mentir, pero

quiero tener la oportunidad de participar en estos casos y aprender de vosotros. Claro que si no os sentís cómodos conmigo, se lo diré al comisario para que me destine a tareas administrativas, como antes, y os asigne a otra persona como chófer.

—Claro que no, África, solo estoy… —Esther no supo qué más decir. Hugo no la ayudó, quizás como parte de su terapia para solucionar su narcisismo; debía ser ella la que saliese del entuerto por sí misma—. Estoy algo tensa, solo eso. Perdona si te he excluido del equipo.

—¿Somos un equipo? ¿En serio? Me hace ilusión y no lo había sentido antes.

—Repartamos la comida y no dejemos de mirar la fachada del edificio —dijo Moretti.

Cenaron en silencio tras repartir la comida en los cuencos de cartón que le habían dado a Esther en el restaurante chino, sin dejar de observar la fachada, aunque contaban con dos parejas de agentes más en la calle.

Eran las dos y media de la madrugada cuando Gallardo decidió preguntar:

—África, ¿qué notas sacaste en la academia?

—¿Mis notas? Tuve una media de 8,9, muy pobre, pero ahora deben admitir a un mínimo de chicas en cada promoción para la paridad que exige el Gobierno y logré entrar por los pelos.

—Mi nota media fue de 5,4.

—¿Es una broma?

—En absoluto.

—Bueno, me dijeron lo de tu memoria… también que habías resuelto casos muy complicados.

—Eso no importa. ¿Cómo te sientes recibiendo órdenes de una oficial que obtuvo notas tan bajas comparadas con las tuyas?

—No lo sé. Quizás las notas de la academia no sean tan importantes para decidir quién es mejor investigador.

—Esther… —susurró Moretti.

Ella no le hizo caso.

—África, las notas nos definen como policías. ¿No sientes rabia ante una situación como esta? Te doy órdenes cuando estoy menos cualificada que tú como policía.

—No siento ninguna rabia, solo cumplo con mi trabajo. El comisario me dijo que…

—Olvídalo, África —dijo Moretti—. Sigamos pendientes de la fachada del edificio, que no pase nadie que nos haga parecer novatos por no ver que deja un cuerpo sobre la acera ante nuestras narices.

Esther lo observó durante unos minutos, ella sabía que su respiración era suficiente para que él supiese que ella esperaba una

respuesta, pero esta no llegó. Entonces pasó a algo más directo.

—Hugo —le susurró al oído.

—Dime —le devolvió el susurro.

—¿Cuestionas mis métodos?

—Esa es una pregunta que hace un inspector con décadas de formación.

—No me consideras capaz.

—No empecemos, contrólate.

—Esta chica podría ser la asesina —dijo en un susurro casi inaudible.

—También lo contemplo.

—Pues pareces no hacerlo.

—Al contrario, pero uso la mente sin distracciones.

—¿A qué te refieres? ¿Estoy distraída?

—Dímelo tú.

—Hugo, no me gustan estos juegos.

—Pues no los empieces.

—¿Qué has querido decir antes?

—¿Qué se necesita para que África sea la asesina?

—Que haya secuestrado a los profesores y que se sienta menospreciada por ocupar su cargo en lugar del mío.

—¿Y qué más?

—¿Más? No te comprendo.

—Sí, para haber secuestrado y ejecutado a Daniel Segura, además de secuestrar a Narciso Díaz. ¿Qué más?

—Supongo que un motivo.

—¿Solo eso?

—No sé a qué te refieres.

—Claro que sí, pero no estás lúcida al cien por cien para verlo. ¿Qué necesita para ejecutar a Narciso Díaz?

—Tiempo.

—Eso es, África necesita tiempo y también que no estemos a su lado en el coche para ver cómo lo hace.

—Joder.

—Dijiste que había muchos alumnos de la academia que podrían haber creado una animadversión hacia ti por el trato de favor del ministerio y de la comisaría, que incluso África podría ser una de ellas, pero no pareces consciente de que ella está ahora en el mismo vehículo que nosotros.

—Lo entiendo.

—Vamos a dejar pasar el tiempo, que es lo que más le fastidia a un investigador cuando sigue un caso, pero también lo que le lleva despacio o rápido a la solución del mismo.

Ernesto

Esther, al despertar, comprendió su terrible error de novata: se había quedado dormida sobre el hombro de Moretti.

—¿Qué hora es?

—Las seis menos diez de la mañana, ya casi amanece.

«¿Me he quedado dormida todas estas horas mientras ellos vigilaban? Joder, Esther, estás demostrando más que nunca que no mereces el puesto».

—Siento haber dado una cabezada.

—No importa, África no ha despegado los ojos del edificio. Yo habría hecho lo mismo, pero habría servido de muy poco.

—Ese chiste no me hace gracia ni me hace sentir bien.

—Piensa en el lado positivo; si has dormido más que ella, mañana serás tú la que pueda aguantar más tiempo vigilando.

—¿Mañana?

—No ha aparecido nadie para dejar un cuerpo sobre la acera, así que tenemos más tiempo para encontrar a Narciso Díaz. Creo que va siendo hora de regresar cada uno a casa a descansar unas horas. África, iremos en taxi a la comisaría a las doce, ¿puedes estar a las dos de la tarde allí por si te necesitamos?

—Puedo venir a las doce menos cuarto a por vosotros.

—No, descansa y ve a las dos.

—Espera —dijo Esther.

—¿Pasa algo?

—Quiero comprobar una cosa.

La oficial entró a través de su teléfono móvil en la aplicación de la comisaría e indagó durante dos minutos. Luego dijo:

—África, ¿en el GPS del coche está la dirección de mi apartamento?

—Espera… No, no la veo en los destinos prefijados —dijo tras indagar en el menú del navegador.

—Arranca y gira a la izquierda al final de la calle, date toda la prisa que puedas.

—¿Qué ha pasado?

—Lo sabrás en cinco minutos, Hugo.

El sol no se veía aún tras los edificios de cuatro plantas de la calle, pero el cielo ya estaba suficientemente iluminado y pronto se

apagarían las farolas. Se apreciaba a algunos vecinos que salían madrugadores a su trabajo o corredores que aprovechaban para hacer ejercicio antes de iniciar la jornada. Llegaron a casa de Esther haciendo protestar los neumáticos en cada curva y saltando semáforos con la sirena y las luces del coche camuflado encendidas.

—Esa es la puerta de mi edificio —dijo Esther, aunque África lo había intuido porque ya había allí todo un destacamento de la científica, además de una ambulancia, dos patrullas y muchos curiosos mirando.

Entonces Gallardo le contó a Moretti lo sucedido.

—¿Cómo no hemos previsto esto?

—Supongo que porque era imposible adivinar si el asesino actuaría hoy u otro día, además del lugar en el que dejase el cuerpo; no sabíamos si usaría siempre la fachada de tu casa u otros lugares que sean igual de importantes para mí.

—En el caso de que sepa lugares emblemáticos para ti, debemos intuir que tiene información personal a la que no tiene acceso cualquier persona.

Esther se sobresaltó.

—Mi diario…

—¿Cómo dices?

—Cuando, tras regresar de las vacaciones en Huelva, recogí unas mudas de ropa y artículos personales para irme a vivir contigo, no encontré mi diario en el cajón de la mesita de noche en el que lo guardaba.

—No me lo habías contado.

—Pensé que lo podía haber extraviado, que lo hubiera metido en otro lugar estando distraída, pero no me lo llevé a Huelva y no he tenido tiempo de buscarlo por el apartamento. El caso es que no recuerdo que lo haya metido en otro sitio y eso tiene una fiabilidad plena.

—¿Crees que alguien lo ha podido robar de tu casa?

—De algún sitio habrán sacado también mis cabellos.

—Eso debiste decirlo antes.

—No me hables de decir las cosas en su momento oportuno o te recordaré lo de dar mi ADN a la científica.

—Está bien, salgamos de una vez.

Un agente subió la banda de plástico del cordón policial para que ellos pasasen y pudieron ver a Rafael Gómez, el responsable forense del turno de noche, al lado del cuerpo.

—Buenos días, Rafael.

—¿Moretti? Buenos días, aunque no para este tipo.

—Es Narciso Díaz, profesor de la academia.

—Vaya, lo siento si lo conocías.

—En realidad no, pero sí mis acompañantes, fueron sus alumnas.

—No parece haber muerto de una forma rápida ni feliz.

No necesitó justificar sus palabras. África tuvo que ir a vomitar tras ver el semblante del que había sido su profesor hasta hacía menos de un año, estaba con una mueca desencajada por el dolor extremo que le había provocado el ácido en el cerebro y la extirpación de los globos oculares. Esta vez sí había sangre en la cara, no como con Daniel Segura.

El forense pareció adivinar el pensamiento de los investigadores y les dijo:

—Apuesto a que los ojos se los han sacado estando aún vivo y consciente.

—Ha cambiado el *modus operandi* por algún motivo; quizás tuvo un enfrentamiento verbal con su víctima, o no le caía bien, y eso le hizo obrar de una forma más salvaje. ¿Hay cabellos en las cuencas de los ojos?

—No, pero he visto algo inusual.

—¿A qué te refieres?

—Observadlo por vosotros mismos. —Encendió una linterna de luz ultravioleta y alumbró el rostro de la víctima.

—¿Qué es eso?

—Son huellas dactilares en los párpados.

—Pero son moradas y no verdes.

—Porque esta luz vuelve verde el ácido bórico que tiene la piel de las manos de una persona. Si se ven moradas es porque son huellas dactilares colocadas de forma artificial, seguro que usando un ácido diferente u otro reactivo como impresión.

—¿A qué te refieres?

—Esther —intervino Moretti—, el asesino ha usado huellas que ha impreso en una especie de lámina o pegatina. Ha tomado huellas dactilares de otro lugar y las ha reproducido en la piel del cadáver.

—Ahora solo queda enviarlas a la Científica para que las cotejen en el sistema —dijo Rafael.

—Ahórrales tiempo, son las mías.

El forense miró a Esther intrigado.

—Ese cabrón tiene mis cabellos y mis huellas dactilares.

Moretti se llevó a la chica de allí. A su lado apareció África para pedir disculpas, era el primer cadáver que veía sin contar con los que había tenido que inspeccionar en la academia, aquellos eran de personas que habían donado su cuerpo a la ciencia, para autopsias, investigaciones médicas y también endurecer el estómago de futuros policías. El suyo seguía aún muy débil.

—El asesino va a matar cada tres días y colocar los cadáveres en lugares donde vives o que sean importantes en tu vida, Esther. Debes

hacer un listado de ellos.

—Son muchos y…

—Recuerdas lo que escribiste en tu diario, lo sé, lo recuerdas todo, así que ese manuscrito mucho más. Haz un listado con los lugares que aparecen en esas páginas y dales un porcentaje de importancia a cada uno, lo necesitamos para adivinar dónde dejará al siguiente profesor. No te imaginas lo urgente que es esto.

—¿Por qué es tan urgente?

—Porque solo tres profesores te suspendieron y ya ha matado a dos.

—Tenemos vigilado al tercero. Confiemos en que eso funcione.

—África, lo de descansar unas horas se pospone, pon rumbo a la comisaría, hay mucho trabajo que hacer.

—Ahora mismo.

Lo primero que hicieron al llegar al despacho fue llamar al marido de Narciso para darle el pésame y disculparse por no haber sido capaces de salvarlo, el hombre estaba desolado, ya había recibido la mala noticia de un agente unos minutos antes. Moretti usó todo el tacto que tenía para hacerle partícipe del dolor que sentía y le prometió que haría todo lo que estuviese en su mano por encontrar al asesino que estaba haciendo aquello.

—Has estado más de cuarenta minutos al teléfono y ya te he oído, ha debido de ser muy duro para esa persona.

—Francisco.

—¿Dime?

—La pareja de Narciso se llama Francisco, y claro que ha sido muy duro.

—Yo no…

—No sientes ese dolor, lo sé. Te daré un consejo para cuando oigas que alguien ha perdido a la persona que más quería, recuerda lo que sentiste cuando tu madre se fue.

El golpe fue seco y directo al corazón de la oficial, pero esta no dijo nada, se mordió la lengua hasta hacerse daño porque entendió lo que su compañero le estaba diciendo, era una lección de primera para lograr empatía con las personas de su entorno, incluso con los familiares de las víctimas de los casos que llevaban. Tenía que meditar antes de hablar. Su mente funcionaba más deprisa que la de los demás y se saltaba pasos importantes en el proceso, tan importantes como meter en la ecuación los sentimientos y los deseos de las personas con las que interactuaba antes de pronunciar palabra.

—Pensaré en mi madre, lo haré. Ahora siento el dolor de Francisco, también el de la mujer de Daniel Segura y el de todos los

familiares y amigos de cada víctima que hemos investigado en los demás casos.

—Esther.

—Que sí, que lo he dicho en serio.

—No se trata de eso. Me intriga el motivo para que escribas un diario.

—Mucha gente lo hace, aunque es cierto que suelen hacerlo más los niños.

—No hablo de tu edad, sino de la función principal de escribir un diario: leerlo con el paso de los años y recordar lo que se escribió en él, revivir esas experiencias y sentimientos que se han plasmado en sus páginas. Tú no lo necesitas, tienes el diario en tu propia mente.

—No sé por qué lo hice, supongo que quería escribir sobre lo que pasaba en mi entorno, seguro que fue una estupidez. —Había mentido, lo escribió porque quería recordar con el doble de intensidad el dolor que sintió con la pérdida de su madre, no solo tenerlo a cada instante en su cerebro, también siendo consciente de que había un libro cerca de ella que se lo recordaba; para ella era como tener a dos personas susurrando cada una en un oído las mismas palabras a la vez. «Un acto horrible que solo concibe alguien autodestructivo, ahora soy consciente de ello».

—Ponte con los datos sobre Ernesto Barrero, tenemos que salvarlo al coste que sea, su vida es tan importante como las nuestras. El asesino te busca a ti, seguro que te tiene reservado el lugar de honor de ser la última, y si tu vida termina en sus manos, lo hará la mía al mismo tiempo.

Esther hizo el ejercicio de empatía de nuevo, trayendo el recuerdo de la muerte de su madre. ¿Moretti se sentiría así si la perdiese a ella? ¿Se moriría en vida? ¿Lo haría ella si alguien matase a Hugo? Fríamente pensaba que solo sentiría su ausencia física, no en su corazón. Así de insensibilizada estaba, se había endurecido hasta no sentir nada por nadie, ni por su propia pareja. Debía poner remedio a su problema y contactaría con un psicólogo ese mismo día para comenzar la terapia.

—¿Y si vamos a su encuentro y nos quedamos con él en su casa?

—Esperaba esa propuesta, aunque no somos guardaespaldas; pero podemos hacer una excepción. Vamos, África, tenemos trabajo urgente —le dijo esto último a la agente, que permanecía en silencio a su lado.

Llegaron a las nueve y media de la mañana, media hora antes de que empezase Ernesto Barrero su turno en la academia, que quedaba muy cercana a su casa, así que el profesor aún no habría salido. Llamaron al portero automático tras saludar disimuladamente a los

agentes del coche camuflado que vigilaban en la calle.

La vivienda era grande, eso se deducía del enorme recibidor y de un salón de más de treinta metros cuadrados al que pasaron invitados por el profesor, que vivía con su hijo, de igual nombre y recientemente separado.

—Las cajas que hay por todas partes son del chico, ha vuelto a casa cuando su mujer le ha pedido el divorcio, cosas que pasan. Ahora está en el trabajo.

Barrero se mostraba risueño, parecía no comprender el peligro que corría en esos momentos.

—¿Queréis un café? —añadió.

—No es necesario, ya hemos desayunado, gracias.

—Te conozco, eres Gallardo.

—Sí, fui alumna tuya.

—¿Cubriendo Homicidios? Me alegro.

—Bueno, me suspendiste.

—Son exámenes, están para hacer un corte. Si haces bien tu labor en la comisaría, entonces es que me equivoqué.

—No te equivocabas, sigo siendo pésima a la hora de las habilidades sociales. Pero eso no quita que resuelva casos.

—Entonces es un error del sistema, no hace bien los temarios y exámenes para decidir qué futuro policía lo hará mejor o peor. Pero sentaos, por favor, no os quedéis ahí de pie. Por cierto, me alegra conocerte, Moretti, eres una leyenda en la academia.

—Gracias, pero no estamos aquí para una conversación trivial, no sé si te han informado de lo que sucede.

—Sí, lamento lo de Daniel y Narciso, pero me siento seguro con la vigilancia en la calle y con vosotros aquí.

—Es que te vemos como si nada grave pasase, como si no fueras consciente de que tu vida peligra.

Ernesto Barrero tenía cincuenta y nueve años y estaba en una forma física envidiable, parecía el propietario de un gimnasio, uno de esos que disfruta dando ejemplo de lo que se puede conseguir con trabajo duro y constante; medía más de metro ochenta y llevaba la cabeza afeitada; se veía más seguro de sí mismo que nadie que la oficial hubiera conocido antes. Entonces este respondió a Moretti sacando un enorme revólver del calibre cuarenta y cuatro de su bolsillo y diciendo:

—Sé defenderme, he sido policía durante más de veinte años. Que venga a por mí ese asesino si se cree capaz.

—Nosotros también vamos armados, además de ser policías en activo, y no podemos evitar temer por tu vida.

—Tonterías. No me pasará nada, ya lo veréis. Tomad el café, en serio, tengo una cafetera que me costó más de cuatro mil euros, hace

un expreso de maravilla.

—Pues adelante, deléitanos con ese café y hablemos sobre la academia.

Ernesto fue a la cocina y regresó diez minutos más tarde con una bandeja que portaba cuatro tazas, además de azúcar, panela, sacarina y una jarra pequeña de leche caliente y con mucha espuma. Sirvió a África, Esther, Moretti y a sí mismo, en ese orden.

—Antes de empezar, quisiera hacerte una pregunta personal e indiscreta; mis compañeras me han susurrado que vives en un piso formidable, no sabía que se ganase tanto dinero como profesor de academia. ¿Te ha tocado la lotería o algo así?

—Algo así. Yo estaba casado con una arquitecta de las mejores del país, Inés Ventura, por si habéis oído hablar de ella. Hace veinte años me dijo «Ernesto, he conocido a otro hombre y me voy con él, quiero el divorcio». Tal cual. No solo se desentendió de mí, también del chico, que entonces tenía unos once años. Me dijo que me quedase con el piso, lo pondría a mi nombre, y con una pensión de cinco mil euros mensuales para mantenerlo y cubrir los gastos de nuestro hijo. El día que firmamos el acuerdo de divorcio, también lo hicimos del cambio en las escrituras de este piso. Ese día fue el último que la vimos.

—Joder.

—No lo sientas por mí, hemos sido muy felices el chico y yo desde que se fue, y tampoco notamos mucho su ausencia porque antes se pasaba todo el día en su estudio trabajando.

—Está bien, ¿te parece que vayamos a por las preguntas?

—Claro, aunque las recuerdo de mi época de investigador.

Moretti carraspeó, como para hacer borrón de lo anterior y centrarse en lo que había ido a hacer allí.

—¿Tuviste a algún alumno enfadado por sus notas en los últimos años?

—Ojalá solo hubiera sido uno, fueron docenas o cientos. Ningún alumno está conforme con sus notas si no les da la media para optar a un puesto en el Cuerpo.

—¿Alguno te habló de Esther?

Ernesto miró a la chica y se mantuvo en silencio para hacer memoria.

—No, no recuerdo eso.

—¿Y que te llamase después de saber que la chica había entrado en Homicidios sin tener la nota mínima?

—Tampoco, eso no sucedió.

—¿No has oído nunca en este tiempo un rumor relacionado con ella?

—Lo cierto es que la había olvidado, lo siento —dijo mirándola a los ojos—, pero solo te he recordado al verte de nuevo, eres una chica

guapa y eso no se olvida.

—Gracias, supongo.

—Ernesto —siguió Moretti con la entrevista, como si no hubiese oído el último comentario del profesor—, ¿viste o supiste alguna vez de algún alumno o profesor interesado en ella?

—Tengo que reconocer que es la más guapa que ha pasado por la academia en los años que he estado allí, así que claro que vi a muchos observándola o tirándole la caña.

—¿Recuerdas si te hicieron alguna vez un comentario similar?

—¿Similar?

—Sí, a lo de que es la más guapa que ha pasado por allí.

—No, no recuerdo eso. Seguro que era algo personal que llevasen dentro. De todas formas, ¿justifica eso el asesinato de profesores? ¿Que hubiese profesores o alumnos interesados en llevarla a la cama daría el móvil para cometer estos crímenes?

—Es cierto, no te lo discuto, pero nos aferramos a lo que sea para descubrir el motivo que está llevando a ese lunático a matar.

—No tenéis nada por ahora. Joder, eso me empieza a preocupar.

—Creemos que el asesino mata porque considera que Gallardo no era apta para el puesto que se le asignó desde el ministerio, es nuestra mejor opción, eso nos lleva a pensar en profesores o alumnos que hayan creado una rencilla personal hacia ella.

—¿Hasta el punto de convertirse en homicidas en serie? Bueno, debo reconocer que he visto cosas peores en mis años de carrera.

—Por eso barajamos todas las posibilidades.

Ernesto se giró para mirar a la oficial.

—Chica, eres preciosa, la alumna más bonita que recuerdo en mi carrera, pero ni un crápula mujeriego como yo mataría solo porque no quisieras acostarte conmigo.

—Me halagas a la vez que me demuestras que ese no es un motivo para estos crímenes. Solo queda el de los que pensaban que yo no merecía ese puesto, sino ellos mismos.

—Eso nos lleva a los agentes que sacaron mejores notas en su promoción —dijo Moretti.

—Serían muchos.

—Sí, lo sabemos, gracias —murmuró Esther algo cansada de oír constantemente ese dato.

—Esos chicos, porque casi todos los que obtienen las mejores notas, sobre todo por las pruebas físicas y de defensa personal, son hombres, serán muchos; tanto los que obtuvieron plaza en comisarías como los que se quedaron sin plaza.

—De los primeros, de los que obtuvieron plaza y acabaron como agentes de apoyo y patrullando, ¿cuántos habrá por Madrid? Porque ellos son los únicos que habrán tenido acceso a sus cabellos y huellas

para dejar en los crímenes que ahora investigamos.

—No solo los que obtuvieron plaza, el resto sabe manejar una ganzúa para ir a un piso a obtener esas pruebas.

—No lo creo, ¿cómo iban a saber dónde vive ella sin acceso al sistema interno de la comisaría?

—Tal vez siguiéndola tras el trabajo.

—Vaya, la cosa se complica.

—Mucho más que eso. —Los tres policías miraron con expectación al profesor, que hizo una pausa de efecto para sentirse aún más protagonista de la tertulia—. El asesino también puede ser un policía que no haya compartido clases con ella.

—¿A qué te refieres?

—Imagina la cantidad de compañeros que hay en una comisaría, además del resto de comisarías de Madrid. El asunto de que a ella se le asignase este cargo sin haber aprobado en la academia pudo ser una noticia que corrió como la pólvora en cuestión de días. Con miles de policías solicitando su destino en Homicidios cada año, tras haber sacado notas excelentes y haber trabajado de patrulla durante años, algunos de ellos son ya oficiales o suboficiales, no les sentaría muy bien saber que ese destino se le había dado a quien nadie pensaba que podría dar la talla.

—Y a eso hay que sumar los que no son policías porque, tras sacar notas excelentes y superar la nota de corte, no llegaron a lograr la plaza.

Ahora todos miraban en silencio a África tras su comentario.

—Bueno —dijo tras unos segundos Moretti—, tenemos a miles de sospechosos y nada de tiempo para adivinar cuál de ellos es.

—Tranquilos, el asesino vendrá a por mí y sabré cómo hacerle frente. Ese niñato, si es un agente de veinte años, no me va a secuestrar y matar.

—Me alegra verte tan seguro de ti mismo. Tenemos pensado quedarnos contigo todo el día para asegurarnos.

—Ni por asomo, tengo que ir a trabajar, luego al gimnasio y hacer muchas tareas más, no pienso aceptar tener una niñera, menos aún tres.

—No podemos obligarte, al menos tienes a una patrulla abajo para vigilar y seguirte.

—La he visto, el Renault Mégane negro. Tampoco será necesaria, pero entiendo que eso lo ordena un comisario y lo aprueba un fiscal.

Se marcharon los tres del piso con sensaciones muy diferentes entre ellos, tanto personales como relacionadas con el caso que llevaban y que suponía todo su esfuerzo.

Esther volvió a oír lo bonita y deseada que era, cosa que le importaba muy poco, pero sin que eso justificase el castigo a modo de caso de Homicidios que seguía en ese momento. No había obtenido nada y eso le hacía pensar en el tiempo perdido en esa casa, aunque el café, tenía que admitirlo, era el mejor que había probado en su vida.

África, con su aportación al final, había dejado de sentirse como un mueble que nadie mira en una vivienda al entrar, aunque no del todo satisfecha por su valía, pues había oído lo bueno que era Moretti y lo guapa que era Esther, a ella ni la recordaba Ernesto de las clases y parecía estar allí solo para escuchar y aprender de los mayores y tomarse un café, que por cierto era el mejor que había tomado en su vida.

Moretti no confiaba en que Ernesto Barrero estuviese seguro solo contando con su experiencia, unida a su ego y la capacidad de matar que tenía un revólver del cuarenta y cuatro. Pero no iba a ejercer de niñera durante esas horas de quien les había dejado claro que no lo necesitaba y que parecía entusiasmado con la idea de que lo atacasen para demostrar que era capaz por sí solo de enfrentarse a un asalto. Ojalá tuviese razón y siguiera con vida y localizable a la mañana siguiente; con la ayuda, claro, de la patrulla que lo vigilaba; pues pensaba pedirle la marca y modelo de la cafetera, era el mejor café que había tomado en su vida.

Una vez en el piso:

—Hugo, ¿crees que Ernesto es el asesino?

—¿Por qué dices eso? —inquirió el aludido mientras ayudaba a hacer la cena.

—Se le ve muy seguro de sí mismo, no tiene el más mínimo miedo a lo que le ha ocurrido a sus dos compañeros, ha rechazado que nos quedemos con él para protegerlo en su piso, ha dicho lo de mi físico o belleza. No sé, no me gusta ese tipo.

—A mí tampoco, en absoluto, y no por lo que ha dicho personalmente sobre ti. Es algo que transmite al hablar con ese tono tan sobrado de sí mismo, pero prefiero ser cauto y esperar a lo que pase esta noche.

—¿Esta noche?

—Hay cuatro opciones que pueden ocurrir esta noche: que no lo secuestren porque él es el asesino, que el asesino lo secuestre otro día, que Ernesto secuestre a otra persona y, por último, que desaparezca pero no esté secuestrado, sino que se marche porque estamos tras su pista.

—Cincuenta por ciento de posibilidades de que sea el asesino.

—Eso es. Solo el cincuenta por ciento, Esther, demasiado poco para otorgarle la etiqueta negra. Dejemos que la noche avance.

Daban las nueve y media de la noche y tocaba salir a correr, el segundo ejercicio tras el gimnasio que hacía cada día de lunes a domingo, con eso y la dieta lograba mantener el cuerpo que había logrado desde los veinte años a base de constancia. Quizás no estaba tan tonificado como entonces, cuando era un chaval, pero ahora contaba con su experiencia en lucha cuerpo a cuerpo y también llevaba el revólver consigo cada vez que salía de casa. El peso del arma en el bolsillo derecho del pantalón le afectaba al correr, pero le aportaba seguridad para compensar.

¿Un asesino que se había llevado a Narciso y a Daniel? Esos dos estaban atocinados. La vida como profesores tras cumplir los cuarenta y luego los cincuenta años los había dormido. Un policía siempre debe estar alerta, no se debe descuidar de lo que pueda pasar ante él hasta el punto de dejarse atrapar.

Ernesto corría a su ritmo, no muy rápido, pero sí constante y lograría bajar su marca en los diez kilómetros en lo que llevaba de año.

«Hoy haré menos de una hora y cinco, voy lanzado».

Lo sucedido con sus compañeros de la academia, la amenaza mortal también contra él, le daba fuerzas para correr más rápido y tener más energías, además del plato de macarrones que se había comido para el almuerzo. Las calles pasaban a toda velocidad ante él, se sentía como cuando tenía treinta años, entonces detuvo a un asesino tras perseguirlo durante más de diez calles, era un adolescente en plenas facultades físicas, pero él fue más rápido y lo atrapó; el crío cometió el terrible error de tratar de darle un puñetazo, menudo ingenuo, acabó igualmente en comisaría, pero con la mandíbula rota y cuatro dientes menos.

Esa chica… Esther. Era bonita, pero inútil, no era capaz de reconocer las reacciones de las víctimas en los supuestos que se planteaban en la academia. Por más casos que exponía, ella siempre se mantenía fría, nunca había tenido a un alumno así. No comprendía cómo era incapaz de empatizar y de tratarlos de la forma correcta. Cuando la tuvo de nuevo esa tarde en su propio salón, volvió a ver la frialdad en su mirada, la reconoció en el acto. ¿Cómo había acabado en un puesto de investigadora de Homicidios cuando él la había suspendido y recomendado luego en una carta que no debería ejercer?

Los policías nacen, no se hacen. La academia es una pantomima, pues solo los que están preparados para resolver casos pasan, y eso es algo que se descubre desde que son niños. Por eso estaba seguro de que esa chica no podría ser una buena policía en su vida, no tenía lo necesario para ello, por más que se esforzase. No solo lo pensaba por las calificaciones, se lo decía su instinto personal al tratarla. Si no

tuviese al lado a Moretti, no sería nadie.

Pasó al lado de un barrendero y lo esquivó.

—¡Disculpe! —dijo el funcionario del servicio de limpieza.

—¿Sí? —Se frenó con malestar por perder el ritmo de la carrera y saber que no vería en el reloj que había batido su récord anual.

—Alguien ha tirado algo extraño al suelo, lo he barrido y echado en este cubo, pero me parece una mano humana. ¿Cree usted que debería llamar a la policía?

—¿Cómo dice? ¿Una mano humana? Yo soy policía, enséñeme lo que ha encontrado.

Confiado, se acercó para asomarse al cubo que le indicaba, entonces sintió el pinchazo en el cuello, pero ya era demasiado tarde para reaccionar y sacar su revólver del bolsillo derecho, para usar sus conocimientos y experiencia. Demasiado tarde para todo, salvo para ocupar el espacio del cubo del barrendero de camino a su vehículo.

Un paso más

El hijo de Ernesto llamó por teléfono a la una de la madrugada, su padre no había regresado aún de su rutina de correr diez kilómetros cada noche. El timbre del teléfono móvil de Moretti despertó al exinspector, también a Esther, a su lado.

—Hace un rato que nos hemos acostado, ¿quién es? —preguntó la chica.

—No reconozco el número —murmuró Moretti—, podría ser importante, voy a responder y te cuento.

Llegaron en taxi a la casa que habían visitado horas antes en poco menos de cuarenta minutos, allí les esperaba un hombre de unos treinta años preocupado.

—He denunciado su desaparición, pero me han dicho desde la comisaría que deben pasar veinticuatro horas para hacerlo. He encontrado su tarjeta —miraba a Moretti— sobre la mesa del salón y he llamado.

—¿No ha consultado a los agentes que hacían guardia abajo?

—¿Perdone? ¿De qué me habla?

El exinspector intuyó que el chico no sabía nada, que su padre no le había contado lo que sucedía porque no le daba la más mínima importancia. Eso o que se trataba del asesino que buscaban.

—Tranquilícese. Esther, baja a buscar a la patrulla que tenemos asignada a la protección de Ernesto. —Y la oficial obedeció.

Esther bajó a la calle corriendo por las escaleras hasta el coche camuflado de los agentes que había saludado dos minutos antes. Estaba unos metros a la derecha. Llamó a golpes al cristal del conductor. Este bajó la ventanilla asustado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella en un grito, sin haber pretendido hacerlo.

—¿Cómo que qué ha pasado?

—El objetivo salió, ha pasado por delante de vosotros hace unas horas. Salió a correr y no ha regresado, ¿no lo habéis seguido?

El agente tardó unos segundos en asimilar lo que pasaba y responder. A su lado, el otro agente parecía salir de un sueño tras dar una cabezada.

—Se acercó para saludarnos, estuvo un rato hablando con nosotros, nos dijo que iba a darle cuatro vueltas al barrio corriendo y

que no necesitaba protección, incluso nos enseñó el enorme revólver que llevaba en el bolsillo.

—Joder, pero tenéis unas órdenes, seguirle cuando sale de casa.

—No pensamos que… Lo siento.

—¿Y no os ha extrañado que aún no haya vuelto tras estas horas?

Esther recordó que ella misma se había quedado dormida la noche anterior, cuando vigilaba la casa en la que vivía con Moretti, y se mordió la lengua.

—Ahora ha desaparecido y me temo lo peor —añadió ella.

—Lo sentimos, oficial, no pensamos que…

—Regresad a la comisaría para más órdenes.

Esther no quiso oír las disculpas, se encaminó de nuevo al piso, donde Moretti estaría oyendo divagaciones y opiniones absurdas por parte del hijo de Ernesto sobre lo sucedido. Debían salir de allí y buscar las grabaciones de las cámaras de la zona, si es que las había, para ser testigos de lo que había sucedido. Volvía a no empatizar con la víctima y demás damnificados, en ese caso el hijo de Ernesto; apenas lo hacía con los dos agentes que llevarían allí horas cumpliendo con una tarea que para ella sería de lo más soporífera.

El reloj marcaba las dos y veinte de la madrugada cuando entraron en la comisaría, fueron decididos al despacho tras la conversación previa en el taxi. Moretti le había dicho que ella necesitaba descansar, todos lo necesitaban, que el tercer profesor había desaparecido y cansar sus mentes y cuerpos esa noche no daría frutos, sino todo lo contrario. Esther rechazó su propuesta al instante, como él sabía que ocurriría.

—Tenemos que buscar las grabaciones de las cámaras, espero que los agentes que las van pidiendo las envíen lo antes posible.

—Yo también lo espero, pero a esta hora de la noche tardarán mucho tiempo en localizar a los que puedan dárselas, son empresarios que tendrán que levantarse de la cama y salir hacia sus locales para tomar los archivos y enviarlos al departamento informático de la Científica.

—Hugo, no podemos dormirnos, no hay tiempo para eso.

—Siempre hay tiempo para dormir y descansar, el cerebro piensa mejor tras haber desconectado unas horas.

—Yo no tengo sueño, vete a casa a dormir.

—Has dicho a casa, me gusta eso, antes decías «tu casa», me alegra que la consideres ya de ambos.

«¿Eso hago? En realidad era una forma de hablar. ¿O no?».

Esther miró el correo electrónico, aún no había nada.

—Es cierto, no tenemos nada aún, pero me resisto a irme y perder

un tiempo importante. Imagina que dentro de dos horas, o de tres, lleguen grabaciones en las que podamos ver al asesino e identificarlo.

—Se ha guardado de no ser visto las dos veces anteriores, ¿qué te hace pensar que ahora sí ha actuado en una calle con cámaras y mostrando su rostro?

—Eres muy pesimista.

—Ese tipo sabe muy bien lo que hace y donde lo hace. Te recuerdo que sospechamos que sea policía. Sabe cómo actuamos, cómo investigamos, y se cuidará de no ser descubierto. Ernesto Barrero es un tipo enorme, instruido, en forma y con un arma letal en el bolsillo, y a pesar de eso lo ha capturado.

—¿Y si es él el asesino que buscamos?

—No lo descarto, Ernesto podría ser el asesino, claro. Tenemos su coche fichado y sus cuentas bancarias. Ponte con ello y descubre si ha comprado otro vehículo y si tiene otros inmuebles a su nombre.

—No creo que sea tan estúpido de hacer eso.

Moretti sonreía.

—Capullo, ya sabías eso.

—Claro. En el caso de que Ernesto sea el asesino, no habrá dejado pistas sobre sus acciones.

—¿Por qué querría matarme a mí?

—No lo sé, eso solo lo sabrá él, y en el caso de que sea el homicida que buscamos.

—Menudo galimatías.

La chica no sabía qué hacer a continuación, le costaba pensar en una línea de actuación, incluso de decisión, acertada para el caso. Añadió:

—Dijiste que la siguiente tras esos tres profesores podría ser yo, no quiero dejar pasar un minuto sin investigar.

—Te comprendo, yo también tengo miedo. Estando ciego, poco podría protegerte si viene a por ti. Pero ayer dormiste solo unas pocas horas en el coche y yo nada, ¿piensas estar tres días sin volver a dormir?

—Si es necesario, lo haré.

—¿Qué posibilidades tienes de avanzar en el caso, de usar tu cerebro, si este está al veinte por ciento de su capacidad o menos? ¿Qué podrías hacer contra el asesino si se aproxima a ti cuando no te puedas tener en pie por el cansancio?

—No me vas a convencer, me quedo aquí investigando.

—Qué terca eres.

—Lo sabes de sobra. Márchate a dormir en un taxi o que te lleve una patrulla a casa.

—Lo haré, al menos mi mente estará lúcida mañana para ayudarte en lo que sea que se descubre durante la noche.

—Si hay algo importante, te llamaré al móvil.

—No hagas nada, no salgas de la comisaría para investigar algo nuevo sin haberme llamado para acompañarte.

—Lo haré, te lo prometo.

Esther esperó a que Moretti se pusiera la gabardina para levantarse y darle un beso antes de marcharse, luego volvió a su escritorio y revisó el correo. Nada. Quedaba una noche larga y difícil por delante.

A las tres y media de la madrugada seguía sin recibir noticias y se mostraba desesperada, quería salir de allí, de las paredes del despacho que la asfixiaban y sentía que se le iban a caer encima de un momento a otro. No podía llamar a esas horas a nadie, aunque tenía la sospecha de que Hugo podría estar despierto para conversar. Tampoco quería otra taza de té de la cocina. ¿Salir fuera a dar un paseo? Se lo pensó durante unos minutos, pero ¿a dónde ir? Caminar por el paseo de la Castellana no la ayudaría en absoluto, ojalá tuviese algo más bonito que contemplar, que la evadiese unos instantes, en la capital del país. Apartó esa idea, o no, y, de repente brotó en su cabeza el recuerdo, tan nítido como para cualquier persona sin su memoria hubiera sido vivirlo en ese instante, cada detalle visual, sonoro e incluso los aromas percibidos. Estaba de nuevo en el barco de Pablo, el comisario de Huelva y marido de su amiga Cristina, se había levantado esa tercera noche de las pasadas vacaciones y salió a hurtadillas del camarote para no despertar a Hugo. Entonces, ya en la cubierta del velero y a solas, vio surgir el amanecer tras los edificios de la panorámica que le ofrecía la ciudad desde el puerto. A pesar del cercano olor a pescado de los barcos que llegaban de faenar a unos doscientos metros a la derecha, a la lonja para la posterior subasta, el aire era fresco esa mañana de verano y cargado de sal desde el océano cercano, ya que el puerto se ubicaba en la ría o desembocadura del río Odiel. Sintió algo de frío y cubrió su cuerpo con una de las mantas que se almacenaban en la zona de los sofás de popa. Se sentó sobre el suelo de madera de la cubierta y dirigió la vista al horizonte, dando la espalda a la ciudad; la ría y la marisma despertaban con su fauna de flamencos rosas en ese momento, aún con el oeste sumido en la más absoluta oscuridad. Podría acostumbrarse a vivir en esa ciudad, solo las vistas ya compensarían dejar atrás Madrid; a eso le añadiría los beneficios de una ciudad en la que lo tienes todo a mano y sus habitantes son tan cercanos y amigables. Allí contaba con Cristina, haría un buen tándem con ella como compañera, aunque seguiría con Moretti a su lado de consejero. Sonaba perfecto, idílico. Aquella semana fue maravillosa, inolvidable, incluso para quienes no pudieran atesorar al nivel que lo hacía ella cada instante vivido.

Esther se sorprendió al pensar que aquellos días fueron los únicos en los últimos años en los que no había sentido los síntomas del narcisismo ni había llorado por la ausencia de su madre. ¿Eso debía hacer? ¿Pedir el traslado a la comisaría de Huelva junto a Moretti? Quizás el ministerio no quisiera seguir con el programa de casos irresolutos en una ciudad donde no había casos de esa magnitud.

Ahora querría estar allí, quedarse toda la noche en la cubierta bajo la manta y a la espera de otro amanecer mágico, cargado de sensaciones positivas. Pero estaba en Madrid, en el despacho, sola, siguiendo un caso que no sabía cómo solucionar y asustada, por fin, ante la idea de que pudiera ser ella la que muriese tras Ernesto Barrero.

Le quedaban meses para cumplir los veinticinco años, ¿moriría antes de haber vivido un cuarto de siglo? ¿Qué sentiría su familia tras su pérdida? ¿Y Hugo? ¿La llorarían como ella hace con cada ser querido que ha perdido?

Una cosa podía sacar positiva de su memoria, otra más, y es que lograba llevarla de vacaciones y ser feliz cada vez que evocaba un recuerdo positivo. Pensar de esa forma optimista le vendría bien para luchar contra su debilidad, hacerse fuerte conllevaría que ganase seguridad en sí misma y que, tras eso, se fuese el miedo que tenía al mundo más allá del trabajo y la familia.

«Pero no puedo encerrarme en una cueva el resto de mi vida evocando recuerdos bonitos. Tengo que buscar más, quizás de eso vaya la vida, de meter en el cajón del olvido las vivencias negativas y de disfrutar en el mismo instante de las positivas».

Claro que de pensarlo a ser capaz de lograrlo, Esther encontraba un largo trecho.

Le hubiera gustado pensar en Moretti durante unos minutos más, pero el caso apremiaba, pasaban los minutos y una notificación de correo electrónico recién llegada ocupó de repente toda su concentración.

Se trataba de un caso de esos menores, ni siquiera era un dato conclusivo, solo una conjetura de un agente de apoyo. Le dio respuesta en el acto y se retrepó en su sillón.

La noche sería eterna…

No se decidía entre regresar a casa o tomarse otro té, cuando llegó el siguiente correo electrónico, era del mismo agente.

<No imaginaba que responderías tan rápido, ¿estás de guardia ahora en la comisaría o con insomnio en casa?>

Una pregunta profesional y personal al mismo tiempo, ¿qué responder ante eso? Ella lo hizo con la distancia y la frialdad que la caracterizaban.

<Estoy en la comisaría. ¿Tienes algo más?>

<No, era por si querías un café, también estoy en la comisaría, pero no quiero molestarte>

Esther se recogió el cabello con una pinza en un acto reflejo, sin pensar en ello. Resopló dos veces con fuerza. ¿El sueño? ¿El cansancio? ¿El miedo? No sabía qué había en su vida dominando sus acciones. Pero estaba segura de que debía dejar de tratar a la gente de ese modo. Lo meditó lo justo antes del siguiente mensaje.

<Voy a la cocina a por un té y hablamos>

No esperó respuesta, simplemente fue a prepararse la bebida. En la estancia no había nadie, apenas vio a una docena de operarios en la sala común de agentes de apoyo en la que solía encontrar el triple durante el turno de día. Incluso agradeció encontrar a Javier en la recepción, mejor que verse las caras de nuevo con Elena, la recepcionista con la que había congeniado al llegar a la comisaría, para luego enemistarse con ella porque Esther tuvo la nefasta idea de mantener una relación sexual con el inspector del que Elena estaba enamorada, por suerte solo fueron dos noches, porque el tipo era un capullo. Un tema del pasado, claro que el pasado no era percibido de igual forma por Esther que por el resto de personas.

A través de la ventana de la cocina solo entraba la tenue luz de una farola cercana en una calle que ahora estaba casi desierta. A solas y en silencio llenó el calentador de agua y lo encendió mientras ponía dos bolsitas de té verde en un vaso limpio; ya no quedaban bollos ni pastas en la despensa para llenar el estómago.

El saludo la pilló desprevenida.

—¿Hola?

Se giró de súbito.

El chico era alto, más de metro noventa, apuesto y con una sonrisa afable; no parecía haberla querido asustar.

—¿Esther? Perdón… ¿Oficial?

—Te conozco, estabas en mi academia.

—Es cierto.

—Nunca hablamos, pero recuerdo las caras de todos. No sabía que estabas en esta comisaría.

—Fui destinado al mismo tiempo que tú, claro que al turno de noche.

—¿Qué tal te va por aquí? —preguntó ella sin mucho interés, por no parecer desconsiderada.

—No me quejo, tareas informáticas de apoyo, como la que tengo en este caso que os asisto a Moretti y a ti. ¿Cómo te va a ti?

¿Qué responder ante eso? Llevaba más de un año con casos que le quitaban el sueño, el apetito y la vida en general.

—Tampoco me quejo, haciendo lo que pide el comisario.

—Claro. ¿Te importa si me preparo un café?

—¿Importarme?

—Es que la cafetera está detrás de ti y tienes que apartarte para…

Ella miró hacia atrás.

—Claro, perdona. Estoy algo cansada.

—Estás en el turno de mañana, ¿por qué no estás durmiendo? Perdona si es una indiscreción. —Eso último lo dijo al comprender que se había excedido con una superior.

—Ya sabrás que es un caso difícil.

—Sí, sé que se trata de un compañero, aunque no esté en activo, podría ser un profesor de academia. ¿Recuerdas lo duro que era en las clases?

—Sí —dijo ella algo azorada, se sentía como flirteando, aunque el chico lo hacía de un modo muy diferente a como lo había intentado cada compañero de la academia. Marco, porque recordaba su nombre, era de los más apuestos de su promoción, si no el que más, y nunca se acercó a ella.

—Menudo hueso, qué difícil fue pasar su prueba.

—Bueno, Marco, tú sacaste un diez.

—Recuerdas mi nombre, a pesar de que no hablamos nunca. —Se veía seguridad en su rostro.

—Es el nombre que aparece en el correo electrónico interno —mintió ella sin saber el motivo.

—Vaya. —Toda la seguridad del chico cayendo por el sumidero. Pareció aceptarlo con deportividad.

Esther comprendía que Marco estaba tratando de seducirla. Una chica cualquiera habría sucumbido anulando sus sentidos y dejándose llevar por la situación. Ella no era una chica normal, ni de lejos. Así que se preguntaba qué querría Marcos: ¿una oficial recomendándole para un ascenso o mejor destino en el Cuerpo? Era lo más probable. ¿Quizás era el asesino que buscaban? No lo descartaba tampoco. Se pondría a indagar sobre él en cuanto se hubiese desecho del mismo.

—Reconozco que sí saqué buenas notas —añadió él, algo azorado.

—Fuiste el primero de la promoción de la academia.

—El tercero del país —apuntó con orgullo.

—Me alegro de tenerte en la comisaría y dentro de la misma brigada.

—Y yo te doy la enhorabuena por los casos anteriores resueltos, no he tenido la oportunidad de decírtelo antes, no sabía cómo afrontar algo así.

—Gracias.

Ante el silencio incómodo que se produjo después, el chico se marchó con su taza de café ante la inquisitiva mirada de ella.

¿Víctima o verdugo?

Despertó tras el codazo de su mujer, fuerte y a las costillas.

Aulló de dolor antes de preguntarse qué coño había pasado.

—Roncas como si fueses un rebaño de morsas.

—¿Rebaño o manada? —gruñó él como respuesta.

Iba dormir un rato más, pero antes decidió mirar su teléfono móvil y comprobó que solo quedaban siete minutos para que sonase el despertador.

«Rosa, voy a echarte matarratas esta mañana en el café».

Solo eran siete minutos, pero le habría gustado disfrutar de ellos.

El comisario Simón Ramos se levantó despacio, buscando sus zapatillas a tientas por el suelo, para luego ir al cuarto de baño y vaciar la vejiga. Se subió a la báscula y comprobó que pesaba setecientos gramos más que el día anterior a la misma hora y en las mismas circunstancias. Menuda cena de costillas y patatas al horno se había metido entre pecho y espalda en la cena anterior… Debía hablar seriamente con su mujer otra vez sobre la dieta.

«Y luego te extraña que ronque por las noches, lo raro es que no me dé un infarto».

La oficial Gallardo tenía una silueta parecida a la suya cuando él tenía veinte años, así que se preparó un té verde como los de ella y tocó madera para que eso funcionase con él. Claro que no olvidaba la conversación pendiente con su mujer sobre los almuerzos y cenas que, por otro lado, le hacían desconectar con una sonrisa durante unos minutos y mientras los devoraba como si fuese un león hambriento tras una larga jornada de caza; ¿o eran las leonas las que cazaban? Eso importaba poco.

«Quizás no sea la culpa solo de Rosa, si no aceptase esas comidas o no las disfrutase tanto, ella no las haría tan a menudo. Y tengo que olvidarme de esa manía de comer patatas fritas y algo de chocolate antes de dormir. No soy un chaval y ese tipo de alimentos no me sienta nada bien».

Simón se preguntó si sería tan fuerte en sus decisiones durante las próximas comidas en casa como lo era en ese momento tras la decepción de pesarse. No era su punto fuerte la perseverancia, así lo había experimentado desde antes incluso de ser su pareja, allá por el año… A saber, ¿quién recordaba las fechas salvo las mujeres?

Llegó a la comisaría, ya había olvidado esos pensamientos matutinos, como de costumbre, y procedió al ritual de encender el

ordenador, ir a por un café a la cocina y pedir los informes sobre novedades a su secretaria. Ella solía llegar media hora antes para filtrarle y ordenarle todo lo ocurrido durante la noche, nuevos casos y novedades en los que ya se investigaba. No se caracterizaba ella, Marta Herreros, por su simpatía, pero daba la talla en cuanto a eficacia desde el primer día que ocupó su cargo. Muchas quejas había recibido Simón durante esos años, siempre entre confidencias con inspectores de confianza, pero él siempre la había defendido: «dejadla en paz, es seca y distante, pero hace bien su trabajo. Dedícate tú a hacer el tuyo igual de bien y no protestes» respondía él siempre.

Tenía una comisaría con mil doscientas personas trabajando, el ochenta por ciento eran policías y, el resto, personal subcontratado como administrativos, limpiadores, ordenanzas y más funciones menores, o, mejor dicho, destinadas a tareas que no formaban parte de las líneas de investigación de crímenes o delitos menores. Lo curioso es que el malestar hacia su secretaria no era el único del que había oído hablar durante el último año; las habladurías eran frecuentes en las comisarías, pero él nunca había tenido que lidiar con tantas como ahora. Lo de su secretaria siempre estuvo ahí, pero no preocupaba a muchos; tampoco que Elena Castell, la recepcionista del turno de día, se divirtiese con agentes y oficiales, pero eso solo duró unos cinco o seis años y ahora estaba casi olvidado; luego vino que Moretti regresase, aun estando ciego, y que lo acompañara una agente novata y con notas suspensas, eso lo agravó todo. Simón recordaba el momento de tensión que se vivió aquellas semanas, incluso tuvo que organizar una reunión con casi toda la comisaría para explicar que se trataba de un proyecto del ministerio y que estaban a prueba. Lógicamente no le dijo nada a Moretti y, tras resolverse ese primer caso complicado, las aguas volvieron a su cauce; nadie protestó más y el ritmo de la comisaría siguió su curso aceptando a la novata y al ciego como a dos más que aportaban resultados. O eso pensaba él.

Tenía una comisaría con mil doscientas personas trabajando y aquello era una puta pesadilla. Ahora mismo le cedería el cargo al pobre diablo que dijese que lo haría mejor que él. Unos años atrás pensaba que en el futuro lo relevaría Moretti, pero ese cabrón seguro que se quedó ciego para no hacerle el relevo. En este momento su mejor efectivo era Gallardo, pero teniendo solo veinticuatro años, la chica provocaría que él se jubilase con los setenta cumplidos. Ni por asomo.

La pareja llegó puntual, se encaminó a su despacho y luego vio a Gallardo ir a la cocina; era día par, pues se turnaban cada jornada para preparar en la cocina el café y el té de cada mañana. Simón

pensaba, sin que nadie ni nada le hubiera dicho el porqué, que Moretti iba los días impares y ella, los pares, aunque hoy estaban a nueve de octubre.

«Vaya lío tengo en la cabeza con esos datos sin importancia alguna» se dijo antes de concentrarse en la pantalla de su ordenador.

Esther bostezó de nuevo, era la tercera vez desde que habían entrado en el despacho, y solo habían pasado cuarenta minutos.

—No lo digas, no lo digas.

—Debiste dormir más.

—Lo sé, lo siento, pero pensaba que tendría novedades.

—Es lo que me dijiste anoche.

—Pero no las tuve y me echas la represalia.

—No es mi intención. —Hizo una pausa de varios segundos y añadió—: No obtuviste nada.

—No del todo.

—¿Cómo dices? No me has comentado nada esta mañana al despertar.

—No fue un adelanto de forense ni de científica, tampoco de agentes de las escenas de los crímenes. Es otra cosa, algo más complicado.

—¿El que? Estoy intrigado.

—Se trata de una charla en la cocina durante la madrugada con…

El sonido del teléfono la sacó de la conversación y atendió la llamada al ver que se trataba de la científica.

—¿Gallardo?

—Soy Iglesias, tenemos algo del ordenador personal de Ernesto Barrero que deberías ver.

—Vamos hacia allá.

Llegaron al moderno edificio donde se ubicaba el departamento de Criminalística, también llamado por los investigadores a veces, de la Científica, Balística y otros apelativos diferentes. Fueron a la división informática, donde ya los esperaba Gonzalo Iglesias vestido con una bata blanca.

—Me gusta mucho más esa bata que el traje de astronauta.

—A las mujeres las vuelve locas el traje de campo, Gallardo.

—Debo ser la excepción.

Gonzalo se dirigió a África y le pidió disculpas por no haberse presentado a ella las veces anteriores que la había visto.

—No pasa nada, estando en el trabajo, esas formalidades no tienen importancia. —Y la chica desplegó su mejor y más sincera sonrisa.

—Venga, chicos, hay prisa. —Moretti puso fin a la tertulia informal —. ¿Qué tienes para nosotros?

—Pasad a mi despacho.

El espacio tendría unos veinte metros cuadrados y con un ventanal que ocupaba toda la pared tras el sillón y el escritorio. Y completamente blanco, mesa, sillas, suelo, paredes, cortinas venecianas, hasta el ordenador con la enorme pantalla. Blanco como todo lo que había en el edificio, incluyendo la ropa.

—No hemos tenido que descifrar la contraseña de acceso porque no la había. El ordenador portátil de Barrero solo tenía la sesión suspendida y esta se ha activado en cuanto he levantado la tapa, allí estaban los programas abiertos, el correo electrónico, el disco duro lleno de carpetas, etcétera.

—¿Tiene mensajes de correo comprometedores?

—Es lo primero que miré tras ordenar a uno de mis chicos que analizase su teléfono móvil, pero no vimos nada, tampoco en sus redes sociales, en las que apenas participa. La sorpresa ha llegado al mirar en una de las carpetas del disco duro. Mirad.

Esther aceptó la invitación en el acto y dio la vuelta al escritorio para observar el monitor. África se quedó quieta, sin saber si el plural de Gonzalo la incluía a ella o era una forma de hablar. Moretti lo tenía claro, ya que él no iba a poder ver nada, solo esperaba a que su compañera le informase.

—¡Joder!

—Esther…

—¿Qué?

—Ya sabes. —Y Moretti se señaló los ojos.

—Ah, perdón. Son fotos de chicas practicando sexo con Ernesto. Chicas jóvenes. También hay vídeos.

—¿Son menores?

—No, aunque bastante más jóvenes que él, como de mi edad.

—Es que has exclamado «joder» de una forma…

—No era por ese motivo, sino porque reconozco a una. ¡Espera! A esa también.

—¿Son amigas tuyas?

—No exactamente, eran compañeras de promoción en la academia.

África no se lo pensó un segundo y acompañó a la oficial ante la pantalla.

—Esa es Nuria, de mi promoción. Y esa es Bárbara —dijo la agente.

—Vaya con Ernesto… —suspiró el exinspector.

Gonzalo Iglesias se mantenía al margen. Él había descubierto el dato y ahora dejaba que los de Homicidios usasen esa pieza del puzle, si es que lo era, para colocarla en el lugar correcto.

—¿Cuántas hay? —se preguntó a sí misma Esther en voz alta—. Hay diferentes fotos y vídeos de cada una, calculo que más de cien,

quizás doscientas chicas.

—Yo reconozco a tres —dijo África.

—Yo solo a estas dos.

—¿Salís vosotras?

Ambas apartaron la mirada para asesinar con los ojos a Gonzalo Iglesias.

—Vale, vale, me quedo callado.

Moretti sonrió.

—Así que tenemos a un profesor que se lo pasaba en grande con las alumnas de la academia, no creo que eso sea un delito al ser mayores de edad y si era algo consentido. ¿Se trataba de chicas con las que flirteaba y luego tenían sexo sin más? ¿Les pedía el momento íntimo para subirles la nota o lo hacían ellas? Esther y África, ¿alguna vez os pidió Ernesto algo así?

—Nunca —dijeron las dos al unísono.

—¿Qué nota sacaste en esa asignatura, África?

—Un nueve y medio. Se me dan bien las relaciones sociales.

—Yo suspendí —dijo Esther—, pero nunca me ofreció sexo para subir de nota. Tampoco lo habría aceptado, qué asco.

—No entremos en sensaciones personales —dijo Moretti—. Tenemos mucho trabajo por hacer y quizás esas chicas podrían arrojar algo de luz al caso.

—¿Vamos a entrevistarnos con ellas?

—Con las que habéis identificado, claro. Tenemos que saber qué se cocía en la academia.

—Pero esto iba sobre mí, ¿recuerdas? Que se acostase con otras alumnas para aprobarlas no justifica los crímenes. ¿Sospechas que Ernesto es el asesino?

—Claro que sí, Esther, y más ahora que está en paradero desconocido. Tenemos que indagar todo sobre Ernesto y también interrogar a su hijo, aunque eso es un formulismo para cumplir con la investigación, porque dudo que tenga algo que ver con los crímenes, de ser así, habría desaparecido con su padre. Tenemos mucho trabajo por delante y ahora se añade una incógnita nueva a un caso muy complicado: ¿Ernesto es el asesino o una víctima más? Gonzalo, quiero que me envíes todo lo que tengas del sospechoso para indagar en sus movimientos.

—Así lo haré.

—Nosotros regresamos a la comisaría.

Un trabajo vocacional

Nuria se había levantado esa mañana con algo de resaca, no debió beber tanto la pasada noche durante su cita, pero se había sentido muy a gusto con Ricardo, su compañero de la mesa de al lado en la comisaría. Una cerveza llevó a otra y luego a otra más, y así… Una sonrisa y miradas cómplices, por fin, los llevaron a cenar juntos más tarde. Una copa de vino y luego otra. Una invitación para ir a la casa de ella a tomar un *gin-tonic*. El camino hacia su dormitorio lo marcó el alcohol y ahora aceptaba gustosamente las consecuencias. Ricardo se marchó tras provocarle tres orgasmos. Ella recordaba estar muy borracha, así que no comprendía cómo él, habiendo bebido lo mismo, logró la erección oportuna y dar la talla durante más de dos horas.

Hoy Ricardo no tenía que trabajar, disfrutaba de un día de compensación, pero no era el caso de ella. La cabeza iba a estallarle y ya llevaba tres cafés bebidos en la comisaría, además de otro en su casa.

«Muerta de cansancio y con resaca, pero aliviada. Tengo que repetir con Ricardo. Su conversación no es nada del otro mundo, pero se lo trabaja en la cama de una forma…».

Veía la pantalla del ordenador algo borrosa mientras indagaba sobre un caso de violencia de género en el que apoyaba para una pareja de investigadores. Ella quería dar el salto al trabajo de campo, no a patrullar, sino a investigar codo con codo con los inspectores, pero ninguno de ellos parecía verla como un activo valioso en ese aspecto. Había sido simpática desde el primer momento con todos los de la comisaría, pero no había surtido efecto, esos vejestorios no parecían dispuestos a ayudarla a ascender bajo ningún concepto.

Ricardo no le había enviado ningún mensaje aún, ella consultaba la pantalla del teléfono móvil cada pocos minutos, quizás estuviese dormido y agotado tras esa noche, no se lo tendría en cuenta, aunque esperaba algún comentario tras la noche desenfrenada vivida juntos, algo tipo «me ha encantado, quiero repetir».

Recordaba a su padre cada día, policía como ella, muerto tras una reyerta en un bar en el que salió todo mal, sobre todo porque no vieron que un tipo sacó una escopeta y se puso a disparar a todo lo que se movía, empezando por su progenitor. Ella estaba en el último año de bachillerato cuando eso ocurrió y sintió que toda su vida se iba a la mierda de la noche a la mañana. Su padre estaba en el turno de noche ese día y no se despidió siquiera de su familia al partir de casa.

Solo era un agente, pero ya entonces era su héroe, lo había sido desde que tenía recuerdos, el más fuerte, guapo y simpático; incluso se preguntaba a menudo, cuando era adolescente, si encontraría en la vida un hombre como el que había logrado su madre.

Ingresó en la academia en cuanto cumplió la edad mínima y se esforzó al máximo con todas las asignaturas, incluso las físicas, que parecían estar diseñadas solo para los chicos. Su madre lloró durante toda la noche cuando ella le contó su decisión.

Aprobó todas las asignaturas con buenas notas, aunque dos de ellas se le atravesaron y tuvo que hacer un pequeño sacrificio personal para subir esas notas. No iba a quedarse fuera bajo ningún concepto y usaría todo lo que tenía en su mano por lograr su objetivo. Su padre desde el cielo se sentiría orgulloso, o casi, de verla de uniforme y siguiendo sus pasos.

Ricardo seguía sin mandar mensaje y ella se preguntaba si se mostraría ansiosa al enviarle su deseo de repetir experiencia.

Se pensaba de repente en ir a por otro café a la cocina cuando vio a los tres extraños que entraron en la sala común. Ellos preguntaron al recepcionista, Juan, muy simpático y adulador, y este la señaló a ella para conseguir que le diese un ataque de ansiedad.

Ya no recordaba a su amante ocasional.

Nuria

Llegaron a la zona norte de la ciudad cuando el sol ya se cernía casi vertical sobre los edificios, aunque no aportaba mucho calor a aquel día de otoño en el que se veía a los transeúntes ataviados con abrigos y gorros. La comisaría de la Policía Nacional de distrito Madrid-Tetuán, un enorme edificio de ladrillo rojo bastante austero y sombrío, los acogió sin aparente entusiasmo.

Moretti lo había visitado en dos ocasiones en el pasado para hablar con compañeros que llevaban casos cruzados con los suyos, recordaba sus pasillos de techos infinitos, como galerías de una cárcel con alegres claraboyas en el techo y las oficinas a la derecha, como celdas.

Una vez en la sala común, Esther se identificó y preguntó al recepcionista, este señaló a una chica joven de largo cabello negro en mitad de la sala. La chica parecía estar esperándoles, porque los miraba desde la distancia algo asustada.

Dentro la temperatura era ideal, así que pudieron prescindir de sus abrigos antes de pedirle a la agente que los acompañase a la cocina.

—¿Esto es un interrogatorio? —preguntó ella algo preocupada, mirando de soslayo a África, que conocía de su promoción, pero sin haberlo mencionado ninguna de las dos por ahora.

Esther fue a hablar, pero Moretti se adelantó.

—Si fuese un interrogatorio, si hubieses hecho algo malo, iríamos a las salas destinadas a tal fin y te consultaríamos el deseo de solicitar un abogado tras leerte tus derechos. ¿Acaso has hecho algo malo?

Ella se asustó más aún.

—No. No recuerdo…

Ya una vez sentados allí, y tras esperar con miradas incómodas a un oficial uniformado que se escanciaba un café para que se marchase y darles intimidad, comenzaron con las preguntas.

—¿Conoces a Ernesto Barrero?

—Joder.

—¿Eso es un sí?

—¿Esto es una investigación sobre la academia y mis notas de acceso? ¿Me van a echar? —Eso se lo preguntó a África, como buscando complicidad en una antigua compañera, aunque nunca hablaron durante su estancia en la academia.

África no le respondió, seguiría siendo el exinspector el encargado de llevar la tarea de la entrevista.

—Sabemos lo que hiciste con Ernesto, pero esto no va de tu puesto

de trabajo. Tu antiguo profesor ha desaparecido en un caso de homicidio y no sabemos qué ha sucedido.

Ella se rizaba un mechón de cabello con la mano derecha por los nervios. África pensó que eso era lo único en común que tenía con ella, aunque la chófer solía rizarse un mechón cuando estaba relajada, no para calmar los nervios.

—¿Y por qué habéis venido a preguntarme a mí? Yo no lo conozco, al margen de haber sido mi profesor. Ella. —Señaló a África—. También estaba allí.

—En el ordenador portátil de Ernesto Barrero había fotos y vídeos de alumnas de la academia con las que practicó sexo. Hemos venido a preguntarte a ti y no a nuestra compañera porque ella no aparece en esos archivos y tú sí.

—Joder, joder…

—¿Fue consentido?

—Claro, joder, no me violó.

—Relájate, tenemos poco tiempo y necesitamos tu colaboración. ¿Fue algo propuesto por él?

—Sí. Él me pidió sexo a cambio de subir mi nota y acceder a una plaza.

—¿Estás segura de eso? Esto no es un juicio ni estás bajo juramento, pero sabremos si nos mientes y será perjudicial para ti.

—Digo la verdad. —Y miró a África de nuevo, otra vez la necesidad de tener a una amiga cómplice a su lado.

Gallardo tomó el turno en la entrevista.

—A mí me suspendió y no me ofreció nada.

—No le gustarías.

Ahora apuntó Moretti:

—Ernesto nos dijo ayer mismo que recordaba a Gallardo porque era la chica más guapa que había pasado por la academia. ¿Por qué no le ofreció a ella el mismo trato que a ti, aun sabiendo que ella había suspendido?

Nuria se derrumbaba, aunque trataba a la vez de parecer segura e inocente de lo que sea que la acusaban moralmente. Bueno, ella sabía de sobra lo que había hecho, aunque le diese vergüenza reconocerlo.

—No sé…

—Venga, no nos hagas perder nuestro tiempo. Déjame adivinar lo que pasó, algunas compañeras te comentaron que existía la posibilidad de subir la nota con una noche de sexo y tú no te lo pensaste mucho. Le ofreciste el trato y fuiste a su casa, aunque no sabías que él lo grababa todo. Esto no va sobre ti, olvida ese detalle, no vas a perder el empleo. Solo queremos saber cómo se comportaba Ernesto durante las clases y fuera de ellas.

Nuria miraba a Moretti, luego a Esther y África, luego a Moretti y

continuaba la ronda de nuevo, así durante unos minutos eternos. Suspiró y dijo:

—En las clases era como los demás. —Miraba al ciego—. Eso ya lo sabrán tus compañeras, que también pasaron por allí. Fuera era como un patético viejo de esos que se creen Casanova o algo parecido, como si fuesen irresistibles, como si no fueran conscientes de que se acostaban con una chica que quería subir su nota y que no sentía el más mínimo deseo por él. Fue repugnante, nunca antes había hecho algo así, me trató con desprecio, como si fuese el director y actor al mismo tiempo de una peli porno. Yo no sabía que me grababa, me limité a obedecer durante el rato que tuve que saciarlo. No me arrepiento —dijo altiva de repente—, fue menos de una hora y me ahorré uno o dos años más tratando de superar las notas y pruebas de la academia. En fin, las mujeres tenemos que hacer a veces sacrificios en este mundo machista.

Nuria miró a Esther y África en busca de apoyo femenino en sus miradas, pero no lo obtuvo y se hundió. Se quedó mirando fijamente la mesa de la cocina, luego se puso a jugar con la mano izquierda con unas migas que encontró mientras seguía con la derecha en el mechón de cabello.

—Nuria.

—¿Eh?

—Regresa de donde estés y dime cualquier cosa de la que hablarais durante tu encuentro.

—No sé… no hablamos mucho. Él solo quería sexo y yo, terminar cuanto antes y volver a mi casa para ducharme y tratar de dormir. Apenas intercambiamos unas frases, exceptuando las groserías que me dedicó mientras… ya sabes.

—¿Sabes o has oído rumores de que otros profesores hacían lo mismo?

—No, no lo recuerdo.

El tono algo más agudo, la mirada desviada de repente, el mechón rizándose más despacio.

—Mientes.

Nuria levantó la mirada con gesto de sorpresa hacia Gallardo.

—Sé que mientes y nuestra paciencia empieza a agotarse. No tenemos tiempo para esto, así que, si no colaboras, vendrás detenida a un cuarto de interrogatorios. Entonces pondremos todo lo que digas, las transcripciones, en un informe y ten por seguro que la fiscalía mandará una misiva al ministerio para tu suspensión definitiva.

Y comenzó a llorar. Moretti no sabía si Gallardo se había excedido, pero era bien cierto que no tenían tiempo para jugar con la chica. Siendo policía y sabiendo que tenían grabaciones privadas con las que consiguió el acceso al Cuerpo, debería colaborar con más ahínco.

—Eso no puede pasar… no…

—¿Cuántos profesores más? No te lo voy a repetir.

—Fernando.

—¿Fernando Sanz?

—Sí.

—¿También te acostaste con él?

—Sí.

—¿Alguno más?

—No.

—¿Oíste a otras compañeras hablar de más profesores?

—No.

Estaba tan alterada que, entre llanto y llanto, no podía responder otra cosa que monosílabos. Varios agentes se habían acercado a la cocina durante la entrevista, pero no habían entrado al ver el panorama desde el otro lado de la puerta de cristal.

—Eso es todo por ahora.

—¿Vais a incluir esto en el informe?

—No sabemos aún si esta conversación es relevante para avanzar en el caso —dijo Moretti—, así que no te podemos prometer nada. Si recuerdas algo más, llama al número que te proporcionará mi compañera y seremos consecuentes con tu colaboración.

Ya de vuelta en el coche, meditaron sobre los pasos a seguir y lo que suponía la información proporcionada por Nuria.

—Esa chica debería estar suspendida.

—¿Por qué dices eso, África? —preguntó Moretti.

—Obtuvo su plaza sin merecerla.

—Esther también y ocupando un puesto importante.

La aludida no dijo nada, ya lo había pensado, era en lo único que había empatizado con Nuria, claro que ella no decidió sobre su aprobado ni llegó a acuerdos sexuales con profesores; solo era un experimento, un objeto desechable para el ministerio. Nuria se sentiría como si fuese un fraude a los ojos de todos durante unas horas o días, Esther lo haría de por vida.

—No quería decir…

—No pasa nada, África, es la verdad —dijo Esther con pesar.

—Centrémonos en el caso, chicas. ¿Vamos a entrevistarnos con Fernando Sanz? —No era una simple pregunta de Moretti, sino más bien una orden para que nadie se desviara del tema principal.

—Tengo su dirección, pongo rumbo en el acto.

Era la hora de almorzar, pero ninguno de los tres dijo nada al respecto, ya podrían comer un par de horas más tarde. Lo importante era averiguar lo antes posible si Ernesto Barrero era una víctima o el verdugo.

Batman

Se había propuesto esa mañana ver una película en calma en el salón. Con su hijo en el colegio y su mujer haciendo las tareas domésticas, o saliendo a hacer la compra, tendría la paz y tranquilidad que necesitaba. Preferiría hacerlo por la noche, tomando una copa tras prepararse una bolsa de palomitas en el microondas, pero su horario de trabajo no le permitía tal lujo, además del incordio del niño correteando y gritando en el salón.

No llevaba ni veinte minutos de metraje, ya sumergido en la acción, cuando su mujer lo interrumpió.

—Se ha acabado el pimentón.

—¿Perdona? —dijo tras pausar la película.

—El pimentón, lo necesito para hacer la comida.

—¿No puedes ir tú al supermercado?

—Tengo la vitrocerámica encendida, ¿prefieres quedarte al tanto de la cocina? Podrías terminar de pelar y picar las patatas, además de la cebolla para el sofrito, y también puedes…

—Joder, déjalo, ya bajo yo a comprar el pimentón de las narices.

—Que sea dulce, no picante.

—Vale.

—Y compra pan, y nueces.

—Oído.

—Y yogures.

—¡Dios mío! Hazme una lista, no me voy a acordar de todo.

Se quitó el pijama para ponerse ropa de calle a regañadientes y salió de la vivienda metiéndose el trozo de papel con la lista en el bolsillo del abrigo. Antes había suspirado al ver que había dos docenas de cosas más por comprar.

«Pimentón, decía… Me toca regresar cargado como una mula y perderme la película, porque ella no querrá ver una de superhéroes mientras comemos».

Había conocido a Julia once años atrás, aún recordaba esos primeros meses sumidos en encuentros sexuales sin compromiso, siendo veinteañeros y ella era una loba en la cama. Sin darse cuenta, ya estaba saliendo con ella formalmente, incluso le había presentado a sus padres. Él no se sentía muy cómodo con eso, no confiaba en relaciones tradicionales, o no era lo que buscaba en su vida en ese momento; pero Julia era insuperable en el sexo, ni siquiera las chicas con las que le era infiel de forma esporádica llegaban a ese nivel; claro

que a Fernando le excitaba acostarse con otras a escondidas. Así pasaron cinco años y, cuando estaba a punto de decirle que no quería seguir con ella, cuando ya estaba cansado de la situación, llegó el embarazo. Se lo tomó como una traición en un primer momento, ¿Julia había dejado de tomar la píldora de forma intencionada o se trataba, como ella aseguraba, de un simple descuido? Luego llegaron la presión y la responsabilidad, no quería tener un hijo en algún lugar y no ser partícipe de su crecimiento y educación; no quería mantener una simple relación económica al pasarle una pensión de manutención al chico. Se casaron cuando Julia estaba a solo un mes de parir y ella ya estaba viviendo con él en su piso. No se veía como padre y esposo ejemplar, ni por asomo. Mas tarde, detestaba cómo estaba siendo mimado el niño por su madre y los padres de ella, se estaba convirtiendo, o ya lo era, en un tirano pusilánime. Para agravar aún más la situación, el sexo con Julia se había reducido a un polvo al mes, rápido y sin hacer ruido para no despertar al niño. Aquello era una pesadilla, llevaba más de una década sin espacio y libertad, al menos los que deseaba para recuperar su vida anterior. En el sexo, por lo menos, tenía cada año una buena promoción de alumnas en la academia dispuestas a todo por sacar una nota sobresaliente. ¿Cargo de conciencia? Ninguno. Esas chicas eran mayores de edad y hacían lo que deseaban. ¿Que luego no cumpliesen con eficacia en sus labores en la policía? Fernando se reía de las absurdas pruebas y asignaturas de la academia, aquello no valía para nada, era el trabajo de campo lo que te convertía en un buen policía, no estupideces a memorizar para los exámenes.

Salió con dos enormes y pesadas bolsas del supermercado, le dolerían los trapecios durante horas esa tarde. Eran las dos menos cuarto y solo le daría tiempo a ver unos veinte minutos más de la película antes de que Julia pusiera las noticias para el almuerzo. Detestaba ver una película a trozos, no era igual de inmersiva.

Entró en casa y se quedó a cuadros, pues se encontró con tres visitantes junto a su mujer en el recibidor, conocía a las dos chicas jóvenes por haber pasado por la academia, también al ciego porque era una leyenda en su oficio.

«¿Mi oficio? ¿Seguiré conservándolo tras esta extraña visita y la forma que tienen de mirarme estos tres?».

Julia, con un semblante extraño y miradas directas a su marido, que él evitaba, se marchó con las bolsas a la cocina y los dejó a solas. Se acomodaron en un dormitorio que hacía las funciones de despacho de Fernando y cuarto de la plancha. No había sillas para la improvisada visita, así que solo él se sentó, sintiéndose como a punto

de ser sacrificado por una secta. Tres personas de pie mirándolo, serios y desde esa altura superior.

—Bien, decidme a qué se debe esta visita —dijo tratando de parecer simpático y despreocupado.

—¿Qué sabes de Ernesto Barrero? —le preguntó el ciego.

—Es un compañero profesor en la academia, eso ya te lo habrán dicho tus acompañantes, fueron alumnas hace poco.

—No preguntaba por lo obvio. Esperaba algo más.

—¿Algo más?

—Han desaparecido tres profesores, los dos primeros han aparecido muertos, Ernesto está aún en paradero desconocido y quisiera que me hablaras de él.

—Es majo, algo presuntuoso, pero simpático. Hemos hablado unas docenas de veces y tomado alguna cerveza al salir del trabajo. No sé mucho más de su vida; creo que tiene un hijo de unos treinta años.

—¿Nada más?

—Lo siento, pero es que no tengo ni idea de lo que buscáis de mí.

—Algo en común con Ernesto.

—No creo que tengamos mucho en común, a mí no me gusta perder el tiempo con tanto ejercicio en el gimnasio y no estoy divorciado.

—Quizás que te acostabas con alumnas para subirles las notas.

Fernando no se inmutó, esperaba que el tema de conversación apareciese.

—Lo reconozco, soy débil. Esas chicas llegaban con la oferta y uno, tras tantos años casado y sin sexo, se dejaba llevar. Tampoco es un delito porque ellas lo proponían y eran mayorcitas para saber lo que se hacían.

—Es una mala praxis que te haría perder el empleo si se descubre.

—Sois de Homicidios, si no me equivoco, ¿ahora lleváis un caso de corrupción en las academias?

—No te pases de listo.

Fernando se dejó caer en el sillón, aquel intento por parecer que tenía todo bajo control no engañaba a nadie, ni a un ciego.

—Seguís sin ser claros en lo que buscáis de mí.

—Queremos saber si Ernesto es la tercera víctima o el verdugo.

—¿Ernesto, un asesino? Lo dudo, solo pensaba en el gimnasio y en lanzar miradas a las alumnas más guapas para ver si conseguía llevárselas a la cama. Dudo que decidiese tomar la carrera de un asesino en serie. Solo seguía como profesor por presumir de físico ante chicos treinta años menores que él, por contar batallas de sus casos resueltos y por acostarse con chicas sin tener que pagar por lo mismo en un prostíbulo. Así mismo me lo dijo hace dos años tras varias cervezas.

África y Esther sintieron a la vez las mismas náuseas. Moretti se mostraba frío.

—¿Te habló, una noche de esas, de algún piso o casa que tuviera para divertirse con ellas?

—No recuerdo eso, no, estoy seguro.

—¿Sabes si guardaba buena relación con Daniel Segura y Narciso Díaz?

—Con Daniel tenía más cordialidad. A Narciso no lo tragaba, eso de que fuese gay se le atravesaba en la garganta; Ernesto dijo en un par de ocasiones que un policía no podía ser marica, que eso era antinatural; todavía podría admitir que las mujeres policías fuesen lesbianas, él usaba el término bollera, porque las consideraba más fuertes y agresivas.

—Un encanto de hombre —dijo África.

Esther sonrió ante el comentario. Moretti tosió ligeramente para pedirles que mantuviesen la compostura.

—¿Nunca te dijo Ernesto que tuviese algo en contra de ellos dos, además de la homofobia hacia Narciso?

—No lo recuerdo.

—Quizás porque aprobasen o suspendieran a quienes él consideraba que no lo merecía.

—No hablábamos nunca del trabajo, de las clases, exámenes o notas; salíamos a tomar algo para desconectar.

—Comprendo. La entrevista ha terminado, espero que nos llames si recuerdas algo más que pueda llevarnos a encontrar a Ernesto.

—¿Vais… vais a denunciarme a la academia o la fiscalía? —Fernando se veía ahora más frágil, ya no quedaba nada de esa coraza de soberbia que se había colocado al verlo en su casa.

—Nos centramos en el caso, en resolver estos crímenes y encontrar a tu compañero desaparecido. Lo que aparezca en los informes posteriores y su repercusión no me concierne. Tú sabrás lo que debes hacer ahora.

Y se marcharon dejándolo con un semblante abatido y a la espera del aluvión de preguntas que le haría su mujer.

Fernando ya no pensaba en la película de Batman, ni siquiera tenía apetito.

En la misma calle en la que habían aparcado, vieron un restaurante turco y, a esas alturas de la tarde, no se pensaron dos veces que era la mejor opción para recuperar fuerzas. Moretti no sorprendió a Esther sugiriendo ir a un restaurante de más nivel en el centro, no solo por el hambre que sentía el exinspector, también porque a esa hora no habría muchos que los acogiese con la cocina disponible.

Con los platos ya sobre la mesa, Esther hacía resumen de lo obtenido.

—Nada.

—¿No tenemos nada? —preguntó África con la boca llena de patatas fritas.

—Solo a dos cerdos que se aprovechaban de las chicas para obtener favores sexuales —le respondió la oficial.

—Bueno, ellas tienen su parte de culpa, ¿no?

—No te lo discuto, pero ellos son los que tienen un cargo de responsabilidad con su puesto de trabajo. Siempre me he sentido en deuda con los agentes que no han obtenido mi puesto de trabajo teniendo mejores notas, así que no respeto que haya docenas de mujeres policías que disfrutan de un puesto que era para otras personas.

—Eso es obvio.

—No hemos avanzado nada, seguimos sin saber dónde está Ernesto Barrero y, lo peor de todo, si es una víctima o el asesino —dijo Moretti muy calmado tras tragar un trozo de su kebab.

—Nada positivo.

—Desde tu punto de vista, Gallardo. Yo valoro mucho que empecéis a llevaros bien y que esto vuelva a ser un equipo.

Esther se sonrojó.

—Terminemos de comer y vayamos a la academia, quiero hablar con el director.

Pajarillo

Amador Figueroa llevaba veinte minutos sentado ante su mesa, esa tarde había ido un poco antes al trabajo para tratar de gestionar los contratiempos a los que se enfrentaba, tres nada menos, los provocados por la desaparición de tres de sus profesores. Desde el ministerio le aseguraban que en pocos días contaría con sustitutos, pero eso no evitaba dos problemas: el retraso en las clases de sus alumnos y que dos de los profesores hubiesen sido asesinados; Ernesto no tardaría en unirse a ellos en la desgracia para sumar la tercera cifra.

Amador fue de los inspectores más jóvenes de su generación en obtener ese puesto, entonces le gustaba el trabajo de campo, hasta que recibió dos disparos en el abdomen en el transcurso de una persecución. Aceptó sin pensárselo un minuto el traslado como profesor a la academia, quería dar más seguridad a su familia, o lo hizo por el miedo que había adquirido con la experiencia. El caso es que, unos diez años después, el director de la academia se jubiló y lo recomendó a él para el puesto. Ahora tenía sesenta y cuatro años, estaba a punto de jubilarse y no esperaba que un terrible caso de asesinatos llegase de nuevo a su vida.

¿Peligraba él, así como el resto de profesores? Se preguntaba desde que llegó la noticia de la muerte de Daniel Segura. Ahora tenía más miedo que hace veinticinco años, entonces sentía un indescriptible pánico al verse las cicatrices del estómago ante el espejo; pánico a que volvieran a hacerle daño, a atentar contra él. Entonces tenía mujer y dos hijos pequeños, ahora sumaba tres nietos. No quería morir.

No había hecho nada malo en su vida, era un padre ejemplar, abuelo, esposo, amigo y director de la academia sin una mácula en su comportamiento. ¿Por qué iban a ir contra él?

Revisó el correo electrónico en el ordenador, no había nada de tanta importancia como para apartarle de esos terribles pensamientos que le impedían conciliar el sueño por las noches.

Daniel Segura era un excelente profesor y mejor policía, ya no digamos cómo trataba a su familia, por la que se desvivía y de la que no paraba de hablar cada día. Narciso Díaz era sensible y cariñoso, además de esforzarse al máximo con sus alumnos. Ernesto Barrero era más soberbio y altivo, pero no descuidaba las clases, aunque solía presumir de conquistas entre las alumnas, cosa que nunca pudo observar el propio director, tampoco recibió queja alguna de las chicas

en esos años.

«Somos policías, por Dios, ¿quién nos está haciendo esto?».

Su secretaria le avisó de que volvían los investigadores del caso y él pidió que los hiciese pasar de inmediato.

A los ojos de Esther, Amador parecía más bajo y delgado que en sus recuerdos, y eso último era difícil, porque la barriga y la papada lo precedían como si se tratase de dos fieles siervos anunciando su llegada allá donde fuera a entrar. Calvo y con gafas de cristales gruesos, se mostraba más amigable que nunca antes, al menos que ella recuerde; tan seco y distante durante los dos años que pasó ella en la academia.

Pasaron al despacho y aceptaron el café que les ofreció su anfitrión. Antes de que la secretaria llegase con la bandeja, Moretti fue al grano.

—Tenemos un caso de homicidios en el que están desapareciendo profesores, para luego aparecer asesinados a los tres días exactos. Ya te lo habrán dicho los profesores o tu secretaria tras nuestra anterior visita. Ernesto Barrero ha sido el tercero y andamos en su búsqueda. Esto no es para informarte, solo para hacerte un resumen. ¿Tienes algo que aportar?

—No sé qué decir, no sé dónde está Ernesto ni qué ha podido pasar con los tres profesores. Desconozco los datos del caso, el móvil de los secuestros y crímenes.

—No puedo compartir contigo esa información, ya lo sabes; aunque sí decirte que el asesino, o ellos, está mandando un mensaje a mi compañera aquí presente, la oficial Esther Gallardo, alumna de esta academia.

—Sí, te recuerdo, también a tu otra compañera. Saliste de aquí hace menos de un año ¿verdad?

África asintió con la cabeza, ya que la pregunta iba dirigida a ella.

—¿Gallardo? —Continuó el director—. ¿Qué es eso de que le manda mensajes?

—Los tres profesores implicados como víctimas en el caso. —Moretti se interpuso para responder; no informó de la sospecha de que Ernesto podría ser el asesino en lugar de una tercera víctima—. Los tres suspendieron a Gallardo. —Tampoco iba a comentar lo de las pruebas obtenidas en los ojos de las dos víctimas.

—¿Eso es motivo para asesinar a esos profesores?

—También participamos de esa duda, pero es lo que tenemos. ¿Quién podría desear la muerte de los profesores y por qué? Tenemos mucho por indagar y la última información que hemos obtenido trata sobre Ernesto Barrero; hemos descubierto que aceptaba mantener encuentros sexuales con algunas alumnas de cada promoción a cambio de notas altas.

—Válgame el Señor.

—No me has resultado muy convincente, intuyo que ya lo sabías.

—En absoluto, lo habría echado en el acto. Lo único que oí estos años fueron rumores sobre encuentros entre Ernesto y algunas chicas, pero se trataba de simples habladurías. Barrero había insinuado a varios compañeros que se había acostado con ellas. No es algo que me haga gracia, como comprenderás, pero siempre se planteaba todo como si fuesen citas casuales, ya me entiendes, ligar. Nunca he pensado, ni se me hubiera pasado por la cabeza, que había tratos de favor y notas infladas. Y, de todas formas, nunca tuve pruebas de esos encuentros; si hubiera preguntado a los implicados: Ernesto y las alumnas, obviamente ellos lo hubiesen negado.

—¿Algún otro profesor del que hayas oído rumores parecidos o de otra índole?

—Lo cierto es que no.

—¿Fernando Sanz?

—¿Sospecháis que estuviese haciendo lo mismo que Ernesto?

—No tenemos pruebas firmes, solo las mismas conjeturas. —Por ahora, Moretti no diría que contaba con el testimonio de Nuria y el asentimiento posterior de Fernando Sanz.

—Es un tipo serio, distante, todo lo contrario que Ernesto. Nunca he tenido quejas de él, aunque tampoco de los demás.

—Necesito que nos hagas un favor, quiero que hables en una reunión privada, de forma individual con cada uno de ellos, para averiguar lo que sea. Usa tu instinto de policía y exprímelos a fondo.

—Claro, lo haré ahora mismo.

—Llámanos si descubres algo.

Amador asintió con la cabeza y los despidió saliendo con ellos del despacho para separarse en el pasillo y tomar la dirección contraria. No había dado más de cinco pasos, ensimismado en los pensamientos de que la academia se le había descontrolado si todo aquello que le había dicho Moretti había sucedido durante años ante sus ojos, cuando se sobresaltó al sentir la mano en su hombro. Se giró y la vio a ella, estaba sola.

—Siento haberle asustado, Figueroa.

—Tutéame, eres ya toda una oficial reconocida.

Esther no le hizo caso ni se inmutó ante el supuesto halago.

—Necesito hacerle una pregunta personal, aunque tal vez esté relacionada con el caso.

—Adelante.

—Sé que usted redacta los informes con las recomendaciones de los alumnos al final del curso. Querría saber si trató de impedir mi entrada en el departamento de Homicidios.

—Lo cierto es que sí, lo hice porque no te consideraba apta para el

puesto, ni siquiera para patrullar en apoyo o hacer tareas administrativas, basándome en tus notas. También porque me obligaron desde el ministerio a aprobarte y no lo consideraba ético. Nunca en los años que he ocupado el cargo me habían pedido algo tan injusto con el resto de aspirantes.

—Lo comprendo.

—Ahora te garantizo que pienso de un modo diferente, creo que eres de los mejores policías que han salido de aquí, lo que me hace plantearme si estas asignaturas realmente miden la capacidad de los alumnos de cara a un trabajo tan exigente y sacrificado.

Esther no movió una pestaña, no iba a agradecerle el «cumplido» porque ella había tenido que demostrar su valía por sí misma y con el añadido de verse señalada desde el primer día como la enchufada o la inútil que iba a durar solo unos días en el cargo.

—Le agradezco su franqueza —dijo con sequedad y se marchó, sus dos compañeros la esperaban en el coche.

La tarde se hizo larga y pesada, el agobio de estar encerrados sin saber muy bien qué hacer en el despacho de la comisaría se unía a los dos interrogantes principales del caso: ¿sería Ernesto el asesino o la tercera víctima? Y, en caso de ser eso último, ¿dónde aparecería su cuerpo? Esther ya tenía un listado de los lugares más importantes para ella que hubiese escrito en su diario.

Ese día había cambiado su turno con un compañero, le venía bien hacer ese tipo de favores para luego, en el futuro, pedir que se los devolviesen y así disponer de las horas necesarias para ejecutar el resto del plan.

Tenía toda la tarde libre, así que hizo prácticas de tiro, la compra en el supermercado, limpió un poco la casa y se duchó antes de ir a la casa de campo. Antes de la ducha se tomó unos minutos para echar otro vistazo al diario que había extraído de la casa de la oficial.

Casi no me tengo en pie, incluso me pesan los párpados y no logro agarrar con fuerza el bolígrafo para escribir estas líneas. Ha sido un día duro en la academia, sobre todo por la clase de defensa personal, he estado más tiempo en el suelo que en pie. Soy un desastre, no tengo técnica ni fuerza. Y la clase de tiro no ha ido mejor, un cincuenta y dos de acierto. No voy a aprobar, ya no digamos obtener una plaza en una comisaría.

Creo que esto no está hecho para mí. Cometí un grave error pensando que podía ser policía y ayudar con la psicología a las víctimas, además de resolver enigmas en los crímenes.

Por si todo esto no fuese suficiente, no dejo de pensar en ti, mamá, ¿por qué te fuiste tan pronto? Nos quedaba mucho por vivir juntas, por contarnos, por reír a carcajadas como solo tú solías hacer y contagiar a los demás. Te echo tanto de menos que me duele el alma cada vez que te recuerdo conmigo. Gloria está lejos. La siento cerca cuando hablamos por teléfono, pero no es lo mismo que tenerla a mi lado, como te tenía a ti. A veces me gustaría irme a vivir con ella, cerrar los ojos y pensar que quien me abraza y susurra eres tú a través de mi hermana.

¿Por qué la vida es tan injusta? ¿Por qué no se lleva solo a las malas personas?

Te necesito cada día a mi lado; me cuesta mantenerme en pie sin tu presencia fuerte y segura de ti misma, valiente ante la vida y lo malo que pueda ocurrir en ella. ¿Por qué yo no soy tan fuerte como tú y Gloria? ¿Es por la educación que recibí? ¿Me protegiste demasiado y ahora el mundo sin ti se muestra peligroso en mi mente? No te pienso culpar, es lo último que haría en esta vida, una vida tan carente de magia que preferiría llamar pesadilla.

Cerró el diario con una sonrisa burlona dibujada en el rostro. Lo guardó en un cajón del mueble del salón y se marchó a la cama.

«Débil e insegura, frágil emocionalmente, además de dependiente de los suyos. Eres un pajarillo minúsculo al que han metido en la jaula de los halcones. Revoloteas y pías asustada al ser consciente de que no tienes posibilidades de sobrevivir, de que tu existencia es cuestión de unos pocos minutos. Esa mente prodigiosa no te servirá de nada en el trabajo, mucho menos contra mí. Solo eres papel mojado y sobrevives en la comisaría porque ese calzonazos de Moretti está enamorado de ti y te hace todo el trabajo. Una oportunista que saca la energía de la que carece de las personas fuertes de su entorno después de engatusarlas. Pero no podrás sobrevivir a lo que va a llegar, no vas a superar esta prueba como tampoco lo hiciste con las que te pusieron en la academia».

—Te quedan unos pocos días de vida, aprovéchalos, pajarillo.

Marco

Esther se despertó siendo consciente de que se había olvidado el día anterior de llamar a un buen psicólogo para tratarse el narcisismo; claro que esa es una forma de hablar, ya que no lo había olvidado, solo había preferido no hacerlo, como si luchase contra la cura diciéndose a sí misma que no era algo tan importante, que podía hacerlo por sí misma. ¿Moretti lo habría olvidado también? O lo fingía porque quisiera ver que la chica emprendería el tratamiento cuando estuviese preparada para afrontar la cura. Lo que no pensaba olvidar la oficial era la conversación con Marco, el agente que la había abordado en la cocina y que había sido compañero suyo en la academia. Aquel acercamiento no parecía nada casual y lo había metido de lleno entre los sospechosos del caso.

Nada más llegar a la comisaría esa mañana, con el ordenador recién iniciado y aún sin recibir el té por parte de su compañero, comenzó a indagar en el sistema sobre el agente Marco, cuyo apellido desconocía, pero no le llevaría mucho averiguarlo.

Quince minutos después conocía la dirección de su vivienda, los nombres de sus familiares, su saldo bancario y dónde había ido de vacaciones el verano pasado. No había movimientos que indicaran que tenía pareja, ningún gasto en joyerías ni reservas en hoteles durante fines de semana de los dos últimos años. En ese sentido, parecía limpio. Siguió por esa senda y logró acceso a sus redes sociales, donde no tenía más actividad que relacionarse con sus amigos de la infancia y familiares que vivían lejos de Madrid. Le parecía adorable en esos momentos, pero seguía sin fiarse de él, de su mirada y las sonrisas que le dedicó en la cocina, además de provocar aquel encuentro de una forma tan directa e intencionada.

Se avergonzaba de haber sentido algo de deseo al hablar con él; era guapo, también se mostraba simpático y con buenos modales, pero eso no era suficiente. ¿O sí? Tal vez era el caso que la implicaba directamente o el cansancio acumulado lo que hacía que viese al chico tan atractivo como para fantasear con él en un encuentro sexual. Apartó de inmediato ese pensamiento de su cabeza y trató de centrarse en lo que tenía entre manos, en considerar a Marco como un sospechoso, lo que era.

Moretti entró en el despacho con las tazas y ella dio un respingo, él lo percibió.

—¿Te he asustado?

—No, en absoluto —mintió.

—¿Con qué estás? ¿Tienes alguna noticia?

—Has tardado mucho en regresar con el desayuno.

—Me he entretenido hablando con unos compañeros, no me has respondido.

—Marco Díaz, es un agente de esta comisaría.

—No sé de qué me hablas, dame más datos.

—Intenté decírtelo, pero nos interrumpieron. El otro día, cuando me quedé casi toda la noche para recibir información tras la desaparición de Ernesto Barrero, apareció un agente de repente en un mensaje de correo interno, quedó conmigo en la cocina y me dio la sensación de que flirteaba. Me pareció extraño.

—¿Flirteó contigo? Eso no me parece extraño, todos dicen que eres preciosa.

—Eso no me halaga ni me hace pensar que pudo hacerlo mucho antes, llevo aquí más de un año. El caso es que es un compañero de mi promoción en la comisaría.

—Eso lo cambia todo.

—He indagado sobre él durante este tiempo y no tengo nada sospechoso.

—Quizás solo sea un chico que quiere tener una relación contigo.

—Lo he pensado, o que quiera que lo recomiende para pasar a Homicidios teniendo un papel más importante que como agente de apoyo en casos menores durante el turno de noche.

—Es factible.

—¿No te sientes celoso?

—¿Yo? Respeto lo que pienses y decidas. No soy tu dueño, no soy una persona celosa.

—Pero dices que me amas.

—Y lo hago, por eso quiero lo mejor para ti. Si algún día me dices que serías más feliz con otro hombre, lo respetaría y te desearía lo mejor.

Esther hubiera preferido un ataque de celos por parte de su pareja. Aunque no podía objetar nada a lo que le había dicho Moretti, le molestaba un poco que él se comportase de una forma contraria a la que ella había esperado. Volvía a tener esa sensación de que un impulso en su interior la llevaba a menudo a desear lo contrario de lo que tenía delante, a rechazar planes que le apetecía hacer solo porque los había programado su pareja de turno o sentirse molesta por reacciones opuestas a lo que ella había concebido.

—Seguiré indagando en ese tal Marco hasta que tengamos algo mejor para seguir, no sabemos nada aún de lo ocurrido con Ernesto Barrero.

—Tienes el control de la investigación, después de todo, eres la

mayor implicada y la responsable oficial del caso, así que espero de ti que obres con inteligencia y cautela.

—Me cuesta ser la que toma las decisiones. Me gustaría recibir ahora tu consejo.

—No puedo darte ninguno porque no sé qué va a suceder a continuación en el caso, nunca me he visto en uno parecido, nunca he visto amenazada mi vida ni la de mis compañeros de esta forma tan directa, por eso tengo miedo.

—¿Miedo a perderme?

—Claro. Fallar en el caso no me importaría lo más mínimo si no estuviese tu vida en juego. Por eso te pido que mantengas la mente centrada en el mismo como tu mayor prioridad.

—Tú mejor que nadie sabes que mi mente es un caos.

—Por eso temo tanto lo que vaya a ocurrir, nunca antes lo había sentido.

Esther no sabía qué decir ante eso. Si ya era demasiada presión para ella perder la vida, ahora añadía saber que dejaría a alguien muerto en vida por su pérdida. Y eso sin meter en la ecuación a su familia. Enfatizaba… lo hacía y eso le daba un regusto agridulce en el paladar.

Siguió con los datos de Marco, aunque le parecía una línea de investigación demasiado débil y fácil, mientras se tomaba el té que le había traído Moretti. El agente, excompañero de la academia, no le parecía un asesino resentido con ella, sino más bien un oportunista para trepar en el escalafón de la Policía o un seductor interesado en llevarla a la cama sin más repercusiones, así lo había sentido cuando hablo con él, pero no se fiaba de su instinto; la inseguridad había vuelto a ella como una bomba explotando en su pecho. Marco no se había acercado a ella en la academia, tampoco recordaba haberle visto flirtear con otras, se veía centrado en las clases y obtuvo una nota de las mejores del país, consiguió plaza, pero como agente de apoyo para asistir en los casos a inspectores, un puesto mucho peor que el de ella. Daba el perfil del asesino que buscaban solo por eso.

Marco Díaz llevaba quince minutos sentado a su mesa y ya había respondido todos los correos electrónicos de su bandeja de entrada, la mayoría eran recordatorios o información que debía compilar para presentar luego resúmenes a los inspectores y oficiales a los que asistía. Llevaba algo más de un año en la comisaría y a veces desearía que lo hubiesen destinado al trabajo de campo, a patrullar o pasar las noches vigilando a sospechosos, ya que esa era una forma más rápida de ascender, podría perseguir a un sospechoso en una noche, capturarlo o evitar una agresión; esas acciones daban puntos para que

lo tuviesen en cuenta para tareas de más importancia y lograr ascensos. No se quejaba, aquel era el trabajo que esperaba y por el que durante dos años de academia luchó. Había obtenido plaza y se sentía orgulloso. Lo de Gallardo… eso era una excepción que allí pocos comprendían, incluso tras los casos que la chica había resuelto. La mayoría de los compañeros tenían la impresión de que Esther usaba sus armas de mujer para conseguir que otros le hicieran su trabajo, a pocos había visto defenderla y creer en sus aptitudes. Él no sabía qué pensar, se había acercado a ella la noche anterior para recibir impresiones en vivo y eso le llevó a sentir que la chica era muy débil, no solo de aspecto físico, también en su interior; la vio agotada, incluso derrotada, cuando habló con ella en la cocina; le pareció que no tenía esa energía que suelen derrochar los policías que conocía, un poco como si fuese un gato pequeño y asustadizo, temeroso de recibir una patada, en lugar de uno robusto y agresivo que sacase uñas y dientes para defenderse con un ataque sorpresa.

La había visto llegar cuando él ya se marchaba, entrando en el despacho decidida, con algo más de energía que durante su breve charla, aunque seguía caminando sin saludar a nadie y agachando la cabeza ante varias personas, como la recepcionista.

«Eres débil, lo presiento, creo que incluso tú lo sabes. Veo el miedo en tus ojos. ¿Es positivo el miedo en un policía? Yo creo que no, son más valiosas la determinación y la seguridad en uno mismo. ¿Resolverás más casos importantes? ¿Lo harás por ti misma? El tiempo lo dirá. Si no acabas muerta pronto».

Los policías no tienen una esperanza de vida como la del resto de profesiones, salvando soldados, astronautas y pocos más.

Marco vio llegar el mensaje de WhatsApp, era de Belén, la chica con la que llevaba quedando dos meses, nada serio, encuentros esporádicos para una cena o cine y un polvo luego. La chica le preguntaba si se verían esa noche, pero él respondió que no en el acto, que tenía algo muy importante que hacer.

Una cita

Se cumplirían esa noche las setenta y dos horas para la muerte de Ernesto Barrero y no sabían por dónde continuar en la investigación para detener el tercer crimen. Esa impotencia no era nueva, pero se sentía pesando en sus cabezas y estómagos a medida que avanzaba la tarde. Quedaba poco para terminar la jornada de trabajo y en el despacho reinaba el mayor silencio que ambos recordaban haber compartido.

—¿No llega nada? —preguntó Moretti.

—¿Te refieres a Científica y Forense? Nada.

—¿No tienes algo más de ese tal Marco? Quizás podríamos seguir sus movimientos.

A Esther se le ocurrió algo de repente.

—Vete a Guadalajara con África.

—Ya me dijiste que la casa de tu hermana mayor era el lugar más importante, tras los dos anteriores, en el que podría aparecer Ernesto, si tenemos en cuenta tu diario.

—No está lejos, a menos de una hora de coche. La mitad para África conduciendo el Audi a toda velocidad.

—¿Tú no vienes?

—He pensado en otra cosa. Quizás sea una locura, pero es lo único que tengo para avanzar y asegurarme de que Marco no sea el asesino.

—Dime.

—Voy a quedar con él ahora para tomar algo o cenar esta noche. Una cita.

Moretti no parpadeó. Ella pensaba que se afligiría ante esa decisión, que trataría de convencerla de lo contrario o, incluso, que se mostraría celoso, pero no hizo el más mínimo gesto que pudiera interpretar como contrario a su deseo.

—¿Te parece adecuado? —inquirió ella tras el silencio.

—Es una buena vía de acción.

—Solo quiero saber más sobre él, analizarlo con la psicología en la conversación y entretenerlo. Esta noche Marco tendría que colocar el cadáver de Ernesto en algún sitio, si es el asesino, y puede que se muestre reacio a quedar o que decida marcharse pronto, eso sería un indicio, ¿no?

—No sería un indicio porque, si se marcha de la cita antes de tiempo o la cancela, podrían ser infinitos los motivos que lo llevasen a hacerlo, no solo que tuviera que asesinar y colocar un cuerpo en

Guadalajara.

—Claro, pero nos acercaría más a él.

—¿Y si decide secuestrarte aprovechando el momento?

—Sé cuidarme, lo he demostrado.

—También los tres profesores policías y acabaron muertos, al menos dos de ellos. No sabemos si ese tal Marco es el asesino, pero sí que la persona que buscamos es inteligente, rápida y fuerte como para lograr su propósito incluso con policías reconocidos y experimentados.

Esther no iba a discutir eso.

—No tenemos otra cosa, ¿quieres que vaya a Guadalajara con vosotros?

—Quiero que hagas lo que decidas hacer tras contemplar todos los pros y contras de la decisión. No solo lo que obtendrías de información si resulta que es el homicida, sino también que tu vida estaría en un grave peligro si él decide terminar con su venganza hacia ti.

—Me asusta esa palabra. ¿Vengarse de mí? ¿Quién querría hacer eso?

—Un lunático, y esos son los peores criminales a los que nos enfrentamos en este trabajo. Nunca obran de la forma lógica que todos entendemos, sino con lo que les dicta su mente enferma.

—Tendré que ser más psicóloga que nunca.

Moretti se pensó durante unos segundos lo que iba a decir, luego, tras elegir las palabras adecuadas, dijo:

—Esther, sé que podrías haber sacado matrícula de honor en todas las asignaturas de la carrera gracias a tu memoria, pero esto va de saber si comprendiste los temarios o solo los memorizaste. No, no respondas todavía, no quiero un ataque como defensa a mis palabras. Eres inteligente, mucho, pero la psicología la he visto en ti como datos que tienes en la mente, no como un arma para usarse en tu beneficio. Esta noche, si Marco es el asesino, tendrás que comprender esos conocimientos, no solo recordarlos.

Ella se pensó la respuesta, lo hizo durante mucho tiempo y observaba que su compañero estaba afligido por primera vez durante la conversación.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—Siempre espero eso de ti, porque sé que puedes lograrlo si te lo propones.

«Como cuando suspendí Literatura en el instituto porque había memorizado el libro en lugar de comprender lo que el autor había querido reflejar con él» pensó la oficial. La cita con Marco quizás no fuese tan segura para ella como la había planeado a toda prisa, ni como se la había vendido a Hugo.

—Te prometo que mantendré la distancia, que estaré pendiente en

todo momento.

—¿Y el apoyo?

—¿Apoyo?

—En todas las operaciones peligrosas hay agentes de apoyo vigilando y salvaguardando la integridad del agente o investigador implicado.

—Pero vosotros tenéis que estar en Guadalajara, por ahora solo tú sabes que desconfiamos de ese agente. ¿Vas a pedir al comisario que nos vigile una patrulla?

—¿Acaso no quieres? Sería una locura lo contrario.

—Es que… había pensado que si me vigilan mientras tomo una copa o ceno con un agente de la comisaría, esos vigilantes se irían de la lengua y toda la comisaría acabaría sabiendo que lo tenemos como sospechoso.

—Tienes razón. Pero que vayas sola me parece una peor opción.

—Confía en mí.

—No te veo tan segura y capaz como a Ernesto Barrero, perdona que te lo diga de esta forma tan directa. Él ha acabado secuestrado.

—O es el asesino, aún no lo sabemos.

—Cierto.

—Dame la oportunidad.

—Cada vez que me pides eso, paso una noche de pesadilla.

—Pero siempre ha salido bien.

—Por ahora. Tientas demasiado a la suerte.

—Marchaos a Guadalajara y vigilad la fachada de la casa de mi hermana, yo estaré bien. Y tengo que proponer esa cita a Marco, aún no he elegido las palabras adecuadas para que no sienta que lo quiero investigar, pero tampoco que quiero irme a la cama con él.

A Moretti, preocupado como era obvio por la situación, le brotó un gesto facial de dolor ante esas últimas palabras, algo que no pasó desapercibido para Esther.

—Confía en mí.

—Confío en ti, como compañera y como pareja.

Esther no dijo nada más, se limitó a enviar un mensaje de correo electrónico al agente, más bien un borrador que luego modificó media docena de veces. Para cuando lo envió, Hugo ya se había marchado de la oficina.

«Ya está enviado, espero que pique el anzuelo. No me he despedido de Hugo con un beso, no me he dado cuenta de ese detalle. ¿Se habrá molestado? ¿Y si este es mi último día de vida y no me he despedido como debía de mi pareja?».

Pensamientos agoreros que se esfumaron para concentrarse en leer el mensaje de respuesta que había enviado Marco.

<Vale, una cerveza al terminar tu turno y antes de empezar el

mío, me apetece>

Esther se mordió la lengua al leerlo, sentía un alud viniendo hacia ella, un alud cargado montaña abajo de peligro en forma de toneladas de nieve, responsabilidad, conciencia, excitación…

No era una cita romántica ni formal, así que no hubo ese espacio de tiempo en el que vas a casa a ducharte para eliminar el sudor y su hedor, además de vestirte y maquillarte de una forma especial; solo un encuentro amistoso con un compañero tras una larga y dura jornada de trabajo. Eso era, al menos eso quería sentir Esther.

La oficial no tenía su coche personal en el aparcamiento de la comisaría, pues había llegado esa mañana con África, como las mañanas anteriores y junto a Hugo. Marco sí tenía el suyo allí y se montaron en su SEAT León negro hacia donde el chico aseguraba que había un local tranquilo en el que poder hablar.

La chica no se fiaba de él, así que llevaba en el bolsillo del pantalón su arma reglamentaria con el seguro desactivado. Sentada en el asiento del acompañante y, tras ponerse el cinturón de seguridad, se llevó la mano al arma de forma disimulada mientras le pedía pistas sobre el lugar.

—¿Vamos a algún local del centro?

—No, allí no se puede aparcar. Vamos a una zona cercana a mi casa donde cocinan de maravilla, por si luego nos da hambre y aprovechamos para cenar.

«Vas listo si crees que esto es una cita romántica».

—Suena bien. ¿Qué has hecho hoy?

—Lo de siempre, apoyo informático.

—¿No te gusta ese trabajo?

Al otro lado de las ventanillas del coche, la ciudad parecía decidida a cerrar el nuevo día sumido en su color anaranjado habitual, ya hacía algo de frío y madrileños y turistas lucían chaquetas y jerséis para soportar la temperatura mientras caminaban. Esther no lo veía porque no le quitaba ojo a Marco y cada movimiento de manos que este hiciese.

—No es el mejor trabajo del mundo —respondió él con una sonrisa poco convincente—, preferiría patrullar.

—¿Has pedido el cambio de destino al comisario?

—Sí, en dos ocasiones, pero me toca esperar otra vez un año o dos más.

—Vaya, lo siento.

—No lo sientas, es lo que esperaba. Sabía que ese sería mi destino, o mucho peor.

—¿Mucho peor?

—Hacer renovaciones de DNI o pasaportes.

—Vale, entiendo. Eso debe de ser una pesadilla.

—Bueno, es un trabajo que alguien debe hacer. El caso es que recuerdo cuando renovaba los DNI hace unos años y otro destino me parece mucho más trágico para un policía, el de los vigilantes de las puertas y los controles de metales. Ver a agentes con más de cincuenta años haciendo eso me sorprendía.

—¿Por realizar esa tarea?

—Por haberse pasado tres décadas como agentes sin conseguir un ascenso y dedicarse a labores más importantes, como perseguir asesinos, violadores o ladrones.

—Comprendo… Debe ser triste, sí.

—Supongo que tú no entraste en la academia para hacer DNI o estar de vigilante de una oficina sin riesgo de ataques o atentados.

—No, no concibo que alguien quisiera eso.

—Es un trabajo remunerado y muchos ansían tenerlo.

—¿En serio?

Él la miró de repente, fue un vistazo fugaz y luego volvió a fijarse en la carretera.

—Veo que no hablaste con muchos compañeros de la academia, más de los que piensas querían ese trabajo, sin riesgos y asegurándose el sueldo a fin de mes.

—Lo desconocía. Es triste, yo quise ser policía y detener a delincuentes desde que era una niña, cuando hubo un altercado en el edificio en el que vivía con mis padres.

—Idealista, me gusta.

Ella sonrió.

—Solo trato de ayudar, de aportar con lo que pueda.

—Has resuelto casos importantes.

—He tenido buenos consejeros, aunque he aportado lo mío, pero no quiero llevarme el mérito.

—Tener a Moretti cerca debe de ser increíble por lo que puede aportarte.

—Sin duda, es un gran inspector, o lo era. Sigue siendo un activo valioso y me alegro de tenerlo cerca.

—Ya quisiera estar en tu posición.

«No te delates tan pronto, me lo estás poniendo muy fácil».

Esther apretó la empuñadura del arma con fuerza, eso le daba seguridad, además de no apartar los ojos de cada gesto que hiciese Marco, aunque se tratara de cambiar de marcha o girar el volante.

—¿Queda mucho para llegar a ese restaurante?

—Es más bien una taberna, pero te gustará y el ambiente es muy cálido. Llegaremos en un minuto. No habrá mucha gente a esta hora y quizás podamos ponernos en el mejor sitio de todos.

—¿El mejor sitio?

—Ya lo comprobarás en un momento.

Ese minuto fue muy exacto y ellos lo vivieron en silencio en el interior del coche. La taberna se llamaba La Caldera de Mari, grabado en un rótulo muy antiguo de madera que estaba iluminado por dos focos led. Esther no se había fijado en qué barrio o calle estaban, pues había ido pendiente de los movimientos y la conversación del agente. Pudieron aparcar casi a la puerta del establecimiento y ella se puso la chaqueta, porque hacía frío a esa hora en la que el sol ya se ocultaba tras los edificios a su izquierda. La fachada del edificio no parecía gran cosa, sobre todo comparada con las de los lugares a los que Moretti la llevaba a almorzar y cenar, casi todos situados en barrios como Salamanca o Retiro. El interior del local estaba forrado por completo de madera oscura y desprendía un olor que invitaba a la mayor gula; apenas había más de cinco personas y todas en la barra. Esther se dejó guiar hasta el fondo de la sala, Marco se sentó en una mesa pequeña, para dos personas, que no tenía una ventana al exterior, pero sí una chimenea encendida cuyo calor agradeció Esther al instante, mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba en un colgador cercano en la pared.

—Te lo dije, el sitio es muy especial y poder ponernos al lado de la chimenea es un lujo.

Ella respondió con una sonrisa.

—¿Quieres un vino blanco? Es de la casa, está frío, delicioso y no se sube a la cabeza.

—Prefiero una Heineken, si tienen.

Un camarero de unos cincuenta años, moreno, alto y delgado, vestido con camisa blanca y pantalón negro, les tomó nota y les dejó una carta por si querían algo para comer más tarde.

Ella sonreía, sin saber con seguridad si lo hacía por seguir con el papel de investigadora o porque el chico se había ganado su confianza y bajado sus defensas. Lo cierto es que cumplía con creces con todos los requisitos para que ella se fijase en él y lo eligiese como amante de turno. Así había obrado en los últimos años y le costaba salir de esa personalidad tan… ¿narcisista? Claro que sí, lo había detectado y una prueba de ello era que comenzaba a luchar contra la patología. Decidió pensar que el lugar sería perfecto para ir con Hugo en el futuro a cenar. Le gustaría estar con él allí, no preocuparse del caso, ni de ningún otro, y disfrutar de una velada romántica a su lado que terminase en su piso, los dos en la cama.

—¿En qué piensas? Te veo dispersa —preguntó Marco.

—En nada, solo pensaba que el sitio es especial y no lo conocía.

—Siempre se pueden conocer lugares, incluso personas, especiales en la vida.

Su mirada era cálida, amigable, cercana, muy seductora. Esther se estaba dejando llevar de nuevo y ese no era el plan. ¿Dónde estaría Hugo? Seguro que viajando a toda velocidad junto a África hacia la fachada de la casa de su hermana Gloria. Le gustaría llamarla ahora para pedirle consejo y decirle que su mente era un caos, como de costumbre.

No, no la llamaría, a pesar de estar en una situación tan complicada, tan peligrosa. Iba a tomar las decisiones por ella misma y a acarrear con las consecuencias de ellas. Su hermana le había dicho en su última conversación que ella no le consultaba sobre temas de trabajo y familia porque era capaz de tomarlas por sí misma, así que eso haría Esther, claro no era lo mismo decidir qué hacer ante declarar un impuesto de una empresa, o qué comida hacer para la cena, que enfrentarse a un posible asesino peligroso que tomaba una copa con ella y que luego podría secuestrarla y matarla de un modo horrible. Aun así, la oficial decidió tomar el rumbo sin estímulos ni consejos externos.

El camarero trajo la bebida y preguntó si iban a tomar algo de la carta. Marco miró a Esther y esta le dijo que no, por ahora. El calor de la chimenea era algo excesivo para esa fecha de principios de otoño, pero no protestó, prefería con creces pasar calor que frío.

La chica decidió tomar por fin las riendas de la conversación.

—Cuéntame algo sobre los casos que llevas.

—Son menores comparados con los tuyos. Violencia doméstica, algún robo y, de vez en cuando, altercados en locales de copas. —El chico hablaba con seguridad en sí mismo, no dejaba de mirarla a los ojos al hablar, ni a su boca cuando ella respondía. Eso la ponía nerviosa—. Lo peor es que ni siquiera visito los sitios para analizar y buscar pistas, ni hablo con testigos e implicados, solo recibo información y datos que debo analizar o pasar directamente a los responsables de esos casos, oficiales o inspectores, para que ellos resuelvan el asunto.

—Lo de poder inspeccionar y hablar con la gente no te lo voy a discutir, pero yo tengo casos de homicidios y no creo que la gravedad del caso lo haga más interesante. —Y dio dos largos tragos a su cerveza. Marco bebió de su copa de vino también.

—Desde mi punto de vista, investigar a asesinos me parece de lo más interesante, aunque tú no lo compartas.

—No, no he querido decir eso —dijo ella.

—Lamento si te he importunado, dejemos de hablar del trabajo. Hemos quedado para desconectar y es lo contrario a lo que estamos haciendo.

—No me molesta hablar del trabajo y los casos. Ahora estoy con uno muy complicado. Supongo que en la comisaría se sabrá que estoy

persiguiendo a un asesino que mata a nuestros profesores de la academia.

—Lo sé, ya lo mencionamos por encima en la cocina de la comisaría la otra noche. Está siendo un duro golpe para todos los que tuvimos a esos profesores.

—¿Hay muchos alumnos de nuestra promoción en el edificio?

—Creo que solo cinco, contándonos a nosotros, pero muchos más, como dos docenas, si tenemos en cuenta a los de promociones anteriores que fueron alumnos de esos profesores.

—Vaya, desconocía ese dato.

—¿Qué tenéis sobre el caso? Si es que puedes hablar del mismo.

«Aquí te quería llevar, ya me estás sonsacando sobre lo que te interesa. Me mostraré dócil y eso hará que yo tenga el control de la situación».

—No tenemos nada por ahora. Aunque se cumplen las setenta y dos horas para que el asesino mate al siguiente profesor. No sabemos dónde encontraremos el cuerpo, pero confiamos en que cometa un error y lo encontremos.

—Suena emocionante.

—¿Eso te parece?

—Toca pedir otra copa de vino y otra cerveza, si es que quieres seguir con la conversación.

—Claro, pero pedimos comida o me marearé.

Marco hizo una señal al camarero, este vino; ya se había duplicado el número de clientes en el local.

—Tráenos más de lo mismo, además de una caldereta manchega y patatas al queso y jamón para picar.

Esther no sabía si sentirse menospreciada por no elegir ella misma las tapas; claro que no sabía cuáles eran los mejores platos del local y había sido invitada allí por el chico, al que debía dejar creer que tenía el control, por ahora.

—Gracias, pagaremos a medias.

—No digas tonterías. El sitio lo he elegido yo.

—Pero yo propuse quedar.

—La próxima invitas tú.

—¿Quieres quedar más veces?

—¿Tú no?

—Quién sabe…

—¿Te lo estás pasando bien?

—Sí, el sitio es magnífico y la comida huele de maravilla.

—¿Y la compañía?

—Eso ya lo veremos…

—Una chica dura.

—¿Esperabas otra cosa? ¿Alguien dócil y sumisa?

—En absoluto. Me gusta lo que veo en ti.

«Directo a la yugular. Lo esperaba. Me alegro de que Hugo no esté aquí para verlo, u oírlo en su caso. Marco se lo está trabajando. ¿Para llevarme a la cama o para secuestrarme porque es el asesino que busco? Debo estar atenta a las señales que me manda o seré una víctima fácil, en cualquiera de los dos casos».

—Ya veremos si la comida es tan buena como espero de este lugar.

—Ya siento la puñalada recibida.

—¿Cómo dices?

—Olvídalo.

—Marco —dijo para cambiar de tema—, ¿te gustaría cubrir casos de homicidios? No solo como agente de apoyo, sino más involucrado.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada en concreto, es lo que se me ha ocurrido.

—A todo policía idealista le gustaría estar en esa posición. Es con lo que soñamos todos.

—¿Qué estarías dispuesto a hacer para lograrlo?

Su rostro dibujó de repente una mueca nueva, una que ella interpretó como de decepción.

—Nunca haría nada para lograr algo que no mereciese. —Su mirada se había dirigido a la izquierda, mentía, mentía descaradamente.

«¿Miente porque me está manipulando para lograr un puesto mejor en la comisaría o porque es el asesino y me estoy metiendo en un tema de conversación que él no esperaba mantener?».

El camarero llegó con la comanda, las bebidas y las tapas. Olían de maravilla y ambos tomaron un par de bocados antes de seguir con la conversación.

—Siento haberte dicho lo de antes. Solo pensaba que cualquier policía idealista y con ganas de ayudar haría lo que fuese por progresar en la comisaría.

—Y lo hago, así lo haré siempre, Esther. Mi objetivo es aportar lo máximo y eso sé que no lo estoy haciendo ahora. Veo a muchos oficiales e inspectores centrados en temas personales, personas que fueron valiosas para el sistema, pero que ahora, por el motivo que sea, se han desconectado y han dejado de ser efectivos valiosos.

—Díselo al comisario.

—¿Delatar a un compañero? Eso es lo último que se puede hacer en la comisaría. Sería un paria por acusarlos.

—Pero estarías haciendo lo correcto, eso deben valorarlo los policías de verdad.

—Cómo se nota que estás en un despacho…

—¿Cómo has dicho?

—No quería ofenderte, no pongas esa cara; es que no sabes lo que

se cuece en la zona común. Allí todo es como en un partido de fútbol.

—No lo comprendo.

—En un equipo de fútbol, tras un partido decisivo en el que todos debían dar el máximo, hay información sobre los compañeros jugadores que no se han tomado en serio su labor y han salido de fiesta para beber alcohol o practicar sexo esa noche anterior, pero nadie dice nada al entrenador.

—¿Por qué?

—Es una especie de código.

—No lo comprendo.

—Quizás porque eres una chica.

—Detesto ese machismo.

—No es machismo, es que las chicas no tenéis ese hermanamiento con los compañeros, hasta el punto de no acusarlos aunque esa mala actitud les haya llevado a perder un partido importante.

—No, no lo tenemos, las acusaríamos al entrenador.

Tal vez por eso el fútbol femenino no sea tan popular aún, o quizás sea el motivo de que en el futuro logréis imponeros como más importantes que los chicos. ¿Quién sabe?

Habían terminado las dos tapas y casi acabado sus bebidas. Esther había dejado de comprender los motivos de su compañero de comisaría para aceptar la cita, pues no se veía interesado en llevarla a la cama, al menos no de una forma más directa e insistente. Ni siquiera había iniciado conversación personal alguna.

—¿Pedimos algo más? —preguntó ella.

—Estoy lleno, además, tengo que marcharme.

A ella se le iluminó la bombilla sobre la cabeza.

—¿Algo importante?

—Mucho. Seguimos en otra ocasión, si te apetece.

—Claro.

—Pago mientras llamas a un taxi para ir a tu casa. Siento no poder acercarte, se me ha hecho muy tarde.

Consejos y una presentación formal

A pesar del buen ambiente que se había generado durante la conversación inicial, Moretti sabía o intuía que la agente adivinaba su preocupación tras subirse al coche.

Partieron hacia su destino sin mucha convicción los dos, pero es lo que tocaba para seguir con la investigación y con la orden que había emitido la oficial al cargo del caso. ¿Lo había hecho Gallardo plenamente consciente y segura de ello, de que eso era lo que debían hacer? Moretti tenía sus dudas, pero había aprendido a no discutir con ella. Nunca había sacado nada positivo de una discusión con su compañera; además, lo cierto es que Esther, con esas decisiones, había logrado su objetivo en los casos o se había aproximado a los mismos, así que la dejaba actuar. Sentía verdadero pavor ante la idea de que ella se viese a solas con el que podría ser el asesino que la tenía como colofón a su obra, pero no tenían pruebas o indicios que lo implicasen a ese nivel y a eso se aferraba él para pensar que ella estaría a salvo. No confiaba en Gallardo si esta se veía obligada a usar sus dotes en la lucha cuerpo a cuerpo o disparando un arma, aún recordaba Moretti las notas de la academia de la chica en esas tareas, por mucho que los últimos meses practicase a menudo en la galería de tiro y hubiera dado clases de artes marciales. A la espera de noticias de ella, sería otra noche sin dormir por la preocupación y los nervios. El coche se alejaba a toda prisa de la mujer que amaba y él se sentía a cada kilometro más lejos de poder ayudarla.

«Un príncipe salvador, eso soy, lo que más detesta ella, lo que más quiere tener apartado de sí misma, aunque quizás sea lo que más necesita».

África le preguntó si había recibido noticias de Esther, pero él no respondió, no la había oído.

—¿Hugo?

—¿Sí? —respondió él en un murmullo.

—Digo que si Esther te ha mandado algún mensaje.

—No, aún no.

—Llámala.

—Es pronto, quizás esté aún en su tarea y no quiero importunarla.

—¿Qué es tan importante como para que no haya podido venir con nosotros? Bueno, espero que no sea una pregunta indiscreta.

—No lo es.

¿Qué podría contarle a África? Lo de Marco era algo que solo

sabían Moretti y la oficial, quizás no sería inteligente informar a la agente cuando la conocían desde hacía solo unos pocos días, además de considerarla aún una posible asesina en el caso. Querían integrarla en el equipo, si estuviese limpia de sospecha, pero era bien cierto que determinados datos se podrían filtrar si África fuese indiscreta. Tal vez con el tiempo y habiéndose ganado la plena confianza…

El exinspector añadió:

—Esther tiene que entrevistarse con el hijo de Ernesto de nuevo, recuerda que seguimos sin saber si es la tercera víctima o el asesino.

—¿Vendrá más tarde en su coche?

—No lo sé, ya me lo contará cuando termine la entrevista.

Lo cierto es que Moretti no había pensado en eso. Aunque Esther tuviese a Marco hasta las doce de la noche a su lado, podría llegar a tiempo a casa de su hermana para comprobar si dejaban allí el cuerpo de Ernesto. Si Esther le decía que no iba a ir, entonces el motivo más lógico era que se quedaría con el agente hasta la madrugada. El corazón le latía de repente más deprisa, sentía mucho calor dentro del coche y eso que la temperatura no había variado.

«¿Celos? ¿Estoy sintiendo celos por primera vez en mi vida? No me siento cómodo con esto, pero no puedo dejar de pensar en que ella está con un chico y pueda hacer algo que a mí me provoque daño».

—¿Qué hora es?

África le dijo que algo más de las once y cuarto.

Hugo no pudo dar las gracias ni asumir si era tarde o temprano, porque sonó su teléfono móvil de repente.

—¿Sí?

—Hugo, salgo para reunirme con vosotros. No llegaré hasta dentro de más de una hora, me he tomado dos cervezas con la cena y, aunque no me siento mareada, no voy a arriesgarme a conducir por encima del límite.

—Me alegra oír eso, lo de que vienes. No me has contado nada de la reunión.

—Marco no ha intentado ligar, al menos de palabra, otra cosa eran sus miradas y su tono de voz; se ha limitado a comentar detalles sobre su trabajo diario en la comisaría, sus metas, deseos y demás. También me preguntó por el caso que seguimos, pero fue muy de pasada, sin insistir ni prestar mucha atención.

—¿Sigues sospechando de él?

—Sí, aunque sin pruebas.

—¿En qué basas la sospecha?

—Se marchó pronto y se veía preocupado por la hora, me dijo que tenía algo importante que hacer y que no podía acercarme a casa, he regresado en taxi a por mi coche.

—Ya temíamos que eso podría suceder, pero no necesariamente

tiene que ver con el caso.

—Lo sé. Simplemente no me gusta, tiene algo que lo hace sospechoso a mi criterio, pero no sabría decirte el motivo. Por otro lado, lo siento inocente, pero sin saber los motivos.

—Bien, me fío de tu instinto, todo policía tiene el suyo.

—Estaría bien que hablases con él para darme tu opinión, pero entiendo que resultaría sospechoso para él que lo hicieses; si se trata del asesino, sabrá que andamos tras su pista.

—Es lo más probable, aunque puedes decirme en la comisaría cuándo él va a la cocina y yo salir hacia un encuentro casual y posterior conversación informal.

—¿Crees que es factible?

—Deja que yo use mi tacto y mi propia psicología para que él no sospeche nada.

—Trabaja en el turno de noche, tendrías que cambiar tu horario.

—No lo había pensado…

—Olvídalo por ahora, al menos hasta que tengamos más sospechas sobre él.

—De acuerdo.

—Está bien, aunque ahora centrémonos en esta noche y lo que vaya a ocurrir.

—Si Ernesto no aparece muerto a las puertas de la casa de tu hermana ni en otro lugar, tendremos que asumir que se trata del asesino.

—Lo sé.

—Capturar a un policía experimentado es complejo, ya lo verás si llega el momento.

Esther se despidió y estuvo a punto de hacer otra llamada mientras conducía, en ese momento estaba dejando a su derecha la segunda entrada a la localidad de Coslada, quedaba mucho camino.

África llegó al destino a las doce en punto de la noche, habían pasado antes por un restaurante italiano para pedir comida y reservar una parte para la llegada de Esther. El barrio era una urbanización de casas adosadas, aunque de un tamaño generoso, incluso en el jardín, todas de ladrillo visto y rojo, tres plantas más un sótano y espacio para dos coches. No estaba nada mal, se dijo la agente al aparcar justo enfrente, apenas había coches por la zona, ni circulando ni aparcados a las puertas.

—¿Tienes hambre? —preguntó Moretti.

—Un poco. ¿No vamos a esperar a Esther?

—Quizás tarde más de media hora.

—No me importa esperar, he merendado de lo lindo antes de salir.

¿Te importa que salga fuera unos minutos a tomarme el café que traigo y fumarme un cigarro?

—¿Te importa a ti que salga contigo para estirar las piernas y no quedarme solo aquí dentro?

—Claro que no.

África llevaba en la mano un café de esos fríos que vienen en envase de plástico, lo sacudió con energía durante unos segundos y abrió la tapa de aluminio, dio un sorbo y colocó el vaso sobre el techo del coche para sacar y encenderse el cigarro. A Moretti le disgustó que el viento le llevase el humo a su cara, pero no dijo nada, solo recordó a su padre, que fumaba también.

—¿Has pensado en dejarlo? —se atrevió a preguntar.

—¿El tabaco? Todos los días, pero no concibo tomar café sin fumar y el café es un vicio que no puedo dejar desde los quince años.

—¿Ni siquiera con esos cigarrillos electrónicos que ahora están tan de moda?

—Es que no es lo mismo, saben a frutas o a menta, es un humo frío y sin dar el golpe en el pecho como lo hace un cigarrillo de verdad.

—Vaya…

—¿Nunca has fumado?

—Lo hacía mi padre y detestaba el humo.

—Lo siento, me pongo al otro lado y así no… No me he dado cuenta de que te está llegando a la cara.

—No pasa nada.

La chica, ya desde el otro lado, dio otro sorbo al café, con miedo de que se cayese el vaso porque esa zona del techo tenía mucha pendiente; y otra calada más con intensidad, se veía que llevaba todo el trayecto en coche esperando el momento de saciar el vicio.

—¿Confías en que aparezca un tercer cuerpo aquí esta noche? —preguntó ella para romper el silencio.

—No tenemos nada más.

—Podrían haber venido compañeros de Guadalajara a vigilar el lugar.

—Sí, lo pienso también. Quizás el caso no ha llegado a trascender.

—¿Trascender?

—Un caso va siendo más importante a medida que pasa el tiempo y sus repercusiones implican a personas que se alejan de la zona en la que se originó. Lo de esta ubicación es algo nuevo, pero solo una corazonada, por eso no hay policías compañeros.

—Comprendo. Además, querríais ser vosotros y no dejar la tarea de atraparlo en manos de agentes que no se lo tomarían tan en serio.

—Eso es, aunque no lo diría con esas mismas palabras, confío en que todos los agentes sean como tú, que se comprometan con su labor; pero siempre gusta detener al asesino por uno mismo.

—Entiendo.

Dio otro sorbo y otra calada.

—Nunca me preguntas por casos pasados, ni por el actual, tampoco pides consejos, eso me tiene algo desconcertado.

—Bueno… —La chica se notaba incómoda, casi avergonzada—. No es tu tarea ni quiero molestarte.

—No sería una molestia, aprovecha ahora si es lo que quieres.

—¿Cómo descubres a los asesinos tan rápido?

—Supongo que te refieres a los crímenes comunes, a esos que nos asigna el comisario para tenernos entretenidos. Eso es algo que se adquiere con la experiencia, entrevistando a testigos y familiares sobre todo y hurgando en la memoria, en casos antiguos. Algunos se solucionan tras encontrar una pista los de la Científica y Forense, ten siempre buen trato con ellos y respeta que su labor es tanto o más importante que la tuya, ellos lo detectan y se esfuerzan más por ti y por el caso; en otras ocasiones es el instinto basado en la repetición de sensaciones vividas; no sabría explicártelo mejor, simplemente se muestra la solución como una revelación, como si la Virgen se te apareciese.

—Comprendo. ¿Has tenido muchos casos sin resolver?

—Muchos. No considero que exista el crimen perfecto, pero hay muchos en los que no se encuentra esa pista, prueba o indicio que te lleve en la dirección adecuada. No son asesinatos perfectos, solo crímenes que no has sabido leer de la forma adecuada.

—¿No genera frustración?

—Claro que sí, pero la frustración es una compañera del investigador, este debe tratar de llevarse bien con ella y luego olvidarla tras aprender lo posible sobre la experiencia. Claro que te decepciona el no resolver un caso, sobre todo por los seres queridos de la víctima, pero no puedes llevar esa frustración sobre los hombros o se irán acumulando y el peso impedirá que te centres en los siguientes casos.

—No sé si seré capaz de soportar las miradas y pensamientos negativos de los familiares sobre los hombros si tengo que decirles que nunca encontraré al asesino de esa persona tan querida para ellos. —África dio la última calada al cigarro y lo pisó en el suelo tras arrojar la colilla, luego apuró su café.

—El estómago, al igual que el cerebro, se deben endurecer en este oficio, lo suele hacer con el paso de los años y los casos. No te preocupes, ya llegará.

—No sé si seré capaz de hacerlo, me cuesta pensar que perderé mi humanidad de esa forma.

—Has dicho lo mismo que dijo Esther cuando mantuvimos la misma conversación.

—Eso me llena de orgullo, porque ella, aun siendo solo de una promoción anterior, ya ha resuelto casos muy importantes.

—Ya los resolverás tú en el futuro.

—Seguro que eso pensaba Ignacio, vuestro anterior chófer.

—Me alegro de que me hayas dicho eso sin que estuviese Esther presente, se habría enfadado con el comentario. Ignacio, o Nacho, como le gustaba que lo llamásemos, estaba igual de ilusionado que tú y seguro que se sintió orgulloso de su tarea cuando se enfrentó a un asesino para dar su vida y así proteger la de Esther. Y ahora te comento entre confidencias: no sabemos cuánto tiempo nos queda de vida, es la mayor incertidumbre de todo ser humano, más aún para un policía, pero sí podemos incidir sobre lo que vamos a hacer para que esa vida sea la que nos haga sentir orgullosos de nosotros mismos.

África se estremeció y le sugirió a Moretti que entrasen de nuevo en el coche, hacía mucho frío.

En el interior del vehículo se hizo el silencio, era pronto para pensar que iba a aparecer el asesino con Ernesto, pero, aun así, no dejaba la agente de observar la puerta. Le habían quedado muchas preguntas en el tintero, pero ya las iría haciendo en el futuro, si tenía la oportunidad de nuevo; había tenido bastante con la conversación. Ahora sabía que un buen investigador debe ser frío y olvidar las decepciones, eso no se lo habían enseñado en la academia ni lo había supuesto ella, que creía que los casos siempre se resolvían y se lograba la paz al llegar a casa tras un largo día de trabajo. Ella ni siquiera la lograba en esos momentos con los pensamientos de lo que había sufrido unos años antes, todavía tenía pesadillas con eso. Quizás fuese el motivo de que le resultase tan fácil permanecer vigilando durante toda la noche, así no dormía y atraía la horrible pesadilla de nuevo.

Esther llegó a la una menos cuarto y aparcó su coche justo delante del Audi. Cambió de vehículo, entrando en la parte de atrás del RS5 en silencio, como era de costumbre en ella. La comida estaba templada, casi fría, pero dieron cuenta de ella igualmente una vez estaban reunidos los tres en el coche.

—¿Has informado a tu hermana de esto? —preguntó Moretti tras terminar de cenar.

—No, no quería preocuparla sin estar seguros de que ocurrirá lo que pensamos. No quiero decirle que alguien puede dejar un cadáver en la puerta de su casa porque me manda un mensaje y va contra mí, como comprenderás.

—Sí, lo comprendo, pero ahora espero que no vea tu coche aparcado ahí enfrente.

—No lo había pensado, lo llevaré algo más lejos.

—No importa, es un coche de una marca y modelo común, no creo que ella se asome a la ventana y reconozca la matrícula solo con la poca luz de esa farola. ¿Tampoco te gustaría entrar para saludarla y darle un abrazo?

—Sí que me gustaría, pero…

—Eso implicaría presentarme a ella o dejarme de lado.

—¿Por qué dices eso?

—El narcisismo, ya me lo comentaste, sobre todo los síntomas. Tu hermana es tu pilar central y tu principal zona de confort, todo lo ajeno a esa zona es incompatible. ¿Eres incapaz de presentarme a ella? No te lo pregunto para obtener una respuesta a modo de acción, solo para saber qué piensas ahora.

Esther se pensó durante unos segundos esas palabras, aunque le había brotado el deseo de decirle que no, pero sabía que era el volcán en su interior el que estallaba para tomar el control y logró contenerlo.

—Vente, vamos a saludarla.

—No lo dices en serio.

—No me conoces, lo digo muy en serio. Vamos.

—Esther, vas a alarmarla.

—Confía en mí y sal del coche.

Moretti no podía verla. No poder analizar su mirada era un suplicio.

—África, no quites el ojo de lo que pase en los próximos minutos u horas en esa fachada. No te molestes en llamar por teléfono si ves algo sospechoso, sal del coche y dispara al aire lo antes que puedas —le dijo Esther.

Salió la pareja del vehículo y fueron a la puerta de la casa ante la mirada de África, que no comprendía lo que pasaba.

Llamaron al timbre en dos ocasiones hasta que recibieron respuesta.

—¿Sí?

—Soy Esther, abre.

Y pasaron al espacio en el que se veían dos coches aparcados, un BMW serie 1 blanco y un Mercedes CLC gris. Antes de llegar a la puerta de la vivienda, esta se abrió y apareció una mujer de unos treinta y cinco años, morena y protegida del frío por una bata de color morado.

—¿Se puede saber que haces aquí? No me has llamado para decirme que venías.

—Una sorpresa, hermanita. —Esther llevaba del brazo a Moretti para guiarlo; y dijo—: Te presento a Hugo Moretti.

—Vaya, ¡qué sorpresa!, por fin. Llevo más de un año oyendo hablar sobre ti y ya quería ponerte cara.

—Un placer conocerte, no sé si estás cerca para darte dos besos —dijo él con la misma cordialidad.

—Eso es cosa mía. —Gloria se acercó para besarlo en las mejillas y acompañarlos al interior de la casa.

Hugo sintió el calor de la vivienda, le sobraba la chaqueta. Fue dirigido a lo que pensaba que sería el salón y se sentó cuando Esther le dijo que lo tenía justo detrás.

—¿Queréis cenar?

—Ya hemos cenado, gracias. Un té verde para mí y un café para él bastarán.

—Ahora mismo los preparo. Dadme cinco minutos.

Se quedaron a solas.

—Esther, ¿a qué viene esto? Me siento halagado por que me presentes a tu hermana, a tu familia, pero no comprendo que hayas ido en contra de lo que pensabas hacer de repente.

—No le vamos a contar nada del caso, solo estaremos unos minutos y regresaremos al coche.

—¿Entonces?

—Es para demostrarte que avanzo en mi cura, que dejo el narcisismo atrás, que puedo meterte en mi zona de confort principal.

—Me alegra que lo hayas hecho, aunque hubiera sido más oportuno durante una barbacoa familiar un domingo.

—Es lo que hay.

—Ja, ja, ja, esa es la Esther que conozco.

—No digas eso, es la Esther que trato de quitar de mi vida, de mi mente.

—Lo conseguirás, ya lo verás. No hay nadie más terca que tú en el mundo cuando te propones algo.

—Vaya, gracias.

—África me ha pedido consejos durante tu ausencia, le he dado unos cuantos y parece una buena chica, me gusta, no la considero una sospechosa o partícipe en lo que está pasando.

—¿Qué consejos te ha pedido?

—Prácticamente los mismos que tú cuando nos conocimos, además de adoptar las mismas respuestas al recibirlos.

—¿Te gusta África?

—¿Cómo? Me gusta como colaboradora en los casos, como parte del equipo. ¿Te referías a otra cosa?

—No —mintió ella.

Gloria regresó con las tazas en la mano.

—¿Queréis algo de comer? Tengo magdalenas de limón.

—No es necesario, gracias, hemos cenado hace poco —le respondió su hermana.

—Te veo seca y directa, ¿qué te pasa?

—Nada. Estoy bien.

—¿Esther?

—¿Qué?

—¿Es porque está él delante? Nunca te habías cerrado de esa forma, como una ostra conmigo.

—Gloria —rompió el hielo Moretti—, siento no poder ver tu casa, aunque la siento cálida, acogedora, además de tampoco verte a ti, que me gustaría casi tanto como poder ver a tu hermana. Lamentamos haber venido a estas horas.

—No pasa nada. Aunque los niños y mi marido están dormidos; Nacho madruga mucho por su trabajo. Me hubiera gustado que te conociesen, quizás en la próxima visita.

—¿Nacho?

—Sí, ¿por?

—Por nada.

Moretti intuyó que una parte de la empatía y amistad que había tomado Esther con su anterior chófer era por su nombre de pila. Claro que eso no iban a tratarlo ahora.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó Gloria por iniciar un tema de conversación como cualquier otro.

—Llevamos un caso de Homicidios, como siempre —respondió, escueta, su hermana.

—Comprendo que no podéis dar datos. ¿A dónde vais de vacaciones?

—A Zaragoza, a un pueblo donde hemos alquilado una casa rural muy bonita.

—¿Zaragoza? La conozco al detalle, ¿qué pueblo?

«Mierda, debí decir Teruel o Huesca, pero están demasiado lejos para viajar a estas horas de la noche, ya de madrugada. Menos mal que puedo recordar todos los pueblos y aldeas de España tras haber visto el mapa del país».

—A Sos del Rey Católico.

—Es precioso, un pueblo medieval con mucho encanto.

—Sí, veremos el castillo de la Peña Felizana —dijo Esther al tener en su memoria un catálogo de turismo que ojeó una vez hace años—, el palacio de los Sada, la iglesia de San Sebastián y la cripta de la Virgen del Perdón, también la judería y la Lonja Medieval. Hugo es un apasionado del arte español.

—Seguro que lo pasáis muy bien recorriendo la zona, eso me lleva a pensar que llevo mucho sin hacer turismo por el país. Podríamos programar un viaje todos juntos en los próximos meses.

—Claro —respondió Esther.

Terminaron el café y el té y la oficial se levantó como provista por un resorte en el trasero para decir:

—Gloria, tenemos que marcharnos o llegaremos muy tarde.

—Claro, ya seguimos conversando en el próximo encuentro. Me alegro de haberte conocido, Hugo.

—Es mutuo, un enorme placer. No te molestamos más para que vayas a dormir.

Gloria los acompañó a la puerta y allí se despidió con dos besos para cada uno.

El mensaje

Hacer el turno de noche tenía sus ventajas e inconvenientes; por un lado, tendría que pasar ocho horas haciendo vigilancias, o, mucho peor, ir de bar en bar para mediar en las rencillas de borrachos. Eso último era más divertido, aunque arriesgado, pero te hacía ganar puntos ante los investigadores responsables de los casos, eso decían en la comisaría. Esa noche se limitaba a patrullar, solo eso, aún no había recibido avisos de altercados ni peleas, y era soporífero a los ojos de David, que llevaba dos años en el Cuerpo. No tanto para su compañero de patrulla.

—¿Nos compramos un paquete de patatas y una Fanta en ese colmado?

—Joder —espetó su compañero, Jairo—. Siempre pensando en comer.

—Son las doce y media y cené a las nueve, perdón por tener hambre de nuevo.

—Vale, no te pongas como siempre, paro y entras a comprar lo que quieras. Tráeme unos chicles de menta, se me han acabado.

No respondió, bajó del coche, aparcado en doble fila ante la puerta del colmado, y entró. Dentro había dos chicas muy jóvenes y vestidas de fiesta, menudo culo marcaban con las minifaldas allí de pie haciendo cola ante él.

—Tendréis edad para pagar por el alcohol que lleváis, ¿verdad?

Las chicas se giraron de repente con semblantes de enfado, pero los cambiaron en cuanto vieron su uniforme de la Policía Nacional.

—Vamos, no voy a deteneros, yo también he tenido vuestra edad y me he tomado mis copas con los amigos —añadió.

—¿No vas a detenernos ni llamar a nuestros padres? —preguntó una de ellas en un titubeo.

—Claro que no. ¿Dónde vais a ir? ¿A la zona del Manzanares?

—Sí.

—Tened cuidado, hay jaleo los jueves en esa zona.

Las chicas, tras observar cómo les miraba el escote a ella y su amiga, cambiaron el tono de voz.

—Seguro que estamos seguras si nos viene a ver un policía tan guapo a tomar una copa con nosotras.

David suspiró hondo tras darle unas vueltas rápidas en su cabeza a los pensamientos que en ese instante habían aflorado.

—Ya me gustaría ir a veros y tomar esa copa, pero estoy de

servicio. Tengo que proteger a los ciudadanos. Quizás otro día si me dais vuestros números de teléfono para salir a tomar algo.

David salió del colmado con las patatas fritas, la Fanta y dos números de teléfono apuntados en su móvil de dos chicas con cuerpos de escándalo. Entró en el coche patrulla con sonrisa de gilipollas.

—Has tardado mucho —dijo su compañero a la vez que aceleraba calle arriba.

—Había cola, dos niñas que no imaginas cómo están.

—Las he visto salir antes que a ti, ¿y mis chicles?

—Mierda, me olvidé.

—Capullo.

Se dirigieron a la calle Serrano, su ruta incluía el barrio de Salamanca y allí se limitaban siempre a ver dos tipos muy diferentes de personas durante la ronda; por un lado, señores de avanzada edad que regresaban a casa tras cenar, todos bien vestidos y caminando despacio; por otro lado, alquilados de los pisos que los propietarios habían dividido en seis u ocho trozos, llamándolos apartamentos céntricos, y cuyos inquilinos trataban de subsistir en la ciudad trabajando en oficios de mala muerte. La tarea de los dos agentes era impedir que los segundos molestasen a los primeros.

—Mira esa señora con el abrigo de visón, mi abuela es más joven que ella. ¿Qué hará a estas horas por la calle? Lo mismo viene de ver a un amante.

—Ya la veo, y los anillos, collares y pendientes de oro.

—¿La atracamos nosotros y nos hacemos con el botín que almacene en casa?

—No empieces con las bromas de siempre.

—Ahí vienen unos moros, frena un poco.

Su compañero dejó de acelerar y esperaron hasta que los chicos jóvenes pasaran de largo ante la anciana para seguir con la ronda. Esa era su labor durante las noches, al menos cuando eran destinados a patrullar por la zona.

—Deja de comer patatas fritas, estás poniendo el coche perdido.

—Ya lo recojo cuando regresemos a la comisaría.

—Eso dices siempre, pero nunca lo haces.

—Joder, no me des la brasa. ¿Tu novia sigue sin querer volver contigo?

—¿A qué viene eso?

—Por hablar de algo.

—Yo no te pregunto por tu novia.

—Porque no tengo, aún es pronto para comprometerse. Voy a llamar a esas chicas del colmado y espero que alguna de las dos caiga mañana.

—Pareces un adolescente salido.

—Y tú un abuelo. Veo que Elena sigue enfadada.

—Sí, lo está. Seguro que sus padres le siguen diciendo que un policía es poco para ella, hijos de puta…

—Enróllate con otras chicas y pasa de ella, tienes solo veinticinco años, disfruta de la vida.

—Eso me gustaría, pero solo pienso en ella.

—Seguro que es una fiera en la cama.

—¿Te parto la cara?

—No te enfades, joder, lo digo en el buen sentido de la palabra. Ya veo que estás enamorado, pero el amor es algo pasajero; podrías estar en unos años amargado, viviendo con ella y con dos o tres hijos, sin follar nunca y trayendo la compra a casa cada día para recibir un saludo tipo «se te han olvidado las compresas y el papel higiénico». Disfruta como lo hago yo de estos últimos años, hasta pasados los treinta, en los que podemos ser libres.

—No quiero seguir con la conversación, te lo digo todos los días, parece que no me oyes, que solo escuchas tu propia mente.

—¿Sigues empeñado en ascender hasta inspector y llegar a Homicidios? Eso es una locura, dejas de tener tiempo libre y te comes unos marrones que no te dejan dormir.

—No todos nos hacemos policías para lo mismo que tú, no todos queremos ligar con adolescentes y follar usando el uniforme.

—¡Eh! Tranquilo, no te pases, no me ataques por pensar diferente.

—Espera.

—¿Quieres decirme algo más? ¿Alguna monserga de las tuyas?

—Calla, mira allí.

David obedeció, pero solo veía una fachada iluminada por las farolas y un mendigo tumbado a unos metros.

—Solo es un mendigo.

—¿Acaso no sabes dónde estamos? Es la academia y hay un caso abierto de homicidios sobre los profesores. Bájate a echar un vistazo.

—Hace frío.

—No lo sentiste hace unos minutos cuando entraste en el colmado. Baja y comprueba que es un mendigo y no *otra cosa*.

Y David obedeció a regañadientes. Era el código no escrito, el conductor siempre mandaba algo más que su acompañante en el coche patrulla.

Los teléfonos de Moretti y Esther sonaron casi a la vez cuando ambos permanecían a la espera en la fachada de la hermana de la oficial. Las llamadas informaron a los dos del mismo suceso.

Menos de un minuto después, partían a toda prisa de regreso a Madrid.

África iba a doscientos cincuenta kilómetros por hora por la desierta carretera, con la luz del techo encendida, pero no la sirena, mientras los dos investigadores en el asiento trasero divagaban.

—No tiene sentido, ¿en la academia?

—¿Por qué no, Esther? Es un lugar importante en tu vida, sobre todo en la profesional.

—Hice un listado de los lugares más importantes, sobre todo los que había escrito en mi diario, la academia no era uno de ellos, ni siquiera en las diez primeras posiciones.

—Eso demuestra lo que pensábamos, que el asesino es listo y reacciona a nuestros movimientos. Ha dejado otro cuerpo donde no lo esperábamos.

—Me asusta que vaya unos pasos por delante. No quiero dejar de tener el control, ni siquiera tenemos nada sobre su identidad por ahora.

África se veía muy concentrada en la carretera y mantener la velocidad, sus acompañantes sabían que no sería capaz siquiera de asimilar lo que se hablaba a sus espaldas; eso, sumado a que estaba muy lejos de donde habían dejado el tercer cuerpo, les garantizaba que no era la asesina, aunque Esther pensaba que eso no la excluía de ser una cómplice y estar metida en el asunto de forma indirecta.

El Audi se aproximaba a Madrid como una rápida y certera flecha, aunque no fuese a clavarse sobre el asesino, sino en el corazón de una escena de crimen que se repetía por tercera vez. Aun no sabían la identidad de la víctima, pero todo apuntaba a que sería Ernesto Barrero.

—Ya casi hemos llegado, esperemos a saber qué ha ocurrido.

—Hugo, hemos vuelto a fallar.

—Lo haremos muchas veces, no te lo tomes como algo personal, aunque este caso lo sea. Obremos con la mente fría y dejemos que los datos lleguen de donde tienen que llegar. Habrá científica y forense en el lugar. Vamos a ser cautos y luego veremos si tenemos que desaparecer de nuevo.

—¿Desaparecer de nuevo?

—Como en el caso anterior. Entonces tuvimos que actuar al margen del sistema, ser invisibles para el CNI. Podemos lograrlo de nuevo e investigar desde las sombras.

—¿Te has vuelto loco, Hugo? No quiero hacer eso en cada caso complicado o que me tenga como objetivo. Eso no es vivir.

—¿Vivir? No estarás segura si el asesino ahora va a por ti.

—Tampoco si me escondo. Debo hacerle frente. Se supone que me ataca y ha organizado todo esto porque considera que no soy apta para el puesto de investigadora, tengo que demostrarle, también a mí, que se equivoca.

—Temo por tu vida.

—Y yo, pero no puedo pensar en otra forma de enfrentarme a él.

—Pues busca esas formas diferentes de enfrentarte a la amenaza, hállalas en tu interior, sé que puedes hacerlo. Necesito tu mente fría como la mía, porque no hay otra forma de resolver esto.

—¿Recuerdas que Marco está implicado?

—¿Ese agente? No lo descarto, pero esto que ha sucedido no tiene ninguna conexión directa con él, por ahora.

—Forense y científica no lo señalarán, pero lo hago yo.

—Esther, no es tan sencillo. No puedes señalar a un sospechoso y convertirlo en asesino por tu propio deseo.

—Todas las alarmas en mi mente me lo señalan.

—Esas alarmas no se basan en métodos policiales.

—¿No confías en mi criterio?

—Claro que sí, pero no voy a interrogar a un agente de la comisaría sobre el que no hay pruebas ni indicios porque tengas una corazonada, ni porque la tuviese yo mismo.

—¿Marco? ¿Marco Díaz? —preguntó África, ya estaban circulando por las calles de la ciudad.

—¿Lo conoces? —Esther respondió con otra pregunta.

—Es un chico guapo, de apoyo informático y de una promoción anterior a la mía. Ha estado preguntando por ti, Esther.

—¿Cómo dices?

—Sí, lleva tiempo haciéndolo a varios compañeros de la comisaría.

—¿Cuánto tiempo?

—Creo que desde que yo llegué. Mi primer destino fue el apoyo informático, así que estaba a solo dos mesas de él, desde entonces lo he oído interesarse por ti.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

África bajó el ritmo de la conducción hasta que el coche apenas iba a cien por hora.

—No lo había recordado, tampoco lo preguntasteis. Hay muchos agentes que hablan sobre ti, sobre tu suerte por formar parte de este programa de investigación.

—¿Mi suerte? ¿Cuestionan lo que hago y el cargo que me han dado?

—Algunos, la mayoría. Pero debo decirte que nunca he dado credibilidad a lo que dicen.

—África, ¿Marco es de los que piensa que no merezco este puesto?

—No lo sé, él es de los que nunca se ha pronunciado, solo se ha limitado a preguntar por los casos que has llevado. No sé más que eso.

Y llegaron a su destino.

No hizo falta hablar con Rafael, el forense del turno de noche, ya comprobaron desde varios metros de distancia que se trataba de Ernesto Barrero, así que la duda sobre si era el asesino estaba resuelta. Lo habían colocado en la misma posición que a los dos profesores anteriores. Ya más cerca del cuerpo vieron el hematoma y gesto en la mandíbula.

—Le han dado un fuerte golpe, seguramente un puñetazo, eso es nuevo —dijo Rafael—. Por cierto, buenas noches.

—Lo son solo para ti —respondió Moretti.

—¿Algo en las cuencas de los ojos? —preguntó Esther con algo de ansiedad en la voz.

—Algo que parecía polvo, pero ha reaccionado al luminol. Es piel humana, escamas, su fluorescencia bajo la luz ultravioleta es muy inferior a la del resto de la piel de la víctima, así que se trata de piel muerta que lleva muchos días secándose y perdiendo el ácido bórico.

—También tiene restos de mi piel. Se ve que nuestro asesino se empleó a fondo buscando mi ADN en mi apartamento cuando estuvimos de vacaciones.

—¿Crees que se trata solo de uno?

—¿Por qué preguntas eso, Hugo?

—Este tipo pesará unos noventa kilos, moverlo con rapidez para colocarlo aquí es complicado para una sola persona, ¿no te lo parece?

—Tienes razón, salvo que hablemos de alguien aún más fuerte.

—¿Marco sería capaz?

—No creo, apenas pesará ochenta kilos, le resultaría complicado.

—Eso significa que hay más interrogantes. ¿Marco es el asesino? ¿Tiene más personas que lo apoyen en esto? ¿Se trata de otra persona?

—Este caso no terminará nunca.

—Te equivocas. —Ella lo miró, se veía pesar en su rostro—. Quizás termine con el siguiente crimen si es que va a por ti.

—Estaré preparada.

—Claro, como estos tres policías… Necesitamos más vigilancia.

—Quizás el próximo secuestro y asesinato no sea el mío.

—¿En qué o quién has pensado?

—¿El responsable del ministerio que me recomendó para el puesto? ¿El comisario que aceptó?

—Y también a mí. Muchas personas para tener vigiladas día y noche.

—Muchas. Vayamos a casa a descansar.

—Sí, será lo mejor.

Entonces llegó Gonzalo Iglesias para interceptarlos antes de llegar al coche, donde África esperaba entre bostezos.

—¡Gallardo!

Ella se giró y lo vio corriendo hacia ellos, tenía un aspecto cómico

con el traje blanco. Llevaba algo en la mano.

—Esto es para ti, pero tienes que ponerte guantes antes de tocarlo.

Ella observó el sobre blanco y no comprendió lo que le quería decir.

—¿Para mí?

—Estaba dentro de la ropa de la víctima, lleva escrito el mensaje «Para Gallardo».

Esther miró a Hugo, que no comprendía tampoco. ¿Otro mensaje para ella? ¿No era suficiente con las pruebas de ADN que colocaba en los párpados de las víctimas? Se puso los guantes que le dio el responsable de la científica y abrió el sobre, dentro había una carta con un mensaje breve.

Tres crímenes y no me has descubierto, no mereces el puesto. Ahora pasaremos al siguiente nivel. Tres pruebas, supéralas o perderás lo que más quieres. Demuestra que me equivoco o vive con las consecuencias.

Le habría gustado arrugar la página, hacer una bola con ella y arrojarla al suelo para pisotearla, pero se limitó a devolvérsela a Gonzalo para que luego buscase huellas, claro que no apostaba por que encontrase una sola.

Le contó a su compañero lo que decía la nota antes de entrar en el coche.

—¿Tres pruebas? ¿Perderás lo que más quieres?

—Estoy agotada, quiero irme a casa y dormir ocho horas.

—Claro. Pediré a comisaría más vigilancia mientras regresamos.

Esther entró armada en el piso de Moretti, con él a la espalda, encendiendo las luces y comprobando cada estancia, incluso los interiores de los armarios y debajo de las camas. No había nadie. Se dieron una ducha y fueron a la cama para tratar de dormir.

Abrazados bajo la sábana y una colcha ligera, cuando Hugo pensaba que ella ya se había dormido, llegó la pregunta entre susurros:

—¿Crees que África está implicada?

—¿Sigues sospechando de ella, Esther?

—¿No lo haces tú?

—No, me fio de mi psicología.

—Yo no soy tan optimista.

Comienza el juego

Llegó al apartamento tan cansada que no quiso perder más tiempo en darse una ducha. Ahora caería muerta entre las sábanas, no recordaba un momento en que estuviese tan agotada física y mentalmente en su vida. Menuda semana llevaba con el caso. La cena en Guadalajara ya la tenía más que digerida, pero no sentía hambre; o, si la sentía, no prestaba atención a la misma, solo quería dormir. Le vendría bien que el día siguiente fuese de descanso, pero no estaba el caso como para soñar con utopías.

Soñar…

Otra vez la pesadilla.

Miró el reloj y suspiró, las doce menos cuarto de la tarde.

«No puede ser. Necesito hablar con un psicólogo o conseguir que me receten algo para dormir mejor, aunque no quiero depender de fármacos, no quiero crearme una adicción y menos a tan temprana edad».

Le dio la vuelta a la almohada para que estuviese más fresca, cambió la postura hacia el lado izquierdo y trató de dormir de nuevo. El cansancio ayudó a lograrlo. Ya no regresó la pesadilla, ya no regresó aquel desconocido. Podría dormir un poco, hasta la una y media para estar a las dos en la comisaría.

Había llegado a su casa exhausto, el peso de Ernesto había estado a punto de provocarle una hernia, sobre todo al tener que cargarlo en la furgoneta desde la casa y luego sacarlo a toda prisa para llevarlo a rastras al lugar adecuado. Había sudado de lo lindo con todo el proceso y esperaba que ninguna gota de sudor acabase sobre el cuerpo del antiguo profesor, aunque se sentía algo seguro al respecto porque él no estaba fichado y su ADN no figuraba en las bases de datos de la policía.

En esta ocasión se había tenido que emplear de un modo más duro, ya que el tipo, que parecía estar al borde de la muerte y con sus energías completamente mermadas, trató de agredirle en un último intento tras soltarle los amarres de la cama y tuvo que golpearle con fuerza en la mandíbula para dejarlo inconsciente. ¿Cómo era posible que tuviese aún fuerzas y la capacidad de mover el cuerpo de esa forma cuando el ácido ya tendría casi todo su cerebro consumido? Era algo inexplicable.

Había redactado, con una máquina de escribir antigua que compró en un mercadillo dos meses atrás, la nota que dejó dentro de la ropa de Ernesto Barrero. Para que la oficial Gallardo se lo tomara más en serio, puso sus huellas en la misma. Ya no tendría que usar más la plantilla que grabó en una puerta de su apartamento, de allí tomó también los cabellos, en un cepillo del cuarto de baño, y sus escamas de piel, de una esponja exfoliante. Se acabaron las pistas a modo de mensaje, ya que este estaba bien claro para la chica.

Había llegado el momento de la verdad, de poner a prueba la valía de la oficial y también la de él mismo. ¿Quién era el mejor? Eso se sabría pronto.

Había planificado las pruebas al detalle, las tres que consideraba más importantes para definir a un policía al margen de todo lo que llega de Forense y Científica, al margen de gestionar mil datos que llegan de otros y que te muestran el camino sin que tú hayas tenido que apartar las ramas que lo tapan ante tus ojos.

Claro que él tendría que hacer el trabajo más duro, el de capturar a tres personas. No se amilanaba en ese sentido, ya había secuestrado a otros tres. Durante el siguiente día iba a capturar en tiempo récord a los tres nuevos, ya había pedido que le devolviesen favores en el trabajo para contar con cinco días libres.

«El juego no ha terminado. Acababa de comenzar el siguiente nivel».

Siguiente nivel

Abrió la puerta que daba al jardín para respirar el aire fresco de la mañana antes de terminar de preparar el desayuno para su familia. El sol comenzaba a salir por la fachada trasera de la casa y aún no aportaba el calor de los días pasados de un verano que ya no era más que historia. Un vecino corría por la urbanización vestido con todo lo que había considerado que Decathlon podía ofrecerle para la tarea, se trataba de Jaime, vivía cinco casas más arriba y tenía mujer y tres hijas. Estaba a unos cien metros, pero aun así Jaime la vio y saludó con la mano, y ella respondió con un gesto de la cabeza y una sonrisa. Pronto llegaría el invierno y no disfrutaría de esos momentos, minutos a solas, que le hacían disfrutar del lugar que había elegido para crear un hogar. Las pocas plantas que tenía en la parcela se veían mustias, tendría que cuidarlas más, pero no lograba encontrar el tiempo para esa tarea; entre el trabajo, la casa, los niños… Imposible. Y le daba pena que se echase a perder el jardín hasta la primavera siguiente, donde volvería a sacar tiempo de donde no lo había para replantar, abonar, fertilizar, podar…

Miró hacia el horizonte, el azul intenso se había vuelto cian en pocos minutos, la mañana llegaba a toda prisa y el cielo despejado de nubes lo atestiguaba de la mejor forma que conocía.

Suspiró.

Le habría gustado salir con una taza de café recién hecho en la mano, pero decidió asomarse antes de que la cafetera cumpliese su labor; ya dejaría la tarea de hacer las tostadas para cuando todos estuviesen a la mesa o se las comerían frías.

Esa mañana sorprendería a su marido y sus hijos con bollos de canela que había comprado la tarde anterior cuando regresaba del trabajo. Sonrió al verlos en el supermercado, sabía que eran los favoritos de su familia. A ella misma le apetecía comerse uno ahora.

¿Cuánto tiempo llevaba en esa casa? En abril ese cumplirían ocho años. Parecía que se hubieran trasladado ayer, claro que su pequeña ya tenía nueve años y llegó siendo un bebé en sus brazos. Un lugar donde ser felices y vivir tranquilos, apartados de las grandes ciudades y del estrés que implicaban. Pedro cumpliría pronto los quince, ya era todo un hombretón con los inconvenientes que suponía su adolescencia para la familia, ya había dejado de hacer preguntas sobre todo lo que veía o leía. Su madre sabía que eso significaba que las respuestas las buscaba en Internet o en sus amigos, a saber cuál de

esas opciones era más peligrosa para educarlo en una etapa tan importante de su aprendizaje.

Esther vino la noche anterior y eso era lo mejor que le había pasado en meses, ansiaba tanto verla… Y nada menos que acompañada de Moretti, su compañero, de quien tanto había oído hablar. Ya se mordía las uñas por conocerlo tras más de un año trabajando con su hermana, y muchos meses como pareja sentimental también. El tipo se veía recio, formal, maduro, también cariñoso y delicado. Era el hombre perfecto para su hermana pequeña. ¿O no? Había visto a Esther dar tumbos en los últimos años, como si buscase otro tipo de relaciones, algo más distantes, sin enlaces ni sentimientos… A saber qué se le estaba pasando por la cabeza en estos momentos. Ojalá, pensó ella, su hermanita asentara la cabeza y comenzase a creer en el amor que no tuvo en su primera relación formal y que tanto daño le hizo.

¿Habría aprendido de una vez a elegir lo que más la convenía? Nunca se había metido en sus asuntos personales, eso era algo que debía resolver por sí sola y confiaba en que pudiera lograrlo.

Cruzó la casa en silencio y salió a la fachada principal, la que daba a la calle de la urbanización, tampoco se veía a nadie y el sol comenzaba a iluminar los tejados de las casas de enfrente. Ella hubiera querido comprar una de esas, pero llegó tarde, además de que eran más caras. En esas daba el sol en la cocina al amanecer y en el patio de atrás al atardecer. Al contrario que en la suya.

Era sábado y el vecindario se veía desierto a esas horas, nadie salía con el coche para ir al trabajo o llevar los niños al colegio y no pasaba nadie corriendo para hacer ejercicio. Una furgoneta blanca aparcó en su fachada y ella pensó que algún vecino estaba amueblando o de obras: cambiar el suelo de madera por otro más bonito, algo de la cocina, un mueble del salón o redecorar un dormitorio o parte de él.

Pero el tipo que se bajó de la furgoneta llamó con los nudillos a la puerta del perímetro de su casa, en lugar de usar el timbre. Ella se acercó tras doblar las solapas de su bata sobre el pecho y le abrió para decirle que se había equivocado de casa, como pasaba a menudo allí.

Partió de casa a las diez y media, como siempre, tras ducharse, desayunar, recoger la cocina, comprobar en el teléfono móvil que no tenía mensajes de la familia ni amigos y ponerse el abrigo, por si refrescaba, antes de comenzar su paseo de dos horas matutino. No siempre era caminar, también se pasaba a veces por el parque en el que se encontraba con vecinos que querían echar una partida de ajedrez contra él, solían ser tres o cuatro partidas, dependiendo de lo rápido que ganase o perdiese.

El verano se escapaba despacio, cada día, así lo sentía en sus huesos tanto al caminar por la calle como en casa, donde ya había puesto una manta sobre la cama en la que hasta hace solo dos años dormía acompañado. Se acordaba de ella a todas horas, aun sabiendo que eso no era sano, que debía pasar página y comprender que esas cosas pasan y hay que aceptarlas para seguir adelante. Pero él no era lo bastante fuerte como para hacerlo, así como su hija más pequeña, ella lloraba aún más a menudo por la ausencia. Eso le dolía más que su propio recuerdo. Él tenía edad ya más que suficiente para haberse endurecido por la vida, eso pensó hasta que le vino el golpe más fuerte, el que lo derribó. Ella era aún demasiado pequeña y no lograba superar algo que es tan esencial en la vida como lo es perder a los abuelos y padres. Lo antinatural sería lo contrario.

El día que supo que ella quería ser policía no se lo tomó del todo mal; con su don, podría ser valiosa donde quisiera. Pero Gloria siempre iba un paso más allá, así lo había demostrado al criar a sus hijos de esa forma que él no hubiera logrado nunca. Su mujer estaba aterrada ante la idea de que a la niña, a su pequeña, le sucediese algo malo en el trabajo que había elegido; solo se mostró algo apesadumbrada delante de la niña, pero, luego a solas en el dormitorio, estalló en lágrimas como no la había visto nunca antes.

—¿Qué te pasa? —preguntó asustado.

—No esperaba esto.

—¿El qué? ¿De qué hablas?

—Parece que no vivas en la misma casa o que no veas lo que vemos los demás.

—Me asustas, no sé de qué me hablas.

—La niña. ¿Policía? No puede ser, eso es demasiado peligroso.

—¿Era eso? Se trata de su decisión. Es mayor.

—No, no lo es, no lo comprendes. Ella es demasiado débil, no lo soportará. Todos esos crímenes y los peligros que la acecharán.

—Confía en ella.

—Claro que confío, pero no en algo que se le escape de las manos. Ella es un portento mental, pero solo para memorizar, eso no será suficiente en la policía y ante criminales y locos, ¿no lo comprendes?

—Debes dejarla libre, que tome el destino que ha elegido.

—Me pareces un inconsciente, no te tenía por tal.

—Gloria, ella es adulta y ha elegido su destino. Ha terminado su carrera y decidido el oficio que desea desempeñar. Lleva muchos años hablando de ser policía, desde que dejó de ser una niña que quería ser ingeniera y remover tierra en grandes obras.

—¿No la ves demasiado frágil?

—Un poco sí, pero siento que lo es por cómo la has educado, protegiéndola más que a los demás chicos. La has hecho muy

dependiente de ti.

—La siento como una parte de mí desde que la tuve por primera vez entre mis brazos, no puedo… no he podido nunca pensar en ella de otro modo.

—Eso ha provocado que sea más dependiente de ti de lo normal. Eso no es aconsejable.

—No me digas cómo se educa a un hijo, eso nace del interior de su madre y ella decide.

—Gloria…

—No admito discusión. La niña no está preparada para eso.

—¿Y para qué lo está? ¿Para seguir bajo tus faldas?

Pedro recordó que esa noche tuvo que dormir en el sofá, aunque no cambió su forma de pensar. Proteger a un hijo en exceso era la peor forma de no desarrollarlo emocionalmente, de no dejarlo descubrir el mundo por sí mismo, de que se endureciese. Esther cargó con ello y ahora pagaba las consecuencias, no había sido capaz de levantarse tras el golpe que la derribó, la muerte de su madre, del pilar central que la sostenía en pie.

Cruzó la avenida de Santa Marta y pasó frío caminando bajo los altos y frondosos árboles que la flanqueaban; luego, tras media hora de paseo, llegó al parque en el que ya debería haber más de un conocido en las mesas de ajedrez.

Nadie.

«Claro, es fin de semana y estarán todos con sus nietos».

Cuando ya se marchaba, una sombra apareció por su izquierda.

—¿Te apetece una partida?

No le dio tiempo a girarse, ya le habían clavado una aguja en el cuello y todos los pensamientos se habían fundido en un negro tenebroso.

Abandonaron la comisaría decepcionados por no sentir avances tras la jornada de trabajo. Moretti no podía ver el rostro de Esther, pero sabía que ella estaba soportando una presión inhumana a esas alturas. Cómo la miraban los demás policías de la sala, a sabiendas ya todos de que había aparecido un asesino de policías que quería castigarla; con el comisario metiendo presión; con el paso de las horas y esa nota que dejaba claro que el asesino seguiría matando y que le iba a hacer un daño personal.

Ya dentro del coche con África y de regreso a casa:

—No te mortifiques.

—No puedo evitar hacerlo.

—El caso avanzará a su ritmo, no sirve de mucho obcecarse; es como pretender que el sorteo de la lotería se celebre horas o días antes

porque quieres ver si tu décimo ha sido premiado. Sé que es una comparación pobre, pero es lo que hay.

—Me siento frustrada como policía.

—Creo que eso me lo has dicho en todos los casos difíciles anteriores.

—Sé que el asesino aparecerá para esas pruebas que me ha indicado, aunque no sé a qué pruebas se refiere, pero eso no me consuela; este caso es como una pelea en la que uno no puede atacar, solo defenderse porque el rival siempre golpea primero y por sorpresa, además de ser invisible.

—Tus comparaciones siempre son mejores que las mías. A mí me asusta esta situación, me provoca escalofríos que vaya uno o dos pasos por delante y que tu vida sea la que está en juego.

—A mí también.

—Y a mí —dijo África en un murmullo, como si se le hubiera escapado y ahora se sintiese azorada por invadir la intimidad de sus acompañantes.

—Gracias, África —le respondió Esther.

—Necesitamos descansar todos —dijo Hugo—, relajar la mente y meditar para buscar una respuesta que ahora se nos esté escapando. También aumentar nuestra seguridad al máximo. Para eso he contratado a una empresa privada que tendrá vigilados nuestros movimientos.

—¿No van a hacerlo agentes de policía?

—No. El comisario, tras saber el contenido de la nota, considera que no van a atacarte, que el asesino o los asesinos te pondrán a prueba durante los siguientes días o semanas; no hay efectivos suficientes para hacer turnos y vigilarte.

—Es lógico.

—¿Tienes miedo?

—Un poco, tanto por mí como por lo que signifique *perderás lo que más quieres*.

—¿Qué es lo que más quieres?

—A mi familia, ¿crees que están en peligro?

—Sí.

—Si consideras que están en peligro, pediré vigilancia para las casas de tu padre y tus hermanos, aunque solo nos la concederán durante veinticuatro horas y voy a tener que insistir mucho.

—Bien pensado, gracias.

Esther pensó que había respondido como accionada por un resorte, ni siquiera había meditado lo suficiente. Ahora le diría que también lo quiere a él, pero resultaría forzado, como intentando corregir un error. No, ya era demasiado tarde para eso.

Oscurecía cada vez antes en la capital y ya se veían las luces de

farolas y escaparates de las calles encendidas, además de los faros de los coches que atascaban durante dos horas el centro y que creaban una atmósfera que a la oficial la hipnotizaba. Una pena que no hubiese llovido, eso potenciaba mucho la sensación; ahora necesitaría evadirse entrecerrando los ojos con la cabeza apoyada en el cristal de la ventanilla y dejando que se difuminasen los destellos. No se fijó en nadie que caminase por la acera ni en los conductores de los coches que circulaban al lado, pero sí en el escaparate de una agencia de viajes que ofrecía descuentos para la playa, principalmente. El coche pasó solo unos segundos ante la fachada, pero Esther almacenó la imagen y pudo recrearse en cada destino turístico que ofrecía durante minutos. Su mente voló a la ciudad costera en la que había pasado las vacaciones, trajo de nuevo los momentos vividos, las risas, las confidencias, las veces que había hecho el amor con Hugo y las que había pasado a solas en la cubierta del barco viendo amaneceres y atardeceres, en silencio y planteándose un destino más feliz, aunque la felicidad no sería plena si estaba tan lejos de su familia. Recordó cada puesta de sol y cada amanecer con todo lujo de detalles, incluso los olores que le obsequiaba el océano cercano en aquella ría maravillosa. ¿Era el lugar o también la compañía? Por supuesto que la fusión de ambos.

—¿Te vendrías a vivir a Huelva conmigo?

—¿Cómo dices?

Esther se giró y vio que Hugo tenía un semblante de sorpresa.

—A trabajar y vivir.

—El programa… yo no podría trabajar allí, mi puesto es de asesor en casos que solo se llevan en nuestra comisaría.

—Lo sé. ¿Crees que seríamos más felices allí?

—Tendría que meditarlo, obviamente, aunque creo que no sería mucho mejor que esto.

—¿Por qué lo dices?

—Por los pros y contras que se me ocurren así de repente. Tendríamos más paz y tranquilidad, mejor clima, el mar, los amigos, casos más sencillos… Pero perderíamos muchas cosas a cambio: yo dejaría de trabajar en lo que amo, tú no tendrías casos que te ponen a prueba y, lo peor de todo, estarías muy lejos de tu hermana y del resto de tu familia. Ya has dicho antes que son lo que más te importan.

—También me importas tú, pero he sido una idiota al no decirlo, me arrepiento.

—No pasa nada, ya te conozco y sé que hablas muchas veces antes de pensar en lo que vas a decir.

—Me alegro de que me conozcas, así las cosas son más fáciles. Entonces, descarto la idea de ir a Huelva.

—Bueno, apártala por ahora.

—¿Por ahora?

—Eres una persona en este momento, serás otra diferente en el futuro. Imagina que logras vencer tu narcisismo, tal vez te pongas metas y deseos nuevos para entonces.

—Pero no podría irme allí solo por mi deseo, también están tus necesidades.

—¿Ves? Vas curándote del narcisismo, ya piensas en mí y no solo en ti.

—¿No tienes familia aquí? Solo hemos hablado de tus padres.

—Ni aquí ni en ningún otro sitio, soy hijo único y mis padres fallecieron, como sabes, tampoco tengo tíos ni primos. Solo te tengo a ti en el mundo e iría contigo donde tú fueras feliz.

Esther se giró de nuevo hacia la ventanilla con un nudo en el estómago, también con la garganta a punto de hacerla estallar.

«¿Solo me tienes a mí? Eso me resulta triste y halagador a partes iguales. Tengo que avanzar en mi tratamiento, tengo que curarme para apreciar del todo lo que tengo a mi lado. Cuando termine el caso, si es que logramos resolverlo, buscaré el mejor psicólogo de la ciudad. Te lo prometo, Hugo. Me da rabia haberme prometido eso ya demasiadas veces estos días y no haber movido un músculo para cumplir con la promesa, pero este caso me absorbe demasiado como para pensar en otras cosas, aunque sean importantes también».

Llegaron a la fachada de la vivienda tras unos minutos en silencio y Moretti le pidió a África que se quedase en el piso con ellos, así estaría más segura y podría dormir algo más esa noche, al no tener que conducir hasta su casa y regresar a la mañana siguiente.

—Aunque quisiera no oír vuestras conversaciones, no puedo evitarlo estando a vuestro lado; por eso creo que necesitáis un momento a solas. No quiero importunar.

—Como quieras. Si te lo piensas mejor y cambias de opinión, haremos algo rico de cena y seguro que Esther tiene ropa para ti tras la ducha.

—Gracias, en serio, pero me apetece pasar unas horas a solas en mi apartamento para relajarme y hacer algunas tareas que voy procrastinando.

No insistió más y se bajaron del vehículo. Esther no había tratado de convencerla para aceptar la oferta, seguía absorta en sus pensamientos.

Ya en la acera, llevando la oficial del brazo a su compañero y con África acelerando calle arriba, Esther vio a un barrendero a su lado, eso le hizo recordar que buscaban a alguien que pasase desapercibido para los viandantes. Ella ni siquiera pudo comentarle el detalle a Moretti, pues un tipo encapuchado pasó a toda prisa y le arrebató el bolso de las manos a una mujer, esta cayó al suelo y comenzó a gritar

de dolor. El ladrón salió corriendo con el botín.

La oficial no se lo pensó un segundo y fue en su persecución, Moretti estaba a dos metros de la puerta de su casa y sabría entrar solo, si es que no decidía quedarse allí hasta que ella regresase, quizás socorriendo como buenamente pudiese a la mujer.

—¡Alto, policía!

El tipo no corría más que ella, así que solo pensaba en que no le fallasen las fuerzas tras varios cientos de metros. Controlaba la respiración como había aprendido y trataba de acercarse poco a poco, pero no lo lograba. Había muy poca gente por las calles del barrio y ninguno de los que presenciaban la persecución parecían dispuestos a echar una mano.

El ladrón giró a la izquierda al final de la calle y ella hizo lo mismo, luego a la derecha; Esther ya comenzaba a cansarse, quizás no lo atrapase y eso hizo que le diese rabia. No podía atrapar al asesino del caso porque no lo tenía a tiro, pero al ladrón lo veía a diez metros de distancia y usó esa rabia para aguantar un poco más. Otro giro a la derecha, luego otro a la izquierda, parecía que el tipo quisiera cansarla.

Pero, de repente, se paró y levantó los brazos, aún llevaba el bolso en su mano derecha.

—¡Quieto, no te muevas! —pudo gritar ella entre jadeos, ya estaba al límite de sus fuerzas.

—No me moveré, no haré nada.

—Estás detenido.

—No he hecho nada malo.

—¿Cómo que no? Has robado el bolso y provocado que la mujer se haya podido lesionar.

El tipo se arrodilló despacio en el suelo y puso las manos tras la nuca para que ella lo esposase, se mostraba tranquilo y participativo. Algunos viandantes se pararon a mirar el espectáculo, uno de ellos grababa con el teléfono móvil. «Ya podrías haber ayudado», pensó Esther.

—Voy a llamar a una patrulla para que te lleve a comisaría.

—Yo solo he cumplido con lo que me han encargado, no quería robar el bolso.

—¿Cómo dices?

—Un tipo me pagó doscientos euros para robar un bolso a alguna mujer que estuviese cerca cuando apareciesen un ciego y una chica delgada y rubia.

—¿De qué hablas? ¿Un tipo? ¿Qué tipo?

—Uno alto y fuerte, llevaba un gorro de lana negro y gafas grandes de sol; me pagó la mitad por adelantado y me dijo dónde podría conseguir la otra mitad tras hacer lo que me decía: robar el bolso,

correr durante unos cinco minutos y luego dejarme atrapar y darte la carta.

Esther no comprendía nada.

—¿Qué carta?

—Está en un bolsillo trasero de mi pantalón.

Ella vio que sobresalía algo blanco del bolsillo derecho y sacó de un tirón un sobre parecido al que había en la escena del crimen de Ernesto Barrero, aunque ahora mucho más doblado y arrugado. Lo abrió sin acordarse de que no había llamado aún a la patrulla ni que Moretti podría estar preocupado en casa, ni siquiera pensó que estaba dejando sus huellas dactilares sobre una prueba.

Mañana a las nueve de la mañana en Puente Alto, al norte de la Casa de Campo. Ve sola y con tu arma reglamentaria. Si veo a más policías por la zona, tu padre, tu hermana y tu pareja morirán.

Esther dejó al detenido arrodillado en el suelo y partió corriendo con todas las fuerzas que le quedaban hacia el piso de Moretti mientras lo llamaba al teléfono móvil, lo intentó una y otra vez, pero no respondía y eso le creaba una ansiedad que se transmitía a modo de energías a sus piernas. Cuando llegó a la fachada, Hugo no estaba en la calle, solo la mujer siendo socorrida por tres vecinos del lugar. Abrió la puerta con su llave controlando el temblor de manos y no subió en el ascensor, corrió por las escaleras hasta entrar en el piso. Gritó el nombre de su pareja hasta dejarse la garganta mientras abría cada puerta de la vivienda fría y oscura. Allí no había nadie.

Regresó a la calle y miró en ambos sentidos, pero Hugo no aparecía.

—Disculpe —le dijo a uno de los que socorrían a la mujer—, ¿ha visto a un hombre ciego de unos treinta y cinco años? —El tipo negó con la cabeza.

Esther volvió a mirar a ambos lados de la calle. Nada.

Tomó el teléfono móvil y llamó al comisario.

—¿Gallardo?

—Simón, se han llevado a Hugo.

—¿Cómo dices?

—Ha sido una encerrona, un tirón de un bolso, otra nota…

—Cálmate, por favor, respira hondo y dime lo que ha pasado con claridad.

Esther obedeció y Simón Ramos le respondió:

—El tipo es muy astuto, con una sola maniobra ha logrado separarte de Hugo y distraer a los testigos con la mujer en el suelo para llevárselo sin que nadie se percatara de ello. Voy a sacar a todas las patrullas a la calle y que peinen la zona, también que revisen las

cámaras de vigilancia, voy a poner de servicio a todos los agentes que están de permiso, vamos a encontrarlo, te lo prometo.

Esther no dijo nada más, colgó para llamar a su padre, el corazón parecía a punto de estallarle dentro del pecho.

Diez tonos, once, doce… Nada.

Volvió a llamar con el mismo resultado.

Marcó el número de su hermana. Al segundo tono descolgaron —fue un alivio demasiado pasajero, pues era el marido, su cuñado.

—¿Esther, sabéis algo?

—¿Algo? ¿De qué hablas?

—Gloria lleva desaparecida todo el día, pensaba que la estabais buscando.

—No sabía nada de eso, ¿por qué no me llamaste?

—Bueno, llamé a la policía, me dijeron que se pondrían con eso. ¿Sabes algo de ella?

—Claro que no, debiste llamarme a mí directamente, también han desaparecido mi padre y Hugo.

—¿Cómo dices?

—No puedo perder tiempo con esta llamada, lo siento pero tengo que colgar y ver qué puedo hacer.

—No me digas eso, me estás asustando.

Colgó sin responder ni despedirse. Tenía que llamar a… ¿a quién? No tenía a Moretti, ya había hablado con el comisario y su hermana estaba desaparecida, no, estaba secuestrada por un asesino en serie lunático que ya había matado a tres profesores y que ahora lo haría con sus seres más queridos. Se veía impotente, ya no sentía hambre ni sed, pero sí una incertidumbre que iba a acabar con ella.

E hizo una última llamada.

—¿Esther?

—¿Cris? No quería molestarte, pero estoy en un aprieto terrible.

—¿De qué me hablas? ¿Por qué tu respiración suena tan agitada? Cálmate, así pensarás mejor.

—No tengo un solo segundo, te hago un resumen. Estoy en un caso en el que un asesino está matando a personas porque considera que no debí obtener este cargo en la Policía. Mató a tres profesores de la academia y ahora ha secuestrado a mi padre, a mi hermana y a Hugo.

—¡Joder!

—Me ha dicho que los matará si no paso tres pruebas para demostrar mi valía, y que no puedo llevar refuerzos conmigo. Mañana a las nueve me ha citado.

—¿Por qué no me has llamado antes?

Esther rompió a llorar.

—No puedo depender de la gente, de personas más fuertes que yo, o no me haré fuerte por mí misma.

—Ya eres fuerte, muchísimo, solo que no lo ves.

—Quizás necesite estar sola en estos casos para verlo.

—Voy a partir para allá, puedo ir con Marcos y seremos tu apoyo, iremos de paisano y nadie sospechará de nosotros.

—No sé si llegaréis a tiempo, tampoco quiero arriesgarme a que el asesino os descubra y mate a mis seres queridos.

—Esther, es una temeridad enfrentarte a él a ciegas y sola.

—Me gusta que hayas dicho temeridad y no locura, eso me deja claro que tú te has visto en situaciones similares antes que yo.

—Y no sabes lo que me arrepiento de no haber llevado amigos compañeros conmigo. Que a mí me haya salido bien no significa que vaya a resultar igual para ti.

—Tengo que hacerlo.

—Comprendo. Es una prueba que te pones a ti misma, además de la que te ha impuesto ese asesino.

—No me sentiré nunca merecedora de este puesto, por más casos que resuelva, si no hago esto.

—Contra eso no puedo decirte nada, sé que sería en vano. Aun así, me gustaría estar ahí contigo para ayudarte.

—Agradezco mucho tu oferta, pero va siendo hora de caminar por mí misma, de hacer lo que tengo que hacer sin tener personas a mi lado para protegerme.

—El trabajo de policía conlleva eso, tener apoyo, de otro modo es una locura, ¿ves cómo ahora sí uso ese término?

—No me sirve. Es más, la conversación contigo me ha servido para saber que esto es lo que debo hacer.

—Temo por ti, por tu vida y las de tus seres queridos.

—Te llamaré cada día para decirte lo que haya pasado.

—¿Esther?

Ya había colgado.

«Voy a demostrarte lo que puedo hacer, lo que valgo, hijo de puta. Voy a matarte, aunque sea a sangre fría. ¿Quieres ponerme a prueba? Pues espero que seas consciente de que también te estás poniendo a prueba a ti. Esto es una pelea a muerte».

Rehenes

Despertó oyendo gritos y golpes. ¿Qué estaba pasando? Lo seguía viendo todo negro, como siempre, pero el resto de sentidos comenzaban a activarse a una velocidad asombrosa. No reconocía el lugar por los olores que percibía. Una pared fría pegada a la espalda, estaba de pie y sus manos y pies estaban inmovilizados.

—¡Moretti! ¡Hugo!

La voz de una mujer que reconocía.

—¿Sí?

—Soy Gloria, la hermana de Esther, ¿me oyes?

—Claro. ¿Donde estoy?

—Parece un sótano.

—¿Un sótano? ¿Qué hacemos aquí? —Y recordó de repente lo sucedido. El robo. Esther se separó de él para salir en persecución del ladrón gritando. La mujer en el suelo gimiendo y llorando de dolor. Él fue a tientas por su ceguera a socorrerla. Unos brazos fuertes aparecieron para frenarlo. El pinchazo en el cuello. Luego todo se desvaneció.

—¿Estás bien? ¿Te has despertado del todo? —preguntó de nuevo ella.

—Sí, creo que sí.

Y oyó la voz de otro hombre, la voz de una persona mayor.

—¿Qué hacemos aquí?

—¿Quién eres?

—Es mi padre, también de Esther, se llama Pedro. ¿Qué está pasando?

—¿Podéis desatarme? Qué absurdo, ya lo habríais hecho.

—Hemos despertado aquí, atados igual que tú. Dinos algo, ¿quién nos ha traído y para qué? Esto no es una broma, ¿verdad?

«¿Cómo deciros la verdad sin que esa información os cree un trauma? Tampoco puedo mentiros, hacerlo solo serviría para calmaros durante horas si vienen a rescatarnos; aunque dudo mucho que eso vaya a suceder. Tampoco quiero enfadar a Esther por haberlo ocultado y generar miedo en sus familiares más queridos. Menudo dilema. Piensa Hugo, piensa deprisa».

—Esther y yo perseguimos a un asesino en serie, no puedo deciros más porque no sé qué va a suceder con nosotros.

Oyó cómo Gloria rompía a llorar. El llanto le desgarraba el alma, y eso sin poder verlo, tampoco el semblante que estaría mostrando el

padre de las dos.

—Tened fe en ella, nos sacará de aquí.

—Esther siempre necesita apoyo —dijo su padre con una voz que casi no le salía del pecho—. Si no nos tiene a nosotros tres…

Gloría comenzó a llorar con más intensidad y Moretti sintió que él mismo también había comenzado a llorar, aunque no solo porque los tres rehenes muriesen allí, sino por lo que supondría para la chica esa pérdida y también por no poder volver a tenerla a su lado nunca más, oír su voz, sus risas, abrazarla, acariciarla y besarla. Era la primera vez que se sentía tan impotente, mucho más que cuando le vino la ceguera; también era la primera vez que deseaba y rezaba con todas sus fuerzas por ofrecer su vida a cambio de la de otra persona.

Duelo al amanecer

No pudo dormir en toda la noche, limpió concienzudamente su arma unas quince veces para mantenerse despierta, además de la conversación que mantuvo con África, a la que había llamado para hacerle partícipe de las novedades y que fuese a hacerle compañía. Se habían obligado a comer algo para mantener las fuerzas y cada una se había bebido un litro de té y otro de café respectivamente durante la noche.

África tuvo que salir al balcón seis veces para fumar, estaba muy nerviosa.

Esther no paraba de recordar la nota, que se habían llevado los de la científica a las ocho y media, la textura del papel, lo que ella olía en ese momento, el sonido de su respiración acelerada al leerla por primera vez, la figura del ladrón arrodillado ante ella y sus súplicas.

—No, por favor, no llores otra vez —le pidió África al entrar en el salón tras fumarse el último cigarro.

—No lloro por miedo a que me maten en unas horas, sino por el destino que correrán Hugo, mi padre y mi hermana si eso ocurre. Ellos no tienen la culpa.

—Lo sé, pero, aunque llorar te desahoga, también te hace sentir que vas a perderlos. Ahora es mejor la rabia y el enfado.

—Pero no logro encontrar nada que me enfade en mi memoria para darme esa rabia.

África dijo que iría a preparar el desayuno, algo sólido que añadir al café y té que llevaban toda la noche bebiendo. La oficial no respondió, siguió llorando en el salón de un piso que se sentía frío y vacío sin la presencia de su propietario. La agente buscó en las alacenas y el frigorífico, preparó algo de fruta y cogió unas galletas que no parecían estar aún rancias. Lo llevó todo al salón, comprobando que la situación seguía siendo la misma.

—Esther, debes dejar de llorar.

—No puedo, no sé cómo hacerlo.

—Come algo y habla, dime qué vas a hacer ahora, repítelo de nuevo y eso te dará fuerzas.

—No me encuentro las fuerzas por ningún lado. Ese asesino me ha quitado todo lo que tenía, no tengo a quien me indique por dónde seguir.

—¿Tanto dependías de ellos? —África se arrepintió al momento de formular la pregunta, pero era demasiado tarde para dar marcha atrás;

salvo con una disculpa—. Lo siento, no quise decir…

Esther la miraba con el rostro desfigurado y surcado de lágrimas. Y por fin dijo:

—¿No pides consejo nunca a nadie?

—A veces… a mis padres o a algún amigo, pero trato de decidir por mí misma.

—Ojalá yo pudiera hacer eso. Tengo mucho miedo.

—Eres una gran policía, saldrás adelante y rescatarás a Hugo y tus familiares.

—A él le habría gustado oírte llamarlo por su nombre.

—Hablas de él como si ya estuviese muerto.

—Han muerto todos, los tres, no hemos podido hacer nada por ellos. Me refiero a los tres profesores. Si no los he podido salvar con la ayuda de Hugo, menos podré hacer ahora estando sola.

—Nunca te había visto así de derrotada, superada por la vida y los acontecimientos, aunque te conozco solo desde hace unos días.

—Entonces es la primera vez que me ves tal como soy. Así son las cosas. ¿Decepcionada? ¿Alegrada? Seguro que se alegrarían muchos en la comisaría. No soy nadie, no soy nada, un fraude, solo un experimento, un bicho raro que ponen a solucionar casos a ver si da la talla; para eso me metieron sin merecerlo en la brigada.

África le soltó una bofetada con todas sus fuerzas, Esther se cayó del sofá. Se levantó y miró a la agente con la boca abierta, le escocía la mejilla.

—¿Por qué has hecho eso?

—No lo sé. —África comenzó a llorar también.

Se abrazaron y así permanecieron durante varios minutos.

—¿Te puedes creer que aún no sé si eres una cómplice del asesino?

—Me espero cualquier cosa de ti tras haberte tratado durante estos días.

—No te he tratado muy bien, ¿verdad?

—Eso no importa, no es mi trabajo recibir buenas palabras, solo llevaros a Hugo y a ti a donde sea necesario.

—¿Cómo no va a importarte? Los compañeros deben tratarse bien.

—¿Soy tu compañera?

—Claro que sí. —Aún estaban abrazadas.

—Debes encontrar las fuerzas que te hagan seguir, hacer esas pruebas que te pide el asesino.

—No sé dónde hallarlas en mi mente.

—¿No es suficiente motivación salvar a tus seres queridos?

—Debería, pero me siento débil, solo quiero esconderme, meterme bajo las mantas de la cama y llorar o dormir hasta que todo esto pase.

—Has resuelto casos muy complicados antes, podrás con este.

—No estoy tan segura, me juego demasiado en ello, a las personas

que más amo.

—¿Y cómo es que eso no es motivación suficiente?

—Debería…

—Te he oído hablar de tu madre algunas veces, perdona si soy indiscreta, pero, ¿no querrías que ella te viese demostrando que eres fuerte, valiente y resolutiva?

Esther trató de imaginarse a su madre, pero solo pudo verla llorando ante la muerte de su familia, eso no ayudaba.

—Tengo tanto miedo…

—Es lo que espera de ti el asesino, es el arma que va a usar contra ti, debes hacerle saber que se equivoca.

—Pero no sé cómo hacerlo. Solo quedan dos horas para nuestro encuentro y no me veo allí para resolver la prueba que me tenga preparada.

—Pues dentro de dos horas te dejaré allí, sola o conmigo, si decides aceptar mi ayuda.

—No puedes venir, eso lo arruinaría todo.

—¿Qué puedo hacer, entonces?

—Llama al comisario si a las once no he regresado.

—No voy a cargar con tu muerte, no me hagas esto. Estaba muy ilusionada con este trabajo, ahora no puedes mandarlo todo a la mierda por inseguridades o falta de motivación.

—¿Qué te motiva a ti para ser policía?

—¿A mí?

—Sí, ¿por qué te hiciste policía?

—Es complicado de decir.

—¿Cómo?

—No me siento cómoda.

—¿Me dices esto a estas alturas?

—Es que es algo difícil de confesar, no se lo he dicho ni a mis padres.

—¿Y eso? —Esther la miraba sin comprender.

—Es que… Quiero encontrar a una persona.

—¿Cómo dices? ¿Buscas a un antiguo novio o algo así?

—Nada más alejado.

—Pues no te comprendo.

—Busco al hombre que me violó.

Un pantalón vaquero azul ajustado, una camiseta blanca y una cazadora de cuero marrón; el arma metida en la funda del pecho, la primera vez que la usaba, regalo de Moretti; tres cargadores más en los bolsillos de la cazadora; zapatillas de deporte cómodas y una mirada en el espejo que mostraba a una Esther que ella misma

desconocía por su decisión y la rabia que transmitían. Eran las ocho y media y había que partir hacía el destino prefijado por el secuestrador y asesino. Se había recogido el cabello en una coleta y no llevaba nada de maquillaje, aunque esto último era habitual en ella.

En solo diez segundos ante la puerta del piso, recordó cada clase de la academia, además de las prácticas de tiro y de las lecciones de artes marciales. Respiraba despacio, estaba serena, no tenía frío ni calor, hambre ni sed; solo quería terminar con aquello y hacerlo rápido. Se acabaron los llantos y las inseguridades, no podía permitírselas.

Bajó junto a África y ya en la calle fueron hacia el coche, aparcado cerca de la fachada, y se dirigieron a la Casa de Campo en silencio. La agente se limitaría a hacerle de chófer y luego llamar al comisario si Esther no aparecía antes de las once de la mañana. Llegaron al destino, cerca del Puente Alto y se bajaron las dos, ya hacía calor.

—Van a ser los minutos más angustiosos de mi vida —murmuró África.

—Regresaré pronto, te lo prometo.

—No prometas nunca lo que no puedes cumplir.

Esther sonrió.

—Alguna vez he oído eso antes, incluso de mi padre y de Hugo. Pero prometerlo me da fuerzas.

—Entonces promételo muchas más veces, por favor.

—No solo te lo prometo, también te ayudaré a buscar a ese hijo de puta.

—Eso es cosa mía, quiero hacerlo sola.

—Mejor con una amiga.

—¿Soy tu amiga?… Bueno, ya veremos —respondió con el rostro sonrojado—. Ahora tienes que cuidarte, estar atenta a lo que suceda.

—Lo haré. Tengo que marcharme, es casi la hora.

África la abrazó con todas sus fuerzas y no pudo contener las lágrimas.

—África, así no me ayudas, como me has dicho tú hace horas en el piso. Vamos a ser fuertes —añadió la oficial.

—Lo siento. Ve a por ese cabrón y mátalo.

—Mucho mejor.

Aquella zona de la Casa de Campo, el pulmón que oxigenaba la capital del país, se mostraba desértica y árida en esa época del año, solo se observaba alrededor un puñado de pinos desperdigados sin orden alguno. El Puente Alto no era más que eso, un acceso sobre las vías del tren hacia el otro lado del parque, donde no había nada destacable para que los visitantes, principalmente turistas, quisieran

acercarse.

Esther sacó el arma y comprobó de nuevo el cargador puesto, que el seguro estuviese quitado y la pistola amartillada. Era una temeridad llevarla así, eso lo sabía cualquier policía y también quien tuviese una licencia de armas para llevar pistola; pero era la forma más rápida de disparar si se terciaba la ocasión.

Caminó a paso firme, sin quitar ojo a todo lo que se pudiera mover o generar sonido u olor a su alrededor. Vació su mente de distracciones, nada podría ser tan importante en estos momentos como la tarea que tenía ante sí. Vio el puente al cabo de unos segundos y aguzó más los sentidos, a la vez que frenó el paso para ir con más cuidado.

No se veía a nadie en la zona.

Ya casi estaba allí cuando oyó el disparo, la bala dio en el tronco que estaba a su derecha, justo a centímetros de su cabeza. Primero, se parapetó tras el árbol, sus pulsaciones las sentía a doscientos por minuto. Luego, miró en todas direcciones, no veía nada. ¿Qué hacer? ¿Disparar sin tener un objetivo a la vista? Imposible. Entonces vio el sobre en el tronco del árbol. Habían usado un clavo para colocarlo allí y ahora tenía un agujero de bala en el centro.

«No me ha disparado a mí, sino al sobre, y le ha acertado en el centro».

Esther sentía que el temblor de su estómago se extendía a sus extremidades.

Cogió el sobre y sacó la nota del interior:

Esto es un duelo a muerte con pistolas. Si gano yo, morirás tú y también tus seres queridos. Si me ganas, entre mis ropas encontrarás la dirección en la que se encuentran ellos. Más te vale haber progresado en tus prácticas de tiro.

El temblor aumentaba.

«No, joder, no. Vamos, tengo que calmarme. Ese loco pretende que nos midamos como en un duelo del oeste, de esos de las películas, uno a cada lado del puente. Ha acertado en mitad de un sobre de veinte centímetros de ancho, así que me matará sin dificultad en cuanto me tenga a tiro. ¿Qué debo hacer? Debo ser más lista, pero no se me ocurre nada. ¿Qué haría Moretti, en el caso de recobrar la vista? ¿Qué haría Cristina?».

Estuvo unos minutos pensando, dando vueltas a sus posibilidades, observando la zona, sobre todo el extremo del puente en el que se encontraba. Solo tenía las barandillas laterales de piedra como seguridad para que nadie cayese a las vías, pero eran de poco más de treinta centímetros de ancho. El chaleco antibalas no le serviría de

mucho si le disparaba en la cabeza.

Ya eran las nueve y tendría que ir, acercarse al puente y aceptar el duelo, eso o regresar sabiendo que había dejado que matasen a sus personas más queridas; y que ella luego presentase la dimisión del Cuerpo, porque no podría seguir ejerciendo tras algo así.

Con su arma aferrada entre las manos y apuntando al infinito, salió de detrás del árbol y caminó despacio y decidida hacia donde sabía que sería un blanco fácil. Al otro lado del puente había también árboles.

El asesino hizo acto de presencia sin parapetarse tras ellos. No podía reconocerlo porque llevaba un pasamontañas negro, solo que era muy corpulento; más alto y fuerte en apariencia que Ernesto Barrero, lo que le indicaba que no necesitaba a un cómplice para mover los cadáveres.

—¡¿Por qué haces esto?!

El tipo disparó al cielo como respuesta.

Esther miraba a los lados, tenía los laterales de piedra del puente a solo un metro de distancia cada uno, un simple salto y quizás pudiera ponerse a salvo tras ellos.

—¡Dispara! —Gritó él.

«¿En serio? Esto es una locura. Pero ¡qué diablos! Tengo la posibilidad de acabar con todo si le mato. Está a unos veinte metros y podría acertarle si me concentro».

Apuntó, respiró hondo, contuvo la respiración de repente y disparó.

Nada.

«Mierda».

—¡Es mi turno!

El tipo apuntó y… Ella saltó y se escondió tras el borde izquierdo de piedra del puente. La bala dio a centímetros de su cara, en el muro.

—¡Cobarde!

Ella no respondió a la provocación.

—¡Vamos, te dejo intentarlo de nuevo!

Esther respiró hasta calmarse, luego dijo:

—¿Por qué decides tú las normas? ¿Por qué tenemos que medirnos de la forma que tú has elegido? Si esto es el modo de descubrir quién es el mejor policía, que cada uno decida lo que hacer. Tú me has traído hasta aquí y has decidido que sea un duelo, yo decido que sea como en un caso de homicidios contra un asesino, ese eres tú. Trata de matarme y yo trataré de matarte. Y que cada uno decida cómo plantear su forma de hacerlo.

Un silencio de eternos segundos.

—Está bien, que tengas suerte, la vas a necesitar.

Esther vio llegar el silencio de nuevo; sentía calor por los nervios y

el sol ya azotando sobre su cabeza. Se quitó la cazadora y la dejó en el suelo. Miró con cuidado y el asesino ya no estaba, se había escabullido entre los árboles.

«Antes lo tenía a tiro y ahora me espera agazapado tras un árbol, pensaba que había llevado la situación de la forma más inteligente, pero lo he empeorado todo. Él solo tiene que verme aparecer para matarme. Yo no sabré dónde se esconde. He vuelto a fallar. El problema es que no puedo quedarme aquí o él matará a Moretti y mi familia».

Esther caminó agazapada y despacio, siguiendo la línea del muro del puente. Era un blanco fácil para el asesino si este se había colocado en una posición desde la que pudiese verla. Pero no le disparó, jugaba con ella, se sentía seguro.

Al llegar al otro extremo, corrió con todas sus energías para colocarse detrás del pino más cercano, tras el tronco se quedó recobrando la respiración. ¿Hacia dónde habría ido él? ¿A la derecha, a la izquierda o recto? Se veían cientos de árboles y ninguno de ellos le susurraría el secreto que aguardaba tras él.

«Moretti, dime lo que tengo que hacer».

Y Moretti apareció en sus recuerdos, nítido como si lo tuviese de nuevo a su lado, para decirle *cierra los ojos y siente lo que te rodea, así verás con ojos diferentes, con ojos que no tienen la misma nitidez de imagen, pero que llegan mucho más lejos*.

¿Qué diablos significaba eso? Estaba alterada y casi no era capaz de sostener el arma entre las manos, menuda mierda de consejo. Solo oía su respiración agitada y no sabía qué…

¡Bang!

La bala impactó a centímetros de su cabeza, en el tronco del árbol tras el que se ocultaba.

El asesino sabía dónde se escondía, pero ella desconocía la posición de él. Una desventaja vital a unirse al hecho de que disparaba con una precisión asombrosa, mucho mejor que la de ella.

¿Qué hacer? ¿Salir de allí y recibir un balazo? Tampoco sabía hacia dónde disparar. Estaba totalmente perdida, había caído en la trampa como una novata, como el asesino la consideraba.

Miró una piedra a su lado, la tomó con rapidez para evitar que le disparasen en la mano, luego la arrojó con fuerza hacia la derecha, tenía pensado mirar para ver desde dónde venía el disparo, pero no hubo disparo.

«Ese cabrón es más listo de lo que pensaba, no se dejará engañar tan fácilmente».

¿Qué hacer en esa situación? Estaba en blanco, y no solo porque nunca se había visto en una encrucijada semejante, también estaba en desventaja todo el tiempo. Se sintió como un orco en una película de

El señor de los anillos, de esos que tenían que trepar por una escalera cutre de madera hacia lo alto de la muralla mientras le llovían flechas desde arriba. Imposible tarea.

Cerró los ojos y suspiró hondo, trató de calmarse meditando como había aprendido en la facultad de Psicología, y así permaneció unos segundos. Entonces lo oyó, lo oyó todo, cada hoja de las ramas de los árboles vibrando por la brisa que las mecía, el olor de una deposición animal a unos metros a su izquierda, incluso percibió que no se había duchado esa mañana al sentir su sudor en la ropa. Permaneció unos segundos más así, con los ojos cerrados y tratando de concentrarse, entonces le vino el sonido de un árbol, de la corteza, era el roce de una espalda contra ella, algo casi imperceptible, pero estaba ahí y podía usar su memoria para colocar el sonido sobre el árbol que había visto solo hacía unos segundos. Su memoria serviría para eso, una nueva utilidad.

Solo tenía que apuntar y esperar al momento adecuado. ¿Se equivocaba y lo que había oído era una ardilla de las que suelen estar por el parque trepando de pino en pino? Eso podría ser letal. Permaneció más tiempo, cada segundo se aguzaban más su oído y olfato; oyó más sonidos, aunque menores, el de ese árbol permanecía como el más intenso y característico, alejado del que haría un pequeño animal.

¿Perfume? Sí, olía un poco a perfume, lo reconocía. Dando un repaso rápido a su memoria identificó el mismo, Armani Classic, lo había usado su padre en el pasado y un novio que tuvo hacía dos años, un ingeniero aeronáutico que conoció a través de una amiga, se llamaba Carlos y pecaba de no tener muy buena seguridad en sí mismo, eso lo descubrió después de dos encuentros en los que el chico se esforzó al máximo en la cama, allí era generoso, pero fuera del dormitorio se mostraba como un cordero a punto de entrar en el matadero mientras oía los chillidos de los que iban delante. Perfume… Ninguna ardilla usa Armani. No cabía duda.

Respiró hondo y dijo:

—Ya solo quedan unos segundos para saber quién es el mejor, tú o yo. Esto es un duelo a muerte, como has dicho. ¿Contamos hasta tres? ¿Puedo confiar en ti para saber que no dispararás antes?

—No tienes ninguna oportunidad, Gallardo. Vas a caer en la primera prueba y morirás, luego lo harán tus seres más queridos.

—No me vas a meter miedo, estoy preparada para la prueba, deja de fanfarronear. —Ella trataba de usar su memoria cada vez que lo oía hablar, pero no recordaba esa voz, no la había oído jamás antes, eso y su complexión física descartaban que se tratase de Marco.

—¿Cuentas tú o lo hago yo?

—Tú has elegido la prueba y lo has organizado todo. Así que, para

compensar, me toca contar a mí.

—De acuerdo.

Ella agarró la pistola con las dos manos y respiró hondo hasta calmar su miedo y dejar el temblor atrás, ahora debía mostrar que era capaz de acertar en el blanco con más precisión y rapidez que quien la sometía a la prueba.

—¡Espera! —Gritó Esther de repente.

—¿Qué quieres?

El sonido se percibía nuevamente desde el árbol, ella seguía con los ojos cerrados y dejándose llevar por los demás sentidos.

—¿Qué pasa si gano yo? ¿Qué pasa si te mato? Has prometido que tendrás contigo la ubicación donde tienes a mi compañero, mi padre y mi hermana.

—Soy una persona de palabra, la nota está en el bolsillo izquierdo de mi cazadora.

—Pues vamos allá. Uno. —Ella salió del árbol tras el que se ocultaba y apuntó— … Dos… Tres…

Dos disparos casi a la vez. El segundo dio en la corteza de un árbol, el primero hizo saltar sangre en el pecho del rival.

No quiero estar sola

África había oído el primer disparo desde la distancia y se había asustado mucho. Luego llegó el silencio y eso la preocupó aún más. ¿Qué hacer? El asesino ya había dicho que desaparecería si veía presión policial. La agente se moría de ganas de ayudar, aun a riesgo de su vida, pero no quería meter la pata, cometer un error de novata. Estuvo eternos minutos decidiendo qué hacer hasta que oyó el segundo disparo. ¿Qué estaba pasando? Esther seguía viva tras la primera detonación, eso lo deducía ella sola, pero ¿estaba a salvo?, ¿estaba herida o muerta tras la segunda?, ¿necesitaba su ayuda? Aquello iba a volverla loca.

Entonces revivió la experiencia más traumática de su vida, bajo aquel monstruo que la inmovilizó para hacer con ella lo que quiso, que la ultrajó para saciarse, que la hizo sentir que no era nada salvo un objeto para usar en su disfrute. África sentía cada día y cada noche, cada minuto, cómo le ardía el interior del cuerpo al recordar una invasión no consentida que rompió su inocencia y su vida entera. ¿Estaría Esther siendo atacada de una forma similar o mayor? ¿Quitarle la vida ese asesino no era algo peor que lo que África había sufrido? ¿Cómo permanecer allí sabiendo que más tarde tendría que llamar a la comisaría para que fueran todos a contemplar el cadáver de una chica de su misma edad y que solo quería hacer el bien? Seguro que muchos imbéciles se alegraban de su muerte y comentaban luego en el bar que se lo merecía por ocupar un cargo que le quedaba grande, eso sin saber que la oficial era mucho mejor de lo que ellos serían nunca.

Ya estaba fuera del coche, se había fumado cuatro cigarros con ansiedad durante la espera, partió hacia donde había oído los disparos aun sabiendo que desobedecía las órdenes de la oficial. Comprobaba su arma mientras corría, para dejarla a punto sin tener el seguro y amartillada. Temblaban sus manos al sostenerla, pero no sus piernas al correr todo lo que podía.

De repente oyó un disparo y un minuto después otros dos más. Habían sucedido mucho más cerca de lo que imaginaba, a escasos cien metros. Pero solo veía pinos sobre un suelo de hierba seca, nada más. Y no oyó nada tras las detonaciones.

El pulso le iba al galope, el corazón lo sentía en su cuello como un tambor de guerra. Fue a gritar para preguntar a la oficial si seguía viva, pero entonces oyó la conversación. Los dos seguían vivos. Bien

por Esther.

Caminó todo lo despacio y en silencio que podía entre las hojas secas, cuando sintió el disparo que hizo crujir el árbol tras el que se encontraba.

Casi se orina encima por el miedo. Los trozos de corteza le había salpicado la cara.

Y oyó la conversación nueva.

—¡Tienes a un cómplice! ¡No te has atrevido a venir solo! ¡Eres un cobarde! —gritaba Esther.

—¿De qué hablas? Estoy solo —respondió él.

—¡No te muevas!

África gritó en ese momento.

—¡Esther! ¡Soy yo! ¡No me dispares!

—¿África? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no te has quedado en el coche?

—No quería dejarte sola.

—Esto es peligroso.

—Déjame ayudarte.

—Acércate despacio y que vea tus manos, África.

La chica no comprendió en ese instante, pero obedeció; la oficial no se fiaba de nadie en un momento en el que se jugaba su vida y la de quienes más quería. África nunca se lo tendría en cuenta. Se acercó a ella con las manos en alto, aún tenía el arma en su derecha.

—Arresta al asesino, África, espósalo y léele sus derechos, pero despacio y sin hacer una tontería.

—No lo hará —dijo él con seguridad.

—¿Cómo dices? ¿Acaso es tu cómplice?

África mostró una mueca de dolor, el asesino sonreía.

—No, no es mi cómplice, no la conozco de nada, pero me divierte saber que no sabes a quiénes tienes a tu alrededor, que vas creándote enemigos en lugar de afianzar lazos, como hace un buen policía.

—Soy mejor que tú, te he acertado en el pecho en este duelo que proponías.

—Has hecho trampas.

—Me dijiste que esto iba de demostrar quién era mejor policía, y un agente o inspector siempre se anticipa a su objetivo, ¿acaso no lo sabías? Tú lo programaste todo y tenías una ventaja, pero yo te he sacado de tu zona de confort, ¿desde cuándo un criminal cumple su palabra y espera a una cuenta de tres? Eres un aficionado.

Esther había llegado a la altura del criminal, seguía sin identificarlo a pesar de que lo tenía delante. Le calculaba unos treinta años, moreno de piel y cabello bajo el gorro pasamontañas, yacía de rodillas en el suelo, sin el arma entre las manos y con la mano izquierda taponando la herida entre el hombro izquierdo y el pecho.

—Tienes derecho a permanecer en silencio, todo lo que digas podrá ser utilizado en un juicio, tienes derecho a un abogado. —Esther sintió que África llegaba a su espalda y apuntaba con su arma al asesino, eso no era lo acordado, pero no dijo nada—. Si no puedes permitirte el pago, se te asignará uno de oficio. Tienes derecho a conocer las pruebas que hay contra ti antes del juicio…

—Me vas a dejar en libertad —dijo él mientras se levantaba despacio.

—No te muevas, no te lo voy a repetir.

—¿Qué harás? ¿Dispararme? Nunca encontrarás a Moretti ni a tu familia, no llevo la dirección en la que los tengo retenidos y morirán de hambre y sed.

—Me dijiste…

—Te mentí.

—Hijo de puta.

—Tú misma has dicho que no hay reglas. Has pasado la primera prueba, no voy a discutirlo, acepto que hayas sido más lista que yo, pero te quedan dos más, solo llevaré la dirección de donde los tengo retenidos en la última, así que eso te hará pensar que no es buena idea matarme en la siguiente, aunque dudo de que puedas hacer trampas de nuevo.

La oficial lo apuntaba y deseaba apretar el gatillo de su arma como nunca antes en su vida, pero sabía que eso provocaría que la acusasen de asesinato en primer grado y que tuviese que cargar en el futuro con las muertes de Moretti, su padre y su hermana. Aquel hijo de puta desconocido la tenía atrapada por completo.

—No podemos dejarlo marchar.

Esther salió del trance en el que se encontraba para recordar que África llevaba unos minutos a su lado. La agente apuntaba a la cabeza del asesino y se mostraba muy nerviosa.

—No hagas una tontería, África, deja que se vaya.

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

—Pero…

—No hay peros, baja el arma.

El tipo no tardó ni veinte segundos en desaparecer entre los árboles, a pesar de que sangraba abundantemente por el hombro.

—Lo vamos a perder, ya no lo atraparemos.

—África, confiemos en que sigue con vida y que nos lleva a la siguiente prueba, si no es así, mi vida se habrá acabado.

La agente la miró, aún asustada, y percibió auténtica seguridad por primera vez en Esther. Asintió con la mirada, luego preguntó:

—¿Qué le decimos al comisario?

—Eso ya lo decidimos durante los próximos minutos.

—¿Y la siguiente prueba?

—Apuesto a que ese cabrón sabrá cómo dejarme el mensaje para que vaya a reunirme con él en pocos días. Vámonos a casa, aquí no hay nada más que hacer.

—¿Quieres que me vaya al piso de Moretti contigo?

—No quiero estar sola. ¿Quieres estarlo tú?

África aún temblaba.

—No, no quiero estar sola esta noche.

La bala

Llegó a su casa alquilada casi sin aliento, el dolor en el hombro izquierdo le impedía cambiar de marchas en el coche con soltura, pero ese detalle tenía un lado positivo: le recordaba que había sido muy descuidado con la chica, no volvería a suceder. La sangre había dejado de brotar y ya casi solo sentía la costra seca en esa zona, ahora tendría que lavarla a conciencia y asegurarse de que la bala no hubiera quedado dentro de su cuerpo. Sacarla le costaría un buen rato y abriría de nuevo la hemorragia, además del dolor que sentiría al tener que extraerla sin ningún tipo de anestesia, pero sería necesario para evitar una infección.

Aparcó la furgoneta a la entrada, como siempre, y se dirigió al edificio. Eran las once menos cuarto y hacía bastante calor, o él lo sentía por los nervios de haber fallado y ahora estar herido. Antes pensaba que sentiría frío por la sangre perdida, pero no habría sido mucha a fin de cuentas.

¿Cómo había pecado de novato ante la que sí era una novata? ¿Cómo había fallado en un duelo que sentía que podría ganar sin problema? Se había confiado, se había creído que todo sería mucho más fácil tras los tres profesores. Eso no ocurriría de nuevo, sería más precavido en sus siguientes pasos y barajando todas las posibilidades, contemplando que la chica cambiaría un poco las reglas de las pruebas a las que él la sometería. Ella tenía razón; si se trataba de demostrar la valía y el mérito como policías, tenían que adaptarse ambos a lo que ocurriese.

Entró en la casa y fue a la cocina, allí guardaba un maletín médico para emergencias. Oía a sus tres inquilinos pidiendo auxilio de forma amortiguada por el suelo, pero no les prestó atención; ya les daría agua y comida más tarde, ahora tenía que curar su herida del hombro.

Sonreía de forma sádica al pensar que si la chica le hubiese acertado en la cabeza o el corazón, esas personas morirían de hambre y sed.

Puso agua a hervir, sacó alcohol, unas pinzas y varias toallas limpias. Antes de comenzar con la tarea, cuando el agua aún no había hervido, buscó una botella de *whisky* que él mismo había metido en la alacena días atrás y se bebió la mitad sorbiendo con ansiedad.

Ya sentía la vista algo nublada cuando se limpió la herida con una de las toallas mojadas en el agua hirviendo, además del pulso más firme. El alcohol que se roció después supuso un daño horrible, como

una cuchillada a traición dada por sí mismo.

No había agujero de salida por detrás, así que debía sacar la bala antes de que le provocase una infección. Por suerte, era capaz de mover un poco el brazo herido, eso no le afectaba para disparar, pero sí para otras tareas importantes que llegarían luego, durante las dos siguientes pruebas. Meter la pinza, tras embadurnarla en alcohol, le hizo emitir un aullido de dolor que hizo callar a los tres rehenes del sótano. No había experimentado nunca antes un dolor físico como ese, claro que luego llegó otro mucho peor, el de rebuscar entre los músculos hasta sentir que daba con la bala. La localizó, apretó con fuerza y la sacó, viendo que brotaba un único chorro de sangre a presión, era densa y oscura. Volvió a echar alcohol. Tomó las toallas humedecidas en agua caliente y se frotó para luego dejarlas haciendo de tapón de la hemorragia. Dio dos sorbos más a la botella de licor durante ese tiempo. Descansó unos minutos, quitó las toallas y comprobó que apenas salía sangre ya. Una vez más, vertió alcohol en la herida y comenzó a vendarse con una gasa bien presionada.

Se recostó en la silla tras la tarea y suspiró hondo.

«Hija de puta, este dolor te lo voy a hacer pagar».

Otra vez los gritos desde el sótano.

Se levantó y fue a llevarles la comida y agua.

Ya estaban los tres despiertos cuando llegó a la estancia, algo que esperaba porque los había oído gritar.

—Tendréis sed y hambre. No me deis problemas u os quedáis sin comer y beber. No he tenido un buen día y no quiero enfadarme.

El aluvión de preguntas y súplicas llegó por parte del anciano y de la mujer, el ciego no decía una palabra. Les dio el agua y el alimento despacio a cada uno, como había hecho con los tres inquilinos anteriores. Tras finalizar la tarea y encaminarse a las escaleras:

—¿Por qué nos tienes aquí? ¿Qué te hemos hecho? No te conocemos. —La hermana mayor de Gallardo lloraba al hablar—. ¿Y toda esa sangre de tu camiseta? ¿Es tuya o de mi hermana? ¿Le has hecho daño?

—Portaos bien y no me enfadaré.

—Hijo de puta, ¿estás enfermo? —dijo el padre de Esther.

—No me lo estáis poniendo fácil. ¿Queréis que os golpee u os drogue para permanecer inconscientes? Voy a dejar de traeros agua y comida si me provocáis.

Moretti alzó la voz.

—Eres policía, sabes cómo obran los rehenes, no tienes que tomarlo en cuenta, no pierdas el control tan rápidamente.

—No me digas cómo debo actuar, tullido. Me das asco y vergüenza

a la vez. Has estado haciendo el trabajo de esa zorra solo porque te daba sexo a cambio, no se puede ser más patético.

—No voy a entrar en tu provocación. ¿Qué te ha hecho ella? ¿Te quitó la plaza de Homicidios? ¿Eso justifica lo que estás haciendo ahora? ¿Vas a perder toda tu vida por una venganza que te has montado en la cabeza?

—No voy a perder el trabajo, nadie me conoce, regresaré al Cuerpo y seguiré con mi vida cuando acabe con todos vosotros. El cadáver de ella aparecerá en mitad de un descampado y vosotros acabaréis calcinados cuando prenda fuego a esta casa en unos días.

—Eres un despreciable hijo de puta, un cobarde, le harás daño a mi hija cuando seguro que ni la conoces.

—Cállate, no lo empeores.

—Hazle caso —dijo Moretti al padre de Esther.

—¿Cómo voy a hacerle caso? Es un mierda, menos que eso. Mátame a mí. ¿Qué daño te ha hecho ella?

—Pedro, no lo provoques.

—Papá, cállate.

—No, no pienso callarme.

Moretti volvió a usar su psicología, prefería que se ensañasen con él a que lo hicieran con un anciano.

—Tiene razón, él tiene más huevos que tú, todos los tenemos. Eres un miserable que actúa en las sombras, a escondidas como una comadreja asustadiza, no tienes valor de hacerlo frente a frente. ¿Te crees un gran policía? Un policía resuelve crímenes, quita a criminales de las calles, pero tú eres un criminal peor que los demás, matas a inocentes y a otros policías. Das asco y me alegraré cuando Esther acabe contigo.

Y llegó el puñetazo, seco y dado con todas sus fuerzas en la mandíbula, pero no en la del exinspector, sino en la del padre de Esther, que perdió el conocimiento tras fracturarse media cara.

—¡Papá!

—Esto os lo habéis buscado vosotros solos.

Se marchó por fin.

—¿Estás bien, papá?

—¿Se encuentra bien, Pedro?

Moretti no obtuvo respuesta e intuyó que el hombre estaba inconsciente. No había logrado que la ira del secuestrador se centrase en él, había sido tan sádico como para atacar al más débil físicamente, como una tortura más hacia los que lo acompañaban, como un mensaje de que no se podía jugar con él.

—Gloria.

—¿Sí?

—No lo provoques, no hagas como tu padre, eso solo lo enfurecerá y te hará más daño.

—Tú lo has insultado más que mi padre.

—Porque quería que se centrase en mí, que me golpease a mí en lugar de a tu padre, pero no ha funcionado. ¿Cómo está Pedro?

—Tiene la cara desfigurada por la parte de abajo.

—Le ha roto la mandíbula, esperemos que llegue ayuda médica en pocos días, aunque me temo algo muy trágico.

—Me estás asustando.

—Con la mandíbula rota, tu padre tendrá problemas para tomar alimento y agua en los próximos días, y necesitará beber y comer para sobrevivir.

—Dios mío.

—No te asustes, conserva la calma para administrar mejor los alimentos y el agua que nos ha suministrado, los necesitaremos para subsistir.

—Estoy aterrada.

—Igual que yo, pero hay que respirar hondo las veces que haga falta para lograrlo. Y luego está lo peor.

—¿Peor? ¿Peor que esto?

—Tendrás que hacerte las necesidades encima, no te sientas mal por hacerlo, es algo natural, fisiológico. Relájate y déjate llevar, luego tendrás que soportar el hedor de lo tuyo y de los demás.

—Qué asco… aunque eso me resulta lo menos preocupante.

—Me alegra oír eso, es que estás comprendiendo la situación. Ahora dime qué es eso de la sangre en la camiseta de ese tipo. ¿Eran salpicaduras o estaba empapada?

—Estaba empapada en la zona de su izquierda.

—¿Era capaz de mover ese brazo con la misma soltura del otro?

—No, apenas lo movía, lo hacía todo con la mano derecha.

—Entonces es su propia sangre, lo han herido. Bien por Esther.

Oyeron cómo la puerta de la vivienda se cerraba arriba, el secuestrador se había marchado. ¿Regresaría? ¿Les traería más comida y agua? Eso ansiaban, aunque su presencia fuese tan repulsiva y les indicase que estaban a su merced y muy cerca de una muerte más que probable.

Pedro pensaba en sus dos hijas; Gloria, en lo que supondría su pérdida para sus hijos y su marido, también para el resto de la familia, además de pensar en los planes que aún no había cumplido, en sus deseos de futuro; Moretti solo pensaba en Esther y lo que estaría sufriendo ante esa situación y sin tener a nadie para aconsejarla y acompañarla.

«Ojalá África y Simón te estén dado apoyo, además de haber

llamado a Cristina y los demás de Huelva para ayudarte. Date prisa, mi niña, date toda la prisa del mundo, aunque, si no logras salvarnos, no te lo tendremos en cuenta».

Una nueva prueba

Esther y África llegaron a la fachada de la casa de Hugo, allí las abordó el comisario. Extralimitándose como nunca antes, les dio un abrazo a las chicas, que lo habían llamado para decirle lo ocurrido en la Casa de Campo. Subieron los tres al piso y allí se reunieron tras hacer algo de café.

—No te martirices, lo de que has dejado en libertad al asesino solo lo sabemos nosotros tres, además de ese cabrón, y no constará en ningún informe. Ahora tenemos que preocuparnos de cosas mucho más importantes. Tenemos que encontrar a los tres secuestrados e identificar al homicida.

—Llevaba la cara cubierta por la capucha y un pasamontañas, pero no me concuerdan su complexión física ni su voz con nadie de la comisaría.

—¿Estás segura? Perdona, es la edad, olvido constantemente tu don.

—Habla, camina y se comporta en todo momento como un policía, pero no es de nuestra comisaría.

—No podemos hacer una rueda de reconocimiento con todos los policías de las demás comisarías de la ciudad y de la comunidad de Madrid, serían decenas de miles. Es una aguja en un pajar del tamaño de una catedral.

—Lo comprendo —dijo Esther—, no tenemos forma de identificarlo y eso descarta que podamos encontrar el lugar en el que tiene retenidos a mi padre, a mi hermana y a Hugo. Aunque…

—Dime, ¿se te ocurre algo?

—El tipo mide metro noventa, pesará casi cien kilos y tiene unos treinta años, podemos acotar mucho la búsqueda entre las comisarías si tomamos muestras de ADN de los que se corresponden con esas características y las cotejamos con la sangre que encontrarán los de la científica en la zona en la que le disparé.

—De acuerdo, me pondré con ello ahora. Me dices el lugar exacto y mando a Gonzalo Iglesias a buscar esa sangre. Por cierto, ¿crees que la herida podría matarlo y que nunca encontremos…? Siento ser tan directo.

—No creo que el disparo lo vaya a matar, su voz no sonaba diferente tras la herida y tampoco vi que sus fuerzas flaqueasen. Seguro que la bala dio en el hombro y no en el pulmón, te lo garantizo.

—Eso es buena señal. ¿Crees que cumplirá su palabra? ¿Te dará la dirección en la que tiene retenidos a sus rehenes?

—Confío en que lo hará, pero solo tras la última prueba. Uso la psicología para estar segura de ello. Ese tipo tiene una rencilla personal contra mí, cree que quiere ponerme a prueba, pero se pone a sí mismo en realidad. Quiere demostrarse que es mejor, que merecía mi puesto más que yo, y eso hará que no tenga reservas. Te garantizo que será fiel a su palabra. Este tipo de psicópatas tiene unas reglas fijadas en su mente y no se aparta de ellas. Quiere doblegarme y el castigo por mi fallo es tan importante para él como el pago por su error.

—¿Te ha dicho algo sobre la siguiente prueba?

—Aún nada, seguro que pronto llega un nuevo sobre.

—Me quedaré aquí toda la tarde y noche con vosotras, si no os importa la presencia de un dinosaurio, pero quiero formar parte de este caso y siento que aquí es donde debo estar.

—Elige el dormitorio que quieras, quizás los pijamas de Hugo te queden estrechos, pero menos es nada —le dijo Esther.

—Tú deberías descansar, ambas debéis hacerlo, se os nota que acumuláis muchas horas de falta de sueño. Yo me quedaré vigilando por si llega esa nota. Vamos, que no tenga que repetirlo.

—Pareces un padre dando un correctivo.

—Ese es mi trabajo, Gallardo, por si no te ha quedado claro. Cuando yo sea un anciano preocupado por el huerto de mi casa y tú seas comisaria, que lo serás, recordarás este momento y sonreirás. Espero que vengas a verme a menudo a hablarme de casos importantes o a tomar café algún domingo, aunque yo no tendré el nivel suficiente para darte un consejo a esas alturas.

Y ese fue el único momento en el que Esther consiguió esbozar una sonrisa, escueta, en los días que llevaba viviendo la pesadilla en la que estaba enfrascada.

El comisario las vio irse juntas al cuarto de baño, ¿por qué las chicas disfrutaban tanto de compartir un inodoro? Nunca sabría la respuesta porque nunca lo preguntaría, era un misterio interesante que no quería descifrar para que no se fuese la magia del mismo. Unos minutos más tarde las dos chicas se marcharon a sus respectivos dormitorios en silencio. Simón dudaba de que pudieran conciliar unas pocas horas de sueño por los nervios ante lo sucedido, pero menos era nada.

Encendió el televisor y puso las noticias. Basura, como siempre. Vio que Moretti tenía Netflix contratado y buscó algo que lo distrajese, aunque seguía pendiente del teléfono móvil por si llegaba información sobre ese caso y los demás que gestionaba en la brigada. No pudo ni concentrarse en los primeros quince minutos del primer capítulo de

una serie, ya que no cesaban de llegar mensajes de todos los casos a su teléfono y él pulsaba el botón de pausa en el mando para responder con mensajes de audio. Menudo oficio había elegido. Sentía que esa serie sentiría, si fuese un ser humano, lo mismo que su mujer, un abandono constante por el trabajo que él había aceptado. La compensaría en breve llevándola al teatro, como hacía antes, quizás hubiera pasado mucho desde la última vez, cuando vieron *La ratonera*, pero nunca era tarde para compensar. Había pensado durante esos años que ella le pediría el divorcio, que no podría soportarlo más, que la ausencia de hijos se sumaba despacio al hecho de no verlo casi nunca durante el día. Dormir a su lado no compensaba una relación, debía haber algo más, o mucho más. Y Simón no aportaba nada más que el sueldo y promesas que no cumplía.

Moretti había sido secuestrado, quizás lo matasen durante el caso, y Gallardo se mostraba destrozada, a pesar de la máscara de hierro que portaba siempre, pero que no engañaba a todos, menos a él, que era un perro viejo. Simón la tenía calada, era sensible, débil e insegura, y ahora estaría muerta por dentro al pensar que perdería a sus seres más queridos, incluida su pareja. Así sintió que debía estar Hache en estos momentos, y así supo que estaría él sin su mujer, y también a la inversa.

No se concentraba en la serie, viéndola de pocos en pocos minutos, pero no tenía otra cosa que hacer. Prefería eso que pensar que las dos chicas no podrían dormir en las habitaciones de al lado, que estarían dando vueltas a la mente y preocupadas por lo que sucediese. ¿No era esa otra de sus tareas como comisario? ¿Encontrar la paz y calma en sus efectivos? Siempre había tenido la sensación de que el puesto le quedaba grande, pero nunca tanto como en estos momentos.

Esther no lograba dormir, los recuerdos eran como siempre, experiencias que vivía en ese momento con todo lujo de detalles. No apartaba de su mente el duelo a muerte con el asesino, aunque se afligía de dolor cada vez que pensaba, como lo hizo en el lugar, que moriría y también lo harían los rehenes que tenía el asesino. Ese dolor atacaba su estómago y le provocaba ganas de vomitar y chillar a la vez. Era una tortura en bucle que se repetía sin parar y le impedía conciliar el sueño, a pesar del cansancio. Pensó en salir del dormitorio para charlar con el comisario, incluso en salir a la calle a dar un paseo o correr hasta gastar todas sus energías y regresar a dormir de puro agotamiento, pero no hizo falta, la puerta de su dormitorio se abrió y oyó el susurro de África.

—¿Esther? ¿Estás despierta?

—Sí.

—No puedo dormir, ¿te importa que me acueste contigo?

Le devolvió el susurro a la chica, «claro que no», y luego sintió que entraba bajo la manta a su lado, despacio y con respeto, sin querer rozar su cuerpo al otro lado de la cama. Así permanecieron unos minutos en silencio, luego Esther decidió girarse y acercarse hasta la agente para abrazarla.

—¿Te importa?

—Sabes que no, mucho mejor así; quería hacer lo mismo, pero pensé que no era oportuno.

—¿Me contarás más sobre lo tuyo? Quiero ayudarte a encontrar a quien te violó.

—No quiero hablar de eso, prefiero que durmamos.

—Esta bien. Aunque, a veces, hablar ayuda.

—No quiero hablar ahora, quizás más adelante.

Esther sintió que África temblaba entre sus brazos, parecía una niña desvalida en esos momentos, así que se limitó a acariciarle los rizos del cabello despacio y dejar que ambas se durmiesen, si eran capaces de hacerlo.

Amanecieron en la misma postura, había surtido efecto esa extraña terapia de abrazo entre ellas. Esther estaba algo alterada y eso hizo que África se despertase con el movimiento brusco.

—¿Qué pasa? —preguntó la agente.

—Nada, duerme, voy a ir al baño y a la cocina. Creo que es temprano, duerme un poco más.

La oficial salió de la cama y se dirigió a vaciar la vejiga, se sintió extraña luego, tras tirar de la cadena del váter y mirarse al espejo. Mucho peor. ¿Cómo había podido conciliar el sueño mientras su familia y Moretti estaban secuestrados? Seguro que ellos no lo habrían podido hacer en su lugar de cautiverio, si es que no habían sido taladrados ya en el cerebro por el asesino para inyectar el ácido que acabaría de una forma horrible con sus vidas. Esa imagen en su cabeza le hacía provocar náuseas a la vez que una terrible responsabilidad. Ella lo había provocado todo, desde el punto de vista del asesino, al menos, y no podía hacer nada por evitarlo, salvo quitarlo de en medio matándolo en una de esas pruebas que le tenía preparadas para demostrar que era mejor que ella. No, lo haría al final, porque no llevaría la dirección donde tenía a su hermana, a su padre y a Moretti salvo en la última de ellas, así que debía ser fuerte, valiente, decidida, independiente… eso último era lo que más la asustaba.

Toc…, toc…

Unos toques suaves en la puerta del cuarto de baño la hicieron regresar de sus pensamientos.

—¿Sí?

—¿Esther? Soy África, me hago pipí.

—Sí, lo siento, ya puedes entrar.

La chica entró algo angustiada, la miró y dijo:

—¿No te has duchado?

—Aun no.

—¿Y?

—Dúchate tú, ya salgo.

—Pero…

—¿Pero qué?

—Nada, no tardo más de cinco minutos.

—¿Con ese pelo? Te doy treinta, además, hay otros dos cuartos de baño para que termine de peinarme.

—Gracias, tampoco me molesta que lo hagas mientras me ducho.

Esther fue al salón y allí encontró al comisario, dormido en el sofá y roncando como dos rocas frotándose entre ellas para producir una chispa que ninguno de ellos, los que estaban en el piso, pudieran hacer prender la llama que la chica quería ver arder. Como si ella quisiera que esos ronquidos fuesen en realidad la mente del comisario dando vueltas para, con su experiencia, resolver el caso, señalar al asesino y rescatar a sus seres queridos de inmediato.

Le dio mucho reparo despertarlo, así que lo dejó dormir, quizás llevase toda la noche buscando la forma de ayudar. Aunque, de repente, Simón dio un ronquido más fuerte que el resto y se levantó como por un resorte. Se quedó mirando a la chica, los dos asustados y en silencio.

«¿Ya tienes la solución? ¿Ya sabes cómo seguir con esto?».

—¿Gallardo?

—Lo siento si te he despertado.

—No importa. —Se levantó por completo del sofá y se atusó los cabellos de la coronilla, como un gesto habitual en él.

—¿Has dormido poco?

—Quizás más que vosotras. Voy al baño.

—Ve al del pasillo, en el del dormitorio principal está duchándose África.

Cuando regresó del baño, le preguntó a Esther por las sensaciones que le transmitía su nueva chófer.

—Es muy simpática y participativa.

—La elegí porque obtuvo muy buenas notas, la primera mujer en la Comunidad de Madrid.

—Lo contrario que yo, África una buena elección.

—Esther… Vamos a preparar algo para desayunar antes de que ella salga del baño y seguimos hablando en la cocina.

—Me parece bien, pero no has respondido.

—Vas teniendo cada vez más carácter, me haces las preguntas que quieres y mirándome a los ojos, eso me gusta.

—Sigues sin responder.

Llegaron a la cocina y comenzaron a preparar café, té, fruta y tostadas. Tras unos interminables minutos:

—Simón, sé lo del ministerio, me lo dijo el propio responsable de asignaciones. Sé que solo soy un experimento que ha salido bien parado por ahora, pero que Moretti solo será asesor en el programa unos pocos años más, luego regresará a casa.

—¿Qué crees que le pasaría si eso sucediese?

—Dímelo tú, lo conoces desde muchos más años que yo.

—Pero tú lo conoces de una forma más personal, has podido ver en su interior mucho más que yo.

—Él se moriría si no puede formar parte del problema.

—Sí, le costaría mucho asumirlo y quedarse en casa sin aportar lo que le ha dado la experiencia.

—No lo has comprendido. Se suicidaría.

—¿No estás siendo demasiado tremenda con esa afirmación?

—No, en absoluto. Moretti había pensado suicidarse cuando recibió la oferta de este nuevo programa.

—¿Lo dices en serio? Claro que sí, qué estúpido soy.

El comisario se hallaba a la espera de que la cafetera terminase su labor, plantado en mitad de la cocina con un pijama que le quedaba tres tallas menor. Resultaría cómico si no fuese por la gravedad de la conversación.

—Al final va a ser cierto que lo conozco de un modo más personal y profundo.

—Eso no sucederá, no se quitará la vida.

—Pero depende del ministerio.

—Depende de todos nosotros, no lo permitiré, tampoco creo que lo hagas tú.

—Sabes que no lo haré. Llegado el momento, pediré el traslado a la comisaría de Huelva o presentaré mi dimisión y que el ministerio cargue con las consecuencias de finalizar el programa.

—Eso ya lo esperaba.

Tomaban el té y el café, respectivamente, en silencio cuando entró África ya vestida de uniforme y contempló los semblantes de sus dos ocasionales compañeros de piso.

—¿Qué ha pasado? ¿Me he perdido algo?

—Nada.

Y continuaron desayunando con la sensación de que dejaban a la agente al margen de decisiones importantes, claro que no afectarían a su situación en la comisaría, exceptuando que volvería a tareas administrativas o sería destinada a patrullar las calles. Ese pensamiento hizo que Esther, cuando recogían los cubiertos y platos de la mesa, le dijese al comisario.

—Simón, ¿te puedo pedir un favor personal?

El comisario observó a la oficial sin saber qué responder.

—Simón —insistió ella.

—Dime.

—Si el programa de casos difíciles se cancela, ¿asignarás a África a apoyo de inspectores de homicidios?

África era la más sorprendida por el comentario.

—¿Habéis hablado de mí?

—No, solo de Moretti y de mí —respondió Esther.

—No comprendo…

—Simón —interrumpió Gallardo de nuevo.

—¿Crees que está preparada? —preguntó el comisario.

—Sí, pero depende de ti darle la oportunidad.

—¿Se va a cancelar el programa? —preguntó África de nuevo.

—Tal vez en el futuro, nunca se sabe.

—A mí no me importa hacer tareas informáticas.

—África. —Gallardo le había puesto una mano en el hombro con suavidad y la miraba tratando de darle confianza—. Vales mucho, persigue tus sueños de ser investigadora de homicidios.

—Pero quiero ganármelo por mí misma.

—Es lo que estás haciendo ahora.

—¿Haces eso por mí porque te gustaría haberlo hecho por Ignacio?

El dolor en el rostro de Esther por recordarle a su anterior chófer y amigo apareció para hacerle comprender a África que debió medir sus palabras. Ya era tarde para eso.

—Lo hago porque lo creo de verdad. No entraste en la Policía para lucir uniforme y ganar un sueldo, aunque eso el comisario no lo sabe aún. Quiero verte convertida en una gran investigadora, sé que lo serás.

—Gallardo —dijo con sequedad Simón—, lo que tenga que suceder en el futuro, se verá poco a poco. No nos precipitemos.

Esther se quedó con la duda de si el comisario apoyaría a Moretti realmente ante el ministerio, también de si ayudaría a África.

África no sabía de qué coño habían estado hablando y a qué venía aquella conversación, pero le gustó que Esther, tras haberla tratado de esa forma distante y despectiva los primeros días, ahora la protegiese y recomendase para algo tan importante. Simón prefería centrarse en el caso que seguían, resolverlo para quitar a un asesino de policías de en medio y recuperar con vida al loco ciego al que tenía cariño, aunque nunca se lo hubiera dicho antes, además de los otros dos rehenes.

«¿Estoy siendo egoísta? —Se preguntaba Simón—. Me he metido tan de lleno en mi puesto de trabajo que solo quiero resolver el caso y evitar que las consecuencias de no solucionarlo de la forma adecuada

provoquen la pérdida de un efectivo importante como Hache y que la chica abandone el programa para irse a una comisaría menor. Debo sensibilizarme más con lo que ocurre a mi alrededor y con las personas que tengo a mi cargo».

—Esther, te prometo que el programa no se cerrará mientras decidas pertenecer a él, es tuyo. Y si decides abandonar, le daré la oportunidad a África de demostrar lo que sabe y puede hacer en casos de homicidio apoyando a inspectores.

—Gracias.

África se sentía como una niña observando a sus padres mientras estos decidían lo que iba a ser de su vida en el futuro, pero no se sintió con fuerzas suficientes para alzar la voz y dar su opinión.

Esa jornada no fueron a la comisaría, se quedaron en el piso de Moretti gestionando los casos, eso por parte del comisario; y la información que llegaba sobre el cotejo de ADN encontrado en la Casa de Campo por parte de Esther.

Solo llegaron las coincidencias negativas de una docena de policías que se correspondían físicamente con el asesino, quedaba un centenar más por analizar.

A medida que la luz del sol se marchaba al otro lado de las ventanas, también los abandonaban las esperanzas de recibir un dato importante. Esther era la que más lo acusaba, pues no paraba de pensar en qué estarían sufriendo sus dos familiares y Hugo en el lugar en el que el asesino los tenía secuestrados. Habían almorzado comida italiana que pidió el comisario por teléfono, ahora pensaban en la cena, ya eran más de las nueve y media de la noche.

Pidieron varias raciones al restaurante chino que estaba a dos calles de allí y, pasados cuarenta minutos, oyeron la llamada del telefonillo. África fue a la cocina y pulsó el botón de apertura de la puerta sin descolgar y preguntar primero.

—¡Ya está la comida! —gritó mientras todos colocaban platos, vasos, cubiertos y la bebida en la cocina.

Se oyó el timbre de la puerta y ella fue a abrir, pero, cuando llegó, al otro lado no había nadie, solo un sobre de papel en el suelo. Se sorprendió en el primer momento, luego comprendió lo que significaba y se agachó para cogerlo por los filos y así no dejar sus huellas en el mismo. Se lo llevó a Esther corriendo al salón tras cerrar la puerta tras de sí.

La oficial, aunque llevaba todo el día a la espera de la nota, se quedó blanca y muda al verla en las manos de la agente. La tomó con la misma precaución y sacó despacio el folio del interior ante la mirada atenta de Simón y África.

Conduce el coche oficial hasta la entrada del polígono Marconi, donde

el restaurante, el Mercadona y la ITV. Ve sola, sabré si tienes apoyo policial y desapareceré para siempre, eso implicará que tus seres queridos morirán de hambre y de sed. Debes estar allí a las once de la noche en punto, te estaré esperando y me tendrás que demostrar qué tal conduces.

Esther dio la nota a sus dos compañeros para que la leyesen mientras entraba en Internet para sacar el catálogo completo del Audi RS5 que había conducido África hasta ese momento. Memorizó al instante la potencia, el torque, la relación de marchas, las dimensiones del vehículo y todas las demás características del mismo, como los modos de conducción que tenía, centrándose en el más agresivo, el racing.

—Te reta a una prueba de conducción —dijo África.

—Lo sé.

—Se habrá preparado la carrera, actuará con ventaja al conocer al detalle la zona.

—Tengo memorizadas todas las calles de la ciudad, incluidas las de ese polígono.

—Tenemos más de una hora, podemos conseguir una peluca similar a tu cabello y yo conduciré.

—No hace falta, África. La conducción es algo que no esperaba, porque ninguno de los tres profesores asesinados era instructor de esa disciplina, pero no se me da del todo mal. Podré defenderme, créeme.

—¿Y serás capaz de atropellar a gente?

Tanto la oficial como la agente miraron al comisario de repente.

—¿A qué te refieres, Simón?

—Esa zona a esa hora de la noche está llena de prostitutas y clientes. Las carreteras del polígono, y son kilómetros, estarán abarrotadas de personas.

—¿Crees que él atropellará a gente por ganar?

—Se juega mucho en esto, ¿no lo recuerdas?

—No puedo atropellar a gente inocente.

El comisario respiró hondo, fue un suspiro en realidad, como nunca antes le habían escuchado.

—Esther, ese tipo hará lo que sea por ganar, y recuerda que, si gana, morirán tu padre, tu hermana y Hugo.

—¿Me estás pidiendo que atropelle y mate a viandantes?

—Yo no te pido nada, solo te expongo los hechos, lo que te vas a encontrar en esa carrera homicida y suicida a la vez.

—Creo que me pides que haga lo que sea necesario, y eso implica que sacrifique a prostitutas y clientes en pro de solucionar el caso o de seguir avanzando en él.

—¿Te supone un esfuerzo mayor del que eres capaz de soportar?

—¿Visto ahora mismo? Claro que sí, me supone mucho. Quitar

vidas de inocentes que tienen familiares y seres queridos para salvar a los míos…

—Así es este trabajo a veces.

—Por un lado, me halaga que te preocupes por mí y los míos; por otro, me aterra que haya víctimas y que tengan que preocuparme menos por ser desconocidos.

—Tendrás que tomar la decisión por ti misma cuando llegues allí.

—¿Podrás ponerme un pájaro o dos sobre la zona?

—Solo podré llevar helicópteros para seguir desde una gran distancia al asesino durante la carrera, y acercarse más a él si logra escapar tras ganar la carrera.

—¿Eso no es suficiente?

—No, no lo es y tú deberías saber el motivo.

Esther meditó durante unos segundos.

—Si el asesino gana la carrera habrá demostrado que es mejor que yo y dejará morir de hambre y sed a los rehenes. No tiene por qué seguir el camino hacia donde los tiene secuestrados, se irá a su casa o a algún refugio desconocido para desaparecer. Pero, aunque lo capturemos antes de escabullirse, no dirá nada, o lo dirá cuando ya sea demasiado tarde y los rehenes estén muertos.

—Eso es. Y recuerda que estarás durante la carrera sola y tomando decisiones importantes. Ese es tu único margen.

—¿Mi margen?

—Tu margen de actuación. Si atropellas a civiles, te verás metida como criminal en un caso de asesinatos. Si no los atropellas, perderás la carrera.

—Ese cabrón es un sádico.

—Eso ya lo sabíamos desde el principio. ¿Estás preparada?

Carrera a muerte

Iba a salir del piso cuando Simón la frenó, ya Esther se había vestido y llevaba las llaves del coche en la mano.

—¿Estás segura de esto?

—Claro, no tengo alternativa.

—Lo sé, pero no todo el mundo está preparado. Ahora más que nunca me alegro de que formes parte de mi equipo y que seas un activo tan valioso.

—¿Soy valiosa?

—Dejemos esa inseguridad al margen.

África había decidido quedarse en el salón y casi habrían apostado que la agente rezaba por el buen resultado de la misión, aunque también soñase con que la llamaran de un momento a otro para incorporarse a la misma y aportar.

—Esther, busca en el armario y otros muebles importantes de la casa.

—No tengo tiempo, debo familiarizarme con el coche antes de llegar a la cita.

—Esto es importante también, busca conmigo.

—¿El qué?

—Busca una pistola pequeña en una funda.

—¿Cómo dices?

Tardaron más de veinte minutos en dar con su objetivo.

—Póntela, Moretti siempre la llevaba. Nunca se sabe si tendrás que utilizarla esta noche o en el futuro. Él querría que lo hicieses.

Ella obedeció. Luego se marchó sin despedirse de Simón y de África, no sabía cómo hacerlo, sobre todo si se trataba de una despedida para siempre.

Bajó a la calle y entró en el coche. El comisario le había prometido que no habría presencia policial siguiendo su coche oficial, salvo un helicóptero a una distancia prudente para no ser visto, así que Esther salió de la calle tras apagar todos los controles automáticos del mismo, derrapando las ruedas y desapareciendo en cuestión de segundos. Tenía aún margen de tiempo, por eso tomó una ruta diferente, una que le haría comprobar si conocía los límites del coche, vital para su objetivo.

Tenía en la mente a su padre, a su hermana y a Moretti; pero eso no impidió que exprimiese las capacidades del Audi por las calles de la zona hasta conocer lo que era capaz de hacer con él. Tras veinte

minutos apurando las curvas a las que se enfrentaba, paró en una gasolinera para llenar el tanque de combustible. Unos chicos jóvenes le hicieron fotos al coche con sus teléfonos móviles, ella pagó y se marchó a su destino despacio. Tenía tiempo de sobra.

«Voy a ganar esta prueba, voy a hacerlo por vosotros, no por mí. Me da igual demostrar que soy merecedora del puesto, tengo que salvaros y haré lo que sea necesario para ganar, aunque tenga que atropellar a seres inocentes. Que Dios me perdone, a pesar de que nunca he creído en Él; estoy dispuesta a enfrentarme a un juicio ante Él tras mi muerte si es que existe. No pienso rezar, no voy a ir contra mis principios y creencias, solo a hacer lo que estimo oportuno para salvaguardar mi vida y las de las personas que quiero. Esta noche me enfrentaré a miedos y frenos en mi vida, aunque el comisario y la fiscalía estimen luego que ha sido una extralimitación en mis funciones. Todo sea por salvaros y saber que seguís con vida».

Recorrió la calle General Ricardos, por la que pasaban constantemente policías, bomberos y ambulancias en la zona sur para conectar con el centro de la ciudad. Salió en el desvío de la M-40 para enlazar con la avenida de Andalucía; y llegó a su destino dos minutos antes de lo acordado.

Esther ya se había adaptado mentalmente al mayor peso que suponía llevar el tanque de combustible lleno, había hecho los cálculos en su cerebro de cómo se comportaría el coche a partir de entonces. De repente, vio cómo otro vehículo le hacía una señal de luces, era un BMW gris. Ella había repasado cuáles eran los coches que podrían hacerle frente al suyo; ese BMW, modelo M4 CS, estaba entre ellos. El asesino que perseguía era una persona con poder adquisitivo suficiente para comprarlo o lo había robado. Daba igual, iban a correr ahora por sus vidas. El asesino, también lo haría por demostrar su valía. A ella eso no le importaba ya tanto.

«Al menos no has hecho trampas robando un Ferrari, McLaren o coche similar».

El BMW aceleró a fondo en la larga recta que daba acceso al interior del polígono. Esther hizo lo propio para colocarse a su zaga, no habían hablado de la ruta a seguir, así que se esperaba que el objetivo fuese llegar el primero al otro extremo del polígono, o incluso dar la vuelta y regresar al punto de partida. La duda de la oficial, y por eso dejó a su oponente un metro o dos de ventaja, es que él tomase una ruta diferente y considerase que había ganado la carrera. No podía permitirle hacer trampas, a pesar de que él consideraba que ella las había hecho en la prueba anterior. Tampoco sabía si el objetivo de la carrera, lo que le otorgaría a ella el triunfo, estaba en detenerlo antes de llegar a su destino embistiendo su coche o solo llegar antes que él. Conducir se le daba bien a la oficial, pero tenía

demasiadas dudas en esta prueba cuyo objetivo final no conocía.

Llegaron a la primera rotonda y ambos tiraron del freno de mano para salvarla. El coche no podría ser robado, ya que el tipo lo conducía al límite y eso se aprende con mucha práctica. Marcó el teléfono de Simón al instante.

—¿Esther? ¿Ha pasado algo?

—Busca en los circuitos de cámaras de vigilancia del polígono Marconi a alguien que haya estado corriendo con un BMW M4 CS de color gris. Busca también denuncias de un tipo que haya usado ese coche para practicar por la zona.

Y colgó cuando ya estaba enfilando la segunda larga recta. El BMW no se distanciaba del Audi. Ya casi estaban llegando al antiguo edificio central de la Telefónica. Allí comenzaba el trayecto en el que había prostitución.

Esther se sorprendió al ver que su rival frenaba para esquivar a los viandantes, por ahora. Ella hizo lo mismo, incluso cuando tuvo que evitar atropellar a un tipo que se quedaba quieto y asustado en mitad de la carretera, como un ciervo ante sus faros en una carretera de montaña. Perdió algo de tiempo, pero no fueron más de unos pocos metros tras el BMW.

Había bajado la ventanilla para oír el rugido del motor del rival y estar pendiente a pequeños cambios en la aceleración que indicasen que él iba a tomar una ruta inesperada. Ambos vehículos pasaban rozando coches aparcados a los lados, además de esquivar a las personas que veían por la zona.

No podía acelerar más, no podía llevar el coche a su límite en esas calles sin atropellar a la gente que veía ante sí. Eso le generaba frustración. Había pensado que sería capaz de llegar más lejos, incluso se lo había dicho al comisario, pero, una vez inmersa en la experiencia, no era capaz de cumplir con su deseo. ¿Matar a inocentes a cambio de atrapar al asesino?

El BMW se fue distanciando metro a metro. Aquel coche iba ganando y sus esperanzas de lograr ganar la carrera se esfumaban. Se concentró en la tarea, la de seguir al BMW y alcanzar su objetivo. Aceleró con todo lo que daba el Audi y se olvidó a medias de daños colaterales, ya deberían estos preocuparse por sí mismos.

Se iba acercando al asesino, poco a poco, ya que conducía tan bien como ella; entraron en una zona más desierta, una con rectas con pocas rotondas que los frenasen. Estaba a tiro de golpear su paragolpes cuando llegó la sorpresa.

A falta de dos kilómetros para el final del polígono, giró en la rotonda para regresar a la entrada. Esther pudo anticiparse unas décimas de segundo a la maniobra al oír que el BMW no subía de revoluciones para tomar la primera salida, tampoco había iniciado el

cambio de dirección en la derrapada. Habían sido dos ideas excelentes la de dejarlo ir el primero y la de tener la ventanilla bajada. Ahora sabía cuál era la meta y no tenía que estar pendiente de lo que hiciese su rival, solo centrarse en dar el cien por cien de sí misma para exprimir el coche.

Ella se esforzó al máximo, pero el BMW le sacaba unos valiosos cinco metros de ventaja y aceleraba por la calle desierta. Con coches tan parejos en prestaciones, sería complicado adelantarlo en ese tramo.

Había observado en esos escasos dos minutos que el M4 CS tenía algo más de aceleración, pero su RS5 se manejaba mejor en las curvas, o tal vez era ella la que lograba con su habilidad esa ventaja.

Dos rotondas quedaban, además de pasar de nuevo por la recta llena de prostitutas y clientes, para saber si iba a salvar la vida de sus seres queridos o no, además de la suya propia, en la que menos pensaba ahora.

Una rotonda pasada y ella ganó un metro de ventaja, quizás algo más.

La recta que antes estaba llena de gente ahora se veía casi desierta, aunque sería más acertado decir que se habían apartado de la calzada tras oír que regresaban los dos locos que habían estado a punto de atropellarlos unos minutos antes.

«No será suficiente, otra rotonda no será suficiente para adelantarlo y en la recta será imposible. Tengo que llevar el coche más allá de sus límites si quiero entrar en la última recta en primer lugar, además de a más velocidad para que la aceleración de ese BMW no consiga adelantarme antes de llegar a la meta».

Trajo de regreso a su mente el recuerdo de cuando la circuló en sentido contrario al comenzar la carrera, y analizó la anchura, las farolas y papeleras que hubiese sobre la acera, la altura del bordillo de la misma… Todo eso en milésimas de segundos en su estado de máxima concentración.

Frenó más tarde que él, lo hizo ajustando tanto la entrada de la curva que sintió rozar por un milímetro las llantas en el bordillo de la acera contraria para encarar la curva con más ángulo de entrada, así el derrape sería más cruzado, pero también a más velocidad. El contravolante posterior no sería problema para ella, conocía el coche como si fuese un piloto profesional de carreras que lo hubiese conducido durante años a esa velocidad.

La rotonda también tenía dos carriles, así que su anchura permitió que Esther adelantase por el exterior a su rival y encarase la recta final con un coche de ventaja.

El BMW se colocó detrás, pegado paragolpes con paragolpes, y el rugido de los motores, con petardeos de los tubos de escape incluidos,

monopolizó el sonido en la zona. Esther subió la ventanilla para evitar perder aerodinámica.

El BMW se mantuvo a centímetros detrás de su Audi, como queriendo tomar rebufo, y así fue, porque de repente dio un volantazo para echarse al carril derecho y comenzó a ganarle ventaja centímetro a centímetro.

«¡Mierda! ¿Qué pasa si lo golpeo para impedirle ganar? No querrá seguir con las pruebas y matará a Hugo y a mi familia. ¿Qué pasa si me golpea él a mí? Ganará y ellos morirán igualmente. ¿Por qué demonios no decidí trabajar de psicóloga o piloto de carreras, que no se me da mal del todo?».

El BMW estaba cada vez más cerca, ya con el morro ganando la mitad del cuerpo del Audi. Esther pensaba a toda prisa.

Veía el final de la recta y llegó otra duda igual de preocupante: la recta era perpendicular a la avenida de Andalucía, ahora llena de coches a más de cien kilómetros por hora y una mediana de hormigón como barrera mortal. ¿Qué haría su rival? ¿Frenaría para no matarse contra la mediana o chocar mortalmente contra los otros coches? Si esa era la línea de meta y había que cruzarla el primero, no podrían dejar de acelerar. Frenar podría suponer perder.

En mitad de la noche oscura, las luces amarillas del restaurante Santo Domingo, a la derecha, se veían cada vez más cerca, quedaban unos trescientos metros para la meta y los coches seguían acelerando al máximo y subiendo de marchas. Aquello era sin duda una prueba tan a vida o muerte como lo había sido el duelo en la Casa de Campo.

Quedaban doscientos metros para la meta e iban a más de doscientos cincuenta por hora, había que empezar a frenar, pero ella no lo haría si no lo hacía antes su rival.

«Este tipo es un sádico. Si no freno, puedo ganar, pero me mataré al llegar a la meta y él habrá vencido, incluso muriendo él a mi lado, porque no habrá una tercera prueba y mi familia y Hugo morirán de hambre y sed donde los tenga encerrados. Si freno y sobrevivo, habrá ganado él y también morirán».

Cien metros.

El BMW casi había llegado a colocarse a su altura, solo le quedaban unos pocos centímetros cuando frenó a fondo. Esther hizo lo mismo unas centésimas de segundo después. Ella pudo ver el resplandor anaranjado que emitían los discos de fibra de carbono de los dos coches. La velocidad fue descendiendo rápidamente, aunque quizás no fuera suficiente para detener los coches antes de llegar a la avenida.

Doscientos por hora.

Ciento cincuenta por hora.

Cien por hora.

Ya estaban casi ante la fachada del restaurante, el final de la calle.

Ochenta por hora.

El BMW tiró del freno de mano para girar y meterse por la callejuela estrecha entre el edificio del restaurante y otro de aspecto abandonado y listo para su derrumbe, el que su fachada daba a la avenida. Esther tuvo que derrapar hacia el otro lado para describir el arco necesario para encarar la entrada del callejón. Al fondo, a unos cincuenta metros, vio que se había detenido el asesino y se bajaba del coche.

Frenó para dejar el Audi justo tras el BMW, así impedirla la huida marcha atrás; y también salió con el arma en las manos.

—¡Quieto! ¡No te muevas!

—No vas a disparar, baja el arma, imbécil.

—Te he derrotado de nuevo y sin que puedas decir que he hecho trampas.

—No lo discuto, conduces mucho mejor de lo que había imaginado, pero te queda otra prueba.

—Dime dónde está mi familia y Moretti.

—No tengas tanta prisa.

—¿Para qué esperar? Hagamos esa prueba ahora.

—No la tengo lista, tampoco llevo encima la dirección donde tengo retenidos a tus… ya sabes.

—Hagámoslo rápido, escribe la dirección en una nota de tu teléfono y yo decido la prueba, incluso elegiré una en la que tengas ventaja, te doy mi palabra, así saldamos esto de una vez.

Y él se lo pensó unos instantes antes de sacar su teléfono móvil. Aunque antes le pidió una cosa a Esther que no admitía debate.

Incertidumbre

África no podía contener los nervios, quizás los cinco cigarrillos seguidos, además de sendos cafés, no ayudaban a hacerlo. Simón parecía calmado, allí sentado en el sofá del salón, aunque tuviese el teléfono móvil en las manos y totalmente mojado por el sudor que lo delataba.

—¿Quieres otro café? —preguntó la chica.

—No, y tú deberías dejar de beber y fumar o no dormirás en dos días seguidos.

—Ya… ¿sabes algo de Esther?

—No ha llamado ni enviado mensaje alguno, tampoco quiero llamarla si está en mitad de una prueba y eso la distrae para que…

—Comprendo. Nos toca esperar.

—Sí, no queda otra.

África suspiró hondo.

—Paso del café, tienes razón, porque aquí no hay descafeinado y no quiero invertir veinte minutos yendo a comprar al colmado y perderme alguna noticia urgente. Pero sí que voy a por otro cigarro.

—Voy a tener que comprarte parches de nicotina.

—No servirían, salvo que se pudieran enrollar para fumarlos.

El comisario sonrió sin ganas y volvió a mirar la pantalla del móvil, que seguía negra.

Tampoco tenía noticias del helicóptero que seguía el GPS del Audi, aunque sus órdenes eran las de no intervenir, solo seguirlo y marcar al asesino para poder perseguirlo en caso de que se le escapase a la oficial.

«¿Dónde estás y qué estás haciendo? ¿Sigues viva? Espero que sí y que llames pronto. Vamos, sé fuerte y demuestra lo que vales, eres mucho mejor que ese hijo de puta».

Moretti sentía la sed y el hambre ardiendo en su interior, pero no decía nada, sabía que sus dos acompañantes lo estaban pasando mucho peor, ellos no se habían preparado para vivir una situación así. Además, Gloria temía no volver a ver a sus hijos y su marido. Pedro era el peor de los tres, porque acusaba mucho el dolor de la cara, sobre todo de la mandíbula rota, quizás ya tenía fiebre por la septicemia provocada por los huesos rotos envenenando su torrente sanguíneo. Ese cabrón no le había inyectado analgésicos para el dolor

ni antibióticos para frenar la infección. Lo más probable es que se sentía seguro de sí mismo, de ser capaz de vencer a Esther y luego llegaría para acabar con ellos en aquel sótano mugriento, o dejarlos morir de hambre y sed, lo que demostraría aún más su sadismo.

—¿Crees que Esther nos encontrará y sacará de aquí? —La pregunta de Gloria lo sacó de esos pensamientos. Percibía que la mujer lloraba, aunque tratara de controlarlo.

—Confío en ella, aunque nunca se sabe. Hay que prepararse para lo peor.

Gloria lloró sin reprimirse.

—Nunca debió hacerse policía, todo esto no hubiera pasado y todos estaríamos en paz y seríamos felices.

—No digas eso, tu hermana tomó una decisión valiente y nadie podría haber augurado que esto pasaría; Esther ha sacado a asesinos de las calles, es decidida y un activo muy importante en la sociedad. No pienso ser egoísta pensando lo mismo que tú. —Se arrepintió al instante por haber dicho eso—. Lo siento, no quería…

—Tienes razón, no te lo discuto, pero estoy muy asustada, también tengo hambre, sed y la preocupación por mi padre, por no hablarte de mi marido y mis hijos, que estarán viviendo una tortura.

Su padre gimió tratando de decirle que no se preocupase por él, aunque solo empeoró la situación por el sonido que emitía su voz.

—Papá, te pondrás bien, ya lo verás.

—Pedro, aguanta. Sé que puedes hacerlo, si no fueses fuerte, no habrías criado hijos como Esther y Gloria.

Pedro comenzó a llorar, sabía que eso no era cierto, la fuerte era ella, su mujer, y la perdió por una asquerosa enfermedad que se la llevó antes de tiempo. Era tan fuerte que toda la familia se sostenía gracias a ella, por eso se derrumbaron al perderla. Esther era la más débil, la más dependiente, y ahora ellos dependían de ella para salir con vida de allí. Lloró con más intensidad y el sonido hizo estremecerse a Gloria y a Hugo, que no pensaron durante esos minutos en la necesidad de beber y comer.

A Moretti no le gustaba mentir, pero hizo de tripas corazón en una situación como esa y dijo:

—Confiad en ella, confiad en Esther, ella nos sacará de aquí muy pronto, os lo garantizo. No ha fallado en ningún caso anterior y no lo hará ahora. Tiene el apoyo del comisario y de amigos muy buenos policías que ya la han ayudado antes. Ya veréis cómo salimos de esta en breve.

Cristina Collado sentía un escalofrío en la espalda. Su marido se había ido a la cama unos minutos antes y los niños dormían desde las

nueve y media en sus dormitorios. Ella, sentada a la mesa de la cocina, solo podía observar el teléfono móvil que reposaba al lado de la taza vacía de café descafeinado.

Había hablado esa tarde con Livia, su hermanita pequeña de adopción, estaba siguiendo un caso de la Europol en París y se sentía ilusionada por un nuevo novio, eso había alegrado a la inspectora jefe durante unos minutos, pero luego apareció de nuevo la preocupación por Esther y el caso personal en el que estaba implicada, un caso que podría ocasionar una repercusión mortal.

No hablaban desde que ella le había dicho que se había batido en un duelo a muerte con otro policía, había salido ilesa, pero decía que debía enfrentarse a él en dos pruebas más y no había recibido noticias desde entonces. La incertidumbre iba a acabar con ella.

Tras pasar las vacaciones juntos, además de ayudarla en los casos anteriores, había creado un vínculo que podría llamar familiar, como con sus hijos, su marido y Livia, además de sus padres y su hermana Eva. Sentir ahora que la chica estaba en peligro atacaba su organismo como si ese peligro rondase sobre ella misma.

«¿Dónde estás y por qué no has llamado? Sé que me llamarías si necesitases mi ayuda. ¿No me llamas porque lo tienes todo controlado? ¿No me llamas porque eres cabezota y quieres resolverlo por ti misma? ¿No me llamas porque estás muerta? No quiero pensar en eso último, también me asusta que sea la segunda opción y que te enfrentes a un reto que no puedas solucionar solo por demostrarte, y también al resto, que eres capaz de todo».

Cristina no podía apartar la mirada del teléfono, no tenía sueño y sentía que no iba a tenerlo en toda la noche.

¿Llamarla? Quizás eso lo interpretase la oficial como una señal de propia debilidad al recibir la llamada de una consejera. ¿No llamarla? Estaría abandonándola, o así lo sentía Cristina en ese momento.

«Espero que estés bien y que no hagas una tontería. Ten apoyo de compañeros siempre o te darás cuenta de lo poco que vale la vida de un policía desamparado».

Prueba final

Cuando Esther oyó la propuesta, el miedo regresó con saña a su cabeza y su estómago.

—¿Tirar mi arma al suelo?

—Ya me has oído.

—Tira la tuya primero.

—Hiciste trampas en la primera prueba, comprenderás que te toca ahora hacer un acto de fe y darme confianza. No te dispararé, no quiero que esto termine así, no te demostraría de esa forma que soy mejor que tú.

Esther solo podía analizar el tono de voz, porque en aquel oscuro callejón y con el asesino enmascarado de nuevo con el pasamontañas no podía ver su expresión facial al hablar. Se lo pensó durante unos segundos y tuvo que claudicar, tenía que dar un paso al frente, avanzar y demostrar que era capaz de enfrentarse a él, de otro modo, las pruebas seguirían siendo algo programado por su rival. Tenía la oportunidad de tomar el control y debía arriesgarse para lograr su objetivo.

—Está bien. —Dejó de apuntarle con su arma, despacio, y la arrojó a varios metros de distancia.

Rezó para que él hiciese lo mismo.

Y lo hizo.

—¿Y bien? ¿Qué prueba has elegido?

—Mataste a mi profesor de defensa personal, así que quiero una pelea cuerpo a cuerpo.

—¿Estás de broma? Pesas la mitad que yo.

—Trátame con cariño. —Ni siquiera supo de dónde había sacado las agallas para decir eso.

«¿Decir eso? No sé de dónde voy a sacar las fuerzas para vencer en combate a un tipo el doble de grande que yo y que ha neutralizado a tres policías mejor preparados para el combate. ¿Estoy loca? ¿Es el narcisismo de nuevo, haciéndome creer que soy perfecta e invencible? ¿Es la seguridad de Cristina Collado diciéndome que puedo con todo? Ojalá ella se enfrentase a este gigante, lo derrotaría sin esfuerzo».

—Te voy a destrozar, voy a matarte.

El tono de voz hizo que ella se estremeciese. Ahora solo era capaz de pensar en las clases de artes marciales, en las veces que había esquivado, encajado y golpeado, aunque siempre con chicas de una envergadura similar a la suya; y había perdido la contienda la mayoría

de las veces. ¿Quizás eso le sirviese ante lo que se avecinaba? No tenía nada más a lo que aferrarse.

El tipo le indicó que lo siguiese y ella lo hizo, la condujo hacia un descampado más allá de los edificios, suelo de arena con algunos escombros cercanos, casi no llegaba la luz de las farolas de la avenida. Se detuvo y esperó a que ella estuviese a dos metros de distancia.

—¿Preparada?

—Siempre.

—Te subestimé, aunque solo un poco, tienes huevos, aunque ahora tendrás que demostrarlo de nuevo. Tengo el hombro izquierdo jodido, pero eso no me impedirá matarte a golpes.

Esther analizó la situación, no podía dejarse atrapar por las enormes y fuertes manos de su rival o estaría perdida, debía mantener la distancia en todo momento y eso lo había aprendido en las clases de lucha, usar los pies para lanzar un *front-kick* y su juego de piernas para mantener al rival a la distancia justa para darle los golpes cuando este se descuidase.

No hubo tiempo para más conversación, él le lanzó una secuencia de tres puñetazos que ella esquivó, luego una patada algo torpe, quizás por su gran tamaño. A continuación ella lo sorprendió con dos directos rápidos a la cara, dieron en el blanco, pero como si fuese una columna de hormigón, le produjeron más daño a ella que a él. Ojalá tuviese vendas y guantes, pero no los tenía y debía asumirlo.

Bailaban una macabra danza de muerte el uno frente al otro, sin dejar de mirarse a los ojos; sus piernas se movían en todo momento para cambiar de posición y hacer más difícil la tarea del otro.

Otros tres golpes de su rival, fuertes, también los esquivó.

—Eres rápida, pero golpeas como una mosca contra un cristal.

—Deja de hablar, imbécil.

Esther le lanzó tres golpes con todas sus fuerzas, él no trató siquiera de defenderse, los encajó sin pestañear. Luego le dio un puñetazo en el estómago que la hizo tambalearse y casi caer al suelo.

—Ja, ja, ja, ¿eso es todo lo que puedes ofrecer? Esto va a ser más rápido y fácil de lo que pensaba.

Esther se repuso y le dio una patada que él no esperaba, pues le dio en la cabeza y lo hizo zozobrar un poco.

—¡Hija de puta! No esperaba eso, me he confiado. No volverá a pasar.

Siguieron tanteándose despacio durante unos segundos mientras no paraban de mover los pies para cambiar de dirección y mostrarse más difíciles de golpear. El combate comenzaba su fase final con respeto y miedo por parte de los dos contrincantes. Ninguno se podía permitir más sorpresas.

Un puñetazo de él que ella esquivó.

Un puñetazo de ella que él encajó sin problema.

Una patada de ella que él evitó.

Otro puñetazo de él que ella esquivó, esta vez por lo pelos, se le iban agotando las fuerzas. Llevaba tiempo sin descansar, sin dormir, y sus pocas reservas estaban al mínimo.

—Te queda poco, pronto te aplastaré.

—Inténtalo.

—Claro que voy a intentarlo, también a hacerlo.

Él le lanzó tres puñetazos y ella solo pudo evitar los dos primeros. Gritó de dolor con el tercero, en las costillas.

—Ya te tengo, no vas a durar mucho más, ni siquiera un minuto.

«Hijo de puta, me has partido una o más costillas. El dolor es insoportable, pero no me oirás gritar más. Esto no ha sido buena idea, pero es lo que hay y debo aceptar la responsabilidad por la decisión que he tomado. No puedo vencerte si no te acierto una patada en la mandíbula, cosa difícil con tu guardia de boxeo en la que te proteges de mis patadas todo el rostro con los puños y antebrazos. ¿Cómo hago para que bajes la guardia y te desprotejas la cara? Quizás haciendo un amago de patada al costado y elevando la pierna en el último momento para lanzarla a mi objetivo».

Le dolía el costado derecho mucho, seguro que las costillas rotas habían perforado órganos internos, pero debía olvidarse de ese detalle y del dolor para seguir con esperanzas de lograr una victoria que cada vez se veía más difícil.

Lanzó dos golpes a la desesperada y lentos. Él los frenó con las manos sin problemas.

—Estás acabada y lo sabes, asume tu derrota y deja que acabe contigo rápido.

Ella lanzó una patada frontal para mantener la posición, cada gesto que hacía le dolía en el tórax de una forma indescriptible. Pero no iba a dejarse vencer tan rápidamente, no iba a renunciar a su vida y a las de sus seres queridos por ese dolor.

Lanzó dos puñetazos más, que él encajó sin problemas y luego le respondió con un directo que rompió la nariz de la chica, además de dos dientes, y la hizo caer al suelo, derrotada.

Derrotada.

«Hasta aquí he llegado, no puedo hacer nada más. Lo siento por quienes esperaban más de mí».

—¿Eso es todo? —Le dijo desde su posición de privilegio, desde arriba. La tenía a su merced.

Tumbada en el suelo, con la cara ensangrentada, la nariz torcida y escupiendo sangre, ella lo observaba con miedo.

—¿Miedo? ¿Hasta ahora no lo has sentido? El miedo es el motor de un policía, lo que le hace estar alerta cada vez que sale de casa para

una jornada buscando sacar delincuentes de las calles.

—Yo he salido a por ti, eres un delincuente de los peores.

—¿Yo? Yo solo he hecho esto para eliminar a un punto flaco del sistema, además de castigar a quienes no merecen su trabajo como profesores en la academia. Sabía que no estabas preparada y me lo acabas de demostrar.

—He resuelto casos importantes, te he vencido en un duelo con las armas y te he demostrado que conduzco mejor que tú. No sabes nada de mí, no puedes pensar que soy peor policía por eso.

—Yo sigo casos a modo de apoyo. ¡Joder, a modo de apoyo! Fui el primero de mi promoción en el país y, después de ocho años, sigo siendo un puto cero a la izquierda.

—¿Es eso culpa mía? Debiste atacar a los que te pusieron en ese puesto.

—No te voy a discutir eso, quizás lo haga en los próximos meses.

—Vamos, termina con esto de una vez, pero prométeme que dejarás libres a mi familia y a Moretti. No me importa que me mates, pero no acabes con ellos.

—Te honra ese detalle, pero perdonarles la vida sería incumplir las normas.

—Hijo de puta… Al menos mátalos rápido, nada de ácido en la cabeza ni dejarlos morir de hambre y sed.

—Me lo estoy pensando, te lo aseguro.

—Te gusta esto, puedo verlo en tus ojos, eres un psicópata.

—No digas eso, zorra, no me conoces.

—¿Acaso te crees un buen policía?

—¿Por qué no? Un policía debe carecer de sentimientos, eliminar a la escoria, aunque esta provenga de compañeros no adecuados para el puesto.

—¿Lo dices en serio? Si llevas años en el Cuerpo, habrás conocido a muchos policías que no desean más que pasear la placa para entrar en discotecas gratis, ligar y ganar un sueldo a fin de mes.

—Los he conocido, claro, pero realizan sus funciones, aunque sean menores, vigilancia, patrulla, apoyo… No son parásitos, sino agentes ubicados en puestos que son también necesarios y que desempeñan una función relevante.

—Ya lo decía mi madre: no hay más ciego que el que no quiere ver.

—¿Me cuestionas?

Estaba cada vez más cerca de ella, a tiro de darle una patada mortal en la cabeza. Ella solo podía retorcerse de dolor en el suelo.

—Claro que te cuestiono, no te importa que haya policías que no merezcan la placa, solo la has tomado conmigo porque realizo las tareas que te gustaría desempeñar tú. Esto es una simple cuestión de

envidia, un pecado capital que no aceptas.

—No te envidio. —Se mordía los dientes al responder.

—Claro que sí, por eso lo has organizado todo. Hablas de buenos policías, pero has matado a personas que no han delinquido y tienes a tres rehenes que vas a matar también por puro placer. Si fueses tan buen policía como presumes, te habrías entregado o suicidado al comprenderlo.

—¿Lecciones de moral? ¿Usas la psicología contra mí? No te servirá de nada, Gallardo.

—Lo sé. En la facultad me enseñaron que no vale nada contra los que están locos de remate, como es tu caso.

Le dio un seco puñetazo en la cara que la hizo volcarse y saborear el suelo de arena del lugar, además de sentir el dolor por perder otros dos dientes. La sangre se mezcló más rápido de lo que ella había imaginado con la saliva y la arena del suelo, además del miedo a morir que circulaba por su cuerpo a la misma velocidad que la propia sangre.

«A Cristina le sacó un ojo un sádico con un bisturí durante un caso, ahora lleva uno de cristal. Ella lo provocó para conseguir su objetivo a pesar de perder ese ojo y la capacidad de la percepción en tres dimensiones, y eso no la hizo dejar de ser letal en su trabajo. Yo soportaré que me rompa todos los dientes, si es necesario, para lograr mi propio objetivo».

—Te sentirás muy capaz y superior ante mí por golpearme, aun sabiendo de tu superioridad física. Te sentirás también orgulloso. —Se sentía extraña al no reconocer su voz, que se escapaba por entre los dientes rotos, pero no cambió su forma de mirarle.

—Voy a disfrutar de esto.

—No lo discuto, luego dormirás como un bebé al haber apaleado hasta la muerte a una chica de cuarenta kilos.

—¡Cállate!

—Eres todo un héroe, un machote que merece ser inspector de homicidios en casos importantes, después de todo has sido capaz de derribar a una chica la mitad de pequeña que tú.

Le dio una patada en el estómago tan fuerte que la desplazó más de un metro de distancia.

Esther se había quedado sin aire en los pulmones y añadía otro foco de dolor a su cuerpo maltrecho, ¿cuánto más podía aguantar así. ¿Y para qué hacerlo? ¿Tenía acaso alguna posibilidad de vencer? No había refuerzos, no tenía compañeros que apareciesen de repente como la caballería en una película del oeste. A pesar de todo, se incorporó como pudo.

—¿No suplicas por tu vida? A estas alturas deberías hacerlo. Hazlo y te perdonaré la vida, pero mataré a tu novio y a tu familia.

—No te voy a suplicar, hijo de puta. Haz conmigo lo que quieras, golpéame hasta matarme, pero no te suplicaré por mí.

El tipo se quitó el pasamontañas, Esther no lo conocía, aunque esperaba eso. Él parecía sorprendido, eso era evidente por su semblante. Se apartó un paso atrás.

—Eres más dura de lo que pensaba, quizás me equivoqué contigo al principio, pero esto es lo que hay y tengo que terminarlo.

—¿Terminarlo? Hablas como si estuvieses horneando un pastel. Estás ejecutando a una compañera, ten los huevos de decirlo por su nombre.

Otro golpe.

Esther recobró el conocimiento sin saber cuánto tiempo había pasado inconsciente en el suelo, pero el regusto a arena era mayor que el de la sangre, y eso que no era poco este último.

—Pensaba que no te ibas a despertar, ya iba a acabar contigo.

—¿Por qué no lo has hecho? ¿Quizás el cargo de conciencia?

—¿Conciencia? ¿Por matar a una buena policía? No, no lo eres ni lo serás nunca.

—Entonces, ¿qué te detiene para acabar de una vez con esto?

—Necesito… necesito oírte suplicar más por tu vida y por las de las personas que tengo retenidas.

—No pienso suplicar más por mi vida, ya te lo he dicho, y menos por las de mis seres queridos; ellos son inocentes que tienes secuestrados porque no eres un buen policía, sino un asesino, un psicópata más al que retirar por la vía rápida, con un disparo en la sien.

—No lo hagas más difícil o seguiré golpeándote.

—¿Para asegurarte de que eres mejor policía que yo? ¿Que el resto?

—Lo soy.

A Esther se le iluminó la mirada, aunque él no pudo apreciarlo.

—¿Sabes que es lo que hace a un policía el mejor? Es algo que aprendí de Moretti.

—¿El qué?

—Que no hay normas contra un asesino, que todo vale para hacer justicia. También lo aprendí de Cristina, una inspectora que me ha ayudado.

—¿Todo vale?

—Todo vale, por supuesto.

Esther, mientras distraía a su adversario hablando, había subido la pernera derecha del pantalón, del tobillo sacó el arma que había cogido del armario de Moretti y le disparó en las dos rodillas, aunque le hubiera gustado hacerlo en la cabeza o el corazón.

—¡Hija de puta! —Estaba tumbado en el suelo, a solo dos metros

de ella y gritando por el dolor, sus piernas formaban un ángulo antinatural de rodillas hacia abajo.

—Has dicho que todo vale, ¿no? Pues te jodes.

Esther vio que el tipo intentaba reptar hacia ella, así que se levantó usando las pocas fuerzas que le quedaban y se alejó unos metros sin dejar de apuntarle.

Sacó su teléfono móvil y llamó a Simón.

—¿Esther?

—Me gusta que me llames por mi nombre. Ven a por mí, sé que sabes dónde estoy y que has enviado un pájaro. Ven rápido y que traigan dos ambulancias.

—¿Estás bien?

—Sobreviviré, pero date toda la prisa que puedas.

El asesino comenzó a reír.

Ella colgó el teléfono.

—¿De qué te ríes?

—Acabas de matar a tu familia y a Moretti. No apunté nada en el teléfono y no diré nunca dónde están.

Esther apretó los dientes con rabia, no le importaba el dolor de los que había perdido. Escupió sangre y arena a la cara del tipo, aunque eso solo lo hizo reírse con más fuerza.

Al parecer, varias patrullas seguían las indicaciones del helicóptero, así que se apreciaron en la distancia las luces azules y las sirenas, no tardarían ni un minuto en llegar allí.

—No puedes hacer eso.

—Claro que puedo, lo estoy haciendo.

—Vas a ser recordado toda la vida como el peor policía, por haber matado a compañeros, por haber secuestrado y dejado morir de hambre y sed a tres inocentes y por quedar en ridículo al ser vencido en tres pruebas con la policía que tú considerabas la peor del Cuerpo. Tu nombre será sinónimo de vergüenza y risas durante décadas. ¿Eso es lo que pensabas que lograrías cuando comenzaste todo esto?

—No me vas a manipular.

—Sabes que el ministerio y el fiscal te rebajarán la condena si colaboras y dices dónde están.

—Tu psicología no sirve de nada, zorra.

Las patrullas ya estaban allí, cuatro coches. Dos agentes fueron a socorrerla mientras los otros seis apuntaban al asesino. Uno de ellos le leyó los derechos mientras otro trataba de esposarlo, pues se resistía con todas sus fuerzas, ni siquiera se quejaba del dolor en el hombro herido.

Las dos ambulancias llegaron veinte minutos más tarde.

Una pastilla

No se había mirado a un espejo, ni pretendía hacerlo, pero pudo imaginar lo horrible que sería su aspecto cuando llegaron Simón y África hasta la ambulancia. El comisario se quedó mudo, la agente se puso a llorar y no era capaz de mirarla a la cara.

—Debo ser Frankenstein, como mínimo.

—Estás viva, Gallardo, eso es lo único que cuenta —dijo Simón.

—Y no sabes cómo me alegro —añadió la joven agente.

—No ha servido de nada, no sabemos dónde están Moretti, mi hermana y mi padre; y ese cabrón no dirá nada.

—Usaremos todo lo que tenemos para localizarlos, ahora sabemos quién es el asesino y secuestrador, seguiremos todos los pasos que ha dado. En estos momentos ya estarán llegando a su casa y a su comisaría, exprimiremos su teléfono y sus ordenadores. No vamos a descansar hasta dar con los datos.

—Esto es una cuenta atrás, Simón. No sabemos cuánto hace que los alimentó por última vez, así que solo tenemos horas, quizás día y medio. Eso sin contar que… que ya los haya matado.

—No pienses en ello, ahora tienes que curarte.

—No hay tiempo para eso.

—Claro que sí.

—Soy la que más probabilidades tiene de encontrarlo, tengo que ponerme a trabajar con mi portátil ya. África…

—Te lo he traído.

—Esa es mi chica. —Esther sonrió y se le vieron con claridad los dientes que había perdido. África rompió a llorar de nuevo.

—Vamos, te necesito entera. Dame el portátil y ya luego me preocupo de mi aspecto. Descubriré dónde están Moretti y mi familia y él me pagará al mejor odontólogo para que me ponga la mejor dentadura, la de Cameron Diaz.

Dos horas tras el suceso:

Esther acababa de pasar por radiología y ya llevaba un corsé para las costillas rotas. Las perforaciones del pulmón y el páncreas no parecían graves, los analgésicos la tenían algo adormilada, pero buscaba datos en el ordenador a toda prisa. Simón tenía a todos los policías de apoyo de todas las comisarías de la Comunidad de Madrid

trabajando sin descanso. África no se movía del lado de la oficial y le acercaba el vaso de agua cuando esta se lo pedía en la habitación del hospital.

Los doctores le habían dicho a Esther que la nariz no la tenía tan mal, se la habían enderezado a la vieja usanza, provocándole un dolor agudo indescriptible, y ahora tenía un vendaje aparatoso por toda la cara, además de los ojos amoratados por el derrame interno.

Simón no perdió ni un segundo e interrogó al asesino, que se llamaba Alberto Sarasola y era agente de una comisaría en la zona sur de la ciudad. Comenzó en la misma ambulancia y este se negó a responder a las preguntas, siguió igual en el hospital en el que iban a curarle las heridas; ni quería un abogado ni pensaba decir nada. El comisario sabía que se limitaría a ir a juicio y acatar el dictamen del juez, luego la condena. La impotencia era absoluta.

Los agentes encargados de registrar su casa informaron de que tenía un traje oficial de barrendero del ayuntamiento, además de que se habían llevado a toda prisa su ordenador personal para que lo revisasen los expertos informáticos. Igual hicieron con el ordenador de su trabajo. Los compañeros de la comisaría de Alberto Sarasola, también su propio comisario, se mostraron sorprendidos al conocer lo que había hecho. Javier Hernández, comisario al mando de la zona sur, llamó a Simón Ramos para garantizarle que le daría todo el apoyo posible en el caso, además de asegurarle que Alberto Sarasola siempre había sido un agente ejemplar. Simón terminó la conversación de forma rápida tras darle las gracias por el apoyo de forma mecánica, tenía mucho por hacer y ese tipo de charlas no ayudaba a resolver el caso.

Esther observaba a África, la pobre chica no sabía cómo actuar dentro de la habitación del hospital salvo comportándose como una enfermera atenta y servicial.

—África.

—Mi familia y mis amigos me llaman Afri.

—No me lo habías dicho.

—¿Qué necesitas? ¿Tienes sed o ganas de orinar?

—No, acércame el teléfono móvil.

—Claro.

Esther hizo una llamada algo inoportuna a esa hora de la noche. Dieron seis tonos hasta que descolgaron desde el otro lado.

—¿Hola?

—¿Nuria? Siento haberte despertado.

—¿Esther?

—Sí. Te hago un resumen porque no tengo tiempo, es algo de vital importancia.

—Claro, dime.

—Estoy en el hospital, nada grave tras enfrentarme a un asesino; no llames a Cristina, eso ya lo haré yo tras conversar contigo; mi padre, mi hermana y Hugo están secuestrados y el asesino no nos va a decir dónde; morirán de hambre y sed en unas horas.

—Joder, joder… Me levanto, espera.

—Siento haberte despertado. El caso es que necesitamos saber dónde están secuestrados y no conozco a ningún agente informático mejor que tú para conseguirlo.

—Estoy encendiendo mi ordenador.

—Tengo toda la información sobre el tipo, hay más de mil agentes indagando en ella, pero…

—Dame la IP del ordenador del asesino.

—¿Cómo?

—Manda un mensaje electrónico a quienes tengan el ordenador personal de ese tío y envíamela, dame también la tuya.

—Ni siquiera sé qué es eso de la IP.

—Es la dirección de cada dispositivo que puede conectarse a Internet. Hazlo mientras me preparo un café.

Esther obedeció, obtuvo la IP del ordenador de Alberto Sarasola en dos minutos. Luego se la envió por correo a Nuria Carvallo, además de decirle que no sabía cómo obtener ese extraño código del suyo personal. Nuria le explicó cómo hacerlo y así tuvo ambas direcciones.

—¿Para qué las necesitas?

—Espera… Ya. Ahora puedo entrar en tu ordenador y en el del asesino, puedo ver todo lo que hay en ellos como si tuviese esos ordenadores dentro del mío.

—Joder. Tú y yo vamos a hablar un día de estos para que me expliques cómo haces todo eso.

—Sí, pero ahora no, hay prisa. Te cuelgo y te aviso de lo que vaya obteniendo.

Esther escuchó los tonos tras finalizar la llamada durante unos segundos, los analgésicos la hacían pensar más despacio. Realizó otra llamada mientras le explicaba a África lo que estaba haciendo.

—¿Esther? Me tienes en ascuas, no logro dormir pensando…

—Gracias, Cris, estoy bien, o casi.

—¿Casi?

—Estoy en el hospital con dos costillas rotas y algunos daños internos, además de otras lesiones en la cara, pero todo se curará.

—Estás más loca que yo.

—Eso es imposible, y menos aún que Nuria. Escucha: no tengo la forma de encontrar dónde tiene retenidos el asesino a Moretti, a mi padre y a mi hermana, así que he pedido ayuda a Nuria. Te llamaba para que no estuvieses intranquila.

—¿Intranquila? Estoy de los nervios, y más ahora que me dices

eso. Al menos sigues viva.

—Y coleando.

—Voy para allá.

—No serviría de mucho, solo tenemos que localizar el lugar donde los tiene, no serviría de mucho la ayuda externa, se trata de una misión de rescate.

Silencio al otro lado.

—¿Cris?

—Aquí sigo.

—¿En qué estás pensando?

—En lo peor, ¿no te lo planteas?

—No quiero hacerlo.

—Yo perdí a mi pareja anterior en un caso, el padre de Evita. Aunque me veas muy fuerte, estuve con depresión y pensamientos suicidas durante casi un año.

—No me digas eso, es lo último que quiero oír.

—Lo sé, pero tienes que estar preparada para ello. Es parte de tu formación como policía y como persona.

—Ahora solo pienso en que siguen vivos y necesitan que los encuentre.

—Voy a salir en coche hacia Madrid, llegaré con las sirenas y las luces en menos de cinco horas.

—No ayudarías en…

—No voy para ayudar en el caso, voy a estar a tu lado por si me necesitas, que lo harás en el peor de los finales.

—No debí llamarte, no quería que me dijeras algo tan catastrófico.

—Solo soy realista, es necesario serlo en una situación como esta. Parto para allá con tu beneplácito o sin él. —Y colgó.

Esther suspiró hondo y el dolor del pulmón la azotó con saña, luego tosió varias veces, lo que hacía aumentar el malestar.

—Debes guardar reposo, tienes que descansar y tratar de dormir algo.

—No puedo, sería el peor momento para hacerlo, Afri. Consígueme algún estimulante, algo mucho más fuerte que el café, algo que anule el efecto de los analgésicos.

—Pero te dolerá mucho lo que tienes en el pecho y la cara.

—No me importa, hazlo.

—¿Dónde voy a conseguir algo así?

—Esto es un hospital, apenas hay enfermeros y médicos a esta hora y seguro que te las aviarás para llegar a algún almacén de medicamentos para robarlo.

La agente se quedó unos segundos paralizada y muda, luego salió de la habitación. El pasillo estaba desierto y sumido en una suave penumbra, ya no quedaban familiares caminando por ellos, ni

enfermeras, tampoco los focos blancos del techo, solo unos pequeños puntos de luz cálida cada varios metros, uno sobre cada puerta de habitación.

¿Dónde demonios iba a encontrar un almacén de medicamentos en un lugar enorme que desconocía? Ningún enfermero se lo daría, ni mostrando su placa, y ni siquiera sabía qué medicamento coger, pues no sabía para qué serviría cada uno que tuviese entre las manos. Llegó a la zona central de la planta y vio que el puesto del enfermero de guardia estaba vacío, seguro que había ido a comer algo, a fumar o estaba atendiendo a algún paciente. Tras el puesto había una puerta, se atrevió a abrirla tras mirar atrás por si había alguien que pudiera descubrirla.

¡Bingo!

El cuarto no tendría más de cuatro metros cuadrados, pero todas las paredes estaban forradas de vitrinas con medicamentos. ¿Cuánto le llevaría encontrar uno que ni siquiera sabía que tuviese el efecto de despertar a Esther?

Y le llegó el mensaje al teléfono móvil, lo leyó dejando una mueca de sorpresa en su cara y la rigidez completa en su cuerpo. Lo último que esperaba recibir.

Entró de nuevo en la habitación de Esther cinco minutos después con una pastilla en la mano, le acercó el vaso de agua para que la tragase y oyó el gracias de la oficial sin poder reprimir la mueca de desagrado.

—¿Qué es?

—Algo que te ayudará, ya lo verás.

Esther se quedó dormida al cabo de pocos minutos. África le quitó el portátil de encima para dejarlo sobre la mesita y se marchó.

El perfume

Cuatro horas tras la detención de Sarasola:

Sentía la lengua como si fuese un estropajo insípido, la cabeza le dolía y casi no sentía las extremidades. Hacía un largo rato, quizás horas, pues en esa situación era difícil medir el tiempo, que no conversaba con sus compañeros de «celda». Moretti respiraba cada vez más despacio, daba cabezadas cortas que no le aportaban energía y sentía la vida como un torrente de agua que se estaba reduciendo por horas, ahora no llegaba ni a riachuelo esmirriado.

Sus pensamientos se cruzaban, como sueños absurdos en los que se mezclan épocas, lugares y personas sin sentido. Su infancia con sus padres, algunos casos del pasado en los que, extrañamente, aparecía Esther a su lado; la chica y su familia celebrando una barbacoa en el jardín de una casa que nunca había conocido. La noche y el día entrelazándose constantemente. Un hijo de Esther y él, de unos ocho años, corriendo por el jardín. Un viaje a Brujas, paseando abrazados en una barca por los canales. Una discusión sin sentido para elegir la película en una visita al cine. El entierro de la madre de la chica, a la que nunca conoció ni lo haría, Esther se mostraba fría y distante en esa situación, incluso con sus hermanos, con caras borrosas en el sueño o alucinación.

Moretti, en un momento más lúcido de lo habitual, quería preguntar qué tal estaban la hermana de Esther y su padre, pero este último no podría responder y ella se encontraría más cansada y angustiada que él, así que no serviría de nada. Se limitó a respirar despacio y conservar las fuerzas.

«¿Dónde estás, Esther? ¿Estás viva? Ojalá que sea así y puedas rehacerte tras lo que nos ocurra. Busca a un buen psicólogo y pasa página, no cargues con la culpa por lo sucedido de esa forma tan autodestructiva que tienes. Debes ser fuerte, te queda toda la vida por delante y tienes que vivirla de la forma más feliz e intensa que puedas. Olvídanos a nosotros, piensa que esto no es culpa tuya, sino de un psicópata de los que has estudiado en la Universidad. Sé valiente y sigue tu vida tras esto. Porque sé que sigues viva, lo sé porque mi corazón sigue latiendo y eso significa que el tuyo lo hace».

Un ruido familiar, alguien entraba en la casa. Oyó los pasos sobre sus cabezas acercándose tras cerrar la puerta, los pasos pararon y se oyó la trampilla o puerta que daba acceso al sótano, luego los

escalones de madera crujiendo bajo el peso de alguien. No se trataba de la misma persona de las veces anteriores y eso lo puso en alerta, pero no gritó pidiendo auxilio, ya que alguien que entraba de esa forma tan directa no podía ser un policía que fuese a rescatarlos, sino un cómplice del asesino.

—Seguís vivos, me alegro —dijo en un susurro la voz.

—¿Ese perfume o colonia? Te conozco.

Un cómplice

Cinco horas tras el suceso:

El comisario estaba en su despacho, con más sueño que nunca, pero sin intención alguna de regresar a casa; ya se tomaría unas vacaciones con su mujer tras el caso para compensarla, ella tenía que comprenderlo, como había hecho todos esos años.

Sus agentes de apoyo encontraban datos del asesino a toda velocidad, pero no era ninguno de ellos relevante: dinero en el banco, compras de vehículos, el pago de la hipoteca de su piso, sus viajes y poco más. Tenía un SEAT Ibiza negro y luego compró el BMW M4 CS con el que hizo la segunda prueba a Gallardo, además de una furgoneta blanca que estaba desaparecida. Eso era lo más relevante, pero no lo conducía a saber dónde podría tener a sus rehenes, ya que no había compra o alquileres de inmuebles al margen de su vivienda.

Seguro que tendría a los secuestrados en un local o casa abandonada, o quizás la había alquilado sin contrato y pagando en efectivo; algo demasiado lento y difícil de rastrear. La cuenta bancaria de Alberto Sarasola mostraba muchos movimientos importantes, pero eran retiradas de fondos en efectivo, nada de transferencias ni ingresos en otras cuentas.

Llamó a Esther para ver cómo estaba, ella no respondió, así que supuso que estaba enfrascada en la investigación o dormida tras el duro día que había vivido. No querría estar en su piel, pues nunca se había visto metido en un caso de esa envergadura ni había sufrido golpes físicos semejantes en sus largos años de carrera. Así que no insistió en la llamada, esperaría unas horas.

Mandó un mensaje de texto al teléfono de su mujer, uno en el que hacía un resumen breve de lo ocurrido, ella lo leería al despertarse por la mañana e intuiría que él no iría a desayunar en casa.

«Moretti, hijo de puta, eres un perro viejo, mala hierba, seguro que sigues vivo. Estamos haciendo todo lo posible por encontrarte, aguanta».

La oficial de apoyo informático de la comisaría de Huelva, Nuria Carvallo, había accedido a la información primaria, aquella que tendrían todos los agentes de apoyo de las comisarías de Madrid, pero eso no era relevante, salvo lo de la furgoneta cuyo recorrido podría

seguir en las cámaras de vigilancia de los últimos días, trabajo de chinos… Luego había comenzado a obrar su magia entrando en los submundos que conocía, se centró en los mensajes de teléfono del asesino, pero no en los que aparecían visibles, sino en los que pudiera haber borrado y que permanecían en las copias de seguridad de los servidores de la compañía telefónica. Solo ella era capaz de acceder a través de puertas traseras para observar lo que el resto del mundo había decidido mantener en secreto. Una hora más tarde tomó el teléfono móvil para llamar a Esther, mientras tanto se fue a preparar algo de comer a la cocina, se sentía famélica.

Un tono, dos, tres… siete, ocho… Nada.

Volvió a llamar con la misma suerte.

«¿Te has olvidado del teléfono? ¿Te has quedado dormida? Imposible. Responde, joder».

Un tercer intento igual de infructuoso y llamó a una amiga a la desesperada.

—¿Nuria?

—Cris, no logro contactar con Esther, tengo adelantos en el caso.

—Estoy llegando a Mérida en dirección a Madrid, voy a toda velocidad. Dime lo que tengas y trato de llamarla también.

—No quiero que tengas un accidente.

—No te preocupes, he levantado el pie del acelerador un poco, de todas formas la autopista está desierta y puedo ir a ciento noventa por hora sin problema.

—El asesino mantenía correspondencia con alguien.

—¿Un cómplice?

—Eso creo. Hay mensajes borrados de su teléfono en los que se comunicaban.

—Ilústrame.

—No tengo acceso a los mensajes recibidos, pero sí a los emitidos, decían cosas como «el asunto va a comenzar», «ya tengo al primero de los profesores», «todo ha salido como esperábamos», «te pasaré la dirección del sitio cuando nos veamos en persona otra vez», «encárgate del asunto, estoy ocupado».

—Entiendo, un cómplice en toda regla, habrá que descubrir quién es y si ha participado de las muertes.

—Eso me llevará más tiempo, si es que logro resolverlo. Ten cuidado al conducir, te llamo en un rato.

Cristina colgó la llamada en la pantalla del coche y luego llamó a Esther, no logró contactar con ella y lo intentó en las dos siguientes horas. Ya casi llegaba a Madrid y esperaba que la chica no estuviese en coma por los golpes recibidos o muerta.

«No, no estás muerta, otro motivo justificará que estés desconectada, pero no puedes morir por tu narcisismo. Eres la

protagonista de la película y esta nunca muere, siempre sobrevive y resuelve el caso. Vamos, Esther, aparece de una vez».

Y aceleró al máximo su coche cuando entraba en la Comunidad de Madrid, ni siquiera había parado para comer algo o vaciar la vejiga, que ya protestaba hinchada en su vientre.

¿Un cómplice? ¿Cómo se interpretaba eso en el caso? ¿Era alguien que seguiría sometiendo a pruebas a la oficial? ¿Convertiría este asunto en una pesadilla aún mayor? ¿Podría ayudar a mantener con vida más tiempo a los secuestrados? Demasiadas incógnitas y nadie que pudiera resolverlas por ahora.

Cristina solo podía ir lo más rápido posible hacia un hospital que desconocía si Esther no le indicaba su ubicación.

Alberto Sarasola no pensaba dormir, ni siquiera tenía sueño, a pesar de la jornada intensa que había vivido y de los analgésicos que le habían suministrado por las heridas en las rodillas. Estaba en una habitación de hospital, esposada su mano derecha al cabecero de metal de la cama y con un agente sentado a su lado, adormilado; seguro que había otros dos en el mismo estado tras la puerta de la habitación.

Hacía un repaso mental a su vida, sobre todo al trato con su padre, estricto y propenso a soltar la mano cuando no veía lo que quería en su actitud; su madre miraba para otro lado. No la culpaba, eso hizo que se forjase fuerte y decidido. Recordó el momento en que eligió entrar en la academia de policía, además del esfuerzo que supuso ser el primero de su promoción, se veía capaz de sacar delincuentes de las calles, sobre todo a asesinos y violadores, los peores, los que abusan de los más débiles por su superioridad física o conseguida con un arma entre las manos. Recordó a su madre llena de moretones en la cara y el cuerpo, avergonzada y tapándose, aunque había olvidado por completo los momentos en que su padre se los produjo. También la cantidad de veces que deseó estar muerto. Otras en las que se veía en sueños como un salvador de su madre y logrando matar a su padre. Se había hecho policía para eso, para evitar las injusticias. Luego llegó su destino y la decepción constante por no progresar, a pesar de los años que pasaban y en los que él se esforzaba más que el resto. No era justo. La vida seguía siendo injusta y la suerte, esquiva ante sus deseos. Deseaba hacer el bien, salvar a los desvalidos, pero desde arriba, el propio comisario y los inspectores, lo tenían relegado a buscar datos en el ordenador, datos que ayudaban, cierto es, pero que no le llevaban a entrar en una vivienda y esposar a un delincuente mientras le leía sus derechos. Eso es lo que soñaba, pero el sueño se fue desvaneciendo lentamente con el paso del tiempo.

No podía girarse en la cama, las piernas las tenía escayoladas y sería imposible descansar si no adoptaba su postura de lado hacia la derecha.

¿Cómo lo había vencido esa chica? Sus notas no eran suficientes ni para aprobar, mucho menos para tener plaza en una comisaría, ya no digamos para desarrollar las funciones que le dieron. Era una aberración, mucho más, era un insulto a todos los policías que habían aprobado, obteniendo plaza o no, y que se veían relegados a tareas menores, esas absurdas, en la mayoría destinadas a rellenar con datos los informes posteriores. Su vida… su mundo había sido injusto durante su niñez y adolescencia, ahora lo era mucho más cuando podría ser el dueño de sus actos. Eso decidió, tomar las riendas de su vida y de su futuro, pero se topó con ella, una flacucha y débil policía que lo había vencido en unas pruebas que él mismo preparó para obtener todo lo contrario, mostrarle que no era apta para su puesto.

¿Cómo tomarse esa derrota? Él lo hacía pensando que ella había hecho trampas en la primera prueba, también en la tercera, no era rival cuerpo a cuerpo contra él; ocultó el arma para sacarla en el momento decisivo. Una tramposa, no tenía dudas de que había hecho lo mismo en los casos que había resuelto en el pasado, trampas como hacer que otros inspectores hicieran su trabajo para luego ella beneficiarse de sus descubrimientos. Eso era ella, una víbora que inyectaba su veneno de psicología para obtener lo que deseaba.

La odiaba, la odiaba con todo su ser, más aún que cuando comenzó esta cruzada contra ella y contra el sistema corrupto y erróneo que decidía qué policías estaban más cualificados para cada puesto.

Apretaba los dientes al pensar que pudo matarla a golpes si no se hubiera dejado llevar por su lengua viperina, debió matarla con sus manos cuando estuvo a tiempo, a golpes, estrangulándola o machacándole la cabeza con los restos de escombros que había por la zona. Fue débil, o esa debilidad se la produjo ella con sus palabras hipnóticas, y no terminó su tarea como debía hacer. Ahora se arrepentía de ello, se sintió débil y no lo hacía desde hacía mucho tiempo, justo desde que, siendo adolescente, mató a su padre a golpes tras presenciar la última pelea entre él y su madre. Días después asistió al entierro de ambos.

Lo único que le mantenía los ánimos era saber que todo iba a salir como había planeado, que Gallardo moriría en vida al conocer la suerte que habían corrido sus seres queridos, porque había otra persona más, una que tomaría su relevo y terminaría lo que ambos habían planificado.

Ponerse en lo peor

Esther despertó en mitad de un sueño que no podía aún catalogar como tal o realidad, pues seguía atrapada en la nebulosa. No lograba mover manos y piernas, solo podía ver el techo de la habitación, le costó reconocerlo y recordar que estaba allí. Había soñado que volaba libre, con esa sensación increíble de verlo todo desde arriba, liberada de pesares y responsabilidad, un sueño maravilloso tras muchos meses, incluso años, de pesadillas.

Revisó en su mente, en cuanto tuvo acceso completo a ella, sobre todo a la memoria y a las clases de la facultad, para saber el significado del sueño. Deseos y aspiraciones positivas, necesidad de vivir en libertad, no necesariamente que se viva atrapado, sino, más bien, querer vivir experiencias nuevas, de búsqueda de felicidad y de nuevos horizontes. Había soñado que volaba con los brazos extendidos, así que implicaba que no había satisfecho deseos o impulsos importantes. ¿El desarrollo como policía? ¿El triunfo en el Cuerpo de Policía? También volaba en el sueño a ras del suelo, eso indicaba que era consciente del peligro a caerse, a dejar de volar. En ese sueño se mezclaban dos emociones opuestas: la necesidad de salir de su zona de confort, que tenía por su narcisismo, y la búsqueda de cambio o de la libertad que supone arriesgarse a hacer algo nuevo. Esther quería volar más alto, tanto que alejase los problemas.

—¿Afri? ¿África? —No obtuvo respuesta.

Se incorporó a duras penas para comprobar que estaba sola en la habitación, la chica no respondía desde el cuarto de baño, quizás habría salido a fumarse un cigarro.

Miró el reloj en la pantalla de su teléfono móvil y se asustó, habían pasado más de siete horas desde que detuvieron al asesino. ¿Cuánto había dormido? ¿Cómo era posible?

El ordenador portátil estaba sobre la mesita, demasiado lejos de su alcance. ¿Por qué África lo había dejado allí? ¿Por qué la había dejado dormir en un momento tan complicado? ¿Por qué no le había hecho efecto el estimulante que su amiga y compañera le había suministrado?

Debía salvar a Hugo y a su familia, no podía permitirse dormir un solo minuto de descanso en la tarea, ¿por qué África la había dejado dormir durante horas?

No había nadie en la habitación y Esther usó el teléfono, tenía muchas llamadas perdidas, de Cristina, de Nuria y de Simón. ¿Cómo?

Llamó al comisario.

—¿Esther? ¿Estás mejor?

—Sí, dime, me has llamado.

—Era para decirte que tenemos una furgoneta blanca a nombre del asesino, estamos siguiendo su pista. Lo tienes todo en el correo electrónico.

—Gracias, me lo apunto. ¿Algo más?

—Nada más.

—Seguimos en contacto, tengo más llamadas que hacer.

Colgó y fue a por su vaso de agua, estaba lleno a la mitad, le costó mucho mover el cuerpo para alcanzarlo y lograr beber, pero lo hizo. Luego llamó a Nuria.

—¿Esther?

—Sí, estoy bien, olvida los formulismos. ¿Cómo lo llevas?

—Descubrí hace horas unas conversaciones borradas del asesino; traté de llamarte, pero no cogías el teléfono y se lo comuniqué a Cristina, debe de estar llegando a Madrid ahora.

—¿Conversaciones?

—El asesino tiene un cómplice.

—¿En serio? ¡Joder!

—¿Tienes vigilancia en el hospital? Espero que sí.

—No lo sé, pero nadie ha entrado a matarme, ya te lo aseguro.

—Ya lo compruebo por la conversación. Te mando lo que vaya obteniendo.

—Gracias, Nuria, te debo una bien gorda.

—Nada de eso, piensa en el caso, te llamo en breve.

—Un abrazo.

Tras despedirse de ella, llamó a Cristina.

—¿Esther?

—Todo el mundo pregunta mi nombre esta noche, como si hubiera cambiado.

—Te escucho rara, ¿estás bien?

—Algo adormilada, pero me repondré. ¿Dónde estás?

—Circulando por Madrid, es una locura, a pesar de que no hay tráfico. ¿En qué hospital estás?

—En el Doce de Octubre, pero no sé en qué planta ni habitación.

—Eso ya lo averiguaré cuando llegue. Descansa, me serás más útil cuando nos veamos.

—No seré de mucha utilidad, tengo las costillas rotas y un corsé que no me deja moverme.

—Una experiencia más a atesorar en esa mente prodigiosa. Dame unos minutos.

Colgó la llamada y miró el techo en la penumbra, a solas en la habitación. ¿Dónde estaba África? La llamó al móvil, pero esta no

respondió. Estaba sola.

¿Esperar? ¿Esperar a qué? Nunca había tenido paciencia, nunca había sabido esperar, ni siquiera al regalo de Papá Noel, por eso descubrió a sus padres colocando las cajas envueltas en papel brillante bajo el árbol a los seis años.

Le costó un esfuerzo titánico salir de la cama, luego llegaría lo peor, vestirse, sobre todo los pantalones y colocarse las zapatillas, que ni se molestó en anudar. No conocía la ruta para encontrar la salida del hospital, pero caminó por el pasillo todo lo rápido que el dolor le permitía, llegó a un ascensor y usó la lógica para pulsar el botón de la planta baja. Una vez allí, se dirigió a la derecha sin saber por qué, pero tuvo suerte y llegó a un vestíbulo enorme en el que había dos docenas de personas, a pesar de que la más absoluta oscuridad entraba por los ventanales de cristal.

—¿Disculpe? ¿A dónde va? —Era una enfermera que se acercaba a ella a toda prisa.

—Tengo que trabajar —balbució ella.

—¿Es una interna? Lleva la cara vendada y camina de esa forma… No puede salir de aquí.

—No pueden retenerme.

Esther le hizo una llave de mano de judo a la enfermera, esta cayó al suelo.

—¡Seguridad! ¡Seguridad!

Se personó un tipo enorme vestido de uniforme de empresa de vigilancia privada. El hombre fue a por ella de inmediato.

Esther sacó su cartera del bolsillo trasero del pantalón y mostró la placa.

—Policía, debo salir de inmediato.

El vigilante observó la placa, luego a ella, otra vez a la placa… Se acercó y le dijo:

—Debe obedecer a la enfermera.

—¿Estás loco? ¿No sabes lo que me juego en esto?

—Señorita, ¿se ha mirado a un espejo? Y apenas se tiene en pie, no puedo dejarla salir. No lo haga difícil.

—¿Difícil? Tengo que… tengo…

Dos manos fuertes la sostuvieron en pie antes de que cayese al suelo por el agotamiento y los sedantes, luego todo fue como en el sueño anterior, sin ser capaz de distinguir entre la realidad o el fruto de sus alucinaciones. Una figura delgada, pero esbelta y caminando con seguridad, un cabello largo y rubio invadiendo la escena. Palabras firmes y promesas de seguridad. La oscuridad y el frío de la noche. El coche, en el que subió con ayuda. Y luego las voces que la hicieron regresar.

—¿Qué te pasa? ¿Estás drogada?

—¿Eh? ¿Cómo? —Fue lo único que pudo decir. Las luces de colores pasaban como rayos láser al otro lado del cristal, apenas logró recomponerse hasta que reconoció la voz.

—¿Cris? ¿Cristina Collado?

—La misma que viste y calza. ¿Qué cojones te pasa? ¿Te han sedado para el dolor?

—¿Qué haces aquí?

—Me has llamado y te he dicho que vendría, hemos hablado hace unos minutos. Despierta de una vez.

Y sintió la bofetada en la cara como una ola fría en la playa que la despejó. Se rehízo y la miró como si fuera la primera vez que la tuviese delante.

—¿Dónde estamos?

—En Madrid, acabas de salir del hospital con mi ayuda y tenemos que encontrar a Hugo y a tu familia. ¿Te parece bueno el resumen? ¿Qué coño has tomado?

—No lo sé, solo recuerdo que le dije a África que me consiguiese un estimulante para no dormir y poder avanzar en el caso, pero me he quedado dormida y mi agente no estaba allí en la habitación cuando he despertado.

—Pues estás drogada, llevas un sedante para dormir a un caballo y no me sirves así, lucha contra el químico, aunque pararé en el primer sitio que encuentre para darte un café triple que te ayude a recobrar la cordura. No quisiera ducharte con agua congelada con ese corsé para las fracturas de las costillas, pero no creas que no me atreveré…

—Sé que serías capaz de eso y de mucho más.

—Ahora sí que te siento algo más despierta. ¿Qué pasa con esa tal África? ¿Es una ayudante? ¿Dónde está?

—Es mi chófer, también de Moretti, una agente de apoyo a todos los niveles. Es de confianza.

—Pero ha desaparecido.

—Sí, deben de habérsela llevado.

—¿Quiénes? El asesino está capturado.

Esther tardó mucho en responder.

—No sé, no es lógico. Quizás un cómplice.

—Lo lógico es que te hubiese matado a ti, no tiene sentido que se lleve a tu ayudante.

—Es cierto.

—¿Crees que la chica pueda ser la cómplice?

—¿Ella? ¡No! Ni por asomo.

—¿Cómo estás tan segura de eso?

—No tengo cómo probarlo, pero lo sé, confío en ella.

—¿Por qué?

—Compartimos secretos, ya sabes, cosas que solo le dices a alguien

en quien confías.

—Ya comprendo. Pero eso no me vale. ¿Desde cuándo la conoces?

—Dos semanas.

—Esther…

—¿Crees que he sido débil y que he cometido un error?

—Yo solo contemplo posibilidades, Esther, solo eso. Me has dicho que el asesino tiene un cómplice.

—Sí, lo ha descubierto Nuria.

—Quizás sea África, no hay mejor cómplice que uno que tiene la confianza de la víctima.

—Eso lo enseñan incluso en la academia. Está bien, tenemos que ponerla en busca y captura. —La oficial llamó al comisario para comunicarle las novedades.

—¿Cómo que te has ido del hospital? ¿Estás loca?

—Ahora no, Simón. Voy con Cristina en su coche y estoy a la espera de lo que vayamos descubriendo.

—¿Cristina? ¿Hablas de Collado? Por Dios, no dejes que saque el arma, no está autorizada y nos comeríamos un mes de papeleo si hace de las suyas.

—Ella también te da un cordial saludo. Tengo que dejarte. —Finalizó la llamada y le dijo a Cristina que aparcase en la primera cafetería que encontrase abierta, porque dar vueltas por la ciudad no serviría de mucho sin saber aún a dónde ir.

Estacionaron justo antes de llegar a la rotonda que daba acceso al paseo de las Delicias, en un pequeño bar restaurante que estaba subiendo las persianas de metal en ese momento. La luz del amanecer ya pugnaba en intensidad con las de las farolas y pronto desaparecería el frío de la noche. Cristina ayudó a Esther a salir del coche, esta no protestaba, pero su semblante, a pesar del vendaje de la cara, indicaba que le dolía mucho. Hizo de soporte de la oficial para cruzar la acera y preguntar al empleado que ahora se afanaba en sacar mesas y taburetes altos a la terraza:

—¿Podemos tomar un par de cafés?

—Aún quedan unos quince minutos para poder atender a los clientes.

—Me temo que no tenemos tanto tiempo. —Cristina mostró su placa y añadió—: Estamos en una misión a contra reloj y le agradeceríamos mucho que hiciese el esfuerzo.

El camarero, o propietario, asintió y entró a toda prisa para encender la cafetera.

—¿Un bollo de chocolate? Yo no desayuno bollería, no suelo comerla nunca. Ya lo sabes de las vacaciones.

—Te lo he pedido porque el azúcar es como la cafeína, te dará energías y te mantendrá más despierta, cómetelo aunque no te guste y te provoque dolor por los dientes rotos.

Esther asintió con la cabeza mientras tecleaba en su portátil, estaba redactando correos para todos los jefes de departamento, pidiéndoles que la pusieran en copia en los mensajes que enviaran al comisario. Aprovechó para decirle a Nuria que podría seguir con las cámaras de tráfico de los últimos días a la furgoneta blanca del asesino, quizás descubriese la ruta hacia donde tenía los tres rehenes, luego le dio las características del vehículo y la matrícula, aunque ella ya los tenía.

—Se te enfría el café, ¿qué estás haciendo?

Esther se lo contó mientras daba un largo sorbo al café, se quemó la boca, y luego un mordisco al bollo de chocolate. Milagrosamente, recobró fuerzas y la mente la sintió mucho más activa, aunque era cierto que vio las estrellas por los dientes rotos.

—Le voy a pedir al comisario que le dé a Nuria las claves de acceso al sistema de cámaras de tráfico.

—Antes de que te termines el desayuno, ella ya estará siguiendo la furgoneta.

—No lo había pensado, estoy aún espesa.

—El sedante irá desapareciendo de tu cuerpo para dejarte la mente más lúcida, pero el dolor se incrementará al mismo tiempo como no imaginas.

—Lo sé, pero lo prefiero a quedarme en el hospital mientras ellos están en esta situación por mi culpa.

—No digas eso, no te culpes por acciones que no has llevado a cabo tú misma.

—Si hubiera decidido trabajar como psicóloga… Si no fuese tan cabezota y no me hubiese empeñado en ser policía…

—Claro, y también es culpa del comisario por aceptarte, de Moretti por ayudarte, mía y de todos los que participamos en tus casos. No digas tonterías, céntrate en resolver el caso y en nada más.

Esther siguió comiendo en silencio. Tras terminarse el bollo, cosa que le dio algo de náuseas, apuró el café; cada vez le dolía más respirar, el pecho lo sentía como si estuviese lleno de agujas moviéndose en su interior, además de tener que respirar por la boca porque tenía la nariz taponada de gasas y sangre reseca. Cristina pagó la cuenta y decidieron quedarse allí hasta tener una ruta a seguir. El camarero seguía observándolas de reojo cada pocos minutos, como si se preguntase a qué venía tanta prisa cuando se habían quedado de charla tras desayunar.

La oficial tuvo una idea y llamó por teléfono a Nuria.

—Sigo a la furgoneta, pero me va a llevar un jodido siglo ir pasando de cámara en cámara hasta donde sea que se dirige.

—¿Un siglo?

—Me refiero a horas.

—Espero que sean pocas, no sabemos si siguen con vida o si les queda poco por llevar demasiado tiempo sin agua y alimento.

—Me esfuerzo todo lo que puedo.

—Perdona, es que no mido mis palabras ni el tono; no lo hago nunca, así que menos logro hacerlo en una situación como esta.

—Tranquila, trabajo en una comisaría y ya te he conocido en las vacaciones. Sigo a tope con la tarea, te lo prometo. ¿Algo más?

—Sí, me había olvidado, te llamaba precisamente para eso. ¿No sabes cómo localizar el número de teléfono del cómplice en las conversaciones borradas del móvil del asesino?

—Si pudiera, ya te habría dado el nombre del tipo, su dirección y hasta te diría si es guapo o no. El problema con los mensajes borrados, y también con los no borrados, que se cruzan con un número oculto, es que la ley de protección de datos de las compañías telefónicas lo convierten todo en una pesadilla, necesitamos autorizaciones de comisarios, luego fiscales y jueces, además de esperar unos dos días.

—No tenemos dos días.

—Lo sé. Sigo con la búsqueda de la furgoneta, ahora mismo voy por la M-40 con ella.

—Gracias, Nuria, un abrazo.

—Otro para ti, te llamo en cuanto tenga datos como desvíos que toma y demás, solo espero no estar siguiéndola mientras va al supermercado a hacer la compra.

Esther colgó y comprobó que Cristina estaba enviando un mensaje con su teléfono, luego le dijo que era para su marido, para decirle que todo iba bien.

La oficial dejó escapar unas lágrimas.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—No vamos a lograrlo a tiempo.

—Confía en el equipo, esa es tu mayor baza, toda la policía de la comunidad lo está intentando, además de nosotras y Nuria.

—Pero África sigue sin aparecer.

—Eso te duele por haber confiado en ella.

—Sí, mucho.

—Aprende la lección. Seguirá siendo sospechosa y cada minuto que pasa la acerca más a la categoría de cómplice.

—No sabes… He dormido con ella, he llorado con ella.

—Hacen lo que sea necesario para ganar tu confianza, incluso te pueden hablar de traumas para que empatices con ellos a través de la pena.

—Yo sería incapaz de algo así.

—Tú, ya lo has dicho, tú, no ella.

—Ya, pero volviendo al caso, me dijiste que temiese lo peor.

—Siempre hay que ponerse en lo peor, así no duele tanto la noticia. Y, si ocurre el milagro, nos alegraremos mucho más de haberlo conseguido.

—¿Milagro? —Y rompió a llorar con más fuerza, a pesar del dolor en la nariz y el pecho.

Redención

Las celdas para presos pendientes de juicio de la cárcel no eran como había esperado, él las imaginaba o más lujosas o más espartanas, pero la suya parecía un alquilado dormitorio de adolescente universitario sin pósteres en las paredes y con un inodoro y un pequeño lavabo en un rincón; eso sí, mucho más limpios que los del apartamento de alquiler del estudiante. Tampoco era un pensamiento que lo atormentase, ni mucho menos, le daba igual el agujero en el que lo metiesen tras salir del hospital.

Los médicos le habían curado las heridas de las rodillas y ahora lucía aparatosas escayolas que lo tenían inmovilizado, por lo que tenía que llamar a gritos a los funcionarios cuando tuviese que vaciar la vejiga o el vientre, o hacérselo encima y que otros lo limpiasen, como los enfermeros de la prisión que se pasaban cada pocas horas para comprobar que todo iba bien. Por algún motivo que no le habían contado, tuvo que abandonar el hospital sin guardar las cuarenta y ocho horas de reposo y observación que le había indicado el médico que lo operó; tampoco estaba en la enfermería de la cárcel, claro que no requería suero ni medicación intravenosa y le daban pastillas en la propia celda.

Quizás fuese por lo que le habían inyectado en las piernas, pero el dolor de las mismas era menor que el del hombro, no podía cambiar de postura aunque estuviese sintiendo arder su espalda.

¿Arder? Lo que más ardía en su interior era el saber que había fallado, que poniendo a prueba a la chica se ponía a prueba también a sí mismo y había perdido; eso era lo que más lo atormentaba desde que cayó abatido en aquel terraplén, vencido. No importaba que ella hubiese hecho trampas, después de todo, los policías tienen que hacer lo que sea necesario para detener al delincuente. El delincuente, por primera vez en su mente, era él. Ahora lo veía claro. No solo había fallado o perdido en su misión, también le había quedado claro que no era tan buen policía y que la chica a la que había atacado no era tan mala como imaginaba. Comenzaba a comprender que Gallardo quizás merecía el puesto, pues las tres pruebas las había realizado sin ayuda alguna.

Se apretaba los dientes con fuerza al pensarlo, le costaba aún asumirlo, como si fuese una pastilla que costara tragarla, pero que tenía que hacerlo porque sabía que le sentaría bien su efecto.

Alberto Sarasola había querido ser siempre policía, desde muy

pequeño. Se había esforzado mucho en la academia para ser el mejor y luego había albergado la ilusión de que, con su buen hacer y actitud, lo fuesen delegando a tareas más importantes, ascender y trascender con el paso de los años, es lo único que movía su vida. Pero su esfuerzo no había obtenido la respuesta que él esperaba y eso lo fue consumiendo día a día, semana a semana… hasta pasar ocho eternos años. Un buen día apareció el mensaje de móvil para decirle lo que esa persona, un compañero o compañera, veía en la comisaría: una novata con notas mediocres, insuficientes, llevando casos importantes de homicidios. Eso le podía haber provocado una úlcera. Estuvo varios días rumiando lo que fue pasando con rapidez desde la ira a planificar una venganza en toda regla, luego recibió otro de esos mensajes ocultos con más datos que seguían envenenando su mente: la chica se encamaba con los inspectores de la brigada para resolver los casos y tenía la desfachatez de asignarse el mérito de los mismos. Seguro que el propio comisario formaba parte del trato sexual. A la chica la habían ascendido a oficial en tiempo récord, ¡oficial! El veneno ya estaba disparado por sus venas y no podía parar… Ni siquiera tuvo curiosidad por saber quién le mandaba los mensajes, cómo había sabido esa persona que esa información podía afectarle. El odio, la rabia y la impotencia lo invadían todo.

Tenía la herencia de sus padres sin tocar, ahí perdiendo intereses en una cuenta bancaria. No se había casado ni tenía hijos, así que no se tenía más que a sí mismo y un futuro negro frente a él, dedicado a lidiar en peleas de bar o altercados domésticos. ¿Hacer eso de por vida? Era como estar muerto, igual. Cuando cumpliese los cuarenta años, lo mandarían a hacer DNI y pasaportes, unos años más tarde pasaría a vigilar las puertas de organismos oficiales del Estado. Una puta pesadilla se cernía sobre él.

Una noche soñó con vengarse de la chica, aunque en el sueño no le ponía cara porque no la conocía, solo había indagado en la prensa sobre las soluciones de sus casos. A la mañana siguiente, comenzó a investigar más a fondo sobre ella en el ordenador del trabajo, solo necesitaba su nombre y los mensajes ocultos ya se lo habían dado. Su familia, su dirección, su coche, sus notas de la academia… Se le daba bien investigar y logró esa semana sacar todos los datos que necesitaba, incluso los nombres de los profesores que, tras haberla suspendido, no hicieron nada por impedir su asignación.

Sentía hambre, pero no diría nada a sus carceleros, sabía que allí la comida la servirían a su hora, claro que él no tenía reloj ni su teléfono móvil para saber si eran las doce o las cuatro de la tarde. Otro dato absurdo cuando sabía que le quedaban más de quince años allí encerrado.

«Ni por asomo, no voy a estar ni dos semanas, me quitaré la vida

en cuanto tenga la oportunidad».

¿Para qué seguir viviendo? Él solo contemplaba la vida trabajando como policía y ya no podría hacerlo nunca más. ¿Estar allí hasta salir con la condicional y buscar empleo con casi cincuenta años y en trabajos como limpieza o ser conserje de un edificio del centro? Vivir así sería mucho peor que estar muerto. Lo tenía decidido, acabaría pronto con aquello.

Otros en su lugar quizás buscasen venganza, pero él no sentía ya eso en su estómago, ¿buscar a la chica de nuevo para matarla tras esos años? Era absurdo, sobre todo porque sabía, ahora estaba totalmente seguro, que ella merecía el puesto y que seguiría creciendo como policía en esos años.

Había obrado mal, se había dejado llevar por sensaciones y emociones tóxicas. Se sentía como tras salir de un sueño muy intenso y realista y observar de repente el mundo a su alrededor, un mundo muy diferente al del sueño, un mundo que era el real y no el que había tomado como tal durante esos ocho años.

Lo habían interrogado en tres ocasiones, había rechazado tener un abogado y no había dicho una sola palabra tras su orgullo herido. ¿Se estaba curando ese orgullo? ¿Iba a seguir siendo un delincuente, un asesino despiadado? ¿En qué momento había dejado de ser un buen policía? Hasta hace solo unos meses era responsable y se preocupaba de los ciudadanos, de los inocentes, al menos.

Recordaba el puñetazo a la mandíbula que le dio al anciano padre de la chica con vergüenza ahora, no debió hacerlo. No debió hacer nada de lo que había hecho en las últimas semanas.

¿Qué estaría haciendo esa otra persona que le enviaba los mensajes? No lo sabía, quizás huyese como una rata asustada, después de todo se había limitado a darle datos y aumentar su odio, el que ya albergaba en su interior desde hacía años como acumulando gasolina a la espera de que llegase la cerilla que la prendiese. ¿Gasolina? Tenía mucha en la casa de campo y esa ubicación la conocía esa persona. En buena hora se la dijo, en ese momento se sentía eufórico por lo bien que iba saliendo todo y la consideraba un colaborador.

Llamó a gritos a sus carceleros.

—¿Qué coño quieres? —preguntó con desdén uno de ellos al cabo de unos segundos—. No pienso sacarte la polla para que mees. Háztelo encima, cabrón.

—Llama al comisario, quiero hablar con él.

Hacia el norte

Diez horas tras la detención de Sarasola:

Nuria había llamado para indicarles que seguía la ruta de la furgoneta en las cámaras de tráfico. Esther cerró el portátil nada más colgar el teléfono y se marcharon de la cafetería todo lo rápido que se pudieron permitir. Cristina ahora conducía por la M-30 hacia la A-1, la autopista que salía de Madrid hacia el norte del país.

—¿Te duele mucho? —preguntó unos minutos antes la inspectora mientras la ayudaba a colocarse el cinturón de seguridad.

—Cada vez más, pero aguantaré, no quiero más analgésicos ni somníferos.

—Espero que no tengamos un accidente de tráfico.

—¿Por qué lo dices?

—El cinturón en tu pecho y el *airbag* en tu cara.

—Joder, quizás debería conducir yo.

—¿Es una de esas bromas tuyas que no comprende nadie?

—No, es que se me da mejor conducir de lo que imaginas, aunque lleve este corsé que me impide moverme bien y todo el dolor.

—No tenemos prisa, Nuria sigue los movimientos de la furgoneta y correr no serviría de mucho porque no sabemos aún qué salida y ruta ha seguido el asesino tras tomar la A1.

—Claro, es cierto.

Circulaban a la velocidad máxima permitida mientras Esther estaba pendiente del teléfono. Dudaba en llamar al comisario para decirle las novedades, porque no sabía si su ruta la llevaría a donde estaban retenidos Moretti y su familia y no quería que veinte patrullas se apartasen de otras tareas para seguir una pista errónea. Como había dicho Nuria una hora antes, quizás el asesino en la furgoneta iba a hacer la compra o a pasar un día de relax en el campo. Debía tener la mente lo más fría posible y no tomar una decisión fatal. Tal vez los rehenes estaban en otro lugar y Simón los salvase a tiempo con sus muchachos.

—Esther.

—Dime.

—¿En qué piensas?

—No quiero llegar tarde.

—Eso no depende de nosotras.

—Lo sé, es lo que me fastidia, no controlarlo todo por mí misma.

—Pensé que habías aprendido con la experiencia que un policía no depende solo de sí mismo, fíjate en lo que dependemos de Nuria ahora.

—Me cuesta asimilarlo cuando me juego tanto en el caso.

—Lo comprendo, en serio, empatizo contigo y siento tu dolor y tu ansiedad.

—No sabes cómo aflige…

—No te quejas del dolor en la nariz, ni de los dientes, tampoco de las costillas, solo de salvar a tus seres queridos; por eso te comprendo y para eso he venido. Te ayudaré siempre.

—No me merezco tu ayuda ni la de nadie, no os llamo salvo cuando tengo una necesidad, no me preocupo de las vuestras y ni siquiera pregunto por ellas.

—Es cierto, eres un bicho raro —dijo antes de lanzar una carcajada —. Eres difícil de trato, pero te haces de querer.

—Dicen que los narcisistas atraemos a nuestras víctimas.

—No digas eso.

—Es lo que siento.

—Pues deja de ser narcisista y danos una mejor versión de ti. Ese es tu objetivo.

—Mi objetivo ahora es salvar a mi hermana, a mi padre y a Hugo.

—Lo sé, pero me has comprendido.

—Sí, te he comprendido, estoy en ello.

Un mensaje de Nuria, la furgoneta tomaba la salida en el kilómetro treinta.

Esther se lo dijo a Cristina, aún estaban a unos diez kilómetros de ese punto.

Llegó a su destino antes de lo que había imaginado, quizás por haber sucumbido a pensamientos que le monopolizaban la mente, estos se centraban casi en exclusividad en no saber siquiera por qué estaba haciendo aquello de nuevo. Aparcó ante la casa de campo en mitad de la nada, se veía igual de horrible a la luz del día que durante la noche, una de esas viviendas para pasar los fines de semana que no querría comprar o alquilar nadie por su aspecto lúgubre y tan alejada de tiendas y de otros lugareños con los que conversar. Una de esas de las que cuentan los vecinos que murió alguien de forma trágica en su interior.

Se bajó del coche y fue al porche de la casa, la llave de la puerta de la entrada seguía bajo la piedra blanca que le había indicado Sarasola, y donde recordaba había dejado el día anterior, a dos metros de distancia. Abrió despacio y con respeto, aún se preguntaba qué hacía allí, cuando podría haber seguido con su vida sin

inconvenientes, o haber huido si consideraba que su libertad peligraba por las investigaciones.

El interior no era mejor de lo que se apreciaba fuera, todo estaba suplicando a gritos una reforma, la escalera que daba al piso superior, que no visitaría; el recibidor; la cocina a la derecha, llena de muebles del siglo pasado y recubierta de una costra de grasa de un centímetro de grosor en paredes, muebles y suelo. No tocaría nada, no por dejar huellas, sino para no pillar una infección.

Llevaba una bolsa con víveres y agua mineral que había comprado en un supermercado unos minutos antes, aunque nadie le había pedido que lo hiciese, era algo que le dictaba la cordura. No iba a dejar morir de hambre y sed a esas personas.

Fue al salón y levantó la alfombra para acceder a la trampilla y las escaleras que daban al sótano. Al bajar despacio, sintió un hedor mucho peor que el día anterior, sudor, excrementos y orina, aunque ahora no había gritos ni súplicas. Se encontró con un panorama desolador. Los tres rehenes, que estaban atados de pies y manos a la pared de su izquierda, parecían haber muerto.

Se acercó con miedo a ellos, casi no lograba alzar la voz para llamarlos. Se armó de valor tras unos segundos.

—¿Hola?

—Agua —murmuró en un hilo de voz la hermana de Esther.

Les dio agua despacio de uno en uno, aunque el anciano parecía no ser capaz de beberla y se le derramaba todo el tiempo salpicando su pecho. Luego les dio puré de verdura y plátano, como le había dicho su ¿socio? que había hecho antes con los profesores que ocuparon ese lugar. Su aspecto era deplorable, quizás no les quedase ni una hora de vida, pero se había apiadado de ellos, no iba a dejarlos morir de esa forma. Claro que, ¿durante cuánto tiempo más seguiría haciéndolo? ¿Llamaría de forma anónima para denunciar lo que allí ocurría? Aún no lo había decidido.

Subió las escaleras a toda prisa, obviando las preguntas que oía con voces que eran rugidos a su espalda. Cuando cerró la trampilla y puso la alfombra sobre ella, se tuvo que sentar en el suelo para respirar hondo. Tardó unos minutos en levantarse y dirigirse a la cocina de nuevo, allí había visto una botella de *whisky* y quería servirse un trago o dos. Necesitaba calmar los nervios y obnubilar un poco su mente.

¿Cuándo se había visto en una situación similar? Nunca. Aquello se le había ido de las manos y las consecuencias no le gustaban, no había pensado en ellas antes, ese fue su gran error.

Se tomó dos tragos directamente de la botella, no pensaba usar los vasos sucios del lugar. Necesitaba un cigarro y salió a fumarlo con la botella en la mano al porche de la vivienda para respirar aire fresco;

no se veía a nadie alrededor, a nadie ni nada que se moviese, se encontraba en el culo del mundo aun estando en el centro del país.

Con ansiedad, dio calada tras calada al cigarro sin encontrar en su mente la forma de salir de allí sin pagar las consecuencias, salvo borrando todas sus huellas. Ya se había encargado de usar un teléfono del mercado negro y con mensajes ocultos para comunicarse con ese idiota de Sarasola, pero ahora sabía que su ADN podría estar en la casa. Maldita fue la hora en la que se apiadó de los rehenes para mantenerlos con vida.

No quería acabar en la cárcel, pasar de agente de policía a delincuente inquilino durante quince o veinte años de una cárcel. El plan se había ido al traste y tenía que pensar con la mente lo más lúcida posible para salvarse del asunto.

Nunca se había visto como delincuente, a pesar de lo que había hecho, la coacción a Alberto; pero matar a los rehenes no formaba parte entonces de esta locura que vivía de repente; ni siquiera era su plan, eso lo había orquestado y realizado todo Sarasola sin haberle pedido consejo u opinión. ¿Qué parte de culpa era suya? No, ahora solo pensaba en cómo salir sin culpa ni castigo de la situación. Se lo repetía una y otra vez. No había matado a nadie, solo había enviado información a otro para que actuase como quisiera, ahora les había dado alimento y comida, eso era un atenuante… No, tenía que pensar mejor y salir de allí sin huellas. No bastaba con librarse de la cárcel; simplemente, no se podía permitir que lo expulsarán de la comisaría y tener que buscar trabajo de vigilante nocturno o administrativo.

¿Marcharse sin más?

El ciego había olido su perfume y oído su voz, podría señalar su identidad. Quizás lo pudiera matar a él solo. Llevó las dos veces el pasamontañas y los otros dos rehenes no le habían visto ni trabajaban en la comisaría para identificarle, pero Moretti quizás les dijo quién era, tal vez les dio su nombre en las conversaciones que mantenían abajo. No, no podía fiarse de eso. Tenía que acabar con los tres para borrar todas las huellas y el rastro que conduciría hacia su persona.

No se sentía capaz de apretar el gatillo de su arma contra las cabezas de tres inocentes, así que tendría que haber otra forma de hacerlo. Debía cerrar el asunto en ese momento y el tiempo corría.

Tragedia

Doce horas tras la detención de Alberto Sarasola:

Simón tenía más sueño que nunca, estaba en su despacho y había enviado a su mujer el enésimo mensaje de disculpa, ella tendría que comprender que la vida de uno de sus activos más importantes estaba en juego, aunque cada minuto que pasaba pensaba que lo había perdido, que el asesino lo había matado y solo encontraría su cadáver, junto a los de los dos familiares de Gallardo. A la mierda el programa de casos difíciles del ministerio que, no solo resolvían esos casos, sino también otros comunes que le facilitaban su día a día. Aunque esto último no era lo más importante, les había cogido cariño, era su forma de decirlo, aunque nunca les hubiera dicho que los consideraba personas importantes en su vida. Llevaba todos esos años en el cargo diciéndose a sí mismo que no se podía ser comisario dando palmadas en los hombros, por mucho que uno quisiera, era como darles la libertad para relajarse en sus funciones, o así lo entendía él desde que era agente.

Eran las diez y cuarto de la mañana y suspiraba ante la información que recibía de sus operativos, ninguno de ellos le daba lo que quería, ansiaba saber la ubicación de Moretti y los otros dos rehenes, pero esta no llegaba. Hacía más de una hora que no se comunicaba con Gallardo y eso le ardía en las entrañas.

«La chica estará viviendo un infierno de dolor físico por las heridas y otro aún mayor en su interior por no poder avanzar y encontrar a Hache. Si salen de esta con vida, le contaré a Esther el motivo del apodo de Moretti. No puedo prometer más, salvo hacer una peregrinación de esas que no me puedo permitir».

Fue a por otra taza de café para darse el paseo y oxigenar su mente unos minutos, al regresar vio a su secretaria dirigirse hacia él con una mueca que conocía a la perfección.

—Marta, ¿qué tienes?

—Alberto Sarasola quiere hablar contigo.

Y se le quitaron las ganas de beber más café. Dejó la taza en las manos de Marta y se marchó solo hacia la prisión en un coche patrulla con las sirenas y luces encendidas. Al llegar al lugar, usó su cargo para evitar perder tiempo en controles absurdos de metales o de reconocimiento informático. El tiempo apremiaba, aunque esperó unos eternos treinta minutos a que le llevaran a Alberto Sarasola

frente a él otra vez.

En esta ocasión, apreció un semblante diferente, uno que reconocía tras sus largos años de servicio.

—Cuéntame —se limitó a decirle.

Sarasola no paró de hablar y de contar datos valiosos ante la cámara que lo grababa, pero se dejó un detalle importante, no hizo alusión a su cómplice. Quizás, pensó el comisario, por que no lo conocía ni podría dar datos sobre él o ella, pero la información que dio fue definitiva, lo que hizo que Simón saliese del lugar para llamar de inmediato a Esther y darle la ubicación exacta en la que se encontraban los rehenes.

—¿Estás seguro? ¿Eso ha dicho Sarasola? Nos ayuda mucho, estamos cerca del lugar.

—Esperad a los refuerzos, ¿me oyes? No entréis sin apoyo.

—Así lo haremos —respondió la oficial antes de colgar.

—¿Qué tienes? —preguntó Cristina.

—El sitio en el que están Moretti y mi familia. No está lejos, en Valdelagua, una pequeña localidad que se encuentra a dos kilómetros de aquí; he memorizado el plano de carreteras de la comunidad mientras conducías. A esta velocidad llegaremos en diez minutos, en cinco si pisas el acelerador.

—¿Vendrá apoyo y tendremos que esperarlo?

—Vendrá, pero más tarde, corre.

—Esther, ¿quieres que hablemos de nuevo sobre lo que te puedes encontrar allí?

—No, no quiero hablar de eso ahora, quizás luego.

—¿Estás segura?

—No, pero es lo que quiero hacer, centrarme en que los encontraré vivos.

—Está bien.

—Acelera.

—Eso hago.

—Tu coche es una mierda, debimos venir en el mío.

—Este SEAT León me está costando casi cuatrocientos euros al mes pagarlo, no se le puede pedir más.

—Pues eso, debimos venir en mi Audi. —«Quizás esta ocasión hubiera sido la última en la que voy dentro de ese coche, porque no seguiré con el programa de casos difíciles si Moretti no está a mi lado».

Ninguna de las dos dijo una palabra más, se limitaron a ver cómo los kilómetros pasaban más despacio de lo que les habría gustado a ambas, adelantando coches que ya circulaban por la carretera nacional, hasta ver al fondo la entrada del pueblo.

Esther acusaba el dolor en la cara y las costillas como si la

apaleasen sin cesar y cada vez más fuerte, pero se mordía las ganas de quejarse para impedir que Collado frenase y terminara con la misión. Encontrar a su hermana, a su padre y a Moretti lo suponía todo en esos momentos que, por desgracia, recordaría siempre con el mismo dolor físico y anímico, quizás iba siendo hora de hermetizar el cajón de los recuerdos a olvidar, de crear un armario de plomo macizo donde guardar esos recuerdos. Tal vez dentro de unos minutos u horas tuviera imágenes que almacenar allí, si seguía los consejos de Cristina sobre asimilar que ellos estarían muertos a su llegada.

Estaba a punto de cerrar página, de dejar la rabia atrás culminando su venganza personal, aunque no se sentía con las fuerzas necesarias para hacerlo. Terminar con una vida a sangre fría no era tan sencillo en la práctica como lo había imaginado durante años. La pistola pesaba el triple que cuando hacía las prácticas de tiro, como si los remordimientos que llegarían después se colocasen ahora sobre el arma para hacerle cansar y bajar el brazo. Apretó el gatillo con todas sus fuerzas, pero temblaba y el arma no emitía sonido alguno, como si el gatillo estuviese bloqueado, aunque ella sabía que no lo estaba.

Él la miraba asustado y le pedía clemencia, pero ella no tenía de eso, solo miedo a decepcionarse por quitarle la vida en lugar de tener la valentía de irse y aprender a pasar página.

África se sentía como la peor persona del mundo, había dejado a Esther sola en la habitación del hospital para cerrar un asunto importante a sus espaldas, algo que le había ocultado de forma deliberada; la oficial no se lo perdonaría nunca, tampoco se perdonaría ella. Solo llevaban dos semanas juntas, conociéndose, pero todo había sido tan intenso que habían intimado hasta casi ser amigas; traicionarla en el peor momento de su vida era algo que llevaría África en su interior para siempre.

«Hace dos semanas pensaba que eras una afortunada y oportunista a partes iguales, o que habías logrado esa fortuna a base de engaños. Me duele ahora reconocerlo, porque he visto en ti que eres tan valiosa o más de lo que se pudiera esperar de una excelente policía. Espero que me perdones algún día por lo que he hecho».

¿Y qué hacer ahora? Se preguntaba sin cesar tras unos minutos, estaba muy nerviosa. No había disparado el arma y se alejaba despacio caminando, aunque estaba tan fuera de sí que no llegó a guardarla en su funda, en ese momento pesaba menos, pero su estómago, mucho más.

«Nunca debí empezar esto, nunca. No ha servido más que para hacerme ver que soy débil y que me había equivocado. O quizás con el tiempo lo vea como todo lo contrario, que apretar el gatillo era una

cobardía y una pérdida de tiempo si quiero avanzar y dejarlo todo atrás. A veces no dar un paso, erróneo, es una muestra de valentía».

Y siguió caminando despacio sumida en sus pensamientos. ¿Qué salida le quedaba?

No quedaba otra salida. Sin ser capaz de disparar a sangre fría, debía reducir a cenizas el lugar. Alberto Sarasola le había dicho que prendería fuego al local tras la misión y que había llevado un bidón de gasolina a la cocina de la casa. Allí lo encontró tras la puerta de una alacena, diez litros harían que el lugar se calcinase en menos de dos horas. Se fumó un cigarro, a pesar de que tenía miedo porque el tiempo apremiaba, pero los nervios le atenazaban el estómago y debía calmarse.

Tras aplastar la colilla con el pie en el porche de la vivienda, entró y comenzó a verter el combustible sobre muebles, paredes y el suelo de cada estancia de la planta baja, las llamas harían su trabajo trepando a la planta superior con prisa.

Desde abajo, seguramente alertados por el hedor de la gasolina, gritaban con furia los rehenes ante lo que sabían que sería una muerte agónica y salvaje.

Se marchó al exterior con el bidón aún a la mitad para no oír los gritos y comenzó a verter por las paredes de madera. El olor era insoportable, nunca le había gustado, desde su infancia cuando su padre paraba para repostar el coche en la gasolinera.

«¿No me he dejado nada dentro? ¿Algo que no se consuma con las llamas y me señale luego? No, seguro que no».

Se habría querido fumar otro cigarro, los nervios estaban a punto de hacerle explotar, pero con ese hedor a gasolina no habría forma de inhalar el humo del cigarrillo sin hacerle vomitar.

Sacó el mechero de su bolsillo y lo miró como si fuese la primera vez que lo hacía, o como si le quemase en la palma de la mano. Esta sería la primera vez que lo usaría para provocar un incendio, y también para matar a tres inocentes.

«Ojalá os mate el humo y no las llamas. No quiero pensar en eso el resto de mi vida. Es una suerte que no tenga la memoria de Esther».

Le costó dos minutos acercar el mechero a un centímetro de la marca de gasolina más cercana y prenderlo. Entonces todo se iluminó, como si viese fuegos artificiales que iluminaran el cielo y le dejasen inmóvil por su majestuosidad. Una majestuosidad más que macabra.

Cristina y Esther habían dejado el pueblo atrás, pues se dirigían a una casa aislada a unos cuatro kilómetros. La oficial trataba de

moverse en vano en su asiento y apretada con el cinturón de seguridad, le dolía el pecho como no había pensado jamás que pudiera doler algo interno en su cuerpo. Claro que había vivido una experiencia que dolía mucho más en su alma, algo que llevaba años dentro, recordándole cada día que no tenía a su madre a su lado ni la volvería a tener; las escenas nítidas de su velatorio y posterior entierro eran balas entrando en su corazón cada vez que las revivía, con su padre y sus hermanos rotos de dolor a su lado, además de las imágenes de sonrisas, besos y abrazos que había cruzado con su madre días antes, meses antes, durante toda la vida que compartieron. No emitía gruñido alguno para que Cristina siguiese con la tarea y no parase a ayudarla, tampoco serviría de mucho porque no tenía calmantes para suministrarle y parada de pie en mitad del camino le seguiría doliendo igual, pero sin poder socorrer a su familia y a Moretti.

Empezaba a ver borroso el paisaje al otro lado de los cristales, ¿se iba a desmayar por el dolor? Esperaba que eso no ocurriese. Le hubiera gustado golpearse o rascarse el pecho, pero no podía por el corsé. Las lágrimas llegaron de repente. Y entonces la vio, como una aparición.

—¿Mamá?

—Cariño, deja de llorar, deja de llorar por todo de una vez.

—No puedo, soy demasiado débil.

—¿Débil? ¿Acaso no ves lo que veo yo y también el resto del mundo?

—No veo nada, solo te veo y te siento a ti —le dijo entre lágrimas que no podía contener.

—Estás malherida y sin calmantes, soportando un dolor inhumano, metida en un coche a toda velocidad porque tus seres queridos son más importantes para ti que tú misma. Eso solo lo hace una heroína.

—No soy una heroína.

—Claro que sí, el problema está en que no lo ves, no eres capaz de ver lo que tienes delante.

—No veo nada, mamá, solo miedo.

—El miedo no es malo, pero tienes que luchar para que se vaya o, al menos, para que no tome el control.

—No sé cómo hacerlo.

—¿Recuerdas cuando me hablabas tras las clases de la Universidad? ¿Recuerdas cuando me decías que era asombroso el poder de la mente? ¿Cuando me ponías ejemplos como el de las chicas anoréxicas que se miraban al espejo y veían una versión obesa de sí mismas, aun estando en los huesos? Me decías que no comprendías cómo ellas percibían lo contrario a lo que veía todo el mundo. Pues ahora todo el mundo te ve fuerte y segura, tú eres la única que ve en

el espejo a la niña asustada y débil. Debes vencer ante ese pensamiento que te altera tu realidad.

—No sé si…

—Si puedes con el dolor que ahora sientes, podrás con algo que produce otro tipo de dolor. Eres capaz de lograrlo, eres resoluta y terca, solo propóntelo. Hazlo porque de eso dependerá toda tu vida, y te queda mucho de ella por vivir.

—Debo hacerlo para salvar a papá, a Gloria y a Hugo.

—No, eso ya lo podrá hacer tu amiga. Tú hazlo por ti, eres la que más lo necesita.

Y la imagen de su madre se desvaneció tras lanzarle una última sonrisa, de esas sinceras, amables, cercanas y tan dulces como cuando estaba viva.

—¡Esther!

El grito de Cristina la tomó por sorpresa, ahora veía con claridad tanto dentro como fuera del coche.

—¡Esther, despierta!

—Estoy aquí.

—Parecías en trance.

—Ya estoy mejor.

—¡Fuego!

—¿Cómo dices?

—Mira allí, ¿lo ves? Es el lugar al que vamos, está ardiendo.

Y la adrenalina se mezcló con el miedo de repente en su torrente sanguíneo para hacerle dar un salto en el asiento. Cristina aceleró más aún, aun a riesgo de salirse del camino sin asfaltar.

Acto de fe

Salió corriendo desde el porche de la casa para entrar en su coche, al llegar a él, se giró con pavor ante la visión de la fachada de la casa, el fuego se extendía a toda velocidad, casi como un rayo surcando el cielo.

«Dios mío, yo he generado este infierno. Espero que los rehenes no mueran quemados vivos, sino asfixiados. Y que Dios me perdone…».

Y un coche apareció de repente a su espalda con las luces y las sirenas encendidas. Su primer impulso fue entrar en su vehículo y marcharse a toda prisa antes de que viesen su matrícula. Pero no lo hizo. Volvió a mirar la casa y, sin saber por qué, un impulso hizo que corriese a sofocar las llamas sin saber si ya era demasiado tarde; quizás ese pensamiento le llegó al ver el coche de policía, al cuerpo en el que había jurado proteger a los inocentes; al comprender de súbito que había dejado de ser policía durante todo ese tiempo. Pero no habría redención y asumiría el castigo.

En un impulso, entró en la casa, cuya puerta no había cerrado con llave. En el interior, las llamas lamían de una forma sensual las paredes y muebles. Levantó la alfombra y bajó al sótano. Allí recibió insultos, pero no les hizo caso. Cogió un cuchillo que reposaba sobre la mesa a la derecha y cortó las ataduras del anciano para llevarlo a hombros al exterior, apenas podía con su peso al subir las escaleras. El denso humo negro casi impedía moverse por el salón para salir hacia el pasillo. Lo logró y dejó al anciano a unos diez metros de distancia de la casa.

Ya había llegado el coche de la policía. Se quedó mirando con asombro, como si los destellos azules fuesen ángeles para salvarlo, pero sabía que merecía ir al infierno, que aquello solo era un producto alucinógeno del humo que había respirado.

—¡Tú! —gritó Esther—. Por Dios, no me puedo creer que hayas hecho esto.

—No hay tiempo, hay que sacar a los otros dos. —Y se marchó corriendo al interior. La casa era la hoguera más grande que todos los allí presentes habían contemplado en sus vidas.

Cristina intervino.

—Esther, quédate con tu padre, voy a por los demás. —Y entró también en la casa a toda prisa.

Esther fue a socorrer a su padre, que parecía estar desmayado o algo peor que no quería pensar. Se asustó al verle el rostro

desencajado en la mandíbula, pero siguió dándole palmadas hasta que emitió un gruñido.

—Papá, soy yo, te pondrás bien, ya hemos llamado a las ambulancias hace unos minutos y vendrán a curarte. —El hombre gruñó con los ojos cerrados, no tenía fuerzas para aferrarse a ella—. Lo siento, lo siento mucho, papá.

Rompió a llorar olvidándose de sus propios dolores y temores, había llegado a donde estaban su familia y Moretti y lloraba de alegría a la vez que de miedo por si había sido demasiado tarde.

Cristina seguía los pasos de quien la precedía en el interior de una casa que era el más fiel reflejo de lo que sería el infierno. Las llamas lo invadían todo, techo, paredes y muebles a su alrededor. Se cubría la boca y la nariz con la camiseta a modo de filtro, aun sabiendo que no sería muy efectivo. Bajó las escaleras y comprobó que allí solo había humo… solo… El humo negro era como un sedante que debilitaba su mente y su cuerpo a cada paso, a cada bocanada de aire que trataba de dar, como una suave caricia que le dijese entre susurros que se dejara llevar y se echase un sueño reparador. Pero luchó contra eso pensando en todos sus seres queridos, a los que deseaba volver a ver y disfrutar en los años venideros.

La mujer, que solo podría ser la hermana mayor de Esther, había sido liberada de sus ataduras y ya iba a hombros de su ángel rescatador ocasional escaleras arriba. Ella liberó a Moretti con el cuchillo que se mostraba en el suelo ante ella y se echó el cuerpo sobre sus propios hombros. La tarea no sería difícil solo por el peso del ciego, sino porque había respirado mucho humo y eso mermaba sus fuerzas y nublaba su mente.

Las llamas emitían un calor insoportable, pero sorprendentemente no sudaba, solo se quemaba con la cercanía a ellas. Subir las escaleras le costó un siglo desde su punto de vista, ahora llegaba lo peor, porque el piso de arriba estaba siendo consumido por completo, no había por dónde avanzar sin quemarse y desfallecer. Pensó en sus dos hijos y en Pablo, pero eso no le dio más fuerzas que para avanzar unos pasos más, no pudo lograr alcanzar el pasillo tras el salón y las rodillas se le doblaron ante su asombro.

«Hasta aquí he llegado, he hecho todo lo que he podido, no tengo fuerzas para más. Que me perdone mi familia, mis seres queridos, también Esther por no haber podido sacar a Hugo con vida. Acepto lo que tenga que llegar ahora».

El calor comenzó a prender en llamas su ropa y el humo la sumió en un extraño sueño en el que dos brazos la levantaron y le quitaron de encima el peso del policía ciego, además de llevarla a rastras hacia la más absoluta oscuridad. Cristina se quedó dormida a sabiendas de que aquel era el tránsito hacia el otro lado, a la otra vida, si es que

había otra más.

El perdón

El comisario Simón Ramos no se había sentido tan excitado en toda su vida, ningún caso había sido tan intenso y macabro como aquel, y nunca reconocería que se sentía aliviado de no haber sido el investigador a cargo del mismo. Conociendo los datos que le llegaban al teléfono mientras conducía a toda velocidad hacia el lugar del suceso, sentía picores por todas partes en su cuerpo, incluso le remitía el malestar por la hernia intestinal. Tenía a tantos efectivos asignados al caso, de su comisaría y de las demás de la comunidad, que seguro que el lugar parecería una feria como nunca antes había vivido el pequeño pueblo al que iba, por no hablar del incendio y los bomberos que tendrían que sofocarlo.

Llamó por enésima vez a Esther, por fin descolgó.

—¿Sí?

—¿Gallardo?

—Daos prisa, aún no han llegado las ambulancias y tenemos cuatro heridos de gravedad. Ahora hace más falta que nunca la caballería. —Se oía a alguien tosiendo cerca de ella—. No puedo hablar más, te cuelgo.

Simón aceleró un poco más, no lo hacía a esos niveles desde que tenía veinte años. Tras él, una docena de patrullas lo seguían. Las ambulancias tardarían un poco más, esperaba que no fuese demasiado para cumplir con su función.

Se olvidó de mandar un mensaje a su mujer. Se olvidó por completo de todo salvo de trabajar de nuevo como inspector de homicidios, así se sentía en esos momentos. Sentía a Moretti y Gallardo como compañeros caídos en acto de servicio y eso le dio fuerzas para seguir acelerando y sentirse más vivo que nunca, en la búsqueda de la solución de un caso como había hecho muchas veces como inspector en un pasado que ahora revivía muy nítido.

Su labor entrevistando a Alberto Sarasola había sido crucial, aunque el asesino hubiera confesado lo que sabía a cualquier otro inspector, pero eso no le quitaba el entusiasmo que había aparecido como una inyección de adrenalina en su cuerpo al considerarse dentro del caso como investigador. Estaba algo oxidado para el trabajo de campo, pero oxidado no implicaba estar obsoleto, ni por asomo.

Vio el resplandor al frente y se preguntó si antes en su carrera había visto una señal tan terrible que le indicase el camino. Llegaría en pocos minutos y esperaba que todo hubiera salido bien.

Esther tenía a su lado a sus seres más queridos, pero lloraba al ver su aspecto. Los cuatro estaban inconscientes y su padre tenía la cara desfigurada, temía en estos momentos por su vida más que por la suya propia. Lo acunaba entre los brazos a la espera de unas ambulancias que parecían no llegar nunca y le susurraba:

—Papá, todo saldrá bien, ya lo verás. Mamá sigue aquí, nos observa y nos dice que velará por nosotros. La he visto, me lo ha dicho ella misma hace unos minutos. Ya sabes que ella nunca miente.

Percibió lo que ella interpretó como un amago de sonrisa, el anciano no podría hacer nada más con la mandíbula en ese estado. Esther trató de no llorar por su aspecto, tampoco quería que su padre abriese los ojos y comprobase el que tenía ella.

Ya pronto llegarían las ambulancias.

Su padre era el que peor suerte había corrido y por eso Esther se centraba en él, aunque le gustaría dedicar unas palabras de consuelo y amor a su hermana, su pilar central en la vida hasta ese momento, además de Hugo, que se sentiría más desconcertado que los otros dos por no poder ver lo que ocurría a su alrededor; y a Cristina, que había sido salvada, junto con Moretti, por quien menos esperaba que la ayudase en ese momento.

De esos pensamientos la sacó Cristina tras recobrar el conocimiento y pasar unos interminables minutos tosiendo, también requeriría asistencia médica por haber entrado a salvar a Hugo y respirar el humo.

—Esther, ¿qué ha pasado? Cof, cof.

Silencio

—¿Me oyes, Esther?

—Sí.

—¿Qué coño ha pasado? Cof.

—Que lo has vuelto a resolver todo, solo eso.

—No me vaciles, yo ni siquiera he podido sacar a Moretti y luego está la otra persona, cof, cof, la que nos ha sacado a todos. ¿Dónde está? ¿Quién es?

—Era una persona que conocía y que no esperaba eso de ella.

—¿Me lo vas a contar?

—Tras sacaros a Moretti y a ti, se ha metido dentro de la casa de nuevo tras decirme un simple «perdóname». Se llamaba Marco, era un chico que hizo las pruebas de la academia en mi promoción y que quedó el primero, trabajaba también en mi comisaría.

—¿En serio?

—Nunca habló conmigo durante la estancia en la academia, pero sí hace poco; se acercó para tener un contacto más cercano, incluso

fuimos a tomar unas cervezas y unas tapas, ya sabes…

—Al final, no se trataba de África. Cof, cof.

—No.

—No sabes dónde está la chica.

—No, tampoco quiero pensar en ella ahora.

—Lo entiendo.

Las luces azules se acercaban a toda prisa hacia ellas, pero las sirenas eran de la policía nada más, las ambulancias tardarían un poco más y no sabía la oficial si estas salvarían a las cuatro personas que tenía a su lado, pues Cristina tosía como si sus pulmones se le hubiesen calcinado. Demasiadas bajas tendría este caso, demasiadas para asumir en el futuro, por más que su madre le hubiera dicho que era fuerte como para salir adelante tras la situación más complicada posible. La conversación con su madre solo había sido un sueño, una alucinación provocada por el dolor y la angustia del momento. Esa conversación sumida en un trance no se la contaría a nadie, como si se tratase de un consejo que ella misma se hubiera dado usando una imagen del pasado a la que le había otorgado la capacidad del habla, pero diciéndole lo que ella necesitaba, recitando palabras que salían en realidad de Esther, de algún rincón de su mente que aún permanecía fuerte.

La oficial, por estar casi impedida para lo que no fuese parpadear o gemir de dolor, y Cristina, que tosía sin parar aún tumbada en el suelo, no habían salido en persecución de Marco cuando este entró de nuevo en la casa. El tejado de la misma se había derrumbado unos minutos después y pronto lo haría el resto, no tardaría ni dos minutos a ese ritmo. El verano seco no había ayudado precisamente a la madera antigua de la vivienda dándole más resistencia. Quizás con algo de lluvia en los días anteriores, los afectados estarían mejor a la espera de respiradores de oxígeno.

—Cris.

—Dime, cof, cof.

—Te diría que siento haberte hecho venir, pero me alegro de que lo hicieras, no habríamos llegado a tiempo sin ti. Te lo deberé eternamente, también mi familia.

—Deja de ponerte sentimental, no te pega nada. ¡Cof, cof! Ya están ahí tus amigos de la comisaría, también llegarán pronto las ambulancias.

—Espero que no muera más gente esta noche.

—Yo también.

—Eres la mejor.

—Vete a la mierda, no quiero oír esas tonterías nunca más, deja de vanagloriar a los demás y a mirarte a ti de una puta vez, cof, cof.

—Siempre puedo contar contigo y me salvas, desde el primer caso.

Pero nunca me llamas para que te salve yo a ti.

—No te llamo, quizás, por que no tengo casos tan complicados ahora, cof, cof. Ya lo haré cuando necesite tu ayuda para salvar mi vida, flacucha.

—No me harás sonreír, estoy demasiado preocupada por ti y por ellos.

—Confía en las ambulancias, ya llegarán y nos dejarán como nuevos. Cof, cof. Luego tú tendrás que reponerte de las heridas, quizás queráis pasar el proceso de recuperación en el enorme barco que tu novio nos compró a Pablo y a mí.

—Dios, eso sería maravilloso.

—Pues descansa y deja que el tiempo pase, el tiempo lo cura todo.

Y entonces llegó la llamada a su teléfono móvil. Esther se pensó unos segundos en responderla al ver que se trataba de África.

—¿Sí?

Al otro lado se oía una respiración profunda y la respuesta llegó tardía.

—¿Esther?

—¿Se puede saber que…?

—Lo siento, lo siento mucho.

—¿Estás llorando?

—Perdóname, siento haberte dejado ahí sola en el hospital.

—No estoy en el hospital, sino donde he encontrado a Hugo y a mi familia.

—¿En serio?

—Deja de llorar y explícame lo que ha pasado contigo para que se me pase el enfado. ¿Dónde estás? ¿Por qué has desaparecido? ¿Qué has hecho?

—Una locura, Esther, es largo de explicar.

—Tengo tiempo y solo quiero oírlo para tratar de perdonarte por esto, si es que logro hacerlo.

—No te llamo para obtener tu perdón, solo porque necesito darte, como compañera y como amiga que me siento, las explicaciones por lo que ha ocurrido. —La chica respiró hondo tres veces antes de continuar—. Llevo meses investigando para tratar de localizar al hombre que me violó. Mientras estábamos en el hospital, me llegó una alerta, una información sobre él, me indicaba dónde podría encontrarlo y no me lo pensé dos veces, fui a por él.

—¿Fue mientras yo dormía? Te pedí un estimulante para permanecer despierta y trabajar.

—Fue mientras buscaba ese estimulante. Cuando llegué a la sala tras la oficina de guardia de la enfermera vi las vitrinas de los medicamentos, tomé la decisión de que necesitabas dormir y descansar tras lo que te había ocurrido. ¡Dios mío! No sabes el aspecto

que tenías tras enfrentarte a ese asesino, parecías un cadáver, así tan flacucha y llena de vendas y eso del pecho que no te deja moverte. ¿Cómo ibas a trabajar cuando tu cuerpo necesitaba reponerse despacio? Te llevé un Valium de veinticinco miligramos para que descansases. Estuve a tu lado, feliz al verte dormir, te quité el ordenador de encima y lo dejé sobre la mesita.

—¿Lo hiciste solo por hacerme descansar?

—Claro que no, tengo que admitir que pensaba en aprovechar tu sueño para cumplir con mi venganza. Soy miserable, lo sé.

—No debiste obrar así.

—Ya lo sé y me arrepiento.

—¿Qué has hecho?

—Tenía en mente el mensaje que me había llegado con la ubicación del violador y me marché pensando que podría encargarme del asunto y regresar antes de que despertases. Pero no he sido capaz, no he tenido el valor de apretar el gatillo.

Esther la oía llorar al otro lado del teléfono.

—¿De qué hablas?

—De él, lo he tenido delante de mí, le he apuntado con el arma, pero no he sido capaz de matarlo.

—¡Dios mío, África! Eso ha sido una temeridad.

—Lo sé.

—¿Has ido tú sola? ¿Qué ha pasado?

—Claro que fui sola, necesitaba hacerlo; pero, cuando lo tuve ante mí, no fui capaz de hacerlo.

—Eso está bien, me alegro mucho.

—¿Cómo dices eso? Debí matarlo…

—No quiero perseguirte, esposarte y pensar que pasarás más de quince años en la cárcel. Has hecho lo correcto. ¿Lo has arrestado?

—No, simplemente me fui.

—Bueno, ya lo encontraremos pronto para apresarlo, te lo prometo.

—Él desaparecerá tras esto, no lo podré encontrar nunca más. Además, no tengo pruebas contra él, es algo que ocurrió hace años y no hubo testigos, será algo imposible.

Esther la oía llorar sin parar.

—No va a desaparecer. Cálmate, lo encontraremos antes incluso de que vuelva a cortarse las uñas de los pies, te lo garantizo. Y ya se me ocurrirá algo para que te sientas a gusto con tu venganza y sin tener que matar a nadie.

—¿Algo?

—Eso no importa. Vamos a ser muchos ayudándote a hacerlo.

—¿Muchos ayudándome a mí?

—Ni te lo imaginas.

Esther miraba a Cristina, que había oído la conversación a través del manos libres y le guiñaba un ojo.

—Esther, yo no quiero que…

—Vete a casa a descansar, aquí tenemos aún mucho jaleo y acaba de llegar la caballería. Te llamo mañana.

—Pero…

—Deja de protestar y obedece.

—Es que necesito dormir contigo, siento que se me escapará el alma en estos momentos si no tengo a alguien que me quiera abrazándome.

—Yo siento que se me escapará mucho más que eso, pero te comprendo. Espera en mi casa, en casa de Moretti, si conservas la llave; llegaré en cuanto pueda.

—Gracias, Esther. Perdona por todo lo que te he hecho.

—No hay nada que perdonar, y no llores más.

—Es que no puedo dejar de sentir que he podido fastidiarte en el peor momento.

Esther se mordió la lengua.

—Espera en casa, llegaré pronto.

—Prepararé algo de comer.

—Gracias.

Esther le habría echado una bronca descomunal, épica, tras su actuación, pero empatizó con ella, por primera vez desde que recordaba. ¿Había logrado la agente descongestionar uno de sus muchos defectos? Claro que sí, comprendía el dolor de África y justificaba sus acciones. La agente le había hablado de lo que había sentido cuando la violaron y la chica se había enfrentado ahora cara a cara al violador. Esther lo habría matado en el acto, pero África fue más inteligente, o fría, y lo dejó ir. A partir de mañana le tocaría ayudarla a encontrarlo para llevarle ante la justicia, ya fuese la que decidieran los jueces en primera instancia o, tras un veredicto injusto, presentarle al verdugo que ejecutaría una segunda sentencia, una que no le gustaría mucho al tipo.

Cristina parecía algo más respuesta y le preguntó:

—Esther. ¿Por qué crees que se ha suicidado ese tal Marco? ¿Y cómo demonios ha podido entrar tres veces ahí? Yo solo entré una y no fui capaz de salir por mí misma.

La oficial miró a Cristina a la vez que recordaba las clases en la universidad. La locura de algunas personas les hace tener una resistencia y fuerza inusuales, sobrehumanas. Pequeños defectos, como la envidia, pueden crecer hasta monopolizarlo todo y lograr una obsesión enfermiza, una locura que lo supone todo en la vida de una persona. Marco se dejó llevar y, cuando comprendió su error, justo tras prender fuego a la casa, salió del trance, del sueño que lo turbaba,

y una nueva obsesión creció en su interior, la de enmendar lo que había hecho.

Aunque le costaba asumirlo, Esther sentía también agradecimiento hacia Marco, había salvado a las cuatro personas finalmente, había logrado su redención y ella ahora ya lo había perdonado.

Epílogo

Una semana más tarde:

Qué barbaridad lo que le costaba a la niña ir al colegio cada mañana, claro que su hermano era igual a esa edad, ahora este solo pensaba en chicas y se levantaba de un salto cada mañana para elegir la ropa que llevaría al instituto y atusarse el peinado ante un espejo cargado de miradas supuestamente seductoras.

La casa necesitaba una limpieza a fondo, ella aún estaba de baja médica y le daba una pereza horrible emplear el tiempo de reposo en trabajar como una esclava. Para más inri, su marido tenía que viajar esa noche para pasar dos días en la ciudad de otra filial de su empresa para un curso de actualización. Y había comenzado a llover.

Pero era maravilloso estar viva.

Gloria se sonrió al espejo, como hacía cada día desde que volvió a nacer tras la estancia en aquella casa de pesadilla. También tenía a su padre recuperándose, iría a verle el fin de semana tras salir del hospital, aunque el pobre se estaba quedando en los huesos por no comer nada sólido hasta que la mandíbula le quedase bien soldada. Con su hermana Esther hablaba una o dos veces al día y, en las últimas ocasiones, ya no mencionaban el suceso o los daños, se limitaban a contarse lo que habían hecho esa jornada. Las vidas de todos iban recobrando la normalidad y quizás en las próximas navidades, o en las del año siguiente, comentasen lo sucedido como una anécdota más que se iba quedando en el olvido y les recordaba lo frágil que es la vida y que hay que vivirla de la forma más intensa posible.

—Mamá, ¿ya has preparado el desayuno?

—A ver si sacas algún día unos minutos de los que te pasas en el cuarto de baño peinándote y lo preparas conmigo, no estaría mal, ¿verdad?

—No estaría mal, no. —Y el adolescente exhibió su sonrisa más seductora y ensayada en el espejo ante la única mujer que conocía a la que no le surtía efecto, claro que no le venía mal seguir intentándolo.

Su hija llegó en pijama y con los ojos aún medio cerrados y se sentó a la mesa justo cuando ella salía para observar la calle a través de la ventana del recibidor, se quedó allí hasta terminarse su taza de café. El cielo había aparecido otra vez plomizo al amanecer y todo brillaba frente a ella tras la lluvia de la noche. Adoraba el vecindario,

también su casa y a su familia.

Era maravilloso estar viva y se preocupaba al comprender que lo había aprendido tras estar a las puertas de la muerte.

Aún quedaban dos meses para el juicio, aquello no sería una tortura ni mucho menos, ya asumía lo que había hecho, incluso estaba totalmente arrepentido; arrepentimiento que no lo reconfortaba, pues soñaba cada noche con los rostros de los inocentes que había matado, además de los de los tres últimos rehenes, se alegraba de que hubieran salido con vida. De las pruebas a las que sometió a la oficial solo se martirizaba de la cobardía con la que le había roto la nariz y varios dientes y costillas, le había destrozado el cuerpo por su frustración y usando su superioridad física. No, lo había hecho por su miedo. Le había costado asumir que el miedo a fracasar y a no ser tan bueno como se veía a sí mismo había sido el motor de sus acciones.

Ahora miraba el techo de la celda, como todos los días y recordando la visita que recibió dos días antes. Le informaron de que debía ir a una sala de entrevistas, pero sin decirle quién lo esperaba allí. Lo ayudaron a sentarse en la silla de ruedas y lo condujeron por aquellos pasillos interminables y tan fríos. Al otro lado de la puerta esperaba encontrarse con su abogado de oficio, el que había aceptado finalmente, aunque más para conversar y desahogarse con él que para conseguir una reducción de condena o, como el letrado le pedía en cada visita, declararse inocente. No se retractaría de sus palabras, la declaración que había grabado sería la que llevaría ante el juez y asumiría su castigo. Incluso había apartado los pensamientos suicidas. Había decidido que merecía el castigo de sus remordimientos durante los años que permaneciese en el penal, mucho más que la cobardía de quitarse la vida.

Al otro lado de la puerta encontró a la última persona que hubiera esperado. Él estaba sentado y con la mirada perdida en el infinito, claro que no podría centrarla en sus ojos aunque quisiera.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Qué tal la estancia aquí? —preguntó Hugo Moretti.

—Mejor que la que yo te proporcioné en aquella casa.

—Eso no sería difícil.

Ya estaba sentado y esposado al suelo y a la mesa de metal, le habían puesto un café delante, a pesar de no haberlo pedido.

—Me alegro de que estéis con vida, ya me informó mi abogado de lo del incendio y el rescate.

—Yo me alegro mucho más.

—Lo supongo. ¿Para qué has venido?

—Eso me gusta, al grano. Solo me apetecía hablar contigo en un ambiente menos enrarecido que el de la última vez.

—La última vez le rompí la mandíbula a un anciano indefenso solo para hacer daño al máximo número de personas.

—Lo sé, aunque no pudiera verlo. Sin tu información sobre el lugar que le diste al comisario, habríamos muerto, te doy las gracias.

Alberto Sarasola sintió el mundo caer sobre sus hombros, apenas se veía a sí mismo con la fortaleza de antaño. ¿Cómo podía darle las gracias Moretti tras el daño que les había hecho a él y a los demás que había secuestrado? Intentó decir algo, pero no sabía qué ni de dónde sacar las palabras.

—Me consta que has asumido el error y reconoces la valía de la oficial Gallardo —añadió el exinspector.

—Qué remedio, me ha dejado en ridículo.

—Me han leído el informe de tu trabajo, eras un buen policía.

—No lo suficiente, nunca pasé de apoyar a otros. Ocho años pesan mucho cuando uno quiere asumir mayores responsabilidades.

—Tu comisario parecía no ver tus cualidades.

—Eso ahora no importa.

—Te veo derrotado, ¿estás usando el servicio de psicología de la prisión?

—No, ¿para qué? Solo quiero pagar mi deuda.

—Al ser policía, irás al módulo de presos protegidos.

—Preferiría ir con los presos comunes.

—Sin poder caminar y sabiendo los demás presos tu oficio, durarías muy poco.

—No me importa.

—Eres valiente y seguro de ti mismo.

—No, soy un cobarde; solo un cobarde haría todo lo que he hecho.

—Dentro de lo que cabe, me alegra saber que has recobrado la cordura.

Sarasola asintió con la cabeza, no dejaba de mirar la mesa, se sentía incapaz de dirigir la mirada a su interlocutor.

Moretti fue a hacer una señal al guardia de prisiones que vigilaba desde el otro lado de la puerta cuando oyó:

—¿Te puedo hacer una pregunta antes de que te marches?

—Claro.

—¿Ha resuelto ella sola todos esos casos difíciles?

—Por supuesto que no. Un policía tiene compañeros, forense, científica, testigos, pruebas…

—Me refiero a si… Decían que usaba el sexo para conseguir sus propósitos.

—¿Decían? ¿Ocho años en una comisaría y haces caso a los rumores? He accedido a tu informe y a las declaraciones de tus

compañeros de comisaría, dicen que eras un interesado, un trepa, alguien con ambición y que hacías más horas extras que nadie para ascender y luego acomodarte en un cargo de inspector con mucho mejor sueldo.

—No me extraña que algunos dijeran eso.

—En las comisarías se dicen muchas tonterías, es como el patio de un colegio. Gallardo jamás se ha metido en la cama de nadie para resolver casos, recibir ayuda o lo que sea que te contasen.

—Fue como una explosión oír eso de ella, pero no lo uso de excusa; en el fondo, siempre quise tener un motivo para hacer todo esto. La locura siempre estuvo en mi interior y soy el único responsable. ¿Por qué no ha venido ella contigo? Me gustaría pedirle perdón por el daño a sus seres queridos.

—Ella no sabe que he venido. Solo trata de recuperarse de las heridas e intentar olvidar lo que ha sucedido.

—Dile que me siento arrepentido.

—No, no se lo diré, dejaré que siga con su vida y que logre pasar página, si es que lo consigue.

Entró por la puerta de la vivienda y escuchó la televisión al fondo, parecía una película y creía saber cuál por los diálogos que oía desde allí. Cruzó el pasillo despacio a la vez que sentía el olor a palomitas.

—Ya has vuelto, ¿a dónde has ido? —preguntó ella.

—Nada importante, papeleo. ¿Estás viendo otra vez *El silencio de los corderos*?

—No es otra vez, es la última vez.

—Pensaba que podías revivir la película en tu mente a la perfección. —Le dio un corto beso en los labios; intuyó que ella sonreía.

—Pero no es lo mismo, me gusta el ritual de estar sentada en el sofá ante el televisor y comer palomitas como último homenaje.

—¿Por qué has dicho que es la última vez?

Esther esperaba esa pregunta.

—Porque es hora de pasar página, de avanzar, llevo demasiado tiempo estancada en el presente, viviendo día a día y deseando que cada uno de ellos sea igual para que no haya sorpresas desagradables. He comprendido que las sorpresas estarán ahí tanto si las quiero como si no, y tanto si son buenas o nefastas.

—Me parece una idea genial. Hoy hago yo el almuerzo.

—Como siempre. Tienes que dejar de tratarme como a una impedida, necesito moverme y hacer tareas o cada día me sentiré más encerrada entre las paredes.

—¿Quieres mudarte de estas paredes, de este piso? ¿Quieres vivir

en una casa como la de tu hermana?

—No quiero que te gastes más dinero, y ese tipo de casas están lejos, no me gustaría salir del trabajo tras un duro día y tener que conducir una hora.

—Una hora, justo en eso pensaba.

—¿Cómo que pensabas en eso?

—He comprado la casa de al lado de tu hermana Gloria.

Esther lo miraba con la boca abierta, ya tenía la dentadura perfecta; Hugo se la había regalado llevándola al mejor odontólogo de la ciudad. Los hematomas de los ojos habían desaparecido y la nariz estaba como antes, apenas se apreciaba la fisura que había sufrido. Las costillas, por contra, seguían requiriendo del corsé, aunque ya no dolían tanto.

—¿De qué hablas?

—¿No te gustaría vivir en la casa de al lado de Gloria? El propietario fue un hueso duro de roer, tuve que ofrecerle el doble de su valor de mercado y la he puesto a tu nombre.

—Eso no lo dices en serio.

Moretti notó el tono de voz seco de la chica.

—Claro que no, era una broma.

—No querría que me solucionases la vida todo el rato, no me gusta ese grado de dependencia. Desde mi punto de vista, es como si me atases cada vez más a ti, cuando debo ser yo la que decida estar a tu lado.

—Lo sé, perdona por la broma. —Cualquiera le decía ahora que no se trataba de una broma, que la casa estaba realmente comprada y puesta a su nombre.

—Hablando de hilos. He meditado estos días y siento que he creado un capullo de seda a mi alrededor, uno con miles de hilos invisibles que me envuelven, un capullo que nace de mi debilidad y falta de seguridad, lo que provoca mi miedo ante el resto del mundo, ante lo que hay fuera de la seda. Pero ahora me siento por fin encerrada dentro y sin permitirme avanzar. Con este caso y, sobre todo, con tu ayuda, los hilos se van rompiendo y quiero que me ayudes a hacerlo.

—Sabes que lo haré, que estaré ahí siempre.

Ella se levantó del sofá a duras penas y lo abrazó, así permanecieron durante unos segundos.

—Voy a preparar el almuerzo. ¿Qué tal estás tú?

—Sabes que recuperado del todo.

—Aún te veo toser de vez en cuando.

—Eso se pasará, quizás no sea lo único malo en mí que se pase pronto.

—¿A qué te refieres?

—Me han llamado de una clínica privada en Suiza, me han dicho que mi ceguera puede remitir, que podría recuperar parte de la visión tras una operación cerebral.

No olvides hacer una reseña y/o valoración en Amazon y en las redes sociales sobre lo que te ha parecido este libro.

Gracias.

Libros publicados por el autor que también podrían gustarte.

SAGA AMURAO: (Novela negra)

Que 12 entregas no te frenen, ya que cada una cuenta con un argumento completamente diferente y, además, va cambiando de protagonista, de escenario, de tiempo narrativo, de estructura en el ritmo y mucho más, como si cada una estuviese escrita por un autor diferente.

Acompaña a los inspectores de la brigada de homicidios de Huelva en los casos más escabrosos que pudieras imaginar.

SAGA ALFIL: (Novela negra)

Intriga, suspense, asesinatos en serie, persecuciones, sexo...

Si lees Alfil por primera vez, usa este orden: Negro-Blanco-Azul-Rojo.

Si la lees por segunda vez: Blanco-Azul-Negro-Rojo.

Si la quieres leer junto con Amurao, lee Amurao hasta las 6ª entrega, luego Alfil y continúa con la saga Amurao.

No se trata de descubrir al asesino. En estas novelas intentarás descubrir los motivos de sus acciones, a la vez que te sumerges en las aventuras, persecuciones y suspense de averiguar si sale victorioso o es atrapado.

SAGA INVERSIA: (Distopía)

En el año 2022 Rusia lanzó bombas experimentales contra sus enemigos en la Tercera Guerra Mundial, estas bombas no destruían edificios y personas, sino que inverían la gravedad planetaria, y todo lo que no estuviese sujeto al suelo «caía» hacia el cielo. Un visionario creó una ciudad en la red de alcantarillado de Detroit y refugió a cinco mil niños de seis años y a doscientos adultos encargados de su educación, formación y protección. Han pasado doce años y el lugar, diseñado para ponerles a salvo, no parece tan seguro cuando sufren la muerte de dos adultos destacados.

BLOODY MARY 1 y 2: 35 Relatos de horror y violencia.

¿Duermes bien por las noches? Eso es porque no hay fantasmas en tu mente, o que no les has permitido entrar aún.

Imagina la tortura de una hermana que llora por quien no pudo salvar de las tinieblas, pero le queda la venganza. Imagina el deseo de un asesino a sueldo que ansía dejar de matar pero no puede cuando se le plantea el caso más interesante y beneficioso de su vida. Imagina la libido de un violador y asesino que disfruta, en primera persona, de castigar a los niños que captura en su garaje. Y así hasta once relatos escalofriantes.

Un día te levantas y te encuentras en medio de una historia de esas que solo ocurren en las películas o en los sucesos de los informativos. Uno de esos relatos enfermizos del maestro Stephen King. Todo puede suceder, todos somos vulnerables de protagonizar el suceso más espeluznante de la década, solo nos falta ese último empujón... En el primer libro tendréis once relatos medios de unas 9000 palabras cada uno, escritos y recopilados en la primera entrega de relatos sangrientos del autor. Todos con una temática completamente original. Sumérgete en la densa atmósfera y el ritmo acelerado que te provocarán todas estas historias. (también disponibleBLOODY MARY 2 con 24 relatos aún más originales)

ANATOMÍA DE UN SUICIDIO: Relato largo (75 páginas) Autoayuda con clave de humor ácido y satírico.

Conoceréis con todo lujo de detalles lo que acontece durante y después de un suicidio. Basado en un hecho real, os mostrará la poca importancia que tiene vuestro mundo y lo que os rodea, en comparación con el maravilloso don de la vida que poseéis. Un relato de autoayuda narrado en tono ácido y satírico sobre la importancia de vivir y de quererse a uno mismo.

No podrás evitar reír con las declaraciones de los testigos de la muerte de la protagonista, como lo son la sangre que sale de sus venas, el piso en el que vive, los gusanos que dan buena cuenta de su cadáver o la hoja de afeitar que sirvió para tal fin. Regálalo a quien te importe o a quien desees demostrar que es valioso para ti.